

ANDREA LARRABE

VIENEN PORTI




ALFAGUARA

Índice

Cubierta

Prólogo

PARTE I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3: Gabriel

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12: Gabriel

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15: Gabriel

Capítulo 16

PARTE II

Capítulo 17: Gabriel

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21: Gabriel

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25: Gabriel

Capítulo 26

Capítulo 27: Gabriel

Capítulo 28

Capítulo 29: Gabriel

Capítulo 30

Capítulo 31: Gabriel

Capítulo 32

Capítulo 33: Gabriel

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36: Gabriel

Capítulo 37

Capítulo 38: Gabriel

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46: Gabriel

Capítulo 47

Capítulo 48: Gabriel

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

PRÓLOGO

A veces desearía poder decir que somos una familia normal, que somos iguales a esas miles de unidades de personas conformadas por un padre, una madre y dos niñas. Quizás sería cómodo poder decir que mi papá, Gérard Deveraux, tiene un trabajo de oficina de nueve a cinco, que disfruta jugando al golf con sus colegas y que, cuando llega a casa, se relaja frente al televisor viendo las noticias y bebiendo una cerveza. Mi madre, por su lado, sería una mujer sonriente y educada, siempre gentil con todos. Por supuesto que su pasión por las flores quedaría intacta, igual que su trabajo a media jornada en su propia tienda.

Mamá nos prepararía la cena a mi hermana y a mí todas las noches. Nos regañaría por las labores escolares que dejamos pendientes, nos iría a animar a los partidos de fútbol con camisetas gemelas —aunque lo cierto es que estas cosas las hace de igual forma— y me daría largos discursos sobre lo peligroso que es relacionarse con los chicos malos de la escuela. Supongo que en esta realidad paralela me relacionaría románticamente con chicos malos —ya que, según tengo entendido, ellos poseen un atractivo irresistible— sin tener deseo alguno de romperles la nariz. Lástima que en esta otra galaxia tampoco pudiera rompérsela con tanta facilidad... si surgiera la ocasión, claro está.

Mi madre se vestiría con pantalones de lino blanco y camisas de seda, llevaría un maquillaje imaculado y no dejaría pasar ninguna de las reuniones de apoderados, donde felizmente hablaría de su amada jardinería, que en esta dimensión sí sería hermosa. En la realidad, Simone, que a pesar de su terquedad e infinitos intentos de hacer florecer algo en este espacio terroso que rodea nuestra casa, nunca ha logrado más que cosechar frustraciones.

En esta otra realidad tampoco llamaría a mi madre Simone. Le diría «mamá», «mami», «ma», o cualquiera de esos otros diminutivos que son tan comunes y que, por ende, me parecen tan infinitamente aburridos.

Tendría muchas amistades en la escuela y hablaría de esos temas fascinantes que tanto parecen captar la atención de las personas de mi edad: el sexo, las fiestas, las drogas y el alcohol. O quizás sería del otro grupo, ese que no es ni *nerd* ni popular, sino una extraña mezcla de hormonas, dudas existenciales y depresión, temas que parecen inspirar tanto a los escritores juveniles de hoy. Como si ese grupo de marañas hormonales supieran algo de la vida. Algo de la muerte. O algo del intermedio.

Soñaría con asistir a Harvard o Yale y estudiar alguna carrera metódica y aburrida, solo para

luego tener un trabajo metódico y aburrido, de esos que ahogan la creatividad, que sirven para pagar las deudas que dejó la carrera metódica y aburrida y que dan ganas de quitarse la vida.

Liki, mi hermana menor cuyo nombre real es Angélique, aunque lo odia con todas sus fuerzas, sería... bueno, en realidad sería prácticamente igual: la estrella de sus clases de *ballet*, rodeada de amistades que parecen venerarla y demasiado segura de sí misma y del mundo que la rodea a sus doce años.

Seríamos una familia normal y corriente, aburrida, repleta de huecos por llenar con la cotidianidad, con la supuesta seguridad que nos entrega una vida normal y predecible. Nos imagino cenando en Navidad, compartiendo por primera vez un pavo y escuchando villancicos, dando las gracias por toda la mediocridad que poseemos y...

—Estée.

Gérard, mi padre, me habla y rompe el hilo de la fabulosa historia que había formado en mi cabeza, tan detallada y magnífica que casi había acabado por creérmela. Me mira con atención, casi quemándome con la intensidad de sus ojos chocolate, esos que me hubiese gustado heredar. En vez de eso, tengo su pelo, negro como la noche; por más que lo peine siempre parece que me acabo de levantar. O de electrocutar, tal vez. Pero probablemente los Deveraux no sufriríamos las consecuencias normales de una descarga eléctrica.

Mis ojos, en cambio, son de mi madre. «Verdes como la jungla», dice Gérard cuando quiere dedicarle un halago a Simone, cosa que sucede con más regularidad de lo que me resulta cómodo. «Verde Deveraux», dice Damián, mi mejor amigo.

Pero, sin importar nuestras diferencias, esta noche los cuatro Deveraux tenemos los ojos burdeos. Es el cambio que sufrimos cuando vamos en una de nuestras misiones. Simone me explicó lo que sucedía cuando comencé a trabajar junto a ellos: me dijo que era porque teníamos que resultar «más aterradores». Y la verdad es que funciona. Cuando era pequeña, no pude aguantarme la curiosidad de verme en el reflejo y casi me fui de espaldas.

No es lo único que vuelve más tenebrosa nuestra apariencia. También vestimos unas largas capas negras que nos cubren hasta la cabeza. A Gérard, la capa le sombrea el rostro de nariz aguileña, mientras mira con atención la casa frente a la que hemos aterrizado.

No somos brujos, pero sí tenemos algún que otro poder. El primero es que podemos volar con el viento, a su propia velocidad y pasando completamente inadvertidos por quien sea que mire al cielo justo en el momento de nuestro viaje. Gracias a este medio de transporte, hemos llegado a esta elegante casa colonial perdida en un *cul-de-sac* solitario, libre de cualquier peatón, especialmente a tan tempranas horas de la madrugada.

Nuestro segundo poder es que podemos controlar la visión y el sonido. Con un sencillo embrujo que hago a través de precisos movimientos de mis dedos medio y anular, como si formara la figura de un seis, la gente no puede vernos ni oírnos. Liki y yo siempre nos encargamos de crear este ambiente propicio para que nuestras misiones resulten sencillas.

Nos encaminamos hacia la casa y siento la adrenalina invadir mi cuerpo, zumbear en mis oídos y calentarme la sangre.

Nuestro tercer poder es que no necesitamos cerrajero. Veo en mi mente cómo la materia de la puerta se separa y cómo los átomos aumentan la distancia entre sí, hasta que lo que tenemos enfrente ya no es sólido. Pasamos por la puerta como si no existiese. Desearía poder manipular de esta misma forma muchas otras cosas, pero, como dije, no somos brujos. Estos poderes solo nos ayudan en las misiones, que es cuando los necesitamos.

Y así estamos en el interior de la casa colonial. La decoración es casi exactamente como me la imaginaba: victoriana, antigua, queriendo crear la ilusión de elegancia, pero jactándose realmente de lo costoso que es cada objeto. Hay un retrato espeluznante sobre la chimenea, probablemente de algún antepasado del alma que venimos a cobrar.

Mi trabajo continúa. Sigo haciendo las figuras con mi mano casi de forma inconsciente y ni siquiera me percato de que, poco a poco, el tictac del reloj, el viento que hace bailar los árboles tras la ventana, nuestros pasos que hacen crujir la madera oscura, el zumbido de la electricidad y nuestras propias respiraciones se han vuelto silentes. Nadie nunca podría saber que estamos aquí. Gracias a mí, jamás serían capaces de escuchar nada fuera de lo común; gracias a Liki, no somos nada más que unas débiles sombras en la noche.

Simone nos indica con un movimiento de cabeza que el alma está en el segundo piso. Subimos, sin preocuparnos de ser sigilosos, ya que podríamos dar pasos de elefante y, aun así, nadie podría escucharnos gracias a mi embrujo. No sé si hay más personas en la casa. La verdad es que mi foco de concentración siempre es a quien venimos a buscar; el resto no me incumbe. Hallamos al alma durmiendo plácidamente dentro de un cuerpo regordete de cincuenta y ocho años, roncando como un león. Lleva puesto un pijama que deja en asquerosa exposición un estómago que bien podría estar esperando quintillizos. Rodeamos su espacio de descanso y Simone se coloca a la cabeza, la más cercana a él. La sigue Gérard, luego yo y, a los pies de la cama, Liki. Como yo soy dueña del silencio, invoco el sonido una vez más. Es un silencio que puedo saborear en mis labios, cargado de una energía que parece provenir de lo más profundo de la tierra, como un escudo indestructible que nos da permiso para hacer lo que queramos.

Liki prende su encendedor, solo para dejar constancia de que cree que la misión resultaría mucho más limpia si quemáramos toda la casa. Simone le lanza una sola mirada de rabia para que lo apague. Liki y el fuego han sido mejores amigos desde que tengo memoria.

Mi padre le alcanza la daga a Simone. Se llama Caballero del Cielo y es un arma de la Edad Media que alguna vez perteneció a los templarios. Ella la toma sin mirarla, cierra los ojos y repite el encanto. La imitamos:

—Te venimos a buscar, alma del universo. En esta guerra nos perteneces hoy y siempre, hasta el resto de la eternidad.

A veces decimos el encanto una sola vez. A veces, cinco. El número máximo al que hemos

llegado ha sido quince. Supongo que depende de cuántos segundos o minutos tarde Simone en reunir el coraje para clavarle la daga directamente en el corazón.

Recuerdo muy bien una noche en que creí que tendríamos que repetirlo por la eternidad. Fuimos solo tres, sin Liki, porque Simone temió que la escena que tendríamos que presenciar podría ser demasiado perturbadora para una niña de cuatro años. Pero esta situación era distinta. Lo supe apenas lo vi durmiendo en esa cama, en una posición tan rígida, como un personaje de película. Tenía solo trece años; era el alma más pequeña que había visto jamás. Se llamaba Esteban y estaba involucrado en la muerte de alguien de edad similar. Mi madre repitió el encantamiento varias veces antes de poder finalizarlo, clavándole la daga en el corazón mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, como tantas veces le ocurría, una pequeña reacción que creía esconder bien de nosotras, pero en lo que fallaba estrepitosamente.

Este hombre, sin embargo, no le da lástima a Simone. Lo veo por cómo levanta la daga con confianza mientras seguimos nuestro cántico. Liki y yo detenemos nuestros embrujos de visión y silencio, y entonces el hombre regordete abre los ojos en una milésima de segundo. Cuando el hechizo desaparece, nuestra presencia es densa, como cuando el chocolate caliente te roza los labios.

Nos ve ahí, cuatro sombras con ojos burdeos, aterradores como apariciones, bultos negros sin brazos ni piernas. Demonios. En menos de un segundo los ojos del hombre gordo pasan de sorpresa a pánico. Levanta las manos como para detener la jugada del destino que se le viene encima, pero ya no hay nada que hacer. Nunca hay nada que hacer.

Lo último que oye son nuestras palabras. Lo último que siente es la daga penetrándole el corazón.

El alma se eleva con una elegancia que jamás tuvo en su forma física. Es de color gris, como el humo de la chimenea, posiblemente corroída por sus actos. Me he preguntado varias veces si quizás el alma de una persona buena lleva una tonalidad más pura.

El alma viaja directamente al cofre del tamaño de la palma de una mano que Simone tiene ahora abierto. Simone lo llama el «cofre del cielo», pero jamás he sabido si es su nombre oficial o si es solo un sobrenombre que ella pensó para él. Una vez en su interior, se cierra de un golpe y ahí queda atrapado para siempre. Ninguno de nosotros puede volver a abrirlo. Solo podrá abrirlo él, nuestro Jefe, que hará con el alma lo que se le antoje.

Nuestro trabajo ha terminado. Simone comienza sus encantamientos para confundir a los ojos humanos: en esta ocasión, el cuerpo parecerá haber muerto por un ataque al corazón. A veces simulamos un suicidio, un aneurisma o incluso un envenenamiento si nos sentimos particularmente creativos. Nadie nos ve entrar y nadie nos ve salir. Nadie nos escucha. Y nos marchamos, llevando con nosotros la espada y la pequeña caja que lleva el alma que ahora es nuestra. Bueno, me corrijo: que ahora es de Él.

Aún es temprano, por lo que me imagino que mi padre, Gérard, habrá dejado casi listos los

mejillones a la marinera para deleitarnos con una deliciosa cena.

Antes de abandonar la casa, me giro, me ajusto la capucha sobre la cabeza y sonrío.

A veces desearía decir que somos una familia normal. Pero esto es muchísimo mejor.

PARTE I

CAPÍTULO 1

No sé bien por qué decidí contar mi historia. Supongo que olvido fácilmente los detalles de cómo ocurrió todo: cómo cambié, cómo abrí los ojos, cómo mi familia se transformó en algo distinto para mí..., cómo conocí a Gabriel. Me gustaría que se sepa quién fui. Por eso me remonto a ese entonces, a esa bendita ignorancia, a esa visión tan simplista de los humanos, a esa visión tan inflada de mí misma.

Había sido un verano como cualquier otro —al menos, según los estándares Deveraux—, con innumerables misiones que cumplir y almas por capturar. Siempre me sentía renovada cuando comenzaban los períodos de vacaciones y podía dejar de «relacionarme» —una palabra demasiado amplia para referirme a las tres palabras que compartía semanalmente con mis compañeros de colegio— con gente de mi edad y profesores incompetentes, y podía entrenar para nuestro trabajo. Normalmente hacíamos entrenamientos los tres: Gérard, Liki y yo. Simone parecía no necesitar el mismo ritmo intenso que seguíamos nosotros. Nos despertábamos temprano o nos reuníamos una vez que se ponía el sol. Detrás de la mansión Deveraux había un campo abierto que servía a la perfección para practicar nuestras destrezas. Gérard se movía con la elegancia de una serpiente venenosa, sorprendiéndonos en las luchas de espada y de cuerpo a cuerpo.

—Tienen que pensar en cómo piensa su oponente y responderle antes de que actúe —repetía una y otra vez, mientras Liki y yo caíamos derrotadas al suelo una y otra vez. No éramos un fracaso, pues probablemente en nuestros peores días podríamos haber derrotado al campeón de lucha libre mundial, pero Gérard siempre nos pedía más. Más, más y más. Supongo que pensaba que algún día tendríamos que enfrentarnos al mismísimo universo.

Y quizás no estaba tan equivocado.

Liki siempre intentaba convencer a Gérard de hacer entrenamientos con fuego, pero mi padre solo movía la cabeza lentamente, de lado a lado, mientras le explicaba lo mismo con una paciencia infinita:

—No, Likita, el fuego no sirve para defenderse. —Mi hermana se mostraba violentamente en desacuerdo.

No tengo memoria de Liki sin el fuego. Mis padres habían llegado varias veces de sus respectivos trabajos mundanos, los que tenían para que nadie sospechara de nosotros, para encontrarse con pequeñas fogatas en los alrededores de la mansión. ¿Sus cosas favoritas para

quemar? Muñecas viejas, diarios, sus tareas de la escuela... Según mi hermana, nunca había riesgo; ver las llamas le generaba una sensación de paz.

En realidad, lo que yo soñaba realmente era empuñar el Caballero del Cielo y capturar almas por mí misma. Había asistido a incontables misiones y tenía más que claro que ya era mi turno de hacerlo sola. Después de todo, yo era la heredera, la hija mayor, la que continuaría con la tradición una vez que Él sintiera que ya estaba lista. Y ya lo estaba. Estaba a punto de cumplir diecisiete años, la misma edad en que Simone había sido elegida heredera.

A pesar de mi creciente entusiasmo, a mi madre solo parecía importarle el primer día de clase. Creo que lo hacía en un desesperado intento de ignorar que mi cumpleaños se acercaba y, con él, un nuevo episodio en la historia de los Deveraux.

Ya había perdido la cuenta de todas las veces que había discutido con Gérard y Simone sobre ir a la escuela, porque me resultaba una tortura innecesaria. Asistir a clases, hacer mis deberes y aprobar exámenes me parecía producto de una actuación. ¿Cuál era el fin de todo aquello? Mi misión vital era cobrar almas para mi Jefe, nada más. Además, era notablemente más inteligente que todas las personas de mi edad. ¿Qué sentido tenía entonces continuar con aquel espectáculo? Sin embargo, mis padres insistían e insistían. Según ellos, lo hacían porque era crucial mantener las apariencias. Yo sabía que eso era importante, pero tenía la fuerte impresión de que eran ellos intentando convencerse a sí mismos de que podían llevar una vida normal.

La mañana de regreso a las clases, Simone preparó un festín de desayuno, tal como era de esperar. Normalmente era Gérard quien nos hacía la comida por la mañana, antes de irse a su tedioso trabajo como profesor universitario, pero el primer día era otro cuento... Por los siete infiernos, ¡qué bodrio más grande era el primer día de clase!

—¡Buenos días! —me dijo Simone con una sonrisa de oreja a oreja. Traté de minimizar mis ojos en blanco todo lo que pude. Gérard ya estaba sentado a la mesa de madera de la cocina, que usamos para las comidas informales y que toda mi familia (a excepción de mí) también utiliza para preparar los ingredientes para cocinar.

—Buenos días —respondí en un tono neutro mientras me servía un vaso de jugo. Gérard me lanzó una mirada gélida desde detrás de sus lentes cuadrados. Su mensaje era claro: no hay que hacer enojar a mamá. No podíamos decir cosas que la pudieran herir, hacer cosas que la hicieran enojar ni perpetuar demasiado el silencio, ya que ella podía malinterpretarlo. Nunca había logrado entender por qué su bienestar tenía que ser el más importante de la casa. Era yo, después de todo, la que estaba obligada a asistir a unas insufribles clases durante los próximos nueve meses.

Liki entró arrastrando los pies y le dio a Simone un beso en la mejilla, que ella recibió con una sonrisa. Mi madre se veía satisfecha en aquel momento, volcando los panqueques como si no tuviera ninguna otra preocupación en el mundo, como si después de alimentarnos se dedicara

solamente a cuidar su jardín y a esperar nuestro regreso, en vez de ponerse una capa negra e ir a capturar almas.

Puerto Umbra me parece el lugar más remoto del planeta, perdido en un país que parece colgar del mundo, como si hubiese sido añadido en el último minuto solamente porque al Creador le sobraba un poco de tierra. Es un pueblo pequeño, rodeado de frondosos bosques y montañas, sin atisbos de un puerto. Lo más cercano que tenemos a un océano es el Lago Malva, una masa de agua maloliente donde el psicópata de los ojos —le llamaban así porque lo único que podían encontrar de sus víctimas eran sus globos oculares— lanzaba los cuerpos sin vida. Por supuesto, él había sido una de las almas que tuvimos que capturar, y me atrevería a decir que aquella fue una de las pocas veces en que Simone pareció satisfecha con su trabajo.

—Un alma para evitar la pérdida de muchas otras —dijo esa noche con la daga Caballero del Cielo elevada sobre el corazón del psicópata.

Los tres, que habíamos estado a punto de recitar el conjuro que ataría su alma con el Diablo por la eternidad, sellamos los labios. Liki y yo miramos a Gérard a la espera de instrucciones, pero mi padre, como siempre, estaba demasiado centrado en Simone como para prestarnos atención. Le puso suavemente una mano en el hombro para calmarla, mientras la daga seguía quieta sobre el cuerpo dormido. A Simone le temblaron levemente los labios, como si fuese a llorar, cosa que me impactó tanto que entré tarde con las palabras del encantamiento.

—Te venimos a buscar, alma del universo. En esta guerra nos perteneces hoy y siempre, hasta el resto de la eternidad.

Después de haber guardado el alma con cuidado en nuestro cofre, Simone redactó una carta de suicidio, armó la escena completa para que se viera convincente a través de encantamientos demasiado complejos para mi comprensión y en ella dio a conocer el triste paradero del cuerpo de sus víctimas. A pesar de que en el lago Malva ya no hay cadáveres, sigue siendo un lugar un tanto aterrador y la mayoría de las personas del pueblo lo evita.

Muchas veces me he preguntado si este lugar tan recóndito es el ideal para cumplir nuestro trabajo. Sin duda, hubiese sido mucho más fácil estar en una gran ciudad como Buenos Aires, Nueva York o Tokio. Recolectaríamos la misma cantidad —a veces hasta más de veinte almas por semana—, pero le restaríamos la molestia de tener que transportarnos a esos lugares. Claro, nos acarrea el viento en cosa de segundos, pero siento que mi vida habría sido mucho más apasionante si hubiera sucedido en una gran metrópolis. Simone decía que no era nuestra labor ocuparnos de todas las almas, ya que había otras familias haciendo lo mismo que nosotros —cosa que me intrigaba y enrabiaba en igual medida— y que en Puerto Umbra podíamos lograr una tranquilidad que jamás habríamos tenido en una ciudad grande. ¿Pero quién quiere tranquilidad?

Nadie. La culpa era de mis abuelos, que vinieron a vivir a este pueblo recóndito antes de que naciera Simone.

Pedaleé hasta la escuela, como lo hacía siempre, y eché un vistazo a la mansión que dejaba atrás. Se veía muy poco acogedora en la distancia, incluso abandonada, como muchos pensaban. Parecía una casa endeble de cuatro pisos construida en el siglo... La verdad, no recuerdo exactamente en cuál. Desde aquí, parecía que un simple susurro podría derrumbarla hasta sus cimientos. Pero yo la amaba fervientemente. Los túneles abovedados del sótano, el aire caliente que se encerraba en el ático (a pesar de que casi nunca lo visitaba), el jardín de invierno donde Simone pasaba la mitad de su vida intentando que algo floreciera sin éxito, ese pórtico que hablaba de vidas pasadas, de historia y de lujo, los muebles exquisitos, las sillas de terciopelo, la escalera alfombrada que llevaba a los dormitorios... Me imagino que cualquier subastador podría sufrir un ataque al corazón si llegase a poner un solo pie dentro de la mansión Deveraux. Era mi hogar, pasado de generación en generación, tan intrigante como la familia que lo habitaba.

CAPÍTULO 2

La escuela secundaria, la única en todo el miserable pueblo, me provocaba ganas de bostezar. Pasillos blancos impolutos, casilleros amarillos, canchas de fútbol, salas de clases con pizarrones (también blancos) y pupitres ordenados en línea como un ejército.

Solo la biblioteca parecía ser parte de una maravillosa dimensión paralela. Sus estanterías, cubiertas de libros hasta el techo, guardaban una selección tan completa que causaría la envidia de cualquier universidad. Sus mesas y sillas antiguas, de caoba, eran perfectas para acomodarse y perderse en el tiempo de los libros, que funciona con un reloj aparte, que estira los minutos y los segundos con una capacidad inimaginable. Siempre había sido mi refugio, mi lugar preferido para esconderme de las conversaciones inútiles, los dramas adolescentes, el ruido... y el mundo, quizás.

Esa mañana, apenas entré por las puertas principales, mis pobres oídos y mis sensibles ojos sufrieron con las voces, más altas de lo normal, con los abrazos, los golpes extraños de manos y besos en el aire (y en las mejillas, las bocas y quién sabe dónde más), que abundaban como guirnaldas en Navidad. Me sentí más asqueada que nunca. Intenté avanzar sin rozar ningún cuerpo sudoroso, pero el pasillo estaba tan saturado que mi vestido negro arrastró varias moléculas indeseadas.

Me llevé la mano a la nuca de forma intuitiva, trazando la marca que me hizo Él tantos años atrás. Apenas puedo sentirla. Nadie más la puede ver. Es como un espejismo en mi piel; no es exactamente una cicatriz, sino el fantasma de una herida muy real. La siento punzar cada vez que estamos recitando las palabras de muerte, a punto de capturar un alma. Es como si Él pudiera ser parte de nuestras misiones mediante nuestras marcas. Y eso me encanta.

Fue cuando tenía cinco años que Simone y Gérard me dijeron que era momento de unirme a ellos en su trabajo. Estaba en nuestro prado, en la parte trasera de la colina, disparando con un arco y flechas que eran mucho más reales de lo que me podría haber imaginado, cuando noté que estaban discutiendo algo a distancia. Sus cuerpos estaban rígidos. Simone alternaba entre cruzar los brazos y apuntar desesperadamente hacia la mansión. Gérard parecía intentar calmarla; en otras palabras, la típica comunicación entre ambos. Finalmente, fue él quien se acercó a mí. Se hincó y, quitándome suavemente el arco y las flechas de las manos, me sonrió. Su mirada derrochaba tanto amor que podría haberme emborrachado con él.

—Panquequito —me dijo con ternura—. Hay alguien a quien queremos que conozcas.

Me dio la mano, me levantó y yo lo seguí sin titubear hasta el interior de nuestro hogar. Simone estaba muy seria, con el enojo haciéndole temblar las sienes. Nos detuvimos frente a la biblioteca. Fue Gérard nuevamente quien me explicó lo que iba a suceder.

—Panqueque, ¿te acuerdas de que te hemos comentado que nosotros hacemos un trabajo muy importante?

Asentí. No recuerdo las emociones que me invadían en ese momento..., apenas recuerdo todo lo demás. Sé que tengo viva la imagen de aquella secuencia por el dolor que luego sentí. Si no fuera por él, no recordaría nada. Es increíble cómo el dolor nos hace recordar. Ingresé a la biblioteca de la mansión con el corazón levemente acelerado; la rabia de Simone y los nervios de Gérard, que tanto intentaba camuflar, se me presentaban como un misterio. ¿Qué estaba haciendo que mis padres, siempre tan seguros de sí mismos, parecieran un par de fósforos consumidos por el fuego?

La puerta se cerró a mis espaldas y me vi ahí sola. Me invadió una sensación extraña, difícil de reconocer a esa edad, difícil de reconocer hasta el día de hoy, si soy sincera. Mis padres jamás se encontraban a grandes distancias de mí: si ellos estaban en el prado lanzando flechas, luchando con espadas o cuerpo a cuerpo —cosa que interpretaba en ese momento más como una extraña danza—, yo solía estar a algunos metros anudando el pasto, cantando o incluso aprendiendo a reconocer las distintas armas.

Solo me dejaban a solas cuando era hora de dormir. Pero ahora me habían empujado suavemente hacia la biblioteca, motivándome a entrar, intentando llenarme de valor, como cuando querían que me acercara más al vidrio de la anaconda en el zoológico.

Mi primera impresión fue que la habitación hervía como una tetera, con un calor sofocante que nunca antes había sentido. El calor de la biblioteca siempre era acogedor, perfecto para acurrucarme con Gérard para que me leyera cuentos de animales que hablaban, de hadas que tenían polvos mágicos para volar y de niñeras con narices con verrugas y un corazón enorme. Cada personaje tenía su propia voz y mi papá se involucraba tanto en cada representación que yo terminaba riéndome más con sus gestos y sonidos que con la historia en sí.

Ahora, la biblioteca parecía un infierno. No vi nada fuera de lo común; las estanterías se encontraban donde siempre, los sillones también e incluso las frazadas seguían desordenadas sobre ellos después de haber visto la película *Los locos Addams* la noche anterior. Empecé a sentir punzadas en la cabeza por el calor e iba a darme media vuelta cuando escuché su voz:

—Estée.

Suave. Su voz era suave como el terciopelo, como un susurro que apenas acariciaba las olas de sonido. No pude asustarme. Con esa voz, sentí como si todo el calor insoportable de la habitación hubiese desaparecido y solo me quedara la calidez de un abrazo. Mi cuerpo se relajó, me entró un sueño tan repentino como el zumbido sorpresivo de una avispa y me dejé caer en su embrujo. Los párpados me pesaban. De pronto, todo estaba bien en el mundo y no había nada de qué preocuparse.

Él estaba junto al fuego de la chimenea. Miré de un lado a otro con desconfianza, preguntándome cómo no lo había visto antes. ¿O es que acaso acababa de aparecer, tal como los hechiceros de los cuentos de Gérard? Dijo mi nombre como si estuviera descubriendo un sabor nuevo.

—Ven, acércate.

Mi cuerpo se volvió rígido, como si estuviera incitándome a correr, pero le obedecí. Había algo sumamente cautivador en el sonido delicado de su voz y en su invitación. Era el hombre más delgado que había visto en toda mi vida. Ni siquiera el jardinero esquelético que a veces veía en la escuela se le asemejaba. Me fui acercando con la seguridad que me había enseñado mi madre. «Nunca, Estée, nunca dejes que alguien te haga sentir inferior», me había dicho tantas veces y con una voz tan brusca que yo miraba de reojo a Gérard para que él me tranquilizara con su sonrisa.

¿Era siquiera un hombre? De pronto, me pareció imposible que este personaje estampilla que tenía frente a mí tuviese un corazón que latiera y unos pulmones que se llenaran de aire. De seguro no había espacio para aquello. Por segundos tuve la certeza de que si me concentraba podría ver el fuego a través de él, como si fuera un fantasma.

Comenzó a entrarme sueño. Los párpados me pesaban. Había algo extraño en aquella figura y no podía definir qué era. Le temía, pero también confiaba en él; era la combinación más extraña de emociones que jamás había sentido. Escuché las palabras de Simone en mi mente: «Cuando tengas miedo, escucha el sonido de tu corazón. Respira profundo. Todo está bien. Tú tienes el control y tu cuerpo está bien». Supuse que era un personaje mágico que se había escapado de uno de los libros, y que Simone y Gérard me habían dejado conocerlo a solas, porque solo los niños podían verlo. Él me sonrió. Sus dientes eran afilados, como los de un lobo.

—Nos conocemos de antes, pero, claro, no lo recordarás. Tenías apenas unas horas de vida.

Ya estaba lo suficientemente cerca como para poder ver sus ojos. Di un paso atrás. Eran rojos como cerezas.

—Siempre es un gusto conocer a la mayor de las Deveraux —dijo como si lo hubiese hecho en incontables ocasiones y luego estiró su mano hacia mí. La tomé. Estaba caliente como las brasas, cosa que me hizo salir de mi ensoñación por un momento.

—¡Auch! —exclamé, quitándola con rapidez, y añadí—: Soy la única Deveraux.

No quería que se percatara de que el ardor de su mano me había asustado. «Nunca muestres fragilidad», me dije a mí misma. Este no era un lema que me hubiese enseñado Simone. De hecho, mi madre solo añoraba que fuera frágil y capaz de expresar mis sentimientos, una idea que hacía ruido con la otra de no dejar que nadie me hiciera sentir inferior. Mi madre era una mujer compleja; siempre parecía querer lo mejor de ambos mundos.

Los ojos de Él estaban fijos en mí, como si fuera capaz de leer mis pensamientos y estos le resultaran divertidos, y sus labios casi inexistentes escondían una leve sonrisa. «Concéntrate en tu

corazón», resonó en mi cabeza la voz de mi madre. ¿Quién era este hechicero? ¿Cuánto tiempo más tendría que pasar en su extraña presencia?

—Por el momento —respondió él, como si fuera capaz de leer el futuro. Y lo era, por supuesto, porque en cosa de meses Simone quedaría embarazada de Liki. Apartó su mirada de mí, anudó sus manos tras la espalda y dio pasos lentos de un lado a otro de la chimenea—. Tus padres me han contado que conoces el trabajo que ellos hacen.

Solo sabía que cumplían ciertas misiones muy importantes y que siempre ocurrían de noche. Una vez me habían arropado en mi cama y leído un cuento. También sabía que este era un trabajo secreto y que nadie podía saber de él: para todo el mundo, Simone era dueña de la Floristería Madelaine y Gérard era profesor de Lenguas en la universidad local. Pero desconocía todo lo demás: adónde iban y en qué consistían sus misiones. Sabía que eran importantes, tanto como Frodo destruyendo el Anillo, pero hasta ahí llegaba mi conocimiento. Él continuó:

—Y creo que ya es hora de que te puedas sumar a ellos.

Eso me entusiasmó inmediatamente. Si Simone y Gérard tenían un trabajo muy importante, claro que quería formar parte de ello. Mis compañeros de escuela, a los que tanto odiaba, tenían padres y madres que trabajaban en oficinas, tiendas u hospitales, y ninguno de ellos los invitaba a trabajar en conjunto. ¿Pero yo sí podría ayudarlos? Aún más, ¿necesitaban mi apoyo? Me pareció el mejor panorama desde que a Gérard se le ocurrió regalarme un juego de química para mi cumpleaños.

—Claro que sí. Haré un gran trabajo —dije con voz firme, inyectando mis palabras con la confianza que me había enseñado a tener Simone. El personaje me presentó una risa muda y sus ojos rojos brillaron.

—Dicho como una verdadera Deveraux.

Tenía un millón de preguntas: ¿cuándo empezaría?, ¿tendría que faltar a clases (por favor)?, ¿ganaría dinero? Y, principalmente, ¿qué era lo que tenía que hacer? Pero no iba a parecer una niña pregunta, pues mis entrañas me advertían que había algo curioso en él, algo que iba mucho más allá de sus ojos color cereza.

—Me alegra que estemos en la misma página, Estée. Así, tú puedes empezar a servirme a mí, y yo empezar a servirte a ti. Durante el resto de tu existencia.

No sé lo que fue —un anillo, lo más seguro—, pero me plasmó algo hirviendo en la nuca para que llevara por el resto de mis días su marca y el símbolo de su pertenencia.

Ahora, en mi primer día de escuela y como casi todos los días, mis dedos trazaban la cicatriz fantasma, como si con mi contacto con ella pudiera alejarme de esta fatídica realidad, pudiera enmudecer las voces chillonas, volverme ciega ante los patéticos intentos de relacionarse los unos con los otros. Ojalá pudiera sentirme más cerca de él y más lejos de esta charada.

Los humanos siempre me han parecido una especie irritante e inexplicable, como un puzle

fallido que sigue intentando completarse porque se desconoce su error. Gérard siempre me decía que no me refiriera a los humanos como algo ajeno a mí, que yo también era una de ellos, aunque habría preferido no serlo. Además, ¿cómo podía considerarme igual a ellos? Yo tenía en mis manos el poder de silenciar un espacio, de hacerme invisible, de manejar a la perfección armas que ellos jamás soñarían con utilizar y de robar almas en un cofre para entregárselas al Señor de las Tinieblas (está bien, es cierto que aún no podía utilizar mis encantamientos de forma libre, solo cuando había una misión pendiente o estaba con Simone, pero todo eso cambiaría cuando me entregaran mi primera asignación independiente). Ellos no tienen la posibilidad de hablar con el Diablo como si fuera el vecino, no cuentan con su atención ni su respeto ni su cariño. Yo haría grandes cosas con mis días, manipularía la vida y la muerte; ¡ya era parte de algo muchísimo mayor que yo! En cambio, ellos se preocupaban de que les hubiese salido una espinilla y de la calificación que conseguirían en el examen de química.

Si yo fuera igual a cualquiera de esos esperpentos, hubiera preferido que me mataran en aquel momento.

Cuando finalmente llegué a la sala que indicaba mi horario, me acomodé, como siempre, en la última fila, saqué mi libro de la mochila (*El príncipe*, de Maquiavelo), crucé mis botas negras de combate sobre el pupitre de delante y me perdí entre sus letras. Mi vestido también era negro, como las medias que sobrepasaban mis rodillas y, por supuesto, mi cabello negro como una aceituna. Me resultaba cómodo vestir de negro y esto no guardaba relación con que mi Jefe y Damián, mi mejor amigo, siempre llevaran ternos de ese color. El negro era simple y fácil. Mis botas negras de combate eran parte de la gran mayoría de mis atuendos. Si no, eran mis amadas Converse, del mismo color.

A propósito de Damián, mientras estaba ahí sentada rogando que cayera un meteorito y terminara con las miserables vidas de todos a mi alrededor —a pesar de que eso me hubiese dejado sin trabajo—, me percaté de que hacía semanas que no lo veía. No me extrañaba, porque era parte de su comportamiento: a veces se quedaba semanas rondando Puerto Umbra y la mansión Deveraux; otras desaparecía como si nunca hubiese existido. Esos momentos eran los peores para mí. Comprendía que Damián siempre tenía que estar en movimiento, ya que era un demonio y, a pesar de que no sabía exactamente lo que hacía, entendía que se relacionaba con hacerles la vida más difícil a los humanos. En todo el mundo, a cada momento. Pero saberlo no hacía más fácil que se acercase por semanas sin mandar ni un solo mensaje.

—¡Niños! —empezó a chillar la profesora de español, una mujer tan insignificante que no recuerdo ni su nombre, interrumpiendo mis pensamientos sobre Damián.

—¡Niños, silencio! ¡Silencio, por favor! ¡Niños! —chillaba como una ardilla ahogándose.

—¡Hola, Estée!

Una voz dulce me sacó de mi trance. Elevé la vista y ahí estaba ella, con su cabello rubio hasta la cintura, unos pantalones cortos y un *top* que dejaba a la vista el ombligo. Me dedicaba una

sonrisa con fingida seguridad, pero la traicionaba el temblor de sus hoyuelos. Cerré el libro de un golpe, porque sabía que la haría saltar. Así fue. Su sonrisa casi se cayó, pero en un segundo ya estaba arriba de nuevo, mostrando su dentadura perfecta.

—¡Hola, Milena! —le respondí con la voz cargada de cinismo. Ella intenta obviarlo. Después de tantos años, supongo que sabía que esperar una sonrisa genuina de mi parte era tan imposible como que el Diablo perdonara una vida.

Nos conocíamos desde niñas. Ella siempre había sido la abeja reina, mientras que yo siempre había sido la princesa de la oscuridad. Supongo que entre miembros de la realeza siempre tiene que haber un grado de cordialidad, porque año tras año Milena me saludaba y me preguntaba cómo había estado mi verano y, durante el semestre, solía desearme suerte en los exámenes y animarme a asistir a los bailes escolares como si no supiera que para que mi respuesta cambiara tendría que morir y volver a nacer. Y repetir el proceso unas veinte veces más.

—¿Cómo estuvo tu verano? —preguntó con su voz azucarada.

—Maravilloso —le respondí con un suspiro que había visto a otras de sus amigas hacer cuando inflaban algo mediocre que les había sucedido para que pareciera digno de una revista de celebridades.

—Bueno, solo quería desearte un gran año y aprovechar para invitarte a la fiesta de regreso a clases que daré este viernes en mi casa. ¡Son todos bienvenidos!

Sus ojos eran una extraña mezcla entre verde y amarillo, como un prado quemado. Era la primera vez que notaba eso de ella. Era tan insoportablemente perfecta. Me la quedé mirando un buen par de segundos, absolutamente quieta, lo suficiente como para que ella comenzara a incomodarse, balanceara su peso de un pie al otro y mirara de reojo a su alrededor, como si alguien pudiera lanzarle un salvavidas.

Simone me decía unas cuantas veces a la semana desde que tenía seis años que debería, por lo menos, *intentar* hacer amigos y que una de las grandes felicidades de la vida es tener amistades y abrirles el corazón, lo que me parece bastante curioso, teniendo en cuenta que ni Gérard ni Simone tienen ninguna.

Pero mis problemas siempre eran los mismos: no había encontrado a absolutamente nadie que tuviera la menor semejanza conmigo, y no tengo secretos en mi corazón.

Pero como el bienestar emocional de mamá era el más importante de toda la casa, por supuesto que había hecho esfuerzos para mantenerla feliz. A los siete, por ejemplo, intenté hacerme amiga de una niña pelirroja y pecosa que usaba lentes y tenía asma. Me parecía una candidata ideal. Comencé acercándome a ella durante los recreos e invitándola a jugar a las escondidas. Lo intentamos tres veces, pero cuando me percaté de que era capaz de hallarla en cuestión de segundos por culpa de su defectuosa respiración, supe que aquello no terminaría bien. Intenté que jugáramos a lanzarnos la pelota, pero Mari no poseía coordinación entre su cerebro y el movimiento del resto de su cuerpo. Eran dos sistemas independientes. Su cerebro gritaba

«¡agárrala!», pero sus brazos se elevaban tres segundos más tarde y en la dirección contraria. No quise ni imaginármela cumpliendo nuestras misiones, porque solo de pensarlo me dolía el estómago.

Terminé con mi fiasco de experimento lo antes posible, por supuesto; era hora de probar con otro espécimen. El problema era que nadie me había dicho que entablar una amistad es un millón de veces más sencillo que terminarla. A Mari no le bastó con que le dijera que no quería jugar nunca más con ella, que mirar sus pecas me mareaba, que su respiración parecía la de una vaca moribunda y que sería víctima de acoso escolar por el resto de su vida. Me seguía corriendo al lado de mi bicicleta cuando regresaba a casa y, tras un cuarto del camino, caía desmayada con un ataque de asma. Cada una de las veces en que aquello ocurrió tuve el impulso de seguir pedaleando y dejarla ahí tirada. Pero no. Siempre volví, busqué el inhalador en su mochila y se lo apliqué varias veces por la boca. Claro que eso la hacía creer con razón que yo estaba mintiendo y que en mi corazón quería seguir siendo su amiga. Si sus padres no hubiesen decidido poco después divorciarse e irse a vivir al otro extremo del país, probablemente todavía seguiría interrumpiendo mi camino a casa para ayudar a una pelirroja.

Supongo que también llevo conmigo una energía distinta. Aunque Simone lo niegue hasta la muerte, estoy segura de que hay algo en nosotros que insinúa nuestra relación con el Diablo. Aunque sea un aura, una sensación, esa reacción intuitiva que tienen los humanos cuando se ven frente a un depredador.

Y era por eso que la preciosa y perfecta Milena me invitaba ese día a su fiesta de inicios de año. También lo haría para la fiesta de otoño, de invierno, de Navidad, de año nuevo, de primavera, de fin de clases y casi todos los fines de semana del semestre, cuando simplemente necesitaban una excusa para emborracharse. Manteníamos una relación de respeto: ella cumplía con su deber de preguntármelo, y yo con el de no asistir.

Lástima que a Simone no le importara el acuerdo. Dos años atrás había encontrado por casualidad una de las invitaciones de Milena doblada en un millón de pedazos en mi mochila. Debía haberla llevado al laboratorio de química y quemado con arsénico, cosa que hice con todas las que vinieron después.

—¡Estée, te invitaron a una fiesta! —me dijo con los ojos brillantes como luciérnagas y una sonrisa tan llena de emoción que, por un segundo, me hizo sentir mucha compasión por mi madre. Pero al próximo segundo esa compasión se hundió en el séptimo infierno. En otras circunstancias, es decir, en una dimensión paralela donde me importara lo que otras personas de mi edad pudieran pensar de mí, me habría dado una profunda vergüenza que mi mamá se emocionara tanto por una simple invitación, como si yo no fuese digna de ella. El ego casi me hizo tropezar por segunda vez en menos de cinco minutos, cuando estuve a punto de decirle con voz de superioridad que a mí me invitaban a todas las fiestas. Me mordí la lengua.

—Y es este viernes —continuó leyendo—. No hay ningún problema: si tenemos una misión,

iremos tu padre, Liki y yo. Podemos ir a comprar un vestido nuevo, algo que te guste, y podríamos añadir algo de color...

De más está decir que Simone no creyó ni una de las mil excusas que inventé para librarme. Peor aún, me llevó en el auto hasta la puerta de casa de Milena y me observó hasta que me recibieron en la entrada. La expresión de Milena hizo que casi todo valiera la pena: fue de absoluto pánico, aunque rápidamente lo camufló con una sonrisa. Había decidido quedarme un par de minutos y luego escaparme a cualquier otro lugar —la orilla del río, la plaza de Eneldo, las puertas de la biblioteca de la escuela, ahora cerrada—, pero me ganó la curiosidad y terminé quedándome un tiempo más, explorando la casa y observando a aquellas extrañas criaturas que bailaban, comían, bebían y se besaban por doquier.

Entonces, me senté en un sofá rosa, sosteniendo un vaso de plástico con un líquido fétido que fui incapaz de tragar, y un chico se sentó a mi lado. No recordaba haberlo visto jamás, pero según él íbamos juntos a la clase de Matemáticas. Comenzó a hablarme sobre lo genial que era la fiesta y lo mucho que le gustaba el fútbol con una voz pastosa, como si tuviera la lengua hinchada. No entiendo la relación de los humanos con el alcohol. En fin, se giró hacia mí y plantó sus labios babosos en los míos.

Me puse de pie como si me hubiesen electrocutado y salí furiosa de la casa sin una sola mirada atrás. ¡Esperpento asqueroso e irrespetuoso! Había sido mi primer beso y me lo habían aniquilado. Nunca esperé que ese beso fuese especial o mágico, digno de esos cuentos de hadas sosos que tanto les gustan a las chicas de mi edad, pero al menos esperaba que fuera con alguien que me gustara, al menos, un poco. Al menos, alguien que me hiciera cuestionarme si lo encontraba lindo o no, guapo o no, besable o no. Sentí una fuerza que pareció nacer de mi estómago, envenenándose por dentro y convirtiéndose en ácido en mi lengua.

Odiaba que esta excusa de humano lleno de espinillas hubiese intentado convertirme en aquello que tanto odiaba: una chica más, absolutamente ordinaria, en espera de un beso que valiera la pena. Quise juntar todo lo que conocía, hechizar el sonido, engañar a los ojos y robarme todas sus almas. Eran presa fácil. Estaban bebidos, drogados y quién sabe qué más; estaban absolutamente separados de su lógica y de su moral. Podría haber puesto en práctica mis conocimientos con el arco y haberme robado tres, seis, doce, veintitantas almas. Se las habría llevado de regalo a nuestro Jefe y me habría hincado ante él con mi fuerza destructora nuevamente dormida.

Pero las cosas no funcionaban así. Por más que lo hubiese querido, no podía robar almas sin el consentimiento del Jefe. Él nos indicaba cuáles debían ser castigadas; nosotros obedecíamos. Aunque pudiese encontrar excusas fácilmente para cada uno de los chicos de mi edad que me rodeaban: infidelidad, mentira, engaño en las pruebas, comportamientos degenerados, abuso de drogas y alcohol, acoso escolar... Había robado almas por crímenes muchísimo menores que aquellos.

En resumen, jamás volvería a ir a una estúpida fiesta.

—Muchas gracias por la invitación, Mili —le dije con una falsa sonrisa aquella mañana. No sé por qué, cada vez que utilizaba su sobrenombre, sentía que un escalofrío le recorría el cuerpo. Pero era divertido. Y por eso lo hacía—. No sabes cuánto me gustaría ir, pero tengo planes el viernes por la noche.

Mi respuesta era casi siempre igual. Cambiaba un poco lo de mis planes. A veces incluso era lo suficientemente generosa como para entregarle algunos detalles: el cumpleaños de mi padre, el funeral de mi abuelo, que le iban a sacar las muelas del juicio a mi hermana o que iban a castrar a mi dragón de Komodo. Ella sonreía aliviada y me decía:

—Bueno, la próxima vez será. —Y así se restablecía el equilibrio.

Aquel primer día se mantuvo todo dentro de la normalidad: me senté en mi mesa de siempre en la cafetería, almorcé leyendo mi libro del momento, asistí a mis clases, tomé algunas notas solo por tedio y finalmente me fui de regreso a casa en bicicleta.

Había sido un día tan aburrido como podía esperarse. Pedaleé con media sonrisa de camino a casa, aliviada de haber terminado ya la primera tortura, gozando del aire cálido que golpeaba mi rostro y sintiendo que volaba, igual que todas las noches magníficas en que el viento nos llevaba a donde tuviésemos que ir, en busca de un alma que merecía castigo. Igual que hoy.

CAPÍTULO 3: GABRIEL

No sé cómo pude ser tan iluso y creer que sería una mañana como cualquier otra. Me había levantado al alba, como siempre, había salido a trotar, como siempre, y me encontraba exprimiendo naranjas para el desayuno, como siempre, cuando mamá bajó las escaleras y me miró con los ojos desorbitados.

Suspiré profundamente y puse los ojos en blanco. Mi mamá llevaba su cara de loca, como solía llamarla, a veces con cariño y otras con rabia e impotencia. Esta vez se venía un huracán. Pude sentirlo en la forma en que se aferró a la mesa jadeando, como si hubiese corrido kilómetros.

Sus «destellos de certeza», como ella llamaba a sus visiones, siempre aparecían de repente, como luciérnagas en verano; haciendo homenaje a la comparación, las visiones también morían como ellas, rápida y silenciosamente.

Casi había perdido la cuenta de en cuántas ciudades, pueblos y países habíamos vivido desde que nació. Habíamos recorrido América por completo, desde los fríos paisajes de Inuvik, Canadá, hasta las pobladas y calurosas calles de Buenos Aires, donde nos hallábamos ahora. Llegábamos a cada lugar como un rayo en la noche, iluminándolo todo, llenando de luz los corazones vacíos de los habitantes, porque esa era la reacción que mis padres provocaban en el resto; podían llevar solo días en un nuevo lugar, pero ya nos recibían con canastas de flores y galletas en la entrada.

Mi situación no era diferente; los directores de escuela nunca podían disimular su orgullo de que Gabriel Volts formara parte de la escuela y todos querían ser mis amigos, prestarme sus apuntes e intentar ganarse mi corazón. Todo este escenario de ensueño se mantenía hasta que mamá tenía una visión, captaba una imagen en su mente o en su corazón y simplemente *sabía*, con total certeza, que era momento de seguir moviéndonos. Solía hablar de una energía y, con cada mudanza que hacíamos, decía que la sentía más fuerte, que no podíamos detenernos hasta encontrarla en su máxima plenitud.

Sí, mi mamá estaba un poco loca. Quizás por eso me había interesado por la psicología a tan temprana edad. Los primeros textos que leí hablaban de enfermedades mentales, delirios de grandeza y trastornos de personalidad. Cuando la bibliotecaria de la escuela de turno —si mis cálculos son correctos, debió ser en Boston— me pilló estudiando textos reservados para los estudiantes de último año y llamó a mi madre para expresarle cuán *terriblemente preocupada* estaba por mis lecturas, mi madre solo tardó un par de minutos en hacerla reír hasta las lágrimas y encantarla con su dulzura para que olvidara la razón de la llamada.

Los Volts éramos una familia de tres: mamá, papá y yo. Según mamá, papá tenía un don y, según mamá, papá tenía un don. En conclusión, mis padres se admiraban mutuamente con intensidad por su capacidad de acompañar a las personas. Porque eso era lo que hacían: acompañaban. Viajábamos alrededor del mundo para que ellos pudiesen hacerles compañía a enfermos, solitarios, deprimidos y suicidas. Les daban palabras de aliento, les cocinaban, los vestían, les bailaban y jugaban con ellos al ajedrez; cualquier cosa para que pudiesen estar más felices y cómodos. Siempre me molestó que ninguno de los dos tuviera un grado profesional para acompañar su trabajo. Sencillamente llegaban a una ciudad porque mi madre podía sentir, en sus episodios maníacos reveladores, una energía poderosa que indicaba que alguien ahí los necesitaba. Y, aparentemente, se ganaban la vida de esta forma, ya que la escasez nunca fue para nosotros nada más que una palabra en el diccionario.

—¿Cuándo vamos a dejar de mudarnos? —les pregunté una vez, furioso porque me vería obligado a abandonar una escuela donde finalmente cursaban Psicología, la asignatura que tanto me apasionaba.

Recuerdo que ambos me miraron atónitos.

—Gabo —comenzó mi papá con cautela, como si quisiera hacer entrar en razón a un animal salvaje—, el trabajo que hacemos tu madre y yo es muy importante. Ella sabe dónde tenemos que ir y no podemos dejar de movernos hasta estar en el lugar correcto en el minuto correcto.

A veces sentía que mis padres iban a volverme loco, pero eran la única familia que tenía. Había leído muchísimo intentando comprenderlos: su necesidad de moverse, de no echar raíces, de estar dispuestos a darlo todo por calmar el sufrimiento ajeno, y de su nulo miedo a la muerte. Mi única conclusión era que ambos debían de haber experimentado cosas terribles en su infancia y que ahora estaban intentando enmendarlo.

Pero, a veces, en muy contadas ocasiones, cuando me encontraba de sorpresa con mi padre frente al televisor o iba a buscar a mamá en mi camioneta al hospital, percibía algo en ellos que era incapaz de identificar: un cansancio, una resignación, un peso sobre los hombros... Sin embargo, apenas me veían aparecer en el umbral, sus ojos se llenaban de luz, enderezaban su postura y me saludaban cariñosamente. Era como si mis papás me estuvieran escondiendo una parte de sí mismos. Muchas veces pensé que quizás no habían sido ellos quienes habían sufrido cosas terribles, sino que, por el contrario, las habían llevado a cabo, y que todo lo que hacían no era más que una desesperada búsqueda de perdón. ¿Por qué cambiaban tanto de ciudad? Eso era Psicología 101: intentaban huir de sus propios fantasmas, sin darse cuenta de que los seguían dondequiera que fueran.

A pesar de mis estudios y de la relativa compasión que podía sentir hacia ellos, mis padres y sus mudanzas me hartaban. No era mi responsabilidad como chico de diecisiete años hacerme cargo de sus conflictos emocionales. Yo tenía los míos propios: tratar de lidiar con un mundo que me veía constantemente a través de los anteojos de la perfección. No importaba a dónde llegara,

la situación era siempre la misma: los profesores entablaban conversaciones profundas conmigo, todos los chicos querían ser mis amigos y todas las chicas, mis novias.

Sé que esto puede ser la definición de paraíso para cualquier persona de mi edad, pero había algo tan raro, tan inusual en cómo cambiaban al verme llegar... No eran ellos mismos, sino una versión mejorada; me mostraban solo sus colores más brillantes, desesperados por que yo les prestara atención, como pavos reales intentando conquistarme. Y eso, por supuesto, no hacía más que repelerme. Me seguían como un imán, se ofrecían a hacerme las tareas, a comprarme ropa, a darme las respuestas de los exámenes.

Yo podría haber sido un rey. Pero solo quería ser un chico normal y que, al menos una vez en la vida, una chica me rechazara o un chico se burlara de mis pantalones o de mi corte de pelo. Sé que cualquiera daría el mundo por estar en mis zapatos, por ser valorado, adorado y popular, pero hay algo muy vacío en el amor que te entrega un grupo de personas que ni siquiera te conoce: no saben lo que piensas, no conocen tus sueños, ni las cosas que anhelas o las que temes.

—Déjame adivinar, mamá. Es hora de irnos —le dije a mi madre esa mañana mientras casi me atragantaba con un segundo vaso de jugo de naranja de la mera frustración que sentía.

Ella me miró con los labios apretados.

Llevábamos solo cuatro meses viviendo en Buenos Aires. Había terminado de desempacar la última caja hacía solo dos días y, al parecer, tendría que volver a llenarlas. Odiaba todo el proceso de cambio: la revelación de mamá, empacar las cosas y la tenue luz de esperanza que comenzaba a prenderse a medida que se acercaba el día de marcharnos; quizás, solo quizás, en este nuevo lugar nadie me miraría como si fuese un dios, tal vez alguien me ignoraría en los pasillos e incluso me acosaría un poco. Podría soportarlo.

Estaba harto de mi vida de miel. Ningún personaje levemente interesante de la historia había surgido de una casa de azúcar: dos padres perfectos que jamás me regañaban y un mundo que me abría sus puertas, sin preguntarme ni exigirme nada, con cada paso que daba. Odiaba esta ilusión. Muchas veces había soñado con tener un hermano; quizás con un pequeño Volts a mis espaldas la vida sería un poco más normal..., un poco menos de cristal.

Es absurdo que un niño diga que quiere sufrir, pero eso era lo que yo añoraba: alguna dificultad, alguna puerta cerrada que tuviera que golpear, alguna necesidad no satisfecha, alguien que se enojara conmigo cuando iba a visitarlo en vez de darme una sonrisa, alguien que gritara, que pateara, que me dijera: «¡A mí no, a mí no!».

—Este sí será el lugar. Nos quedaremos más tiempo ahí —afirmó mi madre forzando una sonrisa que escondía cansancio, mientras yo la miraba desde arriba, por los varios centímetros que le llevo de ventaja. Acomodó el mechón de pelo que siempre se caía sobre mis ojos y lo lanzó hacia atrás. Era pan de cada día que me sugiriera «recortarlo un poco», pues le resultaba molesto ver cómo caía sobre mi visión una y otra vez, tan irritante como un cordón que se niega a quedarse

amarrado a su gemelo. Pero yo sabía que siempre lo mantendría ahí, pues me hacía sentir ligeramente imperfecto.

Apenas regresó papá del supermercado, mamá le dio la noticia. Él la abrazó sorprendido y agradecido, como si acabara de revelarle que serían padres por segunda vez.

Una semana después, habíamos regresado las llaves del departamento, embalado todas nuestras pertenencias terrenales y tanto mi camioneta roja como el Sedán de mis padres estaban hasta los topes. Papá me explicó diez veces cómo llegar al pueblo diminuto que era nuestro nuevo destino, marcándomelo con rojo en tres mapas distintos.

—Por si nos perdemos en el camino —me repetía, y yo no podía parar de pensar que esto de trabajar como acompañantes les estaba causando estrés por separación.

—Si nos perdemos nos encontraremos allá. Si me pierdo y no sé dónde ir, siempre puedo detenerme en un pueblo o una gasolinera y pedir indicaciones —le dije yo en un intento bastante débil de calmar su ansiedad.

Desde que me habían regalado la camioneta por mi cumpleaños, dieciseis las mudanzas se habían convertido en una tarea extrañamente dolorosa para mis padres; era como si temieran que desapareciera en mitad de la carretera. Concluí que habían crecido en casas de acogida, pasando de hogar en hogar, de familia en familia, sin pertenecer realmente a ningún lugar. Eso explicaría a la perfección su necesidad de moverse... y su miedo a perderme.

Subí a la camioneta, me ajusté el cinturón y, cuando mi mano se dispuso a prender el motor, me sobresaltó la figura de mi padre metiendo su cabeza en el vehículo a través de la ventana.

—¿Tienes alguna duda sobre cómo llegar al destino?

—No, papá —dije rápidamente. Ahora sí prendí la radio, que llenó mi camioneta con una guitarra de *rock*.

—¿Llevas el mapa a mano?

—Sí, papá. Los tres mapas son mis copilotos —le aseguré con una risa sarcástica, dándoles golpecitos a los papeles abiertos sobre el asiento a mi izquierda.

—Muy bien —dijo él, a pesar de que parecía todo menos bien. Echó un vistazo a mis mapas, a la radio, al limpiaparabrisas y, luego, sin mirarme, me sostuvo el hombro. Vi cómo mamá se acercaba rápidamente y mi padre fue en su busca. Llevaba una pequeña caja de madera con incrustaciones de una flor abultada y muy extraña que no supe reconocer. Por culpa de la música y la distancia, no pude escuchar de qué hablaban, pero papá frunció el ceño con desconfianza. Poco después, fue mamá quien apareció en mi ventanilla.

—Gabo, ¿puedes hacerte cargo tú de esto? Es una herencia familiar muy importante. Viejo y feo, pero importante —dijo con una risa un tanto forzada. Las sonrisas eran para mi madre el pan de cada día; las risas, no tanto. Agarré la caja mientras mamá no le quitaba los ojos de encima y la guardé en la guantera. Me obligué a sonreír.

—Cuídate, Gabo. No te detengas, no entables conversación con nadie, ¿me oíste? Nos vemos

allá.

—En Puerto Umbra —exclamé poniendo en marcha el motor, aparentando entusiasmo. Por Dios, mis padres me trataban como si tuviese cinco años. A través del retrovisor vi cómo ambos me seguían con mirada preocupada hasta que giré en la esquina y los perdí de vista.

Cuando me detuve en una gasolinera varias horas más tarde a comer un donut y tomarme un café de máquina, abrí la caja que mamá tan cuidadosamente me había pasado. En su interior había un extraño pedazo de metal, brillante como una espada e irregular como la pieza de un puzle. Lo tomé y me encontré mirándome a mí mismo, como en un perfecto espejo. Suspiré con profunda resignación. De verdad, mis padres estaban muy locos.

CAPÍTULO 4

Él no venía a visitarnos con frecuencia. Normalmente era Damián quien nos traía los pergaminos que contenían el nombre de nuestra próxima víctima. Nuestro Jefe era alguien demasiado ocupado como para venir a darse una vuelta por la mansión Deveraux, pero también creo que era la hostilidad de Simone la que lo mantenía alejado.

Mi madre lo odiaba y nunca lo ocultó. Cada vez que estaba en su presencia los músculos de su rostro se contraían hasta tal punto que varias veces temí que le explotara una vena. Le hablaba con la voz cortante y jamás, jamás, reaccionó en lo más mínimo ante algún comentario divertido del Jefe, que a mí parecer eran varios. El sentimiento estaba aún más agudizado por la cercanía de mi cumpleaños diecisiete. Considerando que esa había sido la edad en que Simone había comenzado a llevar a cabo misiones independientes para, cinco años más tarde, hacerse cargo por completo del legado de los Deveraux, mi destino parecía estar bastante claro. Avril y Luc, sus padres y mis abuelos, junto con Delphine, su hermana menor, abandonaron la mansión para dejarle espacio a la heredera. Ellos murieron años más tarde, según lo que me habían contado, por lo que nunca alcancé a conocerlos. ¿Y mi tía Delphine? Aparentemente tuvo una discusión tan fuerte con mi madre que las dejó enemistadas por la eternidad.

Me parecía que Simone era una egoísta y que no me dejaba crecer. Quería toda la diversión y toda la responsabilidad para ella sola y se negaba a comprender que yo me estaba haciendo adulta.

Unos años atrás, mi Jefe nos visitaba con más regularidad, particularmente a mí. Solía hallarlo a solas en la biblioteca, junto a la chimenea, al igual que esa primera tarde cuando lo conocí teniendo apenas cinco años. Me embriagaba el calor que traía consigo, esa sensación de tranquilidad, de que podía dejar mi vida en sus manos y todo estaría bien. Hablábamos de todo un poco; Él siempre de pie junto a la chimenea, yo acostada en el sofá con mis botas de combate sobre el apoyabrazos. Me contaba cosas que había visto, lecciones que había aprendido, la debilidad e ignorancia del ser humano. Estaba de acuerdo con Él en la gran mayoría de las cosas, principalmente en que los seres humanos son las criaturas más repugnantes del mundo: mentirosos, traicioneros, egoístas, con capacidad para atrocidades inimaginables. Tener el poder de hacer justicia, de restablecer el equilibrio y de limpiar el mundo de toda esta gente mugrienta que no provocaba más que el mal me llenaba el corazón de orgullo. De eso conversaba con mi Jefe, del egoísmo del ser humano y del regalo que yo tenía.

Pero, claro, luego tuvo que llegar Simone a embarrar mi amistad con el Jefe. Hacía unos años había escuchado una conversación que tuvo con él en el vestíbulo de la mansión, cuando ambos creyeron que todos estábamos dormidos. Quizás, si se hubieran concentrado y no hubieran dejado que la rabia les nublara la conciencia, cualquiera de los dos se hubiese percatado de inmediato de mi presencia tras la puerta entreabierta de la biblioteca. Aunque, claro, también puede que Él supiera perfectamente que los estaba escuchando.

—Solo te pido que la dejes en paz —decía mi madre, aparentemente refiriéndose a mí.

—Tu hija es talentosa, Simone, y me gusta conversar con ella. Hará un trabajo de maravilla cuando llegue el momento —explicó el Jefe con voz calmada, pero con los ojos rojos tan brillantes que pude sentir su fulgor desde donde me encontraba. Eran como la sirena de una advertencia. Mi Jefe era delgado como un palillo, con los ojos rojos, la mirada penetrante y una voz tan calmada que inducía a un sueño extraño, a un perder de conciencia.

—No necesita pasar tiempo contigo —dijo Simone con tanta rabia que pensé que le saldría fuego por los ojos y las orejas—. Estée tiene que relacionarse con niños de su edad, aprender de ellos, practicar cosas positivas...

—Por favor, Simone —dijo el Jefe atragantando una risa.

Simone se cruzó de brazos furiosa y bajó la voz para decir las siguientes palabras:

—Estée puede ser un poco... intensa. No tiene amigos, necesita ver el mundo con ojos mucho más grandes de los que tú le das.

—Deja de hablar de mí como si fuera...

—¿Qué? ¿El Diablo?

—Cuidado, Simone. Yo soy lo que ustedes me hacen ser.

Recuerdo haber tratado desesperadamente de entender lo que estaba ocurriendo, pero sin éxito. La única sensación que recuerdo es que a mamá no le gustaba cómo era yo; había algo mal conmigo.

—Solo te pido que la dejes en paz. Y no adelantes nada. No hay ningún apuro para que Estée sea la cabeza de esta familia.

Desde entonces, las visitas de mi Jefe se volvieron menos frecuentes y odié a mamá por ello. Pero ahora quedaba solo un mes para mi cumpleaños y, entonces, no solo vendría sí o sí a visitarnos, sino que posiblemente también traería mi propia misión independiente. Al Jefe le encantaban los cumpleaños, lo que probablemente fue la causa de que Simone siempre los odiara. Era tradición que, apenas el reloj anunciara la medianoche, llegara él cargando un ramo de rosas, cuya cantidad dependía del cumpleaños en cuestión. Tocaba el timbre para que su música hiciera juego con el antiguo reloj de graves campanadas de la biblioteca y esperaba a que nosotros lo invitáramos a entrar, a diferencia del resto de ocasiones, cuando sus visitas me hacían sentir que el verdadero dueño de la casa sería Él, por siempre, y se acomodaba sin pedirle permiso a nadie. Era mamá quien siempre recibía el ramo, con cara agria y una rabia latente. Cada año, en cuatro

oportunidades, esperé que le apastara las rosas justo en la calvicie. Pero nunca lo hizo. Fueron las únicas flores que se mantuvieron con vida en el interior de la mansión Deveraux.

Tras recibir el ramo de mis quince años, el Jefe dijo algo que quedó grabado en mi memoria, al igual que ese beso robado:

—Solo dos años para que puedas capturar almas por ti misma.

Cada vez que repito esa escena en mi memoria me remonto a la situación exacta: Simone poniendo las rosas en un jarrón y girándose en seco hacia mí; Gérard subiéndose los anteojos y desviando la mirada hacia su esposa, sin dejar escapar la más mínima emoción; y Liki mirando a sus parientes, insegura sobre qué sentir.

Al regresar de aquel aburridísimo primer día de clases, me hallaba en el vestíbulo de la mansión amarrando mis botas de combate. Llevaba mi capa negra puesta y mi daga en su interior, junto con mi arco y mis flechas, que eran las armas que siempre me acompañaban en las misiones. El sol acababa de ponerse y mi familia estaba tardando incluso más de lo normal en estar lista. Liki bajó por la gran escalera arrastrando los pies, todavía con su moño de bailarina, ya que practicaba *ballet* tres veces a la semana. Estaba silenciosa y se veía pequeña bajo su propia capa.

—¿Estás bien, Liki? —le pregunté. Ella levantó sus grandes ojos verdes, iguales a los míos y a los de Simone, y asintió suavemente.

—¿Por qué no habría de estarlo?

Tenía toda la razón. ¿Qué mejor para alegrar el fatídico primer día de clases que una misión?

Esa noche tuvimos que visitar el hospital. Cuando finalmente todos estuvimos listos, con las capas puestas y armados hasta los dientes, nos posicionamos en el prado trasero de la mansión, enfrentando al horizonte. Simone comenzó el encantamiento en un melódico susurro y pronto sentí cómo mi cuerpo se volvía ligero como un suspiro, elevándose hacia el cielo, convirtiéndose en uno con el viento. Era como si se abriera una puerta entre dimensiones solo para nosotros, donde el tiempo y el espacio existen en otras velocidades y con sus propias características. Cada vez que volaba cerraba los ojos y me dejaba llevar por esa magnífica sensación de seguridad y plenitud. No alcanzaba a distinguir nada en el interior de esta dimensión; a mi alrededor solo detectaba imágenes borrosas, pero ninguna que me diera miedo. Pocas cosas me causaban miedo, a decir verdad. Volaba ligera y veloz junto a los otros miembros de mi familia.

De pronto, el zumbido se detuvo y nos encontramos en el interior del hospital. Liki ya movía rápidamente sus dedos y yo me uní de inmediato. Siempre he odiado el olor de los hospitales, que va mucho más allá de mi disgusto por los productos químicos de limpieza, el cloro que salpican en las sábanas que usan enfermos tras enfermos y las medicinas. En los hospitales hay un aroma a muerte. A desesperanza. Es como si los sueños vinieran a morir a estos lugares. Con mi mano

libre acaricié el lugar de mi cicatriz fantasma, sintiendo el leve bulto que me había quedado desde que el Jefe me marcó. Me enorgullecía ser parte de él.

En el interior del hospital nos encaminamos a la habitación 368, que estaba al final de un largo pasillo. Nos cruzamos con un par de enfermeras que venían discutiendo el final de temporada de su serie favorita, y una de ellas golpeó a Liki en el hombro. No sintió nada, por supuesto, a excepción de un extraño calor que debió de arderle en el hombro durante un par de segundos.

El alma que veníamos a buscar pertenecía a Miguel Padilla. Estaba hospitalizado desde el sábado por un paro cardíaco. Había malversado fondos en la empresa donde trabajaba desde hacía quince años. En muchísimos casos, el crimen era financiero. Es increíble cómo el dinero corrompe a la gente. Tienen esta idea de que más, más y más siempre es mejor, y no se percatan de las heridas que van provocando en el camino. Heridas a otros y a sí mismos, tal como intentó explicarme el Diablo esa noche tantos años atrás.

Fuimos rápidos, como siempre. Simone comenzó los versos que repetía cada vez y nosotros la imitamos:

—Te venimos a buscar, alma del universo. En esta guerra nos perteneces hoy y siempre, hasta el resto de la eternidad.

Apenas él abrió los ojos, mi madre se inclinó hacia él y sus ojos burdeos fueron lo último que vio Miguel. Le clavó el Caballero del Cielo directamente en el corazón. El alma plateada se elevó y quedó encerrada en el cofre. Pude ver el rostro de terror de Miguel y se apoderó de mí una sensación de superioridad que me hinchó el pecho.

Trabajo finalizado.

CAPÍTULO 5

Días antes de mi cumpleaños llegué agotada de regreso a casa. Había tenido un examen sorpresa de Matemáticas y un almuerzo particularmente irritante, porque todos estaban con las hormonas y emociones recargadas por culpa del primer partido de fútbol de la temporada. Además, las lluvias pronosticadas no habían llegado y el calor era, en mi opinión, demasiado intenso para ser abril.

—¡Llegué! —grité a todo pulmón apenas abrí la puerta de entrada.

Normalmente, mis llegadas no eran tan grandilocuentes, más bien intentaba hacer el menor ruido posible para ir a encerrarme a la biblioteca, al sótano o a mi habitación y evitar el disparo de preguntas de Simone:

—¿Cómo estuvo la escuela? ¿Hiciste algún amigo? ¿Tienes que hacer algún trabajo con otro compañero? No hay problema en que quieras invitar a alguien a casa, ¿quieres invitar a un amigo a la mansión?

Pero supongo que hoy necesitaba compartir mi agotamiento con el mundo. Liki respondió, porque era la única alma que vagaba a esas horas por la mansión Deveraux. Mis padres estarían en alguno de sus dos trabajos: el real o la fachada. Escuché su saludo desde la cocina y, apenas entré, vi cómo apagaba rápidamente una llama sobre el mesón.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Nada —respondió rápidamente.

Su rostro era como el de una figura de cera: no dejaba entrever la más mínima expresión. Me acomodé en la mesa de la cocina mientras ella se servía unas galletas de avena con chips de chocolate preparadas por Simone y un vaso de leche chocolatada y se sentaba frente a mí.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó mientras le daba un mordisco a una galleta.

—Terrible —dije echando la cabeza hacia atrás con dramatismo.

—Quizás cuando te den tu primera misión puedas dejar de ir a la escuela —dijo muy tranquila, mirándome fijamente, como si fuera lo más normal del mundo abandonar los estudios por capturar almas para el Diablo. Y así era, al menos para mí. ¿Para qué perder tiempo en algo tan soso cuando tenía una misión mucho más importante que cumplir? Sin embargo, me reí con ironía.

—Claro, porque Simone y Gérard permitirán que abandone la escuela...

Liki puso los ojos en blanco, sabiendo que jamás lo permitirían.

—¿Estás emocionada? —me preguntó.

—Muchísimo —confesé con una sonrisa que debió de iluminarme la cara. Liki asintió, distraída—. ¿Tú no lo estarías? —le pregunté atónita.

—No lo creo, no —respondió encogiéndose de hombros. Ya casi había terminado su vaso de leche. Llevaba su largo cabello rubio, igual que el de Simone, tomado en una trenza.

—¿Por qué? —le pregunté como si acabara de decirme que el chocolate le parecía repugnante. Desde que Liki comenzó a ir a las misiones con nosotros, siempre había sentido que le encantaba lo que hacía. Se mostraba emocionada y concentrada, como si fuera el trabajo más importante del universo.

—Porque preferiría no hacerlo.

Definitivamente, hoy no era mi día. No había estado Gérard para recibirme y decirme: «Tranquila, panqueque. Por fin he entrado en razón: todo lo que siempre nos has dicho es cierto. Es absolutamente ridículo e innecesario ir a la escuela. Desde mañana te quedarás en casa, libre para cumplir todas las misiones que quieras por ti sola». Odiaba la escuela con todo mi ser y ahora mi adorada hermana me confesaba que preferiría... ¿qué cosa? ¿No ser la heredera o no hacer este trabajo nunca más? No era la primera vez que me lo preguntaba, pero sí la primera vez que le preguntaba directamente a Liki.

—¿Entonces a ti no te gustaría ser la heredera? —Mi voz tembló levemente y temí que pudiera notarlo.

Siempre había dado por hecho que sería yo quien continuara la tradición familiar, porque era la mayor. Pero Simone nos había contado que, en un par de ocasiones, las misiones las había perpetuado la hermana menor o la del medio. Mi corazón se detuvo mientras esperaba la respuesta de mi hermana. No sabía cómo reaccionaría si su respuesta era sí. Después de todo, solo una de nosotras podía continuar el legado. Esto era todo lo que yo quería en el mundo, lo que le daba sentido a mi vida. ¿Qué haría yo viviendo como un mortal cualquiera? ¿Me pondría a trabajar en la floristería de Simone? ¿Asistiría a la universidad para luego tener que buscar un... *trabajo*? Sentí náuseas. También la viví como la espera más eterna de toda mi vida. Pero Liki se encogió de hombros y dijo:

—Solo lo haría en caso de que tú no quisieras.

Respiré profundo, liberando el alivio por cada uno de mis poros. Por supuesto que lo habría hecho por mí; mi hermana era la persona menos egoísta que conocía. Y de seguro que habría sido mucho más feliz siendo un bombero que un sirviente del Diablo. Aunque posiblemente habría perpetuado las llamas en vez de apagarlas..., pero, en fin, siempre había sabido que ambas estaríamos mejor encaminadas si yo me convertía en la heredera. Liki tenía muchas más herramientas humanas que yo: asistía a cumpleaños, no le costaba encontrar con quién hacer sus

trabajos en la escuela, tenía amigas..., ¡era *prima ballerina*, por los siete infiernos! No como yo, que pasaba como una sombra entre los pasillos de la escuela, asustando a todo quien osara acercarse a mí o, simplemente, dirigirme la palabra.

Abandoné la cocina apenas Liki abrió sus cuadernos para disponerse a hacer sus tareas y me enfrenté al silencio del resto de la mansión. Y a los quejidos. El quejido de la madera, el zumbido de la electricidad, las olas de fuego de la chimenea...; las casas viejas suelen quejarse tanto como los pecadores cuyas almas robábamos.

Entonces, la vi y no pude creer cómo no lo había notado antes. Tampoco cómo Liki no me había dicho nada. Había una enorme protea solitaria en ese aburrido jarrón medieval de piedra que mi madre tanto amaba. Normalmente, jamás habría estado familiarizada con el nombre «protea», además de que es, en mi opinión, el nombre menos favorecedor que puede tener una flor. Es más bien nombre de maleza, de un árbol espinoso o de cualquier otra planta poco amistosa. Claro que la protea tampoco es la flor más hermosa del mundo; es un tanto intimidante, sobre todo por cómo me miró esa tarde: directamente, con sus pétalos abiertos como si fueran espadas, como si quisiera interrumpir el silencio con su simple respiración... o proceso fotosintético.

—¡Liki! —la llamé sin girarme, casi por precaución, no fuera a ser que la protea decidiera comerme si le daba la espalda.

—¡Mamá la dejó ahí cuando me vino a dejar de la escuela!—gritó desde la cocina mi hermana.

Quizás no sería un tan mal día después de todo.

Pocas veces había habido proteas en casa. La primera vez que sucedió yo tenía diez años y Liki, seis. La protea apareció sin explicación en la casa, en el mismo jarrón, pero situada en una mesa endeble justo a los pies de la gran escalera. Gérard iba empujándonos hacia la puerta principal, repitiendo una y otra vez como un disco rayado que llegaríamos tarde a la escuela. Pero todo su esfuerzo se detuvo de golpe cuando la vio. Me parece recordar que eran dos magníficos ejemplares que capturaron mi atención. Grandes, abiertas, con una presencia un tanto lúgubre, como si se hubiesen comido de golpe la flor inocente que antes adornaba el jarrón. Me cayeron bien de inmediato.

Mi padre las miró fijamente por varios segundos, hasta que le pregunté qué le pasaba.

—Se acercan tiempos de cambio, panqueque —me dijo. Ahora que recuerdo la imagen puedo ver también el destello de tristeza en sus ojos, acompañado inmediatamente, casi en paralelo, de un suave toque de cariño en la cabeza rubia de Liki.

Tres días más tarde, mi hermana se nos unió por primera vez en la captura de un alma.

La segunda vez que hubo una protea en casa, capturamos un récord de veintidós almas en una semana.

La tercera fue hace dos años, solo días antes de que el Jefe nos viniera a visitar y lanzara la bomba de que a los diecisiete podría yo ir a capturar almas por mí misma.

Las proteas significan cambios, obviamente, razón por la cual Simone era tan reacia a ellas.

Aunque ver esa flor solitaria aquel día me llenó el corazón de emoción —porque claramente el cambio que se avecinaba era mi cumpleaños, mi primera misión independiente y la decisión oficial de que yo sería la heredera—, también sentí un poco de tristeza. Fue una reacción muy extraña, porque no estaba familiarizada con esa emoción. Simplemente no la comprendía. Veía que mis compañeras de escuela lloraban cuando un chico les rompía el corazón —vaya, qué sorpresa— y había captado varias veces miradas de tristeza de la profesora Henrieta cuando la clase insistía en hablar con un volumen de diez mil millones de decibelios y no hacía caso a sus súplicas casi desesperadas de que hubiera silencio. Había visto la tristeza en Adam, un chico que jamás puso el más mínimo empeño en sus estudios —prefirió concentrarse en la fascinante investigación de la marihuana—, cuando lo expulsaron de la escuela. La había visto en la profesora Sanders cuando su marido la abandonó por una mujer veinticinco años menor. La había captado cuando una chica cuyo nombre no recuerdo se acercó a abrazar a Adam en la mitad del pasillo, justo antes de que explotara en llanto.

Supongo que también tenía una confusión con las emociones. Porque estaba hablando de tristeza, pero también de empatía, de poder sentir el dolor del otro. Mi problema era que yo era incapaz de sentir el sufrimiento ajeno, porque no era capaz de comprender su origen, que era la tristeza. ¿Por qué alguien se pondría triste al ver que nadie hacía caso a sus instrucciones? Yo simplemente gritaría con todas mis fuerzas y los amenazaría de muerte. ¿Por qué alguien sentiría pena al ser expulsado de la escuela si había preferido estudiar hierbas que matemáticas? Lo habría visto venir, ¿o no? Al fin y al cabo, él había escogido el desenlace que provocó. ¿Por qué alguien habría de llorar por un marido inútil que no es capaz de ver las cualidades de una y se va con otra? ¡A la mierda, digo yo!

Entonces, la tristeza siempre había sido para mí una emoción ajena. Jamás había experimentado la pena; había sentido rabia, odio, furia, risa, pero jamás esa impotencia de sentirse poca cosa, de sentirse mal. No tenía absolutamente nada por lo que sentirme mal.

Pero Liki sí sentía tristeza, sí lloraba cuando se sentía mal. Simone y Gérard, también; veía la pena en los momentos más inexplicables, brillando en sus ojos, y era incapaz de explicármelo.

Seguía mirando la protea, embelesada, cuando se abrió la puerta de golpe y entró mi padre.

—Ah —dijo mirando a la flor y luego a mí. Después, se encaminó rápidamente hacia el exterior de la mansión hasta nuestro prado de entrenamiento. Lo seguí como un perro perdido.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

No era raro que Gérard entrenara justo al regresar de su trabajo en la universidad. Se acomodó rápidamente, tomó su escopeta y posicionó seis latas de gaseosas lado a lado sobre unos troncos viejos.

—Vi la protea —le dije, a pesar de que era obvio. Gérard no se giró, tampoco movió un solo músculo en señal de sorpresa y disparó un tiro perfecto. Estaba claro que venir aquí después del trabajo lo tranquilizaba.

—Lo sé.

Yo lo había seguido hasta aquí para regodearme del cambio que anunciaba la protea, pero claramente no estaba funcionando. No había nada que Gérard o Simone pudiesen hacer para evitarlo; había llegado mi momento y la emoción que albergaba en mi corazón no se asemejaba a nada que hubiese sentido anteriormente. Quería proponerle al Jefe capturar las almas con distintas armas, modificar levemente la ceremonia y motivarlo a que me diera muchas más misiones.

—Pensé que te gustaban las flores, panqueque —me dijo Gérard, al darse cuenta de que me había perdido dentro de mi mundo imaginario. ¿Por qué estábamos hablando de flores cuando el tema en cuestión era mi independencia?

Lo miré con expresión confundida y levanté los hombros. Él apuntó a mi mochila con la escopeta: era un modelo negro estampado de flores rojas. Jamás le hubiese dicho a mamá que sabía qué flores eran, lilas, ni siquiera cuando me lo preguntó, fascinada de que hubiese escogido un bolso para la escuela con aquel estampado. Solo la miré como si estuviera loca y le dije que no eran más que flores, que no me intentara contagiar su manía. Además, me gustaba cómo el rojo le daba un golpe de color al resto de mi atuendo. Hoy llevaba unos *jeans* negros, una camiseta amplia del mismo color y mis fieles botas de combate, por supuesto.

—Me gustan las flores, un poco, pero no *hablo* con ellas.

Gérard se giró hacia mí, apoyándose en la escopeta y me miró con seriedad.

—Esto no es fácil para nosotros, Estée. Probablemente tu madre presintió que lo que se viene es tu misión a solas. Y sabes que es un tema sensible para nosotros.

Por fin estaba hablando de lo que me interesaba, pero no era la respuesta que anhelaba. ¿Por qué no podían estar muriendo de orgullo por mí? ¿Por qué tenía que ser un tema *sensible*?

—Sí, papá, pero no entiendo por qué —le dije levantando las manos exasperada.

—Estás creciendo, panqueque. El tiempo vuela y pronto no nos necesitarás.

En ese momento no pude sentir compasión por mi padre, porque lo único en lo que se traducían sus palabras era en que no quería que volara con alas propias, porque los dejaría atrás. Y eso me parecía inmensamente egoísta. Me hubiese encantado saber lo que sé ahora, haberme acercado a Gérard y haberlo abrazado con fuerza, haberle dicho que todo iría bien y que perderlos a ellos me dolía de forma tan aguda como lo era, para ellos, perderme a mí.

Pero aún no lo sabía.

Aunque me mantuve en silencio, todo en mi lenguaje corporal daba a entender lo molesta que estaba porque mis padres intentaran frenar mi independencia. Gérard me ignoró y me pasó el arco para entrenar. Amarré mi cabello negro siempre desordenado en una cola alta, toqué suavemente mi cicatriz de la nuca como si fuera mi amuleto de suerte y disparé, tiro tras tiro, con perfecto acierto.

Las proteas sí hablaban de cambio. Pero lo que ni Gérard ni yo sabíamos era que ese cambio no trataba de mi trabajo independiente, sino que presagiaba la llegada de gente nueva al pueblo.

CAPÍTULO 6

Una sombra estaba de pie en las alturas de una colina, mirando las espaldas de la mansión Deveraux. Tenía las manos en los bolsillos y el ceño fruncido, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Al igual que el Diablo, vestía de negro, pero su estilo era un tanto desprolijo: sin corbata, el cuello abierto y la camisa a medio meter en los pantalones, como si lo hubiesen interrumpido en mitad de la tarea. Tenía el cabello negro como la noche y los ojos en el más exquisito tono chocolate.

Antes de llegar a la mansión, Damián le llevó un informe de sus progresos a su Jefe, sobre los que tenían que ver con las trampas para los humanos, por supuesto, ya que sobre su búsqueda no podía enterarse jamás. No siempre había sabido cómo dar con su Jefe. Aquellos primeros días, semanas y meses o incluso años tras su muerte los vivió como bajo el agua, como en una cueva oscura que se inundaba de humo, donde nada era lo que parecía y las emociones lo ahogaban. Solo emociones, nada más. No podía tocar nada, no podía percibir con ninguno de sus otros sentidos..., pero sí podía sentir el ardor de los sentimientos en su corazón. Miles de voces, todas suyas, que añoraban a Pascale. Había hecho esto para estar siempre a su lado y, en vez de eso, estaba ahí, en aquella cueva miserable, sin cuerpo, sin hambre, sin vida, como un embrollo de emociones lanzado hacia el vacío.

Una vez fue recuperando la sensación física, pudo salir de la cueva y, con el pasar de los siglos, pudo comenzar a saber con certeza dónde se encontraba Él, el Diablo, a quien rendía cuentas hoy y por el resto de la eternidad. Damián suponía que podía elegir desintegrarse, volver a convertirse en ese embrollo de emociones, pero esta vez controlarlas, dejarse ir, abrirse a todos los sentimientos buenos y perderse entre todas las ondas del universo, olvidarse para siempre de aquella concentración de energía que alguna vez habitaba un cuerpo llamado Damián. Pero no podía hacerlo. Por ella. Ella era su maldición y su salvación, y a su lado se quedaría por el resto de la eternidad.

Entró a la vieja iglesia en las afueras de Arrás y agarró con firmeza el respaldo de uno de los bancos para anclarse. «Estoy aquí», dijo en su mente. «Es el siglo XXI, estoy aquí, en Arrás y me llamo Damián». Con esas palabras, los sentidos se despertaron; tuvo que entrecerrar los ojos, a pesar de que solo entraba una tenue luz por los antiguos ventanales, y ahogó una arcada cuando un olor intenso golpeó su nariz. La iglesia no estaba clasificada como abandonada, pero cumplía todas las características.

Su Jefe estaba sentado en la segunda fila, como siempre. Mirando hacia el altar, como siempre. La primera vez que Damián lo buscó en la infinitud y apareció aquí, sin saber cómo, pensó que la iglesia ardería en llamas y, sin embargo, allí estaba el Diablo, sentado en una iglesia, mirando al altar con respeto.

—¿Alguna noticia relevante? —preguntó de pronto su Jefe con una voz que retumbó en el pequeño espacio.

—¿Más allá del vil aroma de orina de gato? —dijo Damián sonriendo. Se sentó en las filas de la izquierda, un par de bancas más hacia atrás, mirando a su Jefe en diagonal. Como era de esperar, el Diablo rio suavemente, como si no se atreviera a lanzar una carcajada o fuese demasiado evolucionado para algo tan mundano.

—Ojalá fuese eso. No, hablo del cambio en el infinito.

El infinito era el nombre que el Diablo daba a todo lo que estaba más allá de la Tierra: comprendía las estrellas, los planetas y el universo, pero también mucho más que eso; era el vacío infinito que se encuentra a los lados de los seres humanos, en las dimensiones paralelas, una fuerza superior omnipresente y omnipotente.

Con los siglos, Damián había aprendido a sentir la fuerza. Era cosa de cerrar los ojos, contar en regresiva de diez a uno y escuchar. Veía cómo una luz se abría desde su pecho hacia el exterior y así dejaba entrar todo. Lo hizo en este momento, intentando paralelamente no perder la conexión con este momento en el espacio y el tiempo.

—No, Jefe —dijo finalmente, con un deje de decepción que no pudo evitar.

—Si aprendieras a soltar, Damián, podrías percibir muchísimo más.

—Si aprendiera a soltar, usted podría perderme —contrató con una voz sonriente que no llegó a sus labios.

El Diablo se giró por primera vez hacia él. Sus ojos rojos se le clavaron como dagas de fuego. Su figura esquelética cobraba un aura macabra con los tenues rayos de luz a sus espaldas. Ambos sabían que aquello era cierto. El alma de Damián le pertenecía al Diablo mientras fuese Damián; si elegía desintegrarse y combinarse con el resto de la energía en la infinitud, dejaría de ser un esclavo. Pero también la dejaría a ella. Y eso jamás podría ser. Y ambos lo sabían.

—Hay un cambio en el infinito. No es algo raro, ya lo sabes, pero de alguna forma siempre me toman por sorpresa —dijo en un tono ligeramente divertido.

—¿Tendremos que capturar más almas?, ¿construir más bloques para la energía? —Era lo que hacían normalmente en estas ocasiones. En muchos casos, a lo largo de su servidumbre, su Jefe había notado inclinaciones en la infinitud. Decía que eran pequeños cambios, que se asemejaban a burbujas diminutas en una lámina de papel, pero que podían ir hinchándose, expandiéndose, rompiendo los bloques que tan bien habían formado.

El odio, la rabia, la venganza, la intolerancia y todos esos sentimientos que se sienten agrios en la lengua y queman el corazón eran sus mejores armas; esas emociones que bloquean la energía y

permiten al Diablo ganar. Y son muy fáciles de provocar en los humanos, mediante una injusticia, una traición, una palabra cuando debería haber silencio, un golpe cuando debería existir el perdón. Cómo olvidar cómo lucía su Jefe en cada guerra, más alto, con más carne en los huesos, irradiando un poder y un calor que deslumbraba.

Esta vez, sin embargo, su Jefe negó con la cabeza.

—No me preocupa. Puede que no sean más que olas.

No lo miró al hablar. Siguió contemplando el altar casi como si le rindiera tributo y entrelazó sus dedos sobre el respaldo de la banca frente a él. Damián apretó los dedos. En toda su arrogancia, se atrevió a lanzar una pequeña plegaria: «Que este cambio sea a favor de Pascale y mío. Que signifique que los voy a encontrar».

—Échales un vistazo a los guardianes, ¿quieres?

Por supuesto que no era una opción, era una orden.

—Como usted diga, Jefe.

Damián se puso de pie y comenzó a encaminarse por el pasillo hacia el exterior de la iglesia. Pero Él lo detuvo con su voz.

—En especial a los Deveraux, Damián.

Respiró profundo y no se volteó. No quería que viera el brillo que aquello último le provocó en sus ojos.

—Como usted diga, Jefe

CAPÍTULO 7

Después de otro sombrío día en la escuela, pedaleé rápidamente de regreso a casa con el viento, cada vez más otoñal, quemándome la cara. Estaba ansiosa por encontrar el momento preciso de hablar con Simone, de lanzarle *inocentemente* un comentario sobre la protea y sobre cómo no había forma de evadir el cambio: mi primera misión independiente vendría como un regalo de cumpleaños.

Las cosas iban bien, ¿para qué negarlo? Claro, Simone estaba furiosa de egoísmo por la mera posibilidad de que yo comenzara a independizarme en nuestro trabajo, y Gérard y Liki estaban aparentemente de su lado, pero no había nada que pudieran hacer para evitarlo. Además, confiaba en que, una vez que yo fuese la líder de todo esto, podría fácilmente elegir nunca más tener que ir a esa patética escuela.

Además, para agrandarme incluso más la sonrisa, sentí la presencia de Damián apenas entré en el jardín seco de la mansión, aquel con el que Simone seguía luchando por hacer crecer. Solía pasarse horas ahí hincada, con las rodillas cubiertas de tierra, plantando y plantando flores que se negaban a seguir con vida más que unas miserables horas.

Boté la bicicleta justo en la entrada de la mansión y la rodeé para encaminarme hacia el campo abierto de la parte trasera. El viento continuó desordenándome el cabello —a pesar de que normalmente era bastante rebelde, nada como la melena rubia y ordenada de Simone y Liki— mientras daba grandes zancadas, queriendo llegar donde él cuanto antes. Lo vi en la distancia, de pie como una estatua; era una sombra negra, con su terno oscuro, las manos en los bolsillos y la mirada dirigida hacia la mansión. Cuando estuve lo suficientemente cerca, dejó que su cálida voz me provocara escalofríos.

—¿Cómo te has sentido, princesa?

Odiaba que me llamara princesa. Pero, aun así, no pude contener la sonrisa. Era bastante difícil sentirme mal considerando que a los Deveraux jamás nos aquejaba ni siquiera un resfrío y nunca nos cansábamos. Pensé que quizás se estaba refiriendo a la guerra silenciosa que estaba teniendo con Simone, pero me pareció una pregunta extraña.

—Ya que lo preguntas, estoy fenomenalmente bien.

Se giró. Tenía el cabello revuelto. Sus ojos almendrados de color chocolate me miraron fijamente. Aunque muera de vergüenza por admitirlo, mis rodillas flaquearon un poco. Ay, por los

siete infiernos, Damián. ¿Por qué no podía acercarse y darme un beso violento de aquellos que jamás había experimentado, pero que soñaba probar con él?

Damián era un demonio o, al menos, así se había descrito a sí mismo cuando se presentó hacía ya varios años, cuando yo tenía cinco y él tenía diecisiete. Sé que lo conocí incluso antes, que funcionaba como niñera cuando mis padres tenían que ir a capturar almas —e incluso me cambió los pañales, pero prefiero omitir ese detalle—, pero el recuerdo que quedó en mi cabeza fue de aquella mañana, cuando se inclinó hacia mí, me sonrió y noté con extrañeza que, a pesar del fuerte sol que le daba de frente, no había sombra a sus espaldas. Damián siempre tendría diecisiete, sin importar que yo cumpliera treinta, cincuenta u ochenta o incluso que estuviese bajo tierra. Como demonio era un alma inmortal, siempre vivo, siempre con diecisiete años, siempre a las órdenes de nuestro Jefe. Al menos, así fue como me lo dijeron.

Recuerdo que solía traerle flores a Simone y que ella las miraba por largo rato con melancolía antes de ponerlas en un florero junto a la antigua cómoda donde descansaban el cobre y la daga del Caballero del Cielo. Las flores no duraban más de una hora. Luego caían lánguidas, envenenadas de un agrio color café, expeliendo olor a muerte prematura. Damián solía hablarle al oído a Simone y sonreír, compartiendo bromas o historias que nunca supe, pero ella, a pesar de dedicarle una leve sonrisa, se mantenía distante. Siempre venía a entregarnos los pergaminos con nuestras misiones o simplemente a hablar con mi madre. Gérard, sin embargo, no era su fanático más ferviente. Fruncía el ceño cada vez que lo veía llegar y lo miraba de los pies a la cabeza, me imagino que un tanto celoso por su eterna belleza de diecisiete años.

—¿Fenomenalmente bien? —preguntó divertido, esbozando esa sonrisa chueca. Por los siete infiernos, ¿realmente hacía tanto calor en aquel prado? Asentí, agradecida de que los Deveraux tampoco mostráramos rasgos de debilidad como las mejillas sonrojadas.

—Por supuesto. Simone trajo ayer a casa una protea y el único gran cambio que puede estar pronosticando es... —Puse mis palmas hacia arriba, pasándole la palabra. Damián frunció el ceño, como si de pronto hubiese recordado algo.

—¿... que finalmente te gusta ir a la escuela? —dijo ahogando una sonrisa más grande, sabiendo que eso me haría perder la paciencia.

—¡Por los siete infiernos, Damián! Aborrezco el mismísimo pedazo miserable de tierra donde construyeron esa cámara de tortura. Estoy hablando de mi cumpleaños... y de mi primera misión a solas. —Y quizás, solo quizás, de la oportunidad de que Damián pudiese ser mío. Mío. Lo anhelaba por unas horas, por una noche. ¿No podríamos olvidar solo por unas horas quiénes éramos y dejarnos llevar por este magnetismo que nos unía? Porque no lo sentía solo yo, estaba segura. Podía sentir cómo reaccionaba su cuerpo, era capaz de ver las llamas tras sus ojos color chocolate.

—¿Tan segura estás de que será ahora?

—Por supuesto que sí —dije, pero luego me detuve, permitiéndome escuchar la duda en la voz

del demonio—. ¿Por qué? ¿Ha dicho algo?

Damián se me acercó lentamente, hasta que estuvo tan pegado a mí que unos miserables centímetros me mantenían alejada del latir de su corazón. Era una ilusión, por supuesto. No necesitaba un corazón que latiese ni unos pulmones que se llenaran de aire; Damián había quedado petrificado en el tiempo, por siempre perfecto. Pero le gustaba crear la ilusión de ser mortal.

Esa tarde, en el prado de detrás de la mansión, lo miré hacia arriba, odiando que fuese más alto que yo, pero sobre todo aborreciendo mi propia debilidad por no ser capaz de agarrarlo del cuello y besarlo. Me preguntaba si estaba al tanto del efecto que tenía sobre mí.

Mi atracción por él comenzó alrededor de mis doce años, ya que me parecía el hombre más fascinante, divertido, original y maravilloso del mundo. Además, era cinco años mayor que yo, ¡cinco! ¡Qué escándalo más seductor! Solía mirarlo embelesada cuando me enseñaba a tirar con arco y ponía mi mejor cara de concentración cada vez que comenzaba a explicarme los orígenes de una expresión, una costumbre u otro sinfín de cosas. Con el paso de los años, mi fascinación por él creció por el simple hecho de que mis hormonas despertaron de un eterno sueño y él era lo más cercano al mundo que me tenía completamente cautivada.

Pero ahora me estaba dando cuenta de que eso no podía ser, de que estaba creando una idea ridícula; Damián siempre tendría diecisiete años, pero yo seguiría acumulando años, volviéndome cada vez más amargada y resentida hacia su odiable juventud. Por eso sabía que tenía que olvidarme de aquella pequeña atracción. Antes que nada, Damián era mi amigo, mi cómplice, y eso sería exactamente lo que seguiría siendo.

Damián me miró fijamente, derritiendo mis entrañas y haciendo que me dieran ganas de vomitar. Jamás había sido una chica que perdiera la razón por otra persona, que permitiera que el corazón se le desbocara, pero Damián ponía mi mundo del revés. Por suerte, en mi defensa diré que estaba enamorada de alguien que pertenecía a nuestro mundo, que sabía lo que hacíamos y quiénes éramos, no de un mortal aburrido.

—No me ha dicho nada —me aseguró muy serio, manteniendo sus ojos fijos en los míos y acercándose tanto que pensé que me abrazaría—. Pero claramente tú sigues igual de entusiasmada con la idea —me dijo con un toque de tristeza.

—Por supuesto, Damián, es todo lo que siempre he querido.

Di un paso hacia atrás. Él también estaba tomando el lado de Simone, también pensaba que era muy temprano, que yo era muy inmadura y otro montón de excusas que no eran más que eso: patéticos pretextos para no permitirme comenzar a vivir mi vida. Debí imaginármelo. Damián seguía las reglas de Simone como un perrito faldero, cosa que me provocaba una mezcla de emociones tan extraña —incluyendo celos, aunque, por los siete infiernos, ¿cómo podía sentir celos de Damián con mi madre?— que la mayor parte del tiempo me gustaba pretender que no existía. Dio un paso más hacia mí; estábamos tan cerca que podía sentir su olor, un aroma amaderado que se convertía en una inyección de adrenalina en mi corazón. Estaba latiendo tan

fuerte que por un segundo temí que se me escapara por la garganta. ¿Podía él sentirlo? Por supuesto que sí, Damián era demasiado poderoso y había perdido gran parte de su humanidad, a pesar de que se esforzara por hacer latir su corazón.

Mi cara se contrajo como si hubiese chupado un limón. Damián supo lo que estaba pensando, como siempre.

—Princesa, no hay nada que me importe más que tu felicidad —me dijo, pero sus palabras parecían sacadas de un libreto; las pronunció sin deje alguno de sentimiento y, dándome la espalda, volvió a mirar hacia el infinito.

Maldito. No solo jugaba con mis emociones por él, sino también con las relacionadas al sueño de mi vida.

—Mejor ándate de regreso al infierno, Damián. Y regresa solo cuando tengas noticias que me importen —le dije, con los dientes apretados, y me encaminé de regreso a la mansión.

CAPÍTULO 8

Cuando solo quedaba una semana para mi cumpleaños, mi emoción había alcanzado límites insospechados. Me pillaba sonriendo en los momentos más inoportunos, por lo que tenía que abofetearme para entrar en razón. Estaba tan cerca de tener la vida que siempre había soñado que podía sentir el sabor del éxito en mis labios. Me había convencido a mí misma de que ni el rechazo de Simone ni las dudas de Damián serían lo suficientemente fuertes como para aplazar lo inevitable. La heredera era yo, y ya era momento de empezar a actuar como tal, de ser la dueña de la mansión, de guiar las misiones, de poder tomar algunas decisiones; por ejemplo, podía evaluar la posibilidad de casarme con Damián. Tenía más que claro que la heredera de los Deveraux debía engendrar un sucesor y, ya que me negaba rotundamente a hacerlo con nadie más que con Damián, mi Jefe tendría que hallar la forma de complacer mis gustos.

Estaba soñando despierta con esa posibilidad, sonriendo en contra de mi mejor juicio y anhelando la libertad de no volver a poner un pie en esta escuela a menos que tuviese que venir a capturar un alma, cuando Gabriel Volts, también conocido como mi peor pesadilla, entró en mi vida. Se encontraba de pie junto a la profesora, a quien ganaba en altura por varios centímetros, y tenía un halo alrededor de su cabeza rubia. O, al menos, eso parecía, porque todos los que estaban a mi alrededor, hombres y mujeres por igual, lo miraban como si fuera un dios.

Gabriel era un prototipo de perfección. Era el adolescente de diecisiete años en el que la publicidad se basa para tratar de convencer a todos los idiotas mortales de qué es lo que hay que comprar, cómo hay que vestir y de qué forma se debe actuar. Tenía el cabello rubio ceniza, con un corte que le daba el movimiento perfecto para verse *cool*; los ojos azules como el mar; una sonrisa de comercial de pasta de dientes; una altura que le hubiese permitido ser fácilmente basquetbolista —de hecho, lo había sido en su antigua escuela, pero solo por un corto período de tiempo—, pero que tampoco lo asemejaba a un gigante; y un cuerpo atlético, de hombros anchos, pero no demasiado, y brazos fuertes que parecían invitar a abrazarlo. No me tomó más de un par de segundos caer en la cuenta de que *todos* los que se hallaban en el aula querían hacer precisamente eso aquella mañana. Desde Milena, que lo miraba con una sonrisa tonta, hasta la profesora Villa, que me provocó vergüenza ajena, porque parecía dispuesta a entregarle su vida y su corazón ahí mismo en ese preciso momento, pasando por Emilio, el capitán del equipo de fútbol, que parecía haber decidido que sería su nuevo mejor amigo.

Si no podías besar a Gabriel, por lo menos querías estar en su presencia. Anhelabas lo que

fuera, incluso un leve rayo de luz de su pelo dorado para quitarle la oscuridad a la vida. Era como si todos en la habitación no hubiesen sabido que a su existencia les faltaba un pedazo clave: Gabriel. Ya fuera una sonrisa de Gabriel, un guiño de Gabriel, un suspiro de Gabriel, una mirada de Gabriel, un toque de Gabriel...

Lo odié de inmediato.

—... entonces llegó con su familia a vivir a Puerto Umbra. Por favor, sean amables con el señor Volts y háganlo sentir como en casa —recitó la señora Villa mirándolo con ojos cristalinos.

Lo único que se escapaba de su prototipo era, bueno, él mismo. Tenía la mirada baja, una leve sonrisa plasmada en el rostro que parecía estar forzada por la cordialidad y un mechón de pelo rubio que se le resbalaba una y otra vez hasta cubrirle los ojos, casi como si fuese una mancha negra en una obra maestra. Nadie pareció notarlo, pero no se veía perfectamente cómodo siendo el centro de atención. Incluso me pregunté si acaso le molestaba, ya que percibí un movimiento nervioso de sus pies que parecía ser su desahogo para no salir corriendo del aula. Y de este pueblo, quizás. Tampoco le hubiese culpado.

Apenas la profesora Villa terminó su patético discurso, del que solo escuché pedazos intercalados, todos los esperpentos estallaron en aplausos, como si acabáramos de ganar la copa interescolar. Insólito. Mi rostro debió de reflejar la misma incredulidad que la de Simone cuando el Jefe insistía en que quería lo mejor para mí. Gabriel se encaminó hacia la última fila mientras todos se giraban siguiendo sus pasos y se sentó a mi lado, en el único pupitre disponible. Suspiró profundamente, como si lo que acabara de pasar le hubiese arrebatado toda su energía vital, y abrió un cuaderno tratando de huir de todas las miradas. Hicieron falta diez minutos completos, la llegada del profesor de Matemáticas, el anuncio de un examen para la próxima semana y cinco llamadas de atención del mismo docente para que por fin los ojos de todos volvieran a mirar hacia el pizarrón.

—Por los siete infiernos —susurré con incredulidad, pasando página en *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Siempre que pensaba que había visto el lado más patético del ser humano sucedía algo, como esto, que me hacía agradecer cada vez más no asemejarme a ellos.

El rubio, además de ser perfecto, aparentemente tenía oído de halcón, porque se giró hacia mí con una leve sonrisa. Sentí sus ojos fijos en el lado izquierdo de mi rostro, pero no le di el gusto de mirarlo. Cuando ya hubo pasado un minuto completo y mi mejilla parecía estar formando un agujero por culpa de su mirada incesante, lo encaré.

—¿Qué pasa? —le pregunté con brusquedad, cerrando mi libro de golpe para que mi rabia fuese más aparente. Elevé las cejas exigiendo una explicación a su osadía y giré mi cabeza hacia él.

Nuestros ojos se trabaron como un candado con su llave. Había pocas personas que pudieran sostenerme el contacto visual; normalmente fijaban los ojos en cualquier otro lugar por miedo y vergüenza, pero Gabriel me miró sin tapujos con sus ojos de mar. Estaba sonriendo con un gesto

extraño: sus labios solo se levantaban hacia el lado izquierdo, como un dibujo animado. El molesto mechón de pelo se le vino a los ojos y lo echó hacia atrás sin pensarlo, como si lo hubiese hecho un millón de veces. Y luego su nariz sangró. Se la limpió rápidamente, sorprendido, e ignorando mi cara de repulsión me dijo:

—Pensé que habías dicho algo. —Sus ojos eran cálidos, transparentes, como si jamás hubiesen escondido una mentira o acompañado unas palabras dañinas. Aún tenía una pequeña mancha roja bajo la nariz y casi me provocó arcadas.

—Haya dicho algo o no, no necesariamente iba dirigido a ti —le dije en tono duro.

—Eso es cierto —concordó pasando nuevamente la mano bajo la nariz con un gesto incrédulo; al parecer, no era algo que le sucediera a menudo.

—¡Muy bien! O sea que además de bonito eres inteligente, ¡bien por ti! —dije escudándome tras mi amado sarcasmo.

Y luego pasó lo último que pensé que sucedería: Gabriel se echó a reír. Se echó hacia atrás en su silla lanzando una risa fresca y alegre, como un niño al que le acaban de permitir jugar en el jardín después de una nevada. No me quitaba los ojos de encima mientras reía, fijándose en cada detalle de mí, como si fuera una criatura en peligro de extinción. Fue uno de los momentos más extraños de mi vida. Nadie *nunca* se reía de mí. Pero ni siquiera estaba segura de si esto cabía en la definición de «reírse de mí», porque no lo hacía con burla o desprecio, solo con goce.

Los chicos de la clase se voltearon a mirarnos con fascinación y parecían suplicarme: «Por favor, comparte el secreto para hacer reír a Gabriel». Cuando finalmente se detuvo, estiró su mano hacia mí.

—Me llamo Gabriel —se presentó, como si la profesora Villa no lo hubiese anunciado ya con ojos brillantes y abandonado la sala para ir a formar su club de fans. Elevé una ceja con desprecio.

—Bien por ti —le dije y regresé a mi lectura mientras Gabriel seguía sonriendo, esta vez sin mirarme.

Yo empecé a cuestionarme si acaso se habría escapado de un psiquiátrico.

Gabriel era un imán. Apenas sonó la campana, Milena y su grupo de amigas se acercaron a rodear su pupitre, a darle la bienvenida, a ofrecerle sus cuadernos con las materias, a ayudarlo con clases particulares y a quién sabe qué otra cosa. Yo me escabullí lo más rápido que pude sin siquiera mirarlo, a pesar de sentir sus ojos clavados en mi espalda.

Durante el almuerzo, sin embargo, el imán me encontró.

—¿Puedo sentarme aquí?

La cafetería estaba repleta, como era usual, y el bullicio volvió a mí como una ola. Gracias a

mi lectura había sido capaz de suprimir el sonido, con casi tanta eficacia como mi hechizo nocturno, que lamentablemente solo podía utilizar durante las misiones.

Levanté la mirada absolutamente furiosa y ahí estaba él: el prototipo perfecto, con una bandeja cargada de un almuerzo perfecto. Miré hacia la mesa de Milena y vi cómo casi se le cae la comida de la boca del *shock*.

—Creo que te están esperando en la mesa de allá —le dije con un gesto de cabeza señalando hacia la mesa de Milena, donde ella tenía la expresión boquiabierta de un pez.

Gabriel ni siquiera se molestó en mirar hacia donde le indiqué; sabía perfectamente a lo que me refería.

—Sí, pero preferiría sentarme aquí —dijo. Insólito. No podía creer lo que estaba escuchando. Que alguien me desafiara con tanta desfachatez después de haberse reído de mí sin vergüenza durante la clase. Cerré el libro de golpe.

—Mira, Gastón...

—Gabriel.

—Gastón. Puede que no lo entiendas, porque eres nuevo y simplón, pero yo no me relaciono con nadie en esta escuela a menos que no pueda evitarlo. No quiero conversar con nadie, no quiero estar con nadie. Entonces, creo que es mejor para ambos que te sientes en una mesa donde alguien quiera que te sientes —terminé mi declaración, con una sonrisa envenenada.

Gabriel sonrió con esa extraña sonrisa del lado izquierdo de la cara y temí que se largara a reír de nuevo. Nunca antes había hecho falta, pero, si era necesario, le propinaría un buen golpe directamente en la nariz para que entendiera que con Estée Deveraux no se jugaba.

—Hagamos un trato... —me dijo. Apreté los puños. ¡¿Un trato?!—. Me siento aquí, pero no te molesto. Yo como tranquilo, tú lees tranquila. Ambos ganamos.

La mirada de confusión de Milena al otro lado del comedor se estaba transformando en furia. De seguro ya se había propuesto conquistar a Gabriel como fuera —igual que la mitad de la secundaria— y que él se sentara junto a la única persona que le provocaba terror le complicaba los planes. Estaba tan atónita frente a su desvergüenza que me quedé sin palabras y con el corazón latiendo a mil por hora producto de la rabia. La mesa vibró cuando se sentó frente a mí.

Y yo quedé estancada con el rubio durante todo el almuerzo. En silencio.

CAPÍTULO 9

La Floristería Madelaine quedaba en el medio del pueblo, a un costado de la plaza Eneldo. Para todos los habitantes de Puerto Umbra, este lugar era más bien el centro del universo. En aquella plaza ocurrían los compromisos y los desencuentros, nacían las esperanzas y morían los sueños, daba discursos el alcalde, se celebraban las festividades y un casi eterno y aburridísimo etcétera. Era el lugar más normal con el que se podía soñar; por ende, era perfecto para el local que había fundado Simone cuando yo apenas tenía dos años. Era su gran orgullo. Aquí, a diferencia de la mansión, donde solo vivían las rosas de cumpleaños que nos regalaba el Jefe, todas las flores mantenían sus colores y sus pétalos firmes por varios días, incluso semanas. Simone se regodeaba con los olores, les susurraba y sonreía como una colegiala enamorada.

A mí, en cambio, el aroma a flores muertas —porque eso es, al fin y al cabo, lo que realmente son— me golpeaba como un feroz viento inesperado. Era una mezcla asquerosa de los perfumes más potentes del mundo y solía pasarme por varios segundos.

Aquella tarde fui a ver a Simone con dos propósitos claros: burlarme de la aparición de la protea y preguntarle detalles sobre mi nuevo estatus en la familia. Después de todo, una vez que mis padres, no sé cómo decirlo, se jubilaran, yo me haría cargo del negocio familiar y quería saberlo todo. Especialmente, si existía un límite en la cantidad de almas que podía capturar en un día. Además, había quedado tan hastiada con la llegada de Gabriel y su insistencia por sentarse a mi lado en cada una de las asignaturas que compartíamos —que, por desgracia, eran varias— que necesitaba pensar en algo más excitante, como mi futuro.

Sonó la campanilla de bienvenida en la floristería y Simone se levantó de donde se encontraba, podando las ramas de unas camelias con las manos enguantadas. Respiré profundo para evitar una arcada.

—¡Estée! —Se encaminó hacia mí con una sonrisa, pero luego paró en seco. Ya habíamos establecido hacía una considerable cantidad de tiempo que los besos en la mejilla o en la frente estaban estrictamente prohibidos. Yo ya no era una niña, estaba a punto de cumplir misiones por mí misma para entrenarme para ser la nueva cabeza de los Deveraux; esos gestos de cariño me hacían sentir como si tuviera cinco años—. No exageres, estás igual que tu abuela —dijo poniéndose seria al ver que me cubría la nariz con un pañuelo.

—¿También odiaba las flores?

—Las detestaba —respondió acariciando los pétalos de un tulipán con melancolía—. *Maman*

Avril siempre rehuyó las cosas lindas de la vida —continuó, pero de pronto sus ojos se iluminaron y cambió el tema con brusquedad—. Me han dicho que ha llegado un chico nuevo a la escuela. Su familia se ha mudado a la antigua casa de los Toledo. ¿Volts, cierto?

Pueblo chico, infierno grande.

—Sí, Gastón.

—Me pareció escuchar que era Gabriel —dijo Simone, confundida.

Me encogí de hombros. Por supuesto, mi madre quería saber cuánto medía, si era inteligente, simpático, divertido y, principalmente, si tenía potencial de amigo. Es más, si le hubiese dicho que se había sentado en mi mesa durante el almuerzo y que prácticamente me había perseguido durante todo el día como una sombra, mi madre habría terminado su día en el hospital con un paro cardíaco. Hablo de forma metafórica, claro está. Era como si nuestros cuerpos fueran de hierro; los Deveraux jamás enfermaban. Me levanté, me senté sobre el mesón y comencé a comer la manzana que había sacado de mi mochila con indiferencia máxima. Pero Simone pareció no entender las señales. O simplemente no le importaron.

—¿Es un buen chico?

—Supongo —dije masticando con la boca abierta.

Yo no solía visitar a Simone después de clase. Me avergonzaba recordar que mi madre se comunicaba con las flores, a pesar de no poder siquiera tocarlas. Por eso, siempre trabajaba con guantes. Eran sus otros dos empleados quienes la ayudaban con las cosas más prácticas, como moverlas de un lado a otro, envolverlas en cajas o en papeles de celofán. Mamá les hablaba y las miraba con admiración. Si su piel desprotegida osaba tocar un solo pétalo, la flor se transformaba en cenizas frente a sus ojos. En una ocasión me había mencionado que el amor por las flores estaba en nuestra familia desde hacía generaciones —aparentemente a excepción de *maman* Avril— y que no sería extraño que yo también lo desarrollara. Yo me había reído a carcajadas.

—Así que es temporada de proteas —le dije con la voz cargada de veneno, mordiendo la manzana y elevando las cejas.

Simone paró en seco y me miró fijo, evaluándome.

—Lo es. Creo que quizás anunciaba la llegada de estos nuevos vecinos —me dijo muy seria y se giró para acariciar unos gladiolos, como si fueran cachorros.

«Vamos, Simone», pensé entre risas. «Tú sabes perfectamente que es por mi primera misión independiente». Pero Simone era más astuta que eso, y yo lo sabía, solo que todavía tenía los ojos demasiado vendados como para entender que la inteligencia de mi mamá se traducía en sabiduría, no en manipulación. Puse los ojos en blanco, a lo que ella respondió en un santiamén:

—Estée, cuando llegue tu pergamino hablaremos de tu pergamino. Pero mientras tendrás que obedecer las reglas de esta familia, tal como siempre se han seguido, ¿*tu comprends?*

Cuando mi madre se enojaba, siempre le afloraban las raíces francesas. Mi sangre hervía de la ira, porque sabía que Simone y Gérard harían todo lo posible para evitar que el Jefe me entregara

una misión para mí sola. Querían postergarlo hasta que fuera a la universidad, ¡por los siete infiernos! ¿Para qué retrasar lo inevitable? Me puse de pie sintiendo cómo la rabia se escapaba como una humareda por mis orejas. Boté de un golpe el corazón de la manzana al trasto de la basura y con los dientes apretados le respondí:

—*Je comprends parfaitement.*

Entonces, encaminándome hacia la salida, rocé con mi mano todos gladiolos que pude bajo la mirada atónita de Simone. Las flores se tensaron, como pulmones bajo el agua desesperados por un último respiro, y luego cayeron hacia el suelo, lánguidas, robadas de su color, convertidas en cúmulos de cenizas que se dispersaron en el aire.

CAPÍTULO 10

Si Simone se negaba a investigar a los nuevos visitantes, Damián tendría que hacer algo al respecto. Solo se había limitado a mirarlo de pies a cabeza con desprecio cuando él osó señalar que podía tratarse de *ellos*.

—Ni se te ocurra acercarte a ellos. Deja que sigan con su búsqueda a ciegas por el resto de la eternidad —le había dicho con los dientes apretados.

Pero Damián no podía quedarse de brazos cruzados, no cuando podía haber tanto en juego. Solo había ocurrido una vez antes en los más de cien años en que los Deveraux llevaban viviendo en Puerto Umbra y la primera vez no se trató de nadie en especial. Un carpintero en busca de mejor calidad de vida para su familia, qué aburrido. Pero esta vez había algo diferente. Esta vez, los padres de la familia, de apellido Volts, trabajaban como acompañantes de enfermos y necesitados y, además, habían provocado una reacción amorosa y de aceptación en todo el pueblo.

Si había algo que Damián tenía claro era que los malditos siempre trabajaban en algo relacionado con ayudar a otros: médicos, enfermeros, guías espirituales o psicólogos.

La primera vez habían sido doctores. Les había resultado sencillo porque Avril había sido una idiota. Por más de tres siglos, los malditos habían estado buscando a los sirvientes del Diablo sin éxito; nadie podía identificar a los Deveraux, pues en la vida diaria no eran más que una familia normal y, cuando se iban de caza, se transformaban físicamente, manipulando los ojos y el sonido, sin dar el más mínimo indicio de dónde se encontraban. En otras palabras, encontrar a los Deveraux era como plantearse la meta de encontrar un granito de destellos rojos en una playa cualquiera.

Pero Avril tomó el granito, lo elevó en el aire y comenzó a gritar a todo pulmón. Tenía solo trece años, pero un ímpetu incluso más temible que el que estaba demostrando ahora Estée. A su corta edad, ya quería ser la líder de todo. Tan tonta, Avril discutió con su madre en el hospital a todo pulmón, sin saber que alguien los estaba escuchando. Se sentía la estrella que Zeus había escogido para hacerse una corona, brillante, afortunada, indestructible.

Entonces, los Deveraux fueron convocados y ganaron la batalla casi por completo, a excepción de ese miserable cobarde que huyó para salvar su vida. Pero fue suficiente: el mundo se sumió en el caos que fue el siglo XX.

Muy quieto, a un lado de la plaza Eneldo, la principal del pueblo, no parecía más que una sombra escondida en un callejón, a pesar de tratarse de un halcón a la espera de su presa. Damián

no tenía necesidad de esconderse de los humanos; los trucos mentales que era capaz de hacer, en su mayoría destinados a hacerlos caer en el mal, le ayudaban a cobijarse en los desconfiados confines de la memoria humana, haciéndose humo cada vez que quisiese. Ya había estado en su casa, por supuesto, y había recorrido las tres habitaciones de la antigua propiedad de los Toledo, además de la sala, el comedor, la cocina y los baños, en busca de... algo. Pero por el momento no había nada fuera de lo común: parecía una simple familia de tres integrantes que se había mudado al pueblo y cuyo nuevo hogar estaba bombardeado de cajas.

Recorriendo una casa ajena, pensó que nunca antes había experimentado una sensación de hogar hasta conocer a las Deveraux. A sus Deveraux: Carassa y Pascale, ambas nacidas en el siglo XVII, donde realmente pertenecían. Vivían en una pequeña cabaña en la mitad del bosque, en las afueras del pueblo de Barcelonnette, en Francia. Era tan bienvenido en aquel refugio del mundo que siempre hallaba la forma de engañar a su familia y de escaparse a visitarlas. Carassa era curandera, trabajaba con hierbas para hacer remedios naturales y curar enfermedades que ni siquiera el sangramiento había podido sanar. Ante sus ojos, era una mujer bondadosa, generosa, adelantada a su tiempo. Pero, a ojos del pueblo, era una mujer extraña que vivía en medio del bosque y que había engendrado a una niña con el demonio.

Pascale le había contado el origen de su padre. Era un mercader que había pasado un tiempo en el pueblo y había vivido un intenso romance con Carassa, pero que huyó apenas supo del embarazo. Pocas personas se creyeron esa historia, a pesar de haber visto al mercader por las calles e incluso haberle vendido piel de oveja y queso fresco.

Carassa cumplía con demasiadas características de lo que los inquisidores llamaban «bruja». Damián cerró los ojos ante el doloroso recuerdo, con un sentimiento de culpa constante por no haber sido más rápido, más astuto, por no haber sabido protegerlas mejor. Lo único que podía hacer hoy, y por el resto de los siglos, era tratar de enmendar ese error y liberar a Pascale de una vez por todas.

Abrió los ojos, desechando sus pensamientos, y finalmente lo divisó a la distancia. Era un chico de estatura alta, paso seguro y cabello rubio. Un molesto mechón insistía en cubrirle los ojos. Llevaba una mochila gris a sus espaldas y caminaba con la mirada baja, como perdido en sus pensamientos. También era guapo, muy, muy guapo. A pesar de la distancia, Damián sintió una asquerosa bondad tras sus ojos.

Caminó rápidamente hacia donde se encontraba, esquivando a la perfección a los otros peatones, y luego apresuró incluso más el paso, se volcó y lo golpeó con el hombro. La mochila de Gabriel se resbaló, botando un pesado libro de su interior, y los ojos achocolatados de Damián brillaron con el mismo fulgor que los de su jefe.

—¡Perdóname! —dijo Gabriel con una voz exageradamente amable, la misma que usaban tantos humanos en la vida diaria—. Iba pensando en tantas cosas que no te vi, disculpa... —Una sonrisa

arrepentida, un gesto amable, una mano elevada en señal de perdón y la otra recogiendo el libro caído.

Gabriel sonrió, relajado. Tenía los ojos azules incluso más profundos de lo que había pensado y un tono de voz que, a pesar de ser dulce y generar confianza, también acarrearaba fuerza y determinación.

—La culpa fue mía —dijo Damián con una sonrisa encantadora y estirándole la mano en signo de presentación.

—Gabriel —respondió el chico rubio al instante, apretándole la mano con la firmeza precisa. Por supuesto que eso ya Damián lo sabía. También sabía que su apellido era Volts, de origen alemán y que irónicamente significaba ‘voltaje’. ¿Sería finalmente esta familia la que electrocutara todo?

—Gabriel..., disculpa la intromisión, pero tu rostro no me parece conocido. Ya sabes cómo es; en un pueblo chico, todos conocen los trapos sucios de los vecinos y se saben todas las caras y nombres.

Otra risa amistosa. Por los siete infiernos, ya le estaba costando trabajo actuar como un ser humano amable. Aquí, en el fin del mundo, las personas hacían lo imposible por caer bien, incluso dejando de lado la honestidad y cayendo en la mentira. Eso era algo que extrañaba de Francia, la simple y maravillosa honestidad. Era la misma razón por la que Estée jamás había podido entablar amistad con nadie más que con Damián. Gabriel guardó unos segundos de silencio y Damián temió que se hubiese percatado de que él no le había dicho su nombre.

—No pasa nada, soy nuevo, de hecho. Llegamos con mi familia hace solo unos días.

—¿Ah, sí? No es mucha gente la que se muda al fin del mundo.

Gabriel rio con cordialidad.

—Bueno, no, supongo que no.

—Antes de ustedes, los últimos que se mudaron aquí fueron los Heber —mintió Damián. Tras una milésima de segundo de espera, Damián se trazó los dientes con la lengua mientras esperaba la reacción de Gabriel. Vamos, la luz del reconocimiento...

Gabriel sonrió sin darse por aludido. No hubo nada. Ni un mínimo destello en sus ojos, ni un músculo contraído, ni un pestañeo de sobra..., nada. Damián miró al chico fijamente e intentó entrar en su mente. Sin embargo, había murallas por todos lados y pudo ver muy poco. No era algo particularmente extraño, ya que existían muchas personas comunes y corrientes alrededor del mundo que tenían tan bien cultivada su mente y sus pensamientos que eran inmunes a influencias externas. Aunque, claro, también podía ser porque se trataba de uno de *ellos*.

Pero no sabía nada de los Heber, del maldito chico Heber que escuchó la conversación privada entre Avril y su *maman*, que las oyó hablar de forma tan clara sobre la captura de almas y alegar que ella ya estaba preparada para asumir su independencia y legado familiar. Aquella había sido la gota que colmó el vaso, la conversación que delató a los Deveraux ante sus peores enemigos, y

el chico Heber era el miserable que huyó por su vida en la batalla final. Debía ser alguien en busca de venganza, tras aquella patética desgracia que debió de ser para el lado de la luz... Aquel nombre estaría impregnado en el ADN de cualquiera que hubiera venido después.

En cambio, Gabriel no sabía nada. Qué sabor más agrio sintió de pronto Damián en su boca. Un chiquillo más, uno cualquiera y perfectamente patético, que había llegado a la escuela de Estée. De seguro, ella ya lo odiaba. Esa chica y sus ideas tan firmes sobre el mundo y los humanos...

El silencio comenzó a alargarse de forma incómoda y Gabriel giró los ojos lejos del demonio, preguntándose quizás por primera vez si este extraño personaje tenía algún motivo oculto.

—Mis disculpas nuevamente. Espero que tengas una agradable tarde —dijo con una sonrisa fingida y un tono de voz impregnado de miel envenenada.

—Igualmente... —respondió Gabriel, pero Damián ya se había girado y caminaba con paso firme en dirección contraria a la multitud.

CAPÍTULO 11

Simone nos había castigado a Liki y a mí varias veces durante nuestras vidas: nos envió a la cama sin los deliciosos postres franceses de mi padre, no nos permitió ver la televisión por una semana o más, o nos quitó de la estantería nuestros libros preferidos. En otras palabras, nada que realmente me afectara. En el caso de Liki, tendría que haberle quitado su encendedor, pero eso era algo que mis padres siempre intentaban hacer sin importar cómo se comportara. En cuanto a mí, lo que realmente me hubiera dolido y obligado a recapacitar en mis actos habría sido quedarme sin entrenamiento o sin una misión.

Y eso fue exactamente lo que hizo Simone aquella noche en venganza. Después de haber estado encerrada leyendo y releendo libros de historia, buscando y rebuscando en Internet temas de estudio para basar mi proyecto anual de esa asignatura, me encontré con Liki en la cocina, revolviendo una olla y con los dedos peligrosamente cerca de las llamas.

—Liki, no juegues con fuego. —Una orden automática, sin siquiera pensarla. Mi hermana echó los dedos hacia atrás con decepción, probablemente porque la había pillado.

—¿Y los Deveraux mayores?

Liki levantó el cucharón de la olla y sorbió un líquido hirviendo sin siquiera inmutarse.

—Parece que hiciste enojar a mamá —me dijo, dándole unas últimas vueltas. Fue entonces cuando mis sospechas se volvieron realidad.

—Liki... —me quejé con ella, como si fuera su culpa. Liki apagó el fuego, se sirvió un pocillo humeante y me miró fijamente.

—Ya sabes lo que dice papá...

—No hagan enojar a su mamá —dijimos las dos a coro, y nos reímos. Pero mi furia estaba latente. «Simone, maldita egoísta, ¿cómo te atreves a dejarme fuera de una misión?».

—Exacto. Pero tú la hiciste enojar. Y estaba bien enojada, furiosa. Por eso se fue con papá a capturar un alma y solo nos dejó una sopa de champiñones. ¿Quieres?

Olfateé su pocillo con desconfianza. Olía de maravilla. Todo lo que cocina papá es para servirse segundas y terceras porciones. Liki pasó a mi lado y se fue a acomodar a la sala de estar, donde siempre disfrutamos comiendo y viendo la televisión.

Nuestro Jefe siempre enfatizaba en la importancia de trabajar juntos, en especial conmigo, ya que como heredera tendría que hacerme cargo de todo esto algún día. El hecho de que nos dejaran atrás no era una sutileza, sino una pancarta con luces y sonidos que manifestaba la rabia y

decepción de mamá. Por supuesto, no podíamos trabajar con la misma regularidad; Simone y Gérard podían ajustar sus horarios, mientras que Liki y yo teníamos que cumplir con las obligaciones de la maldita escuela.

Mi hermana parecía hechizada con la televisión mientras sorbía su sopa directamente del plato y llevaba puesto un pijama entero de unicornio negro, pero no tenía puesta la capucha. Se veía pequeña y feliz, cubierta con una frazada escocesa y con las piernas cruzadas.

—Liki, no entiendo por qué mis padres están tan enojados conmigo —dije en un solo suspiro, tan rápido que, de no haber sido mi hermana, no me habría entendido el balbuceo.

Liki esperó a que terminara la discusión televisada para responder sin mirarme.

—No les gusta que te lleves tan bien con Él.

Instintivamente, me acaricié la cicatriz fantasma que el Diablo me había hecho en la nuca. Tomé varios sorbos de sopa, a pesar de que me fueron quemando el cuerpo entero, desde la garganta hasta el estómago, como un ordenado camino ardiente de hormigas. Sabía que las palabras de Liki tenían un grado, posiblemente bastante alto, de verdad. Lo que odiaba era precisamente eso, saber la verdad con tanta claridad y no poder decir en alto algo como: «Es que nuestros padres están dementes».

—Pero, ¿por qué? Si es nuestro Jefe.

—Sí, pero nuestro Jefe es el Diablo —me dijo dándole otro sorbo a su sopa, aún sin mirarme y con los ojos bien abiertos. Era como si la mitad de su cerebro estuviera procesando la verdadera razón del conflicto entre las hermanas estadounidenses, mientras que la otra se daba el tiempo de explicarme obviedades.

La chimenea estaba prendida y llenaba la sala de un calor abrigador. Era muy distinto al calor que traía él cuando nos visitaba; ese último era embriagador, tóxico, y daba ganas de encerrarlo para siempre entre cuatro paredes y dejar que te relajase el cuerpo entero, como un veneno inesperado.

—¿Y eso qué tiene que ver? Trabajamos para Él, me gusta lo que hago...

—Yo creo que a mamá le preocupa que, en el caso en que pudieras elegir entre trabajar para él o no, decidieras que sí. —Otro sorbo sin mirarme. Por supuesto que diría que sí. Antes prefería morir que vivir como un humano cualquiera.

—¿Y eso es malo?

Por fin, Liki me miró. Su expresión era tan similar a Simone que casi me sobresaltó. Eran iguales en muchas formas, en su expresión y en su manera de pensar, mucho más allá que en el hecho de compartir el pelo rubio y los ojos verdes. Yo, en cambio, había heredado el cabello negro azabache de Gérard, pero los ojos Deveraux. Se quedó mirándome por tantos segundos que temí que se hubiese quedado paralizada. Quizás se le había quemado el cerebro al tomar la sopa tan caliente. Quizás el fuego había sido más fuerte que ella, después de todo.

—No lo sé. Supongo —dijo finalmente. Por fin había aparecido la niña de doce años. Suspiré y

bebí una cucharada de la sopa, un tanto aliviada, pero sin querer admitirlo. Por supuesto que no había nada de malo en disfrutar lo que hacíamos; los Deveraux cumplían este trabajo desde hacía siglos, ¿para qué torturarse tan estúpidamente en vez de aprovecharlo?

—No quiere que lo disfrutes tanto, quizás. Le recuerdas demasiado a su mamá —dijo Liki de pronto, cuando comenzó el corte comercial. Mi corazón se saltó un latido de la sorpresa.

—¿A *maman* Avril? —dije con la voz endeble por la risa que me estaba surgiendo desde el estómago—. Hoy mismo me dijo que ella detestaba las flores, por lo que no me molestaría parecerme a ella.

—Por cómo la escuché hablar con Damián en la mañana, parecerse a *maman* Avril no sonaba como un halago.

Respiré profundo, sintiendo mis pensamientos complicarse como una tela de araña. Mi hermana se levantó la trenza —se la había estado apretando con la espalda—, la posó sobre un hombro y dijo sin mirarme:

—Simone estaba molesta con Damián, aparentemente, cosa que no es nueva. Lo que sí me resultó novedoso es que dijo que te parecías demasiado a su madre y que temía que tuvieras que luchar sola. Le dijo a Damián que no metiera las narices donde no le incumbe.

—¿Luchar sola? —pregunté confundida.

—Me imagino que se refería a llevar el legado por ti sola, ¿no? Por eso le molesta que estés tan entusiasmada y decidió castigarnos dejándonos fuera de la misión.

Durante el resto del capítulo, me dediqué a sorber la sopa, cada vez más fría, en la silenciosa compañía de mi hermana.

A la mañana siguiente, me despertó una presencia deliciosa en mi habitación: Damián.

—Buenos días, princesa —me dijo al oído. Mi corazón comenzó a latir como un tambor desenfrenado y rogué que no fuese capaz de sentirlo. Su cuerpo no generaba ni calor ni sombra, era casi como un espejismo a mi lado, un espejismo que yo quería inclinarme a tocar.

—¿Cómo van las cosas en el Inframundo? —le pregunté mientras intentaba limpiarme los ojos y peinar, aunque fuese un poco, mi cabello. También necesitaba desesperadamente comer o tomar algo para combatir el mal aliento.

Él estaba de pie junto a mi cama, vistiendo su terno inmaculado y mirándome con curiosidad.

—Como siempre —respondió sin quitarme los ojos de encima—. ¿Cómo van las cosas en la escuela? —preguntó, trazando las arrugas de las sábanas con sus finos dedos, disparando mi atracción como un cohete.

—Como siempre —logré decir.

—No queda nada para tu gran día, princesa.

—No me llames princesa.

Para matarme aún más, no halló nada mejor que acostarse a mi lado y nos quedamos ambos mirando al techo. Estaba tan cerca de mí... Tan, tan cerca. Podía sentir la presencia de su cuerpo, a

pesar de que de él no emanara calor. Si me concentraba lo suficiente, podía oír el latido suave de su corazón inventado.

—No dejes que Simone te atormente, princesa —dijo. Suspiré irritada. ¿De verdad teníamos que hablar de mi mamá estando los dos en la cama? Se veía tan guapo acostado tan cerca de mí. Podía imaginarme trazando la curvatura de su nariz y rozándole los labios con la suavidad de un susurro. «No, Estée. Deja de pensar en esas cosas», me dije.

—Tú lo sabes, ¿cierto? Mi Jefe me dará mi primera misión para mi cumpleaños.

Damián recorrió la habitación con sus ojos, aparentemente aburrido. La última vez que lo había tenido tan, tan cerca había sido hace ocho meses y diez días —¿quién lleva la cuenta?—. De pronto, chasqueó sus dedos y estábamos en el exterior, en el prado, en la parte trasera de la mansión. Damián se acercó a mí de improviso y me rodeó la espalda para sostener el arco sobre mis manos. Estaba frío, pero, aun así, mi cuerpo pareció subir tres grados en temperatura.

—No permitas que tus emociones afecten a tu desempeño. Tu cabeza siempre tiene que mantenerse fría, sin importar la rabia, la frustración o el miedo que puedas sentir. —Sus labios estaban justo en mi oído, provocándome un delicioso escalofrío con cada palabra. Mi cuerpo pareció entumecerse por unos segundos y luego volver a despertar con el ímpetu de un volcán. Damián hizo caso omiso a mis mejillas acaloradas y lanzó cinco flechas que se destronaron la una a la otra sobre el punto medio exacto del objetivo rojo del tablero; luego, como un gesto de aburrimiento, decidió darle a un pájaro nocturno que volaba solitario y perdido por nuestro jardín. Cayó como una roca con un golpe sordo al piso, levantando una leve capa de arena, un resultado tan minúsculo para lo que debía de haber sido una existencia inútil.

—No seas mala conmigo, Estée, sabes perfectamente que, aunque supiera algo..., no podría decírtelo —dijo respondiendo finalmente a la pregunta que le había hecho en mi habitación.

—No seas tú malo conmigo. ¿Sabes lo que significa llevar una vida ordinaria? Estoy harta, veo a todos a mi alrededor preocupándose por cosas insignificantes, hablando mal de otros, portándose mal con otros...; los humanos son una miseria, Damián. Y lo que nosotros hacemos es intentar limpiar un poco el mundo de esa mugre. No puedo entender por qué Simone intenta alejarme de algo así. —Aproveché para disparar tres flechas más con el poder de la frustración que me invadía.

—No son todos iguales, Estée.

Sonreí burlona. Damián no me imitó. Barrió con su mirada el camino desde el pájaro hasta sus palmas extendidas y, de pronto, el animal muerto yacía en ellas. Se requiere mucho para sorprender a un Deveraux, pero esos pequeños actos de magia que Damián llevaba a cabo sin el menor aviso eran siempre capaces de hacer que mi corazón se saltara un latido.

—Esta paloma interrumpió nuestra práctica de tiro. Por ende, necesitaba un castigo, ¿cierto?

Los ojos de Damián parecieron lanzar una energía que entró por mi mirada, me recorrió el cuerpo entero y me hizo temblar las manos; entonces, capturó mi atención y me encerró en un lugar

donde no había nada más que sus ojos, quemándome con su concentración, tentándome a darle la respuesta correcta.

—Cierto —le dije, como si no tuviera ningún efecto en mí. Él bajó la mirada y el pájaro ya no estaba en sus manos. Quizás lo que había intentado era desafiarme a darle la respuesta incorrecta.

De pronto, sentí la puerta de entrada abrirse y cerrarse a la distancia, llevándose las voces de Gérard y Liki. Simone ya debía de haber partido hacía más de media hora, lo que significaba que estábamos solos Damián y yo. Todo el terreno de la mansión se me hizo demasiado pequeño y mi corazón demasiado estúpido. Parecía que me había tragado una piedra que apenas me dejaba respirar.

—El castigo parece ser siempre demasiado duro para el crimen. ¿Qué es un crimen, después de todo, princesa?

¿Era una pregunta en serio? No podía responderle, estaba demasiado pendiente de su cercanía y sus palabras acarreaban veneno, lo sabía.

—Si haces algo por alguien que amas, ¿es realmente castigable? —preguntó muy serio antes de lanzar su deliciosa risa melancólica. Luego me miró fijamente, desafiándome a sostenerle la mirada. Por los siete infiernos, ¿estaba Damián profesándome su amor? Sentí que me iba a desmayar, a pesar de que no era algo que pudiera sucedernos a los Deveraux. Me concentré en lanzar otra flecha con un disparo tan poco acertado que a duras penas quedó sobre la tabla de madera.

¿Era acaso consciente de que me estaba matando por dentro? ¿Por qué me estaba hablando con esos acertijos? ¿Me estaba proponiendo convertirse en mi pareja? Mis sospechas no hicieron más que agrandarse cuando dijo lo siguiente:

—¿Estás al tanto de que, si el Jefe te da algunas misiones independientes y las llevas a cabo a la perfección, serás la heredera de inmediato? Tus padres y tu hermana se irán, dejándote sola.

Las palabras que había escuchado Liki resonaron en mi mente. *Luchar sola*.

—Es lo único que quiero, Damián.

Mi mirada fue tan determinada que sentí cómo nuestros pensamientos se unían. Damián esbozó la más pequeña de las sonrisas.

—¡Estée! ¡*Tu es en retard!* —La voz furiosa de Simone desde una ventana del segundo piso de la mansión me hizo brincar. Tiré el arco y las flechas al piso y, con el corazón ahogado, hice ademán de correr hacia la mansión. Me despedí de Damián de la forma más torpe que había hecho en toda mi vida. Él, en cambio, me obligó a detenerme, sosteniéndome de los hombros, y me besó en la mejilla, cosa que solo había hecho en contadas ocasiones.

Por los siete infiernos, ¿todo esto era real?

CAPÍTULO 12: GABRIEL

Quizás una de las cosas que más me gustaba de Puerto Umbra es que había una chica que me había tomado tan de sorpresa que me tenía riendo como un estúpido cada vez que me dirigía la palabra. Nunca antes me habían llamado «pulga», «incompetente», «básico», «inepto» o se habían equivocado con mi nombre. Pero esta chica, Estée Deveraux era su nombre, no tenía miedo de lo que yo pensara de ella, no buscaba agradarme, caerme bien o sorprenderme; definitivamente, no quería hacerme ningún favor y lo único que deseaba era que me mantuviera lo más alejado posible de ella.

Pero por supuesto que eso no sería así. Era la primera vez que me encontraba con un ser humano que no parecía dispuesto a desdoblarse por cumplir mis deseos. Estar simplemente en la cercanía de Estée me hacía sentir... liviano, libre. Sé que probablemente sonara como un tonto describiendo esto, pero era como si por primera vez pudiera ser yo mismo. Estée parecía verme tal como era, sin esos anteojos de la perfección tras los cuales solía mirarme el mundo.

Quizás mamá tuvo la revelación de venir aquí, porque finalmente podría sufrir un poco, sentir cómo es que te hieran los sentimientos. Porque Estée intentaba hacerlo, una y otra vez, sin piedad, como una lluvia de cuchillos. El primer día se burló de mi pelo, de mi actitud y del hecho de que todos quisieran conocerme. También confundió mi nombre, aunque estoy bastante seguro de que fue a propósito. Y, aun así, no podía sentir ofensa alguna; era demasiado el alivio. Ella me insultaba y yo sonreía, como el peor caso de trastorno de personalidad dependiente. «No importa lo que me digas o cuán mal me trates, Estée; siempre sonreiré como un estúpido con cualquier cosa que me digas».

Y era guapa. Dios mío, lo era. No sé si era consciente de eso o no, porque no se pavoneaba como otras chicas que claramente buscaban usar sus atributos para llamar mi atención, pero tampoco creo que lo ignorara completamente. Había algo muy seguro en la manera en que se movía, me miraba e incluso me insultaba. No era como otros casos que había visto en casi todas las escuelas anteriores; aunque nunca se dirigían a mí, obviamente, en todos los lugares había un grupo de personas que escondía sus inseguridades tras una fachada de agresividad e indiferencia frente al mundo. Pero Estée parecía genuina: era la persona más arrogante que había conocido en mi vida, pero era genuina. Y había algo en ella que me parecía fascinante.

El segundo día me senté nuevamente en su mesa en la cafetería. Durante el tiempo que llevaba en la escuela, la gran mayoría me había ofrecido en algún momento u otro el sentarme con ellos

durante el almuerzo. Me miraban sonrientes o con los ojos brillantes, como si su vida dependiera de mi aceptación. Al principio, cuando era más joven, me sentía inmensamente culpable al declinar sus ofertas y ver cómo la luz se extinguía en sus facciones como una fogata a los pies de una tormenta. Pero con el tiempo me percaté de que no podía ser esclavo de los sentimientos de los demás, tal como lo son tantas personas. No era mi responsabilidad hacerlos felices, por lo que ya ni siquiera jugaba con esa idea.

Supongo que en algún punto también ayudó el hecho de que, por más que les dijera que no, nunca parecían cambiar su opinión sobre mí, enojarse o retirarme la palabra. Así es que, sintiendo varias miradas fijas en mi nuca, planté mi bandeja sobre la mesa de Estée Deveraux. No era una mesa en la que Estée Deveraux simplemente se sentaba a almorzar, sino que era *su* mesa. Se la apropiaba como el más severo de los casos de síndrome de Diógenes, cubriéndola con su mochila, comida y libros y sentándose, mirando hacia el resto del mundo, como desafiándolos a acercarse.

Se sobresaltó levemente cuando puse mi bandeja y elevó su mirada con furia del libro que la tenía atrapada.

—Mátenme —dijo con brusquedad, cerrando el libro de un golpe para darle énfasis a sus palabras. Me quitó la mochila y me senté frente a su rostro furioso.

—¿Cómo? —le pregunté un poco sorprendido por su elección de palabras y sonriendo como un estúpido.

—Mátenme. Ahora. Es una expresión, Gastón, para cuando prefieres estar muerto antes que tener que soportar lo que estás viviendo en el momento.

Estoy seguro de que sabía perfectamente mi nombre y solo lo hacía para irritarme. No funcionaba, claro está; solo lograba que mi sonrisa se ampliara mientras la corregía para seguirle el juego.

—Gabriel.

—Lo que sea —dijo moviendo su mano con desdén, como si espantara a una mosca. No me moví ni un solo centímetro de donde estaba sentado.

—Me parece un poco exagerado hablar con esas palabras —le dije. A través de la mesa, pude sentir cómo rabia, frustración e incredulidad comenzaban a dispararse igual que fuegos artificiales dentro de su cuerpo.

—¿Por qué? ¿Acaso le temes a la muerte? No me sorprende, Gastón. Todas las personas insignificantes de este mundo la temen —dijo con orgullo, como si ella fuese invencible ante ella.

—No le tengo miedo. Pero mis padres trabajan con gente que está al borde de la muerte y los ayudan a que la transición sea menos dolorosa y con más confianza. Lo que siento es respeto, no temor. Solo quiero asegurarme de hacer todo lo que quiero hacer antes de morir.

Estée me miraba fijamente, evaluándome. Tenía los dos dedos índices metidos en el libro, como

esperando el momento correcto para volver a su lectura y que la dejara en paz. Su almuerzo descansaba frente a ella: un sándwich *croissant* que olía de maravilla.

—Tampoco me sorprende que todavía no hayas hecho nada que valga la pena con tu vida —dijo inexpresiva.

—¿Acaso tú sí?

En muchas ocasiones, me pregunté si, en caso de que los ojos fueran capaces de lanzar llamas, habría sobrevivido a las miradas de Estée Deveraux. Probablemente no. Continué hablando para ver si lograba suavizar un poco sus facciones. Quería conocer más de ella, no que me asesinara en el intento.

—Solo pienso que quiero llegar a un punto en mi vida donde me sienta bien con morir, ¿entiendes? No tengo por qué haber logrado grandes cosas o ser mundialmente reconocido. Solo quiero estar en paz. Poder sentir que, si muero hoy, estaré bien con eso, porque estoy en paz.

Era más de lo que le había contado a cualquier otra persona. Era como un pedazo de mí, una migaja que le había entregado a una completa desconocida. Nadie más podía saber estos detalles sobre Gabriel Volts; Gabriel Volts estaba predestinado al éxito, a cambiar el mundo, a ser adorado por millones y millones de personas..., no a vivir en paz en una casa pequeña junto a su perro y sus libros de psicología.

Estée guardó silencio y su ceño se relajó muy levemente, lo que interpreté como una señal para continuar.

—Sea como sea, me alegra que podamos tener una conversación. —Entonces, me dispuse a comer de mi pedazo de carne con puré cuando sus palabras me detuvieron.

—Oh, esto no es una conversación.

—Estoy bastante seguro de que cuando dos personas comparten cosas de sí mismos u opiniones se forma una conversación.

—Bueno, te equivocas.

—Mmm, no, no lo creo. Es una conversación, así es que como ya estamos en esto podemos continuar.

—¡Por los siete infiernos, pulga del demonio!

Era el mejor insulto que había recibido en mi vida. Y también el único.

—¿De qué es tu sándwich? Tiene un olor exquisito. —Intenté cambiar de tema.

—Eso es porque mi padre es un excelente cocinero, pero no intentes desviar la conversación.

—O sea que estamos teniendo una conversación...

Creo que si pudiese haberme ahorcado en ese momento, lo habría hecho. Suspiré profundo e intenté disminuir mi sonrisa.

—Mira, Estée. Yo también quiero estar solo. No quiero sentarme con ninguna de estas personas que quieren ser mis amigos. Lo que te dije ayer sobre el trato sigue en pie. Podemos comer juntos sin hablar, ¿está bien?

No era realmente lo que quería, pero, aunque no se diera cuenta, de todas formas ya habíamos conversado algo. Estée abrió su libro, *De ratones y hombres* de John Steinbeck, y continuó leyendo. Me tomé eso como un sí.

—¿Qué lees? —le pregunté, a pesar de poder ver el título sin problemas.

—*De ratones y hombres*. —No pensé que fuera a contestarme.

—Me encantaría saber tu opinión. ¿Es George realmente un asesino o todo lo que hizo fue en favor de ayudar a Lennie? Porque era mejor que lo matara su mejor amigo a un grupo de granjeros furiosos, ¿no?

Estée me tomó por sorpresa cerrando nuevamente el libro de golpe y poniéndose de pie.

—Gracias por arruinarme el final, idiota.

Dios mío, me sentí realmente mal. Y no estaba familiarizado con aquella emoción. Había metido la pata. Odiaba cuando alguien me hacía algo así y ahora le había contado el final de una novela por error.

—Perdón, Estée, pensé que ya lo habías leído. No pensé...

—No, está claro que no pensaste —dijo poniéndose la mochila sobre los hombros y yéndose a máxima velocidad, haciendo sonar sus botas de combate contra el suelo.

Sin duda, este pueblo no era lo peor que podría haberme sucedido. Esos encuentros con Estée me alegraban los días, pero también había otros factores que me gustaban. Por ejemplo, la escuela contaba con un profesor de Psicología bastante competente y la tranquilidad de las montañas y los bosques me otorgaba una extraña sensación de paz. Era como si mi necesidad de huir se calmara y bajara su intensidad hasta convertirse en un sueño que podía mantenerse en pausa al menos los dos años que me quedaban de secundaria.

Cuando fuese hora de ir a la universidad, desaparecería; por primera vez, sería yo quien elegiría adónde ir y dejaría de arrastrarme tras el movimiento continuo de mis padres. Este lugar me parecía bien para un par de años más, si es que durábamos esa cantidad de tiempo, claro está, cosa que dudaba.

La casa a la que nos habíamos mudado tampoco estaba nada mal. Se alzaba en dos pisos, tenía un porche con barandas blancas e incluso una habitación de sobra donde mis padres habían reunido todos sus libros de autoayuda, inspiración y religión y donde también pude organizar los míos de psicología. Era una casa que nos habría costado una fortuna en cualquiera de las ciudades grandes en las que habíamos vivido. Pero aquí, en el medio de la nada, aparentemente podíamos costearla, igual que podíamos costear tantas cosas sin que yo comprendiera muy bien cómo. Parecía que ser cuidadores era una profesión inmensamente lucrativa.

La casa incluía los muebles, así que nos habíamos evitado esa sensación de soledad que generan los espacios vacíos. La propiedad había pertenecido antes a los Toledo, una pareja anciana que había fallecido hacía poco. Había descargado por completo mi camioneta roja cuando

me acordé de la caja de mi mamá que había guardado en la guantera. Se la pasé en la cocina, mientras lavaba los platos, y sus ojos se abrieron como los de un gato tomado por sorpresa.

—Todavía no sé dónde guardar ese vejistorio —dijo con una sonrisa débil—. Es tan feo, pero tan importante para la familia... ¿Por qué no lo dejas en tu camioneta mientras le encuentro un lugar?

Como tengo experiencia de sobra con las locuras de mi madre, lo hice sin protestar y rápidamente me olvidé de ello.

CAPÍTULO 13

Esa semana recibimos más de diez pergaminos, pero ninguno dirigido solamente a mí. Simone apenas me hablaba. Todavía estaba furiosa por haberle hecho polvo las flores.

Durante una de nuestras misiones Damián apareció por sorpresa. Ya habíamos realizado toda la ceremonia y yo había soñado despierta que era yo quien sostenía la daga, quien la clavaba profundamente y condenaba a un alma miserable a una eternidad de sufrimiento. Se lo tenían más que merecido. Yo sería la mejor limpiadora de almas corruptas del universo.

Simone se encontraba haciendo los últimos encantamientos para asegurarse de que la escena se viera como si hubiese muerto de un aneurisma, cuando Gérard, Liki y yo salimos de su deprimente departamento. Al pie de la escalera, nos esperaba Damián.

—Buenas noches, Deveraux —dijo con la formalidad de siempre.

—Buenas noches, Damián —contestó Gérard rápidamente, siempre un poco nervioso en presencia de un demonio sin contar con Simone.

—¿Podría escoltar a Estée hasta su hogar?

Por todos los demonios, parecía sacado de una novela de Jane Austen. Mi tonto corazón se aceleró. Gérard asintió. ¿Qué más iba a hacer? Damián era parte de la familia, tenía que confiar en él tanto como confiaba en nosotras o, al menos, eso era lo que le escuché decir a Simone una noche cuando discutían sobre su presencia y sobre cuán cercano se estaba volviendo a mí.

Sonreí con suficiencia y le seguí el paso hasta la calle. Después de la adrenalina de cumplir una misión —y la decepción contigua de que aún no era solo mía—, mis planes para la noche no incluían más que terminar de leer *De ratones y hombres* por tercera vez en mi vida, porque era de mis libros favoritos. La llegada de Damián añadía un delicioso toque de pimienta al final de mi día. En un pestañeo, Damián nos sacó de la fascinante capital a la que habíamos viajado para nuestra misión y nos ubicó en el bosque, a poca distancia de mi hogar.

—Simone está preocupada por ti —fue lo primero que dijo. Por los siete infiernos, pensé que quizás podríamos pasar un buen rato conversando —o incluso besándonos— sobre las almas malditas y mi próximo nuevo rol como cabeza de los Deveraux.

—No empieces ahora tú, Damián.

—Princesa...

—No me digas princesa.

—Estée, lo que quiero decirte es que estoy de acuerdo contigo en que tu madre está siendo muy

injusta.

Paré de caminar con tanta brusquedad que debió de parecer que me había chocado con un árbol invisible.

—Siempre estás de acuerdo con Simone —dije con la boca seca.

—No esta vez, princesa. Me parece que ya estás en todo tu derecho de demandar tu posición en la familia, de comenzar a hacerte cargo del legado ahora, si lo quieres.

—Lo sé. Es exactamente la razón por la que quiero que suceda.

Damián caminaba con ambas manos en los bolsillos, sin mirarme. No podía creer que esto estuviese pasando. Él me mostraba su apoyo en contra de Simone. Me había hablado anteriormente de que estaría sola, de que necesitaría a alguien a mi lado...

Silencio. Solo se escuchaban nuestros pasos sobre las hojas caídas del otoño. Era una noche sin luna, oscura como nuestros uniformes. Llevaba mi capa puesta, inclusive la capucha, que sentía que ayudaba a controlar mi incontrolable melena negra. Ninguno de los dos, sin embargo, teníamos problemas con nuestros ojos en la oscuridad: teníamos la visión de un lobo. Pronto me percaté de que Damián estaba con su melancolía al máximo. Y yo que había pensado que sería una noche entretenida...

—Deberías invocarlo, decírselo directamente y dejar de andarte con rodeos. Dile lo que quieres y él te lo dará.

—Simone se pondría furiosa.

—Sí, ¿pero realmente puede evitarlo?

No podía creer lo que estaba escuchando. Por primera vez en la vida, sentí que Damián me estaba escogiendo. ¡Por fin! Por fin se quitaría esa chaqueta negra que siempre llevaba puesta y podríamos quedarnos horas en el bosque besándonos y acomodándonos sobre las hojas. Por fin sería mío y podríamos estar juntos por la eternidad. Me volteé hacia él con el corazón ahogado y, entonces, mi cabeza giró como si me hubiesen agarrado de los pies y colgado boca abajo en un árbol.

De pronto, ya no estábamos en el bosque, sino en un ático empolvado y oscuro. Mi corazón dejó de saltar de felicidad y amenazó con hundirse, a no ser que Damián pensara que aquel cuchitril era más romántico que el bosque bajo la luna llena. Lo dudé y tosí incómoda por el olor a polvo.

—¿Qué diablos, Damián?

Qué manera de destruir el ambiente romántico. Las sombras danzaban sobre su cuerpo perfecto, alto y rígido como siempre, mientras su tez pálida sobresalía de ellas como un farol. Había cajas y cajas a mi alrededor, algunas amontonadas las unas sobre las otras, un montón abiertas y otras bien selladas, como si alguien hubiese deseado que jamás se volvieran a abrir. Olía a polvo, a olvido, y, entre el desorden, casi pude sentir susurros de décadas, de siglos atrás. Damián posó su mano suavemente sobre una de las cajas de cartón roídas por el tiempo y el olvido.

—Creo que es momento de que sepas más sobre tus antepasados —dijo con su tono depresivo,

como si lo que quería que viera le causara dolor en un corazón que no tenía. O que ya no latía. Adoptó ese tono tan irritante que también le había escuchado a Simone.

Con su voz suicida, me señaló la caja que estaba justo a mi izquierda. Argh... No tenía ningún interés en empolverarme las manos. Pero como ya había tenido suficientes malos ratos en poco tiempo, la abrí y ahogué un estornudo. Mi cara de disgusto, eso sí, fue imposible de disimular.

—Hay muchísimas cosas aquí: cosas del pasado que no se han tocado en décadas, cosas que han pertenecido a todas las generaciones de los Deveraux —dijo de pronto, dándome la excusa perfecta para sacudir mis manos y dejar de meterlas en una caja de dudosos contenidos. Había supuesto que nos encontrábamos en el ático de la mansión, pero ahora me lo confirmaba. Todos los recuerdos de mi familia estaban ahí, en cajas y olvidados. Supuse que no serían tan valiosos, después de todo.

—Sin duda hay un *buen* montón de cosas —dije girándome y evaluando el tamaño de la habitación y la cantidad de cajas. No sé si se percató de mi sarcasmo.

—Esa es la más antigua de todas. —Nuevamente se estaba refiriendo a la estúpida caja que se encontraba a mi lado.

Me comí mis palabras venenosas y me entró una gigantesca duda: no podía haber cosas de *todas* las generaciones, simplemente porque no podríamos habernos movido con facilidad de una ciudad a otra. A lo largo de su existencia, los Deveraux habían vivido en más lugares de los que era capaz de memorizar. Damián me regaló una media sonrisa cuando se lo pregunté. Se veía muy guapo sonriendo en la oscuridad.

—Esta no es una casa pasajera, princesa.

Caí en la cuenta. Por supuesto: la mansión Deveraux se movía con su familia a donde ella fuera. ¿Cómo no lo había pensado antes? Otra cosa genial de ser parte de la familia.

—Espera. No puede ser. Esta casa tiene una arquitectura del siglo XIX.

—Ha tenido ciertos cambios desde entonces, por supuesto. Pero su esencia es la misma —dijo mirando a su alrededor, como si la mera existencia de la mansión le causara pesar.

«Por los siete infiernos, ¿qué guardará esta apestosa caja?», pensé mientras me inundaba una curiosidad incontrolable. Me incliné para abrirla con brusquedad. En su interior, me encontré con unos manuscritos tan antiguos que temí tocarlos por miedo a que se deshicieran en polvo. Miré a Damián con cara de interrogación.

—Ella fue la primera. —Su voz era un susurro, casi como si le doliera pasar el sonido por su garganta. Me incliné y tomé un montón de hojas unidas con un trozo de cuero con la misma delicadeza con que Simone aferraba la daga de la muerte.

No podía hablar. La primera... Esto era lo mejor que me había sucedido en la vida desde que capturamos el alma de la profesora de historia de la escuela. ¿O debería decir exprofesora? ¿Sería demasiado cruel? En fin, esa era la razón de que el puesto llevara vacío varios meses y aún no hubiéramos podido empezar con el gran proyecto semestral.

Separé las hojas del manuscrito como si mi vida dependiera de ello. Su letra, curva y exquisita, me recibió tranquila, sin inmutarse, casi con el afán de entregarse por entero a mí.

—No puede ser —le dije, sonriendo.

—¿Qué cosa, princesa? —Damián me miraba con cuidado, como si no entendiera mi reacción de fascinación.

—Esto. No puede ser real. ¿Ha estado aquí siempre y nadie los ha leído? ¿Qué son? ¿Cuándo los escribieron?

Las preguntas se apoderaron de mi cabeza como una hiedra radioactiva, creciendo y encorvándose en todas las esquinas de mi cerebro. Tenía tanto que agradecerle a esta tatarata-tatarata-tatarata-tatarata... Realmente, no me importaba el número exacto de generaciones que nos separaban; esta era la mujer a la que le debía tener una vida tan grandiosa, un rol tan importante para la humanidad. Justo ahora que estaba tan cerca de comenzar mis misiones independientes, podría conocerla en profundidad a través de sus escritos. Sonreí como si el sol se encontrara en mi interior. Damián me miraba con cuidado, evaluándome.

—Hay diarios de las distintas generaciones, de todas las que quisieron dejar algo por escrito. Creo que puede ayudar a hacerte una mejor idea de todo esto.

La mayoría de los diarios estaban escritos en francés. Hice uso del idioma del que por tanto tiempo me había quejado con Simone, alegando que no servía para nada porque era una lengua muerta, y comencé a leer uno de la Deveraux que lo comenzó todo. Narraba su vida diaria, sus visitas al pueblo, un trabajo con plantas...

—No pudo saber escribir —dije de pronto. Si Damián me estaba gastando una broma, las pagaría bien caro. Los campesinos de esa época no sabían leer ni escribir, no hablemos ya de una mujer, que no eran más que adornos.

—Pascale siempre fue muy adelantada para su época. Su madre quiso que lo supiera todo, que lo aprendiera todo. Decía que el verdadero poder se encontraba en el conocimiento y en la mente abierta y que la ignorancia, por el contrario, era la raíz de toda maldad.

Pascale.

—¿Tú la conociste? —Ahora mi voz no fue más fuerte que el sonido de una cuncuna deslizándose por el césped. Estaba celosa. El tono de Damián me dijo mucho.

—Así es.

—¿Cómo era? —pregunté con los dientes apretados.

—Brillante. Hermosa. Valiente.

—¿Como yo? —bromeé. Aunque lo único que deseaba es que él dijera: «No, Estée. Tú eres muchísimo más especial que ella».

—Como tú —dijo Damián con una amplia sonrisa. Bueno, tuve que contentarme con eso.

Seguí pasando las páginas, buscando en mi cabeza muchas palabras en francés que no reconocía.

—Me gustaría que los leyeras, que aprendieras más de Pascale e incluso de tu abuela Avril, que era otra mujer fascinante —dijo con su insoportable tono pero con un brillo inesperado en los ojos. No escuché mucho más de lo que dijo. Sentía que, por fin, estaba pasando: yo era la nueva cabeza de los Deveraux y Damián reinaría a mi lado.

CAPÍTULO 14

Los diarios de Pascale no resultaron ser tan fascinantes como Damián me había asegurado que eran. El montón de páginas malolientes no hacían más que describir un aburridísimo día a día en un pueblo recóndito de Francia en 1678. Además, tenía que lidiar con una pulga rubia que insistía en sentarse todos los días en mi mesa a la hora del almuerzo. Le había enviado un mensaje a mi Jefe en un pergamino, tal como Damián me había sugerido, pero aún no tenía respuesta.

Hasta el momento, había descubierto que vivían en una pequeña casa en medio del bosque, alejadas del pueblo de Arrás, en el norte de Francia, lo que me resultó bastante familiar. Continué leyendo, bloqueando el incesante sonido de la cafetería y el irritante masticar de Gabriel.

De pronto, se abrió la puerta y entró Carassa enfundada de negro. Su atavío empapado la hacía lucir como la superviviente de un naufragio. Corrí a su lado y la ayudé con la capa hasta que quedó solo en su sencillo vestido gris, con su cabello recogido en la nuca.

—Pon a hervir estas, Pascale, por favor —dijo entregándome un ramo de caléndulas, unas flores muy difíciles de encontrar.

Maman llevaba los hombros caídos y la mirada cansada, pero no era de extrañar; la peste había llegado al pueblo hacía unas semanas como el enemigo más temido, llenando los hogares de fiebre, de llanto y de miedo. El pavor ya no dejaba dormir por las noches, y la muerte se hospedaba en las casas sin siquiera pedir permiso. La peste despertaba el terror y el terror, la peste.

Dos de nuestros conocidos habían fallecido y se me había encogido el corazón. Una de ellas había sido mi amiga de pequeña y recuerdo cuando *maman* le curó un roce que tuvo con una hiedra venenosa con uno de sus ungüentos. Pero Carassa también tenía otras noticias terribles.

—¿Recuerdas a esa chica... Lillian? —me preguntó con la voz baja. Asentí.

—¿La asistente de madame Vogt? La que tenía ese lunar en el rostro —dije, sabiendo perfectamente cuáles eran las novedades.

—Resulta que tenía muchos más lunares que ese. —Una frase tan inocente, una observación factual, pero cargada de tanto significado. Bruja. La habían tildado de bruja y colgado en la plaza. Como a tantas otras. Sentí cómo el terror me ponía los pelos de punta, pero no dijimos ni una sola palabra.

Pude sentir el dolor en el corazón de *maman*. Siempre lo había hecho. Desde muy pequeña, había vivido las emociones de Carassa como si fueran las mías propias: la alegría, la esperanza, pero también el miedo y la tristeza. Por eso conocía el placer que le daba a *maman* trabajar con las plantas, conocer sus beneficios y aprender de ellas, ser capaz de curar un dolor de cabeza, de sanar una herida, de lograr que una mujer se quedara embarazada. Sanar y salvar eran sus propósitos, los que la llenaban de energía cada mañana. Por eso le rompía el corazón no poder ayudar a Lillian, no haberle podido hacer desaparecer esos lunares, haberlos ocultado, cualquier cosa para evitar que la catalogaran como bruja. Brujas..., mujeres seducidas por el Diablo. Claro que

Lillian no tenía ni un solo cabello de maldad. Ni ninguna de las mujeres que habían sido colgadas. Eran personas buenas, valientes, capaces de cuestionarse el mundo y la esclavitud religiosa a la que pertenecían. Lillian no era más bruja que ella misma.

De pronto, llamaron a la puerta. Fueron dos golpes rápidos y fuertes que hicieron que mi corazón se detuviera. Tranquila, Pascale, me repetí varias veces. No son ellos.

He tenido muchas pesadillas con ellos, esos monjes un tanto calvos que llegaron desde Roma hace unas semanas y que se pasean de un lado a otro por el pueblo, creyéndose superiores por tener la palabra de Dios, pero buscando en realidad cualquier excusa para impartir sufrimiento a almas inocentes. Ya tenemos suficiente con el dolor de la peste, como para estar rindiendo cuentas de un buen comportamiento cristiano. Si Dios es real, cualquier tipo de dios, cualquier poder superior, estoy segura de que envió esta plaga para ahuyentar a esos guardianes. El pueblo ya tenía suficiente.

Además, no podía dejar de temerles. Ellos siempre estaban observando, tomando notas con sus miradas reprobadoras, regalando sonrisas falsas que poco tenían de fe.

No comprendo la existencia de la religión. No creo en lo que no puedo ver y no puedo creer que alguien niegue a la mujer la simple libertad de hacer lo que quiera con su vida y con su cuerpo. Carassa comparte mi opinión, pero es cautelosa.

—La religión en sí no es mala, mi niña. Los humanos necesitamos algo en lo que creer. El problema está en que la religión es una creación humana; por ello, refleja las creencias de una época y funciona como una forma de controlar la sociedad.

—Nos tienen miedo, *maman* —le dije yo hace solo unos años, mientras recogíamos dientes de león a solas en el campo, bajo un sol implacable.

—¿A quién, mi niña? —preguntó Carassa enderezándose y secándose el sudor de la frente.

—A las mujeres —respondí con tranquilidad, sin percatarme aún del peligro con el que coqueteábamos a diario.

No eran ellos los que estaban en la puerta. Eran un padre y una madre con una pequeña infectada por la plaga. Haríamos todo lo posible por salvarla, estaba claro. Iríamos más allá que aquellos que simplemente les habían dicho: «Está en manos de Dios». Nosotros usaríamos nuestras manos. Y la sanaríamos. Y así lo hicimos.

El hombre se mantuvo callado. Yo sabía que, a veces, aquellos que visitan nuestra casa guardan silencio por miedo a invocar la rabia del padre celestial. Ya se había dicho que lo que hacen las Deveraux, perdidas en su casa en el bosque, hirviendo hierbas y utilizando las plantas para fines inespecíficos, se asemejaba más al trabajo del Diablo que de Dios. Aparentemente, Dios quiere que sus feligreses mueran por la peste.

La niña se veía fatal. Muchas veces me he preguntado si aquellos que agonizan pueden viajar a otra dimensión, a otra realidad. ¿Habría un mundo más justo que este? ¿Podrían estar viéndolo? Quizás. A veces, los moribundos sonríen. Otras, lloran. En la mayoría de los casos no expresan absolutamente nada. Pero, si efectivamente hay vida después de la muerte, ni Carassa ni yo estábamos preparadas para que esta niña lo averiguara. Por eso la salvamos.

Un bodrio. ¿Dónde estaban el Diablo, la acción, nuestras misiones? Lo único que logré sacar en claro fue que el amor por las plantas de Simone estaba en sus genes. Dejé escapar un sonido de molestia que Gabriel interpretó obviamente como una señal para intentar conversar.

—¿Qué le sucedió a la profesora de historia? —preguntó sin rodeos.

«La matamos», habría sido la respuesta más sincera, pero posiblemente no la más sensata. No

lo miré, sino que pasé de página con sumo cuidado mientras captaba de reojo cómo se quitaba ese mechón imperfecto de su rostro perfecto.

Tenía el diario escondido tras una novela de Agatha Christie para evitar cualquier cuestionamiento por parte de mi indeseado compañero. Su insistencia por sentarse a mi lado ya era cosa de todos los días y parecía inmune a mis suspiros molestos, miradas asesinas y abierta hostilidad. Por supuesto, no había cumplido su palabra respecto a guardar silencio. Hoy, apenas se acercó a la mesa, me saludó, me preguntó cómo estaba e intentó hacerme hablar sobre el pueblo: que si había vivido toda mi vida aquí, que si me gustaba y bla, bla, bla..., a lo que respondí con distintos grados de gemidos de molestia.

—Murió —respondí. Gabriel se rio. Ahí sí que levanté la vista un tanto aturdida. La pulga rubia me podía parecer muchas cosas, pero no pensé que fuera un morboso.

—Ah, estás hablando en serio —dijo al registrar mi expresión.

—¡Por supuesto que estoy hablando en serio! ¿En qué universo crees que estamos como para pensar que perdería el tiempo gastándote una broma? Y una tan tonta, además —exclamé cerrando el libro de Christie y golpeándolo contra la mesa.

—No pensé que fuese una razón tan trágica. Pensé que simplemente se había mudado de ciudad.

—Nadie se va de Puerto Umbra.

—¿Por qué?

—No lo sé, Gastón...

—Gabriel.

—Lo que sea. Porque es de esos pueblos malditos donde nunca sucede nada, donde la vida avanza a paso de tortuga y donde todos se quejan de eso, pero, aun así, no tienen el coraje suficiente para armar sus maletas e irse.

—Pero tú lo tienes. Tú quieres irte.

Acaricié la portada del libro, sintiendo que tocaba las débiles páginas en francés de mi antepasada. No estaba segura de si me lo estaba preguntando; más bien, lo estaba constatando, pero, aun así, le di una respuesta:

—Sí. Apenas me gradúe de este miserable hoyo me iré a vivir a un lugar más interesante. Puedo trabajar desde donde sea.

—¿En qué quieres trabajar?

«Ya estoy trabajando, pulga entrometida. Y apenas tenga mi independencia podré cumplir mis misiones desde el lugar que lo desee y acompañada del amor de mi vida», pensé y, de forma intuitiva, acaricié la cicatriz fantasma que me había hecho el Diablo en la nuca.

—Disculpa, ¿en algún minuto te di permiso para hablar? —le dije levantando mi palma apenas me percaté de que nuevamente estaba intentando engañarme para conversar con él. Gabriel rio, pillado en el acto. Pude sentir cómo varios se giraban desde sus mesas, atónitos de que el chico

nuevo perfecto prefiriera sentarse con la rara de la escuela, saboreando esa risa cristalina que parecía tenerlos a todos bajo un embrujo.

—No sabía que necesitaba tu permiso —dijo cruzándose de brazos, más divertido que genuinamente molesto.

—Por supuesto que lo necesitas. Tenemos un trato y no lo estás cumpliendo.

—Mis disculpas —dijo con cierta ironía, cosa que no agradecí en lo más mínimo.

—Solamente quería saber por qué la clase de Historia se había quedado sin profesor. Por suerte, ya llega un reemplazante.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo dijeron esta mañana en el primer período... Tú estabas presente.

—Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar a la profesora Villa.

—Por supuesto que las tienes. —La ironía de nuevo. Y una sonrisa de labios cerrados, con sus ojos azules clavados en mí.

Se produjo un silencio incómodo, como si un montón de hormigas me hubiesen estado subiendo por los pantalones. Abrí rápidamente el libro y me dispuse a leer las memorias de Pascale Deveraux con las mejillas levemente acaloradas. Gabriel se acomodó en su silla con su insoportable sonrisa.

—Esta vez no te diré quién es el asesino —me dijo un rato después sin mirarme, pero sonriendo, obviamente. Tuve que morderme la lengua y hacer uso de todas mis fuerzas para que mi propia sonrisa no se asomara.

CAPÍTULO 15: GABRIEL

Llegar a la secundaria significaba arribar antes que todo el mundo y esconderme en un aula para que nadie me viera. Ahí me entretenía leyendo a Freud hasta que sonaba la primera campana. Era la única forma de hacerme invisible. Resultó que a Estée Deveraux le gustaba hacer lo mismo, por lo que, cada vez que me veía ahí, ya sentado, dejaba escapar un sonido de molestia que jamás intentaba camuflar.

Varias veces escuché a personas preguntar por mí, especialmente a Milena, que parecía empeñada en seducirme. Debo confesar que llegué a pensármelo. No me costaría mucho trabajo aceptar lo que se me había dado, ¿no? Era una chica preciosa y las hormonas me presionaban, diciéndome que era un estúpido. Pero ya había hecho eso antes. Y siempre me sentía como un fantasma después. La chica me miraba con ojos embobados, sin poder creer su suerte, y podía sentir con claridad que lo que veía era un espejismo, una máscara de la que no me podría desprender. No sabía bien quién era, pero solo quería estar con alguien que fuese capaz de ver a través de las rendijas de esa máscara y me ayudara a dilucidar esa persona, en vez de tener ya una idea armada.

Tampoco comprendía por qué Estée parecía ser la única que no veía la máscara. Ni siquiera me trataba como una persona normal, porque no hacía ni el más mínimo esfuerzo por ser cordial, pero eso ya era un logro para mí. A veces me preguntaba si esa energía que me jalaba hacia ella tenía más que ver con que nunca había conocido a alguien que no se anduviera con cuidado a mi alrededor para no decepcionarme o con que realmente tenía ganas de conocerla más.

Mi madre, la última persona de quien me lo podía esperar, pareció resolver mi dilema. Regresé un día en mi camioneta roja, que estacioné frente a nuestra nueva casa, y me abrí paso entre las cajas vacías que se abultaban en el vestíbulo de la entrada, pues aún había que llevarlas al garaje. La gente que nos visitaba y veía las cajas siempre pensaba que era porque no habíamos tenido tiempo suficiente de asentarnos en nuestra casa, pero era porque nos resultaba imposible echar raíces. Apenas las sentía empezar a crecer, mamá tenía una de sus revelaciones de certezas y teníamos que mudarnos para ir a ayudar a gente que nos necesitaba en otra ciudad. Las cajas, ya fueran llenas, vacías o a medio llenar, contenían un significado muy fuerte para los Volts.

Mis padres ya se habían asentado bien en su trabajo, como siempre. Ya acompañaban a varias personas, enfermas o con problemas, como los mejores enfermeros y psicólogos. La mayor parte del día estaban fuera de aquella casa.

Sin embargo, esa noche mamá regresó para cenar conmigo y lo sentí como un milagro. Calentamos una lasaña congelada y yo armé una sencilla ensalada verde. Mientras comíamos, me contó todo sobre sus pacientes, sus dilemas y sus desafíos, y sobre cuánto habían sufrido a lo largo de sus vidas. También se explayó en su temática de siempre: la injusticia de aquellas personas buenas que sufrían por culpa de las malas. Mamá disfrutaba siendo dueña de la verdad y yo no le rebatía muchos de sus puntos. Estaba contento de poder pasar un tiempo con ella, ya que su prioridad eran siempre sus pacientes. Yo solía desayunar a solas, cenar a solas y no despedirme de nadie al irme a dormir; mis padres estaban siempre trabajando.

Mientras ella lavaba los platos y me los iba pasando para secar, de pronto me hizo una pregunta que me aceleró el corazón.

—¿Conoces a Estée Deveraux?

Fruncí el ceño con confusión mientras asentía. Sentí sus ojos firmes puestos en mí y le comenté que compartíamos varias clases.

—Te quería pedir un favor, si no es demasiado pedir. —Mamá no solía pedirme favores, porque nunca nos veíamos. Volví a asentir, muy confundido respecto a lo que me pudiera pedir sobre Estée. ¿Acaso llevaba escrita mi fijación por ella en la frente?

—Me gustaría que te acercaras un poco a ella, que la conocieras más.

Siempre imaginé que mamá se esforzaría, por lo menos, en parecer avergonzada por preguntarme por una chica, pero los músculos de su rostro apenas se movieron. Su trabajo era siempre más importante que algo relacionado conmigo, lo que me hizo pensar de inmediato que esto tenía que ver con eso, y me golpeó la preocupación. Después de todo, mamá trataba con personas cercanas a la muerte.

—¿Le sucede algo? ¿Está bien?

Mamá seguía frotando los platos con indiferencia.

—Ella está bien. Pero tengo la intuición de que alguien en su familia puede necesitar nuestra ayuda. Por eso me gustaría que pudieras conocerla, hablar con ella; ya sabes, ser su amigo. Sé que se te hace muy fácil hacer amistades.

«Sí, porque todo el mundo quiere ser mi amigo, a pesar de que yo no quiero ser amigo de todo el mundo», pensé, pero me estaba pidiendo precisamente acercarme a la única persona que no quería que me acercara y a la que yo anhelaba acercarme.

—No hay problema —le contesté mientras secaba un vaso con un paño de cocina con diseño de flores. Mamá sonrió y, girándose hacia mí, me acarició la mejilla con delicadeza, como si yo fuera de porcelana.

—Gracias, Gabo. Eres un buen chico.

No me sentí afortunado o halagado con sus palabras, sino como un perro que acaba de aprender un truco nuevo.

CAPÍTULO 16

Literalmente comenzaba a quedarme dormida tras leer solo unas pocas páginas del diario de vida de Pascale Deveraux. No estaba segura de si era porque su historia era aburridísima —páginas y páginas describiendo las preparaciones de pociones y ungüentos, la sociedad religiosa que la hartaba y la vida aburrida en su aburrida casa en el bosque— o porque me costaba avanzar con rapidez en francés.

Siempre me imaginé que Pascale había sido una mujer fascinante, aventurera, transgresora..., no una simple curandera de un pueblo remoto. La simple idea me daba ganas de bostezar. No entendía por qué diablos Damián quería que leyera estas páginas, que mejor habrían estado alimentando la chimenea de la biblioteca en invierno.

Además, la ansiedad no me dejaba tranquila. Estaba a solo días de mi cumpleaños, por lo que mi misión independiente se sentía tan cerca que podía tocarla. Ya me veía sosteniendo la daga, recitando las palabras de condena, mi corazón llenándose de dicha y victoria...

Gabriel continuó sentándose en mi mesa en la cafetería. Intentaba mantener su palabra: simplemente se sentaba y comía. A veces se sentaba y leía mientras comía. Una vez, escuchó música a través de sus audífonos mientras picoteaba de su ensalada. Otro día apenas comió y solamente leyó un libro de psicología. Me parecía un comportamiento tan extraño que a veces me quedaba mirándolo con el ceño fruncido. Desde las otras mesas, la gente me miraba como si yo fuera la bruja malvada del cuento, la que les había robado a su príncipe encantador.

Pero todos los días había un momento en que intentaba generar una conversación. Mis suspiros de irritación y palabras hirientes parecían no detener su interés. Era una pulga muy extraña. Nunca había conocido a alguien tan indiferente a la mala onda de otra persona. Durante el resto del día lo veía deambular por los pasillos, acomodarse en los pupitres de la última fila e intentar abrir su casillero con un grupo de chicas siguiéndole a cada paso como una sombra, un insoportable grupo de abejas babeando tras su panal. Cuando pasaba a su lado, escuchaba que le preguntaban cosas de él, como su sabor de helado favorito, si le gustaba el cine —«¡Oh, hay un cine aquí al lado, podríamos ir después de clase!»—, si tenía ya un compañero de estudio para el proyecto de Historia, a pesar de que aún no había llegado el profesor de reemplazo. Cada vez que me pillaba fijándome en él me giraba bruscamente y enfocaba mis pensamientos en las cosas que me importaban: mi entrenamiento, mis misiones independientes y mi brillante futuro.

Milena parecía un perro con un hueso nuevo y no se iba a dar por vencida. Incluso me invitó a

su fiesta de otoño — aunque ya era una costumbre y yo siempre declinaba con alguna excusa ficticia—, pero esta vez me pidió si, por lo menos, podía convencer a Gabriel de que asistiera. Le temblaban las manos mientras me lo preguntaba en el pasillo, junto a mi casillero.

—Gastón no es mi amigo —le dije.

—Gabriel.

—Lo que sea. El hecho de que me siga como un perro faldero no significa que tengamos ningún tipo de relación.

—Quizás podrían ir juntos —sugirió con un tono dulce, pero también escondiendo una profunda frustración.

Y entonces llegó «el rey de Roma».

—Hola, Estée —dijo con una pequeña sonrisa. Milena no pareció percatarse de que solo me había saludado a mí. Yo tampoco, por supuesto. También me estaba mirando a mí con esos ojos azules de imán que tenía, con el mechón imperfecto a punto de cubrirle la mirada del lado izquierdo. A mi lado, Milena comenzó a hiperventilar.

—¡Gabriel! ¡Justo estábamos hablando de ti!

La pulga no demostró ninguna emoción ante eso, como si estuviera acostumbrado a que todo el mundo siempre hablara de él. Milena continuó conversando sin importar que apenas tuviera aire en los pulmones, con tanto entusiasmo que pensé que podría caer desmayada en cualquier momento. Acomodé los libros dentro de mi casillero, sintiendo los ojos de Gabriel en mí. No iba a darle el gusto de sostenerle su odiosa mirada, porque me hartaban esos ojos tan azules que tenía; parecían haberse tragado el cielo y el océano a la vez.

—¿Tú irás? —preguntó de pronto, y me tomó unos segundos darme cuenta de que se refería a mí. Milena, a su lado, me estaba rogando con todo su ser que dijera que sí.

—No puedo. Es el funeral de mi abuelo.

—Lo siento tan... —comenzó a decir Gabriel, genuinamente compungido, pero para cuando terminó su frase ya me encontraba medio pasillo más allá, lejos de esos dos esperpentos.

La mañana de mi cumpleaños desperté con unas voces susurrantes en el pasillo.

—¡Auch! ¡Papá, me has pisado! —Era la voz irritada de Liki.

—Lo siento, Likita, no te acerques tanto a las velas, ¿está bien?

—¡Silencio los dos! —oí gritar a mi madre.

Escuché a los tres venir por el pasillo acercándose a mi puerta y no sé qué me provocó más risa: el que se molestaran en venir a sorprenderme o el que creyeran que eran capaces de hacerlo.

—Entramos a la cuenta de tres. Uno...

—No acerques tanto tu cara a las velas, Liki —dijo Gérard.

—Dos... —siguió mi madre.

—¡Ay, por los siete infiernos! —exclamó Gérard.

—Papá, que tú pongas las manos sobre las velas no es la mejor forma de lograr que no me acerque a ellas —dijo Liki muy tranquila, ahogándose la risa.

—*Silence, s'il vous plaît!* —murmuró Simone.

Se abrió mi puerta de golpe y aparecieron los tres a mi lado con una enorme torta de chocolate y mantequilla de maní hecha en casa (mi favorita), con diecisiete velas repartidas torpemente en su parte superior. Todos sonreían ampliamente y me cantaban feliz cumpleaños en el tono más desafinado que he escuchado en mi vida después del coro de la escuela. Gérard se acariciaba sutilmente la mano quemada.

—¡Feliz cumpleaños, panqueque! —dijo con una voz cargada de emoción para luego inclinarse hacia mi cama a abrazarme.

—Gracias, Gérard. Pero no me digas panqueque.

—De nada, Estée. Pero tú no me digas Gérard.

Mi papá llevaba su aroma de siempre, olor a Gérard, una mezcla de *aftershave* de menta con perfume de cuero que, por siempre, me daría sensación de seguridad. Cuando se despegó de mí, noté que tenía los ojos llorosos y supe perfectamente que comenzaría su discurso de todos los años.

—Estée, estás tan grande que no lo puedo creer. Recuerdo perfectamente cuando diecisiete años atrás...

—... te tomé por primera vez en mis brazos y me miraste con un solo ojo abierto —terminamos Simone, Liki y yo, y nos largamos a reír mientras él se mostraba más atónito que ofendido.

—Feliz cumpleaños, mi amor —me dijo mamá dándome un beso en la mejilla. Liki le pasó la torta a mamá, sacudió sus brazos aliviada por deshacerse de aquel peso y se metió a la cama conmigo.

—Tu regalo de cumpleaños de mí para ti es que hoy no vamos a la escuela —me dijo. Me fascinó la idea, así que agarré los bordes de las sábanas y nos cubrí a las dos como dos osos encerrados en su cueva cuando empieza el invierno.

—¿Cómo es eso? ¡Por supuesto que no! ¡Arriba las dos, que llegarán tarde! —dijo Simone perdiendo los nervios, por supuesto, y abandonando la habitación como un rayo de luz, llevándose la torta y corriendo a comenzar el día.

Finalmente, había llegado el momento. Podía sentirlo. En cualquier momento aparecería mi Jefe en persona para entregarme lo que por tanto tiempo había esperado: mi propio pergamino con mi propia víctima. Su nombre, su crimen, su dirección. Solo de imaginar las letras sobre el papel se me aceleraba el corazón. El pergamino era mucho más extenso que eso, claro está. Normalmente se componía de cinco o seis páginas contando toda la historia del personaje en cuestión, desde su infancia hasta la razón de su caída, pero la mera idea de leerlas me provocaba tanta somnolencia como las memorias de Pascale.

Mi cabeza no paraba de girar en torno al momento en que Él llegara. ¿Cuántas misiones tendría que cumplir antes de declararme oficialmente como la heredera? Pocas, sin duda. Tres, máximo. Odié a Simone por obligarme a asistir a la escuela a pesar de ser un día tan monumental. En cualquier momento aparecería mi Jefe, me entregaría el pergamino con sus propias manos y por fin podría dejar esa maldita escuela para siempre.

Quise huir de la pulga rubia durante el almuerzo para poder disfrutar de mi *coq au vin* en paz, pero no me apetecía sentarme en una banca incómoda en el exterior. Las nubes, además, se veían traicioneras, y no era mi intención arruinar el plato *gourmet* de Gérard con agua del cielo. Era nuestra tradición: todos los años, en mi cumpleaños, mi padre me preparaba una de mis recetas favoritas del libro de cocina de la familia. *Las recetas Deveraux* era como habíamos llamado cariñosamente al libro que, según Simone, se remontaba varias generaciones atrás. Claro que a ella no le gustaba cocinar, por lo que era Gérard quien se hacía cargo de mantener las tradiciones culinarias. Papá tenía un talento innato; cada plato que preparaba, normalmente a diario para las cenas, era un festín que yo soñaba con preparar algún día. Solo un sueño, nada más, pues no tengo la paciencia que requiere cocinar.

Cuando me acomodé en mi mesa de siempre en la cafetería con el *coq au vin* recién calentado, del que emanaba el aroma más delicioso del planeta, no vi a la pulga por ningún lugar. Me pregunté si acaso había asistido a la fiesta de Milena, que había sido la noche anterior, y si ella había conseguido su sueño de vida: besarlo en sus irritantes labios carnosos.

Comencé a comer y casi olvidé maravillarme con aquel sabor del paraíso, porque mis pensamientos estaban brincando. ¿Se habría hecho finalmente amigo de los chicos populares de la escuela? Bueno, mejor para mí. Había tardado dos semanas en percatarse de que no pertenecía a mi entorno, de que no estaba a mi altura. Era mejor que se juntara con todos esos esperpentos inútiles; quizás alguno se interesaría en sus aburridísimos discursos sobre psicología. De pronto, noté que mis ojos estaban pegados en la entrada de la cafetería, así que corrí mi mirada al exterior, donde la lluvia había comenzado a caer. Me imaginé la figura de mi Jefe en la mitad del césped, enfrentándose a la lluvia como Simbad el Marino, claro que sin recibir una gota sobre su cuerpo. Siempre que el cielo lloraba, él parecía llevar consigo un paraguas invisible, uno que normalmente cubría mucho más que el espacio inmediato que lo rodeaba, una cúpula protegida.

Me lo imaginaba ahí, con su usual ramo de rosas, sus ojos rojos mirándome llenos de orgullo y un pergamino perfectamente enrollado en sus manos. La emoción corría por mis venas como un torrente de felicidad. Y el almuerzo maravilloso era la guinda de mi torta. Estaba tan embobada en mi sueño diurno que me sobresalté cuando Gabriel apoyó su bandeja en la mesa y corrió ruidosamente su silla hacia atrás, como si fuera lo más lógico y esperado del mundo.

La pulga estaba aquí. Había regresado. El vuelco raro que dio mi corazón, obviamente provocado por mi ensoñación previa, me dejó brevemente sin palabras. Los ojos de Gabriel se abrieron más de lo normal, aparentemente sorprendido de que no lo hubiera atacado de inmediato

con algún comentario venenoso. Como me quedé pasmada por mi propia reacción, suspiré en voz alta soltando toda mi irritación. Gabriel se acomodó con su plato de raviolis y empezó a comer con bastante impavidez. Ahora era yo la sorprendida de que no estuviera intentando entablar conversación.

—¿Cómo estuvo la fiesta? Supuse que la sonrisa de Milena esta mañana, que era capaz de encender un campo nuclear, era signo de que finalmente se había agarrado tu corazón... o algo tuyo, al menos.

No sé por qué sentía la necesidad de saber si había ido o no. Mordí otro delicioso pedazo de carne. Gabriel sonrió divertido, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—¿Estás celosa?

Me atoré con el pedazo de carne. Por suerte, a los Deveraux nunca nos pueden suceder cosas dañinas, porque de haber sido un ser humano normal posiblemente habría perdido la vida o, lo que es más probable, mi rostro se hubiera puesto rojo por falta de aire, habría gesticulado con desesperación como un mono y Gabriel habría tenido que golpearme la espalda para luego escupir un asqueroso pedazo de carne ya masticado en mitad de la mesa, todo esto con cada uno de los pares de ojos presentes en la cafetería fijos en mí.

—He escuchado muchísimas cosas absurdas a lo largo de mi vida, pero debo admitir que, sin lugar a duda, lo que acabas de decir es lo más ridículo que jamás he escuchado de la boca de una persona, o leído en un texto escrito.

Ya me sentía mejor. Había vuelto a ser yo misma, sin el corazón acelerado por culpa de todas las emociones del día de mi cumpleaños. Gabriel mantuvo su insoportable sonrisa de labios cerrados mientras seguía comiendo su almuerzo.

Por accidente me topé con la mirada de Milena desde el otro lado de la cafetería; parecía como si el campo nuclear hubiese explotado en su rostro. Al parecer, su plan de seducción no había funcionado como lo había previsto.

—Te cansan a veces, ¿cierto? Las otras personas —preguntó mientras separaba un par de raviolis en su plato con el tenedor. Tomó un sorbo de Coca-Cola mientras miraba a su alrededor como si se tratara de un zoológico, como si no fuera parte de ellos o no quisiera serlo.

—No a veces. Siempre. Tú no eres la excepción —respondí cruzándome de brazos.

—A mí también —continuó, como si no hubiese escuchado la última parte de mi respuesta—. Siento que sus vidas están tan... vacías.

Aquí estaba de nuevo, intentando entablar una conversación.

—¿Y acaso la tuya es más interesante? —No pude resistirme. Gabriel sonrió complacido. Por los siete infiernos, qué pulga más extraña era la que tenía enfrente.

No podía concentrarme en sus sosos cuestionamientos cuando estaba a la espera de mi pergamino, cosa que podía suceder en cualquier minuto. ¿Quién podía saberlo? Quizás, para conmemorar la gran ocasión, mi Jefe decidía aparecerse aquí, en medio de la cafetería,

silenciando de golpe las voces que zumbaban como un panal de abejas. ¿Acaso se dejaba ver por más personas que nosotros? Me entró la duda.

Gabriel me estaba mirando, como siempre.

—¿Por qué no quieres agradar a los demás? —le pregunté, sintiéndome de pronto agotada, como si acabase de terminar una sesión de entrenamiento. Y la reacción de Gabriel fue la que menos me esperaba: me miró directamente con sus ojos de mar. Supe entonces que él tenía ahora la ventaja; después de todo, le había hecho una pregunta, aunque solo lo hiciera para que el tiempo pasara más rápido hasta que llegaran noticias de mi primera misión a solas.

—Esa es la primera pregunta genuina sobre mí que me has hecho desde que nos conocemos. La poderosa Estée ha bajado de su nube para preguntarle algo a este humilde plebeyo. Me siento honrado, de verdad.

Qué pulga más hostigosa. Por favor, Jefe, aparece en este momento en un pestañeo y entrégame el primer pergamino independiente, en el que pondrá —¡sorpresa!— «Gabriel Volts, alias Pulga». Gabriel siguió comiendo raviolis y mirándome, sonriendo.

—Me estás convirtiendo en un estereotipo —dijo de pronto.

Casi se me salió el *coq au vin* por la nariz al ahogar la risa.

—No sé si te has percatado, Gastón, pero tú *eres* un estereotipo ambulante.

—¿Por lo mismo que me dijiste antes? ¿Porque todo el mundo me aprueba y me adora?

—Eh, sí, obviamente. La gente vive por gustar al resto, no sé si te has percatado de ello. Es lo único que importa: ser admirado, amado, aprobado, respetado y un gran largo etcétera. Siempre buscan la aprobación externa, pero cuesta mucho lograrla, ¿sabes? Parece que siempre hay alguien a quien no le caes bien, a quien no gustas, que no te respeta, que se ríe de ti, que habla mal de ti... Entonces, caes en un pozo de angustia y desarrollas comportamientos dañinos hacia ti mismo o hacia otros, psicosis, obsesiones...

Gabriel sonrió, bajó el tenedor y cruzó los brazos sobre la mesa, inclinándose más hacia mí.

—Por supuesto que todos queremos ser aceptados, está en nuestra naturaleza. Si no fuéramos seres gregarios, no nos importaría que nadie nos quisiera o nos hablara. Pero necesitamos relacionarnos, necesitamos sentir que somos parte de algo; está en nuestra biología. Ahora, el error que cometen las personas, particularmente todos los que nos rodean, es que no entienden que la aprobación pasa primero por uno mismo. Si yo me amo, si yo me acepto, puedo buscar en el exterior personas que también sean capaces de ver esas características positivas en mí, pero si comienzo desde el exterior estoy tratando de llenar un vacío que es, simplemente, imposible de llenar.

—No entiendo el vínculo entre tu explicación psicológica y tu desinterés por dejar que las personas se arrodillen a tus pies.

—Quiero que su amor sea genuino. Sé que soy un estereotipo y lo odio, porque es lo único que

ven. Claro, soy un estereotipo aparentemente *positivo*, pero realmente no entiendo cómo no les interesa ver más allá. Soy muy aburrido, Estée...

—No me cabe ninguna duda —lo interrumpí. Pero la pulga siguió con su discurso apasionado como si no me hubiese escuchado.

—... No me gusta salir de noche, no bebo alcohol, me puedo pasar días enteros leyendo textos de psicología que luego soy capaz de recitar como una grabadora, me mudo de ciudad cada pocos meses, estoy harto de mi familia y soy incapaz de contar un chiste. —Respiró hondo, como si se hubiera quedado corto de aire. Apoyé el mentón en mi mano.

—¿Ninguno?

—Ni uno solo.

—¿Ni siquiera el de la gallina que cruza la calle?

—Ni siquiera.

No pude evitarlo. Sonreí. Él me imitó bajando la mirada, con las mejillas sonrojadas como una pulga ridícula.

—Sé que sueno como un idiota llorón, Estée. No sé por qué, desde que tengo memoria, la gente parece dispuesta a ponerse de cabeza si yo se lo pido y, sin embargo, jamás se toman el tiempo de conocer quién soy en realidad.

—Según lo que me has contado, el que no quieran conocerte de verdad juega a tu favor.

Gabriel rio. Su risa sonó fresca y relajada, y pareció resonar dentro de la cafetería, provocando varias miradas esquivas, particularmente la de Milena. ¿Quién hubiese dicho que el chico perfecto se reiría a carcajadas con la chica más temida?

—Bueno, si te sirve de algo, yo soy perfectamente feliz no relacionándome con nadie en esta miserable escuela. Tal como dijiste, todo depende de la propia autoestima, y de eso yo tengo de sobra.

—Casi nadie.

—¿Cómo?

—Que no te relacionas con *casi* nadie. Después de todo, acabamos de mantener una conversación, bastante interesante, si me permites añadir —dijo mientras se ponía de pie. Entonces, me di cuenta de que él había acabado de comer, mientras que a mí me quedaba la mitad de la especialidad de mi padre.

—No te aproveches, Gastón. —Y me dispuse a continuar mi lectura.

—Feliz cumpleaños —dijo, poniendo una pequeña caja plateada frente a mí.

Maldita pulga, ¿por qué regalaba cosas que nadie le había pedido? Anduve todo el día sintiendo que llevaba conmigo una bomba en el interior de mi mochila negra con estampado de flores. Nunca había recibido un regalo de alguien que no fuese parte de mi familia —eso incluye, por supuesto, a Damián y a mi Jefe— y no sabía qué hacer exactamente con él. De seguro, nadie más se había atrevido a regalarme algo, porque temían mi reacción. Lo más probable es que el

regalo no me hubiese gustado y les hubiera dicho lo inútiles, poco creativos y sosos que son. Pero Gabriel parecía inmune a mi capacidad de generar miedo y respeto. Su regalo podía ser algo que quisiera darme de verdad o una broma. Ninguna de las dos me parecía una buena opción, por lo que preferí mantener la caja de color plata bien cerrada para que, por el momento, contuviera la bomba.

La lluvia no había amainado. Apenas terminaron las clases me enfrenté a ella con valentía y agradecimiento, a diferencia del resto de los estudiantes, que chillaban como si fuera lluvia ácida. Eran las cinco de la tarde y aún no tenía noticias de mi Jefe. Me subí a la bicicleta roja tragándome la impaciencia. No había avanzado más de unos pocos metros cuando una tosca camioneta, curiosamente del mismo color que mi fiel medio de transporte, se posicionó junto a mí.

—¿Quieres que te lleve? —gritó Gabriel desde el asiento del conductor. Apenas se escuchaba su voz con el estruendo de la tormenta.

—¿Te parece que quiero que me lleves?

Mala elección de palabras. Pensé en mi imagen completamente empapada sobre una bicicleta; por supuesto que cualquier ser humano pensaría que me encontraba en un escenario terrible.

—La verdad es que sí —gritó Gabriel, como era de esperar.

—Bueno, te equivocas —le grité de vuelta.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Por los siete infiernos, déjame en paz.

Y concentré todas mis fuerzas en los pedales para avanzar lo más rápido que podía.

Cuando me interné en el camino solitario hacia la mansión, aquel que se abre en la mitad del bosque, detuve la bicicleta y sentí cómo las gotas frías me recorrían el cuerpo entero. Saqué la maldita caja plateada de la mochila y la abrí antes de que la curiosidad y la molestia me carcomieran hasta los huesos.

Era un par de tapones para los oídos.

Ya había tenido un buen número de regalos de cumpleaños inútiles en la vida. Con el pasar de los años había recibido obsequios ridículos de parte de mis padres: *El diario de Ana Frank* con una emotiva dedicatoria, invitándome a ponerme en los zapatos de Ana y a reflexionar si merecía ser castigada por ser judía; una suscripción anual a la revista *Vivir mejor*; y una inscripción a un campo de verano en el que me pasé un mes escondida ocupada con mi magia negra —de haberse enterado Simone, probablemente me habría colgado de las orejas en el sótano.

Siempre sentí que todos esos regalos de mis padres eran como una... indirecta. Me los daban con una sonrisa cargada de esperanza, como si aquello que me estaban entregando viniera con la receta mágica para cambiarme, para modificar algo que estaba mal en mí. Y eso me dolía. Quizás la razón de por qué odié el campamento de verano e incendié la cabaña de los botes gracias a una táctica de Liki, y de por qué usé cada edición de *Vivir mejor* como blanco en mi entrenamiento de tiro al arco era porque deseaba con desesperación que mis padres estuvieran orgullosos de mí tal

cual era. Después de todo, siempre tenía las más altas calificaciones, no me metía en problemas, cumplía al pie de la letra mis entrenamientos y mi rol en cada una de las misiones, jamás olvidaba controlar el sonido y el espejo de la realidad, me conocía de memoria cada palabra que recitaba mi madre y tenía mi cuerpo y mi mente preparados para continuar el legado familiar hasta mi muerte.

Pero no era suficiente. Simone y Gérard me amaban, eso lo sabía, porque me lo decían y porque actuaban acorde a ello. Pero estaba sedienta de su orgullo, de que pudiesen ver cuán duro había trabajado y cuánto había logrado, de que no necesitaba ser un reflejo de ellos para hacer las cosas bien y llevar bien mi vida.

Le comenté esto a Damián alguna vez. Estábamos tumbados en el pasto en un claro a poca distancia de la mansión. Damián apoyaba la cabeza en su brazo mientras con la otra mano quitaba manojos de pasto en un gesto aburrido. Mi mano estaba muy cerca de él y anhelaba alcanzarla, sentir su fría tez contra la mía, acurrucarme junto a él y dejar que se apoderara de mis labios. Pero no podía hacerlo, no podía, no debía.

Eso no calmó mis deseos, claro está. Giraba mi rostro hacia él, le contaba las pestañas negras y las pocas pecas en su nariz —solo eran siete—, y sentía cómo mi mano se elevaba dentro de mi fantasía hasta quitarle ese mechón de pelo de la frente. Me pareció siempre tan significativo que, por más frío que fuese el cuerpo de Damián, a su lado yo siempre me sentía cálida.

El sol nos iluminaba débilmente detrás de unas nubes de otoño y el olor a césped y a hierba embriagaba mi nariz.

—No eres una mala persona, princesa —me dijo, levantando sus ojos. Nuestros rostros estaban de lado en el pasto, frente a frente, y sentí cómo algo en mi interior temblaba. Supongo que no era lo mismo que decir «eres una buena persona, princesa», pero en ese momento estaba más interesada en que siguiera mirándome desde ese ángulo que en pedirle que aclarara sus palabras, arriesgándome a desconcentrarle—. Lo que sucede es que tus padres tienen una visión de quién quieren que seas. Y tú te alejas un poco de ella.

No entendí bien a qué se refería. Tampoco le pregunté. Solo recuerdo que fue la vez en que me sentí más cerca de lanzarme al precipicio, estando tan cerca de sus labios. Yo nunca llegaría a tener la fortuna que tuvo Simone al hallar a Gérard. Mi padre perdió la cabeza por ella desde que la conoció y la siguió hasta aquí, hasta el fin del mundo, donde dejó de lado todo con la facilidad de un pestañeo. Nunca más vio a su familia, nunca más concibió la vida como la rutina cansina y tediosa que había tenido hasta entonces. Ambos tuvieron suerte. Mi padre en casarse con aquella vida novedosa y mi madre en enamorarse de alguien que estuviese dispuesto a tirar todo al viento.

En fin, los taponos de Gabriel también eran un regalo inútil. Me hubiese puesto a reír a solas en medio de la lluvia a la vista de ese «presente» y de mis recuerdos desordenados —de alegría o de rabia, no estoy segura— de no haber sido porque la lluvia paró de golpe. El cielo continuaba rugiendo, pero las gotas se estancaban a varios metros de mi cabeza, brincando sobre un techo de

cristal. Era el paraguas de mi Jefe, el paraguas del Diablo, una cúpula amplia que protegía el camino del llanto de la naturaleza. Sonreí. Ahí estaba él. Quieto como una estatua, un palillo negro en mitad de la tormenta, seco, como si acabara de abandonar el desierto, con un enorme ramo de rosas en las manos.

—Casi pensé que ya no vendrías —dije acercándome a él y guardándome la caja plateada en los bolsillos. Sonrió con sus dientes de tiburón.

—Me ofendes, Estée. De todas las Deveraux, sabes que siempre has sido mi favorita. —No tenía dudas de ello, pero a pesar de ello sentí mi corazón entibiarse y mi orgullo hincharse como un globo de helio. ¿Cuántas Deveraux había habido antes que Liki, mi madre y yo? ¿Veinte? ¿Treinta? Y yo era su favorita. Yo, Estée Deveraux, capaz de provocar el miedo en quien se me acercara, cumpliría mi misión de vida como nunca nadie lo había hecho antes que yo. Adiós a la sensibilidad y a los ojos llenos de culpa de Simone después de capturar un alma. Yo haría mi trabajo con el orgullo que merecía.

Mi Jefe me miraba fijamente, con la cabeza levemente ladeada, como si estuviese escuchando mis voces internas. Nunca supe si era capaz de hacerlo. Y entonces calló mi discurso mudo con su tradicional ramo de rosas, que tomé sonriendo. Entre ellas había un perfecto pergamino que provocó en mí un torbellino de emociones. Por fin. Por fin mi vida comenzaba.

—Diecisiete años, Estée, es una edad para comenzar a pensar en tu futuro, en cómo quieres vivir tu vida. Tu madre esperó a terminar la universidad para encargarse del legado, ya lo sabes. Pero tú... tú podrías comenzar antes; tras dos o tres años de hacer misiones independientes podrías prescindir absolutamente de tu familia.

Sonreí, perdida en sus ojos rojos. Dos o tres años me parecían una eternidad, pero ya llegaría el momento de hablar con más profundidad de los términos. Él se mantuvo quieto como una estatua, con su traje negro inmaculado, completamente ajeno a las gotas de lluvia que resbalaban en la cúpula sobre nuestras cabezas. Era como si no estuviésemos ahí, sentía que me podía encontrar en cualquier parte del mundo, en cualquier momento de cualquier época. Podría haber estado incluso en otro planeta de una galaxia lejana y no me habría sorprendido. Con él todo era posible, y eso hacía que mi vida valiera la pena. Me permitía escapar de la vida aburrida y rutinaria, de los pensamientos básicos de todos aquellos que me rodeaban.

Abrí con cuidado el pergamino y leí la primera página: «César Abels, cincuenta y siete años, falsificación de documentos del seguro médico para ganancia de fondos».

El pergamino era mucho más grueso que eso. Contenía también una segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta... Yo había visto a Simone contar hasta quince páginas una vez. Su objetivo era narrar en detalle la vida de aquel personaje cuya alma debíamos capturar. Desde el momento en que nació, su infancia, sus padres, sus amistades, sus relaciones, sus finanzas, sus sueños, su salud mental y un largo y casi eterno etcétera que solo de pensar en leer me provocaba bostezos. Cuando éramos pequeñas, Simone jamás nos ofreció siquiera echarle un vistazo a esas páginas, pero una

vez crecimos nos empujó muchas veces a hacerlo. Yo no tenía el más mínimo interés, pero un par de veces pillé a Liki pasando las páginas tras humedecerse los dedos con la atención de un intelectual finalizando su tesis. Me parecía que cualquier dato que saliera no era más que un intento de excusar la maldad en una persona: «Ah, este pobre tipo asesinó a su mujer a sangre fría porque su madre lo trataba como un perro». «Ah, esta mujer mantuvo a su hija enferma hasta matarla porque sufría de una enfermedad psiquiátrica no diagnosticada llamada síndrome de Münchhausen». Tonterías. La gente es malvada porque es malvada, no hay excusas. Crecen como mala hierba y no hay nada que la cure, además de arrancarla de sus raíces.

—Debo decirte, Estée, que la lealtad de Damián es mucho más fuerte hacia tu madre que hacia mí —me dijo de pronto, inspeccionándose las uñas por alguna suciedad.

Mis pensamientos frenaron de golpe. ¿Qué me estaba diciendo exactamente? Me tomó tres segundos caer en la cuenta y mi mundo se dio la vuelta.

—No puede ser —dije como una estúpida.

—Si yo fuera tú, me apresuraría.

Corrí a tomar mi bicicleta mientras el cielo se volvía a abrir sobre mi cabeza, calándome los huesos, como si antes hubiese estado protegida en el interior de un nido cálido. Damián había advertido a Simone de mi primera misión y ella haría todo lo posible por prevenirla. ¿Cómo había podido hacerme eso? Él me había empujado a ir tras mi sueño. Maldito Damián, metiéndose en cosas que no le incumben. Maldito, maldito. Me había permitido soñar con una vida juntos, ¿por qué estaba haciendo esto? De haber podido matarlo lo habría hecho.

Llegué corriendo a la mansión, completamente empapada, y por el silencio supe perfectamente que ya habían partido en busca del alma. De *mi* alma. Subí a mi habitación como un rayo, me quité la ropa húmeda, me chanté la capa negra sobre la cabeza y comencé a armarme hasta los dientes: con las tres dagas en el interior de mi capa, me crucé el arco a través del hombro, me colgué en la espalda la bolsa con las flechas y escondí en mi bota de combate derecha un último cuchillo.

De pronto sentí a alguien más en la habitación. Me giré en medio de mi búsqueda furiosa del equipo de trabajo para encontrarme con Liki, que estaba apoyada contra el marco de mi puerta, con los brazos cruzados y su característica expresión seria.

No estaba de humor para discursos y se lo dije.

—No he dicho nada, Estée —respondió ella rápidamente, mientras me veía revolotear a lo ancho de mi habitación.

—No entiendo, ¿de verdad no entiendo cómo se atreven a quitarme mi primera misión! Saben que la he esperado por años, que es mi gran sueño, ¿y qué hacen? ¡Van y me lo quitan!

—Mamá me dijo que te dijera que no intentarás ir tras ellos.

Me detuve de golpe.

—¿Es broma, Liki? ¿No escuchaste nada de lo que te acabo de decir? ¡Por supuesto que no

quieren que vaya, pero eso es exactamente lo que haré! ¿Cuál es la razón de negarme lo que por derecho es mío?

—Mamá dijo que iba a hablar con el Jefe para que se atrase el cambio de mando.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso te dejaron aquí para que fueras su mensajera? ¿Qué te sucede, Liki? ¿No ves que lo único que hace Simone es mantenernos en la oscuridad?

—Estée, quizás deberías calmarte un poco —me dijo con una voz pequeña, nada característica de la fuerza de mi hermana.

—¿Calmarme?! ¡Esto es mío por derecho y nadie puede quitármelo!

Liki dio un paso atrás. Necesitaba salir de esa habitación lo más rápido posible. Volar con el viento no me llevaría a casa de César Abels antes de que Simone ya hubiese capturado su alma. Necesitaba cerrar los ojos y aparecer ahí. ¿Pero cómo? Mi magia negra.

Hacía solo un par de meses había tenido una de aquellas conversaciones con mi Jefe, escondidos del mundo en la biblioteca. Me explicaba, mediante sus frases hilvanadas con lentitud, como si cada palabra fuera una piedra preciosa, que nada es realmente tangible, que lo que vemos es, en su esencia, espacio vacío, por lo que basta con la intención para poder llegar a cualquier lugar, pues nada es físico, todo se disuelve, todo es ligero. Me explicó que el sillón donde me encontraba sentada era espacio vacío, al igual que el libro de cubierta azul que estaba sosteniendo, al igual que mi cuerpo. En ese momento sentí que cualquier comentario arruinaría lo que él me acaba de explicar. Sabía perfectamente que mi mente humana era demasiado limitada para comprender lo que él me estaba diciendo: que en realidad soy parte de un mundo sin fronteras, sin límites, completamente libre. Solamente asentí mientras sus palabras se guardaban en un rincón de mi interior, esperando el momento en que la sabiduría me alcanzara y pudiese meditar más sobre ellas.

Pero esta noche las recordé. Cerré los ojos y visualicé el lugar al que quería llegar. No sé si Liki alcanzó a percatarse de lo que hacía o intentó detenerme, pero al abrirlos de nuevo me encontraba donde necesitaba estar. La lluvia se había detenido y la casa a la que había llegado se me asemejó a la mansión Deveraux, no por su historia o belleza arquitectónica, sino que porque aquel lugar también estaba en medio de la nada. El hogar de César Abels era una granja rodeada de pastizales y cultivos, y un olor a estiércol que me golpeó en segundos.

Mi cuerpo estaba helado. Pensé que la rabia que sentía hervir en mis venas, pulsar bajo mi piel, agrandar mi corazón como si fuera a explotar elevaría la temperatura de mi cuerpo, pero no. Me había convertido en un hielo ambulante. Me sobé las manos con sorpresa, intentando desanudar a través de mis pensamientos el ovillo de lana que era mi estómago, tal como había logrado llegar aquí, en un literal abrir y cerrar de ojos. Di pasos agigantados hacia la puerta de la casa principal, haciendo oídos sordos a los relinchos de los caballos, que me llegaban desde el establo. Ellos sabían que estábamos aquí; los animales siempre lo sabían. No importaba cuánta magia creáramos

sobre nuestras cabezas, engañando al sonido y a la visión, ellos percibían el latir de nuestros corazones, la energía oscura que acompañaba cada uno de nuestros pasos.

Invocando al silencio mediante mi embrujo para asegurarme de que nadie me escuchaba, abrí la puerta cargada de decisión, con la rabia casi alcanzando su punto de ebullición. Me enfrentaría a mis padres como nunca antes lo había hecho, exigiría lo que me pertenecía y, con o sin su consentimiento, capturaría mi primera alma por mí misma.

En el interior, el tiempo parecía haberse detenido. Las alfombras, enrolladas en las esquinas y de un color que en su momento debió de ser rojo, recibieron mis pies con un toque áspero. Los muebles rogaban su jubilación y el reloj de campana parecía darme las gracias por los segundos en que estaba siendo libre de no escuchar su irritante y eterno sonido. El silencio siempre resonaba en mis oídos. Era algo muy curioso, porque cualquier persona lo definiría como la ausencia de sonido, es decir, como la nada, pero no era la nada lo que yo escuchaba cada vez que lo embrujaba; el silencio tenía su propia vibración, su propio susurro, era como si, al apagar el sonido del mundo, surgieran otro tipo de ruidos, más profundos, más sutiles, provenientes de lo más profundo de la tierra, de lo más profundo de la nada. También olía a viejo, a diarios de varias décadas sin leer, a ropa apolillada y a encierro. Había un aroma a depresión. Apenas sentí que me rozaba la nariz, la arrugué con miedo a que me contagiara su pena.

Simone me estaba mirando desde la base de la escalera; debió de sentir que llegaba. De seguro Gérard había subido al segundo piso antes que ella para confirmar que todo estaba bien antes de llamarla. Gérard y su armadura de caballero medieval, Gérard y su amor eterno por mi madre. Mi rabia estaba bullendo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, con más sorpresa que rabia, acercándose a mí a pasos rápidos.

—Tú sabes perfectamente lo que estoy haciendo aquí, Simone —le dije entre dientes, elevando la voz sobre el tono cauteloso de mi madre. Sentí cómo la ahogaban sus pensamientos: la decepción que sentía hacia mí, el asombro de encontrarse conmigo, el miedo a no poder contenerme.

—No me digas Simone. No estás lista, Estée. No hay ningún apuro en que comiences a capturar almas. Tienes que tomarte tu tiempo, tienes que aprender a dejar de disfrutar con todo esto —dijo alterada, señalando a su alrededor con un brazo torpe. Yo no estaba disfrutando con aquello. No había nada ni remotamente placentero en estar en el medio de una granja maloliente y depresiva, teniendo que luchar por algo que era mío por derecho.

—¡Es mi derecho! ¡Él dice que estoy lista; por ende, lo estoy! —le grité e intenté pasar a su lado para encaminarme hacia las escaleras, pero ella me sostuvo del brazo con fuerza.

—No —dijo sencillamente, pero con una fuerza que me sentí incapaz de imitar. Era un no rotundo y decisivo, una simple palabra que no invitaba a negociar o a protestar. No me quitó sus ojos burdeos de encima y debo admitir que Simone se veía feroz, como una imagen terrorífica que

solo se concibe en las pesadillas. El agarre que tenía sobre mi brazo era firme, por lo que no hubiese podido zafarme ni con todas mis fuerzas. El alma que venía a buscar estaba cerca, a solo unos escalones de mí, pero no podía llegar a ella.

Quise decirle tantas cosas, protestar con furia y dejar que me cayeran las lágrimas. Quería herirla con mis palabras, porque era la única arma que podía hacerle daño, removerle el piso, hacerla reaccionar. Quería gritar a viva voz lo orgullosa que estaba de trabajar para el Diablo, de capturar almas, de entregarlas para su merecido castigo, de limpiar el mundo de la inmundicia. ¿Cómo no era capaz de verlo, de apreciar el bien que estábamos haciendo? ¿Quería gritarle que el ser humano en su esencia es malvado y que dependía de nosotros otorgar un poco de luz! Que barrer el polvo de la escoria humana me parecía el trabajo más noble que jamás hubiera podido imaginar.

Pero solo alcancé a decirle una cosa:

—¡Eres una desagradecida! —le grité en un tono bajo, pero perforador.

—¡Y tú no entiendes nada, Estée! —me gritó ella a viva voz, agarrando mi brazo tan fuerte que temí que me dejara sus dedos marcados a través de la capa.

El campanazo del reloj antiguo detuvo nuestra guerra. Miramos hacia la sala con la misma confusión que nos hubiese provocado ver una flor creciendo en la mitad de un campo nevado, abriéndose paso entre las capas de hielo.

Pero nuestra sorpresa no era el reloj y tampoco lo eran sus campanas, sino la mujer que se había parado en seco a nuestro lado con una bandeja en las manos. Me quedé inmóvil. Vi cómo la bandeja caía al suelo y cómo su rostro se llenaba de terror al vernos a las dos ahí, dos figuras negras de ojos burdeos, cargadas de una energía mortífera.

Todo sucedió a cámara lenta. Seguí el recorrido de la bandeja hasta el suelo, donde se quebró la taza blanca de porcelana y la tetera que iba a juego. El té bañó las tostadas un poco quemadas, cuyo olor me asaltó el olfato. Los ojos de la mujer se abrieron como el foco de la cámara de Gérard, mirándonos con terror; primero a mí, luego a mi madre. Pensé que se pondría a gritar. En vez de eso, se santiguó.

Apenas la mujer salió corriendo despavorida fuera de la casa caí en la cuenta: el sonido que invadía mis oídos ya no era el silencio. ¿Quién había dejado de encantar el sonido? ¿Simone o yo? ¿Había desconcentrado a mi madre? ¿Estaba a punto de arruinarlo todo? Nos había visto alguien que no se suponía que debía hacerlo y eso jamás nos había sucedido. Me quedé rígida como una estatua, ahora sí, hirviendo de vergüenza, decepción y otra emoción embriagadora que no era capaz de definir. Simone tenía razón. Después de todo lo omnipotente que me había creído, había metido la pata.

—¡Gérard! —gritó mi madre de inmediato, tomando las riendas de la situación. No podíamos dejar que escapara, tenía que hacer algo, tenía que alcanzarla, ¡nos había visto! En cosa de

segundos, mi padre se asomó por la escalera, llevando el cofre bien protegido entre sus manos. Ya habían capturado el alma de César. Para rematar las cosas, yo había llegado tarde.

—¡Yo voy tras ella! —grité justo antes de salir volando tras sus pasos hacia el exterior y la noche estrellada. Había perdido a César y ahora había permitido que alguien nos viera. Definitivamente, se estaba convirtiendo en el peor cumpleaños de mi vida. Simone intentó agarrarme para detenerme, pero fui más rápida que ella. Mi único objetivo era alcanzar a aquella mujer. ¿Para qué? No estaba segura. Solo necesitaba detenerla, explicarle quizás. ¿Explicarle qué? No lo sabía.

Vi la figura de la mujer, que debía de rondar los cincuenta años, girar tras el establo, corriendo a toda velocidad. Invoqué mi magia y pronto estuve a solo unos pasos de ella.

—¡Espera! —le grité. «Detente, por favor. Déjame explicarte», pensé mientras corría. La capa negra comenzó a hacerme sudar. ¿Era capaz de sudar cuando estaba invocada por el Diabolo, haciendo su trabajo? Incluso me faltaba el aliento. No comprendía, ¿dónde estaba mi poder?

La mujer corría y corría, ahora en campo abierto, en una línea recta desde la casa.

—¡Espera, por favor! ¡No te haremos daño!

Por supuesto que no le haríamos daño, ¿cierto? Solo a su marido. Solo a César; habíamos venido por el alma de él, ella estaba salvo. Pero la mujer corría y corría, mirando hacia atrás de vez en cuando con pánico y apurando el paso en una reacción intuitiva de terror que le generaba verme tras ella. Todo estaría bien; iba a alcanzarla, volveríamos a la normalidad y sería una divertida anécdota que contarle a Liki cuando regresáramos a la mansión. La distancia entre nosotras iba disminuyendo, la luz de la luna nos iluminaba como focos artificiales, y pude sentir la mirada de mis padres a mis espaldas, observándonos desde el segundo piso.

Si estiraba los brazos ya casi podía tocarla. Mi reacción fue tan apresurada que ni siquiera pensé en invocar mi magia negra o en pedir la ayuda del viento. Mi humanidad estaba a flor de piel: mi transpiración, mi corazón agitado, mi mano sudorosa que le rozó el hombro...

—¡No te vamos a hacer daño!

Entonces, oí un disparo sordo, directo en la nuca, que la lanzó de boca al pastizal y me frenó como si hubiese chocado con una muralla invisible.

Vi cómo Simone bajaba el fusil desde la ventana.

Los latidos de mi corazón y mi respiración ahogada se apoderaron de toda mi capacidad de sentir, palpitando en mis oídos, nublando mi capacidad de oír nada más.

La sangre comenzaba a bañar el campo.

Recordé la última mirada de terror que ella me había dirigido.

Y, luego, todo negro.

PARTE II

CAPÍTULO 17: GABRIEL

Acercarme a Estée no fue tan difícil como lo había creído. Con cada almuerzo que pasaba a su lado sentía cómo sus murallas se iban deshaciendo poco a poco, contestando a algunas de mis preguntas e incluso dándome ciertos detalles de su vida. Ya sabía que tenía una hermana menor, por ejemplo, Angélique, y que sus padres seguían juntos, a pesar de los divorcios que abundaban en los progenitores de nuestros compañeros.

Con el tiempo me he percatado de que un matrimonio duradero no es sinónimo de un matrimonio feliz. Muchas parejas continúan haciéndose compañía por motivos que son mucho más tangibles que los sentimientos: seguridad económica, social e incluso moral. Yo creo que el divorcio es la mejor opción para las parejas que se casaron apresuradas o que simplemente dejaron de querer trabajar en su relación. Deseaba que mis padres dejaran de pretender que eran felices y se separaran de una vez por todas. No recuerdo la última vez que vi un atisbo de cariño entre ellos. Compañerismo, claro. Trabajaban como dos relojes suizos perfectamente sincronizados. Sabían lo que el otro necesitaba en términos de tiempo, aliento y detalles prácticos.

¿Mamá decía que era hora de mudarse de ciudad? Papá tenía preparadas las maletas en cosa de horas. ¿Mamá decía que asistiría a más pacientes de lo normal, porque era necesario hacerlo? Papá se encargaba de las compras del supermercado y de dejarme suficiente comida congelada para así poder asistirle en todo lo que fuera necesario. Eran perfectos compañeros de trabajo. ¿Pero amor? Creo que había visto más amor en los ojos de Milena cuando me lanzaba miradas esquivas, creyendo que no me daba cuenta, que en cualquier gesto entre mis padres, que llevan veinte años casados.

En fin, ya me alargué con mis observaciones aburridas. Nada de lo que iba aprendiendo de Estée se lo comentaba a mamá, por supuesto. Todo de ella me resultaba fascinante y cada pedazo de observación lo iba guardando en mi mente como el más magnífico tesoro. Pero sí fui rápido en comentarle la muerte de su abuelo, porque me preocupaba que ella estuviese bien. Estaba seguro, además, de que el interés de mamá por Estée, esa intuición que la había guiado, tenía que ver precisamente con ese abuelo que acababa de fallecer.

—¿Un abuelo? —me preguntó incrédula una noche en que llegó a casa tarde y me encontró viendo aún la televisión en la sala de estar. Se quitó el abrigo con el ceño fruncido. —¿Estás seguro?

Luego de eso, mamá aparentemente perdió el interés. Mejor para mí, ya que quería que todo lo

que tuviera que ver con Estée se quedase conmigo. Me gustaba ir conociéndola capa por capa, ir descubriendo quién era, identificando cuánto de su faceta de chica ruda era cierto y cuánto funcionaba como método de defensa. Curiosamente, descubrí que una enorme parte era verdad. Estée era dura como una roca y se me hacía bastante difícil imaginarla llorando de tristeza o sonriendo con cariño. Por eso cantaba victoria cada vez que lograba sacar de ella un atisbo de humanidad: una sonrisa genuina, una pulsación de histeria en sus sienes cuando comenzaba a sacarla de quicio...

Estée me fascinaba, claro que no podía admitir que estuviese enamorado de ella, porque era una idea ridícula. Me daba vergüenza el mero hecho de concebirlo, ya que era el caso más básico de amor adolescente: nunca había podido ser yo mismo con nadie más, por lo que obviamente me enamoraría de aquella persona. También podría ser otro caso típico, al menos para mí: acostumbrado a que todas las chicas de mi edad quisieran seducirme, me obsesionaba con la única que era inmune a mi presencia.

Yo no podía estar enamorado de Estée, porque caería en un estereotipo emocional. Pero sí me fascinaba. Me costaba reconocerlo, pero todas las mañanas esperaba con ansias poder verla. Sentía que era un toque emocionante en la aburrida rutina. Mi mente estaba fija en ella, esperando verla, con el corazón saltando cada vez que escuchaba la puerta abrirse. Estée llegaba antes que todo el mundo, se sentaba en el pupitre del medio de la última fila y se disponía a leer. Siempre llevaba consigo un libro de ficción. En las semanas desde que la conocía la había visto con *Hamlet*, *De ratones y hombres* y *El guardián entre el centeno*, que actualmente nos encontrábamos leyendo para la clase de inglés.

La reacción de los otros ante ella no era nada que ya no hubiese visto. Era algo extraño y hasta un poco divertido. A Estée la dejaban en paz, pero también se le daban saludos rápidos y sonrisas esquivas y se la invitaba a todos los eventos de la escuela, a pesar de que aparentemente no asistía a ninguno. Nunca. Era como si el miedo los obligara a respetarla; le daban su espacio, pero nunca hasta el nivel de que pudiera sentirse aislada del resto.

El día después de su cumpleaños llegué a la escuela más alegre de lo normal, silbando una canción y con ganas de verla. Tenía más que claro que no recibiría un agradecimiento por mi regalo, ni siquiera una sonrisa, ya que claramente el obsequio había sido una broma bien intencionada. Por todos los cielos, ¿acaso me estaba convirtiendo en un masoquista? Diecisiete años de adoración por parte de los más perfectos desconocidos me habían llevado a alegrarme por ver a una chica que no era capaz ni de darme las gracias. Qué golpe más bajo, Gabriel. Pero, bueno, quería seguir investigando esta fascinación que sentía. ¿Qué podía ser lo peor que pudiera pasar?

Pero Estée no llegó ese día a clase. Entré al aula junto al resto de la multitud y sentí una caída libre en mi estómago al ver su pupitre vacío. «No es gran cosa», me dije rápidamente. «Todos faltan a la escuela de vez en cuando». Sin embargo, no fui el único que lo notó. Cuando la

profesora Villa pasó lista y Estée no respondió con su característico gruñido, el aula entera contuvo la respiración. Como no aguanté la curiosidad, le pregunté al chico más cercano por qué todos parecían tan sorprendidos.

—Estée Deveraux no ha faltado jamás —me dijo—. Siempre hay una primera vez, pero de todas formas es extraño.

Ese día me percaté de lo que su presencia significaba para mí. Era normalidad, frescura, coraje. Sin ella, fui perseguido durante todo el día por gente que no paraba de sonreírme, que se ofrecía a estudiar en conjunto y me preguntaba si ya tenía pareja para el proyecto anual de Historia. No quería ser malagradecido, pero añoraba una conversación real, sin sonrisas plásticas, sin ojos brillantes siguiendo cada una de mis palabras como si yo fuera un dios, dueño de la verdad.

No voy a mentir, hubo momentos en que gocé de la atención que me daban. A los trece años, ser el más popular de cualquier escuela a la que asistía me parecía lo mejor del mundo. Jamás fui el chico raro, nadie nunca se burló de mí y siempre conté con todos los amigos y novias que quería. Besé a más chicas de las que me atrevo a admitir y luego las ignoré como un verdadero idiota. Pero lo peor es que todas volvían a mí como si no les hubiese roto el corazón en mil pedazos. Podía tratar a un amigo como un trozo de basura, y siempre regresaría a mí con la cola entre las piernas, como si el culpable de mi falta de amabilidad fuese él.

Podría haberme dedicado a ser un cretino durante toda mi vida. Pero, a medida que empecé a entender la mente humana y fui estudiando psicología, me percaté de que había muchas cosas más importantes en la vida que utilizar a las personas. Surgió en mí un deseo de que la gente pudiera amarme por quien era, no por la imagen que tenían de mí. Quería conocerme a mí mismo para luego permitir que otros también lo hicieran.

Claro que no resultó como yo esperaba: me trataban exactamente igual que cuando me portaba como un idiota, me idolatraban y me lo ofrecían todo. Pero al menos yo me sentía mucho mejor. Me sentía más humano, más genuino, más *real*. Ya no era una caricatura vacía. Era un chico más que estaba intentando encontrar su lugar en el mundo, uno que a veces era una pulga irritante, y no tenía problema en que me lo dijeran a la cara.

Aquel día en que Estée faltó a clase llegó un rostro nuevo a la escuela: el profesor Zacharías Solís, que venía a llenar el puesto de la profesora de Historia que había fallecido trágicamente el semestre anterior. Parecía un personaje de una novela apolillada. Llevaba un grueso suéter verde a cuadros lleno de pelotillas que traicionaban las varias décadas que debía de tener la prenda. También usaba unos lentes redondos que se le resbalaban de la nariz cada diez segundos de forma tan precisa que apenas pude escuchar su primera lección, porque la exactitud con la que caían por el puente de la nariz me parecía asombrosa.

Parecía ser un buen tipo. Hablaba de forma pausada y en un tono bajo que, curiosamente, mis compañeros eligieron respetar, manteniendo la clase en absoluto silencio mientras él nos hablaba

de sí mismo. Se había mudado aquí desde La Plata, cosa que me pareció muy curiosa; habíamos vivido a unos kilómetros de distancia, solo para venirnos a conocer al otro lado del mundo.

El profesor Solís provocó calma y respeto en mis compañeros. A mí, por el contrario, me hizo sentir un tanto extraño. Había algo inusual en él, una tristeza que no terminaba de asomar a través de sus ojos cubiertos de vidrio y que parecía envolverlo como una sombra. Era como si algo oscuro en su interior quisiese salir y estuviese a punto de hacerlo a medida que iba hablando, pero luego volviese a esconderse entre las tinieblas.

Sé que mi diagnóstico fue apresurado y que ningún psicólogo confiable entregaría un dictamen tan rápido, pero bajo mi punto de vista el profesor Solís sufría depresión. Sus ojos no tenían luz, su mirada tendía a quedarse fija en un solo lugar por varios segundos como si quisiese vivir en su imaginación más que en la vida real, tenía el mismo nivel de energía que un gato viejo, a pesar de rondar los cuarenta años, y me generaba una sensación de vacío insoportable.

Puede que me equivocara, claro. Puede que yo estuviera aburrido o él no estuviera tan entusiasmado de venirse a vivir al fin del mundo. Puede ser que simplemente extrañase a Estée, que sin duda habría tenido alguna observación ácida sobre el nuevo integrante de la facultad.

Quise contarles parte de mi día a mis padres, quizás incluso mencionarle a mamá que Estée había faltado a clase, a pesar de nunca haberlo hecho antes, pero cuando llegué a casa el lugar estaba vacío y se mantuvo así hasta pasadas las diez de la noche. Me armé un sándwich de jamón, queso y lechuga un tanto insípido, abrí una lata de Coca-Cola y vi la televisión hasta que me pesaron los ojos.

CAPÍTULO 18

Cuando estaba en preescolar, una de mis compañeras, Cecilia, llegó llorando una mañana porque había tenido una horrible pesadilla. La profesora la abrazó y la motivó a contarnos su experiencia, mientras yo ponía los ojos en blanco y pensaba en lo pesada que se sentía en mis manos la daga que me había estado mostrando Gérard la tarde anterior durante nuestro entrenamiento. Cecilia había soñado con un oso gigante que destrozaba su casa hasta los cimientos y que se comía a sus padres en pedazos. Lo que la profesora calculó mal es que los niños en preescolar son extremadamente sensibles... y crédulos, por lo que al rato gran parte de la clase había explotado en llanto y preguntaban a la profesora, que miraba como si acabara de abrir la caja de Pandora, qué sucedería si el oso se comía también a sus padres. Yo los miraba pasmada, sin comprender dos grandes cosas: por qué eran tan idiotas y qué demonios era una *pesadilla*.

Liki y yo jamás habíamos tenido una. Nunca vivimos una noche recelosa, con miedo a cerrar nuestros ojos por las imágenes que podían torturarnos en nuestro sueño. ¿Cómo íbamos a tener eso? Nos relacionábamos directamente con el dueño y creador de todas las pesadillas y, gracias a ello, estábamos a salvo bajo su alero. Él no nos podía asustar ni tampoco las cosas que normalmente aterraban a los seres humanos: la pérdida, la pobreza, la enfermedad. A nosotras nunca nos pasaría nada.

Hasta ahora.

Cerré mis ojos y vi a aquella mujer que corría frente a mí. Sentía el sudor resbalando por mis sienes mientras estiraba el brazo para alcanzarle el hombro. Llegaba a tocarla, la agarraba, ella caía al piso volcándose hacia mí, mirándome de frente y, con los ojos enormes, inyectados en terror, me rogaba:

—¡Por favor, por favor, no me lleven! —repetía una y otra vez, como un mantra, con la voz envenenada de angustia. *Por favor, por favor, por favor, por favor.*

Yo la miraba quieta desde arriba, intentando recuperar el aliento. Quería asegurarle que todo saldría bien, que no había hecho nada malo, que no tenía nada que temer. ¿Pero entonces? Entonces, sonaba el disparo. En mi pesadilla veía la bala perforarla de frente, justo entre los ojos, mientras sus labios aún se movían, rogándome el perdón. Y era yo quien había apretado el gatillo.

En el sueño yo gritaba. Gritaba a todo pulmón, dejando escapar un chillido que comenzaba en alguna parte inexplorada de mi alma, con un dolor que no parecía ser mío. ¿De mi madre, quizás?

¿De mi abuela, incluso? Todos los Deveraux que habían venido antes de mí y que habían visto cientos, miles de personas morir frente a sus ojos... y por obra de ellos.

No, no, no, no. No era muerte. Era justicia.

El grito me despertó. Me senté en la cama con la garganta palpitando y la boca abierta, con los restos del chillido todavía colgando de mis labios. Mi habitación estaba oscura, fría. Era plena noche. Desconocía la hora actual y cómo había llegado a mi cama. Me imaginé a Gérard acarreándome en brazos y, repentinamente, sentí un enorme cariño por él. Les había fallado. Había desconcentrado a mamá de su hechizo, ¿cierto? Eso era lo que había sucedido. Era la única explicación. Podría haber hecho tantas cosas de manera diferente... Cada una de las opciones giraba en mi cabeza como un molino de viento en una tormenta.

Haber obedecido la orden y haberme quedado en casa viendo la televisión y picoteando palomitas de maíz. Haberle pedido disculpas a Simone al llegar a la granja y solicitado ser parte de la captura de forma conciliadora. No haberme encaminado hacia la escalera. Haberme dado cuenta del embrujo roto y habérselo hecho saber a Simone. Haber comenzado yo un nuevo hechizo. No haber insistido tanto en mi misión independiente desde el principio.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada, pero supe de inmediato que me sería imposible conciliar el sueño. La angustia me estaba ahogando. Al ponerme de pie noté que aún llevaba puestos mis *jeans* oscuros y la camiseta gris que había escogido para el día de mi cumpleaños. Miré mis pies, cubiertos con calcetines de estampado de serpientes. Me quité todo con rapidez, como si la ropa me quemara, y lo dejé amontonado en un rincón, lo más lejos posible de mí. Luego me puse mi pijama de pantalones y camiseta negra, con las palabras «*bite me*» incrustadas en rojo sobre el pecho, y abrí la puerta de mi habitación.

La casa también dormía. Estaba tan silente que por un segundo pensé que se encontraba bajo nuestro embrujo, que esa vibración que zumbaba en mis oídos era el mismísimo silencio. Pero no. Una madera crujió bajo la alfombra roja que recorría todo el segundo piso de la mansión. Con cuidado llegué hasta el primer piso y encontré el pergamino exactamente donde se quedaban todos los de las misiones cumplidas: sobre la cómoda antigua, a los pies de la escalera. Esta vez dejé a un lado la primera página, me senté sobre la madera fría y, atrayendo las rodillas hacia mi pecho, comencé a leer:

Nacido el 4 de abril de 1962. Llamado César por su abuelo paterno. Cuarto hijo varón de María y Diego. Infancia tranquila y relativamente feliz, pero con muchas carencias de dinero.

El texto era interminable. Narraba episodios relevantes de su vida: cómo había caído en el hurto por hambre, cómo sus compañeros se burlaban de él por sus pantalones agujereados... Cambié de página. Su juventud, nada memorable, estaba plagada de robos pequeños. Su adultez. Me detuve en sus treinta y dos años, cuando conoció a Mirta, la mujer con quien luego se casaría.

El pergamino describía las cosas que hizo ella por él y él por ella, cómo ella cambió su vida, cómo emigraron juntos a un país más tranquilo y lejano y cómo compraron una granja para vivir de ella.

Mirta cae enferma de cáncer de hígado. No tienen dinero suficiente para pagar el tratamiento. Se somete a numerosos procedimientos médicos, cada cual más costoso que el anterior. No hay dinero en la casa. Las deudas comienzan a invadirlo.

Hasta que finalmente César falsificó los papeles del seguro médico para poder disminuir los gastos. Para salvar a su mujer. Respiré hondo. Eso estaba mal; tener a su pareja enferma no le daba derecho a ajustar la realidad a su favor. Pero, aun así, el compás moral de mi corazón parecía borracho, inclinándose de lado a lado como el péndulo de un reloj. Qué me importaba su historia. Se había equivocado y había tenido que pagar por ello. ¿Pero Mirta? ¿Merecía ella también morir? ¿Lo merecía él?

Me estremecí ante la palabra tan tajante que se me había venido a la cabeza. Nosotros capturábamos almas, no matábamos. Si hubiésemos hecho eso, habríamos sido asesinos.

Asesinos.

Había cometido un error, eso era todo. Quizás mi Jefe me regañaría un poco, pero todo volvería a estar bien en la mañana. Todo estaría bien en la mañana.

Me encaminé de regreso a mi habitación y el sonido de la lluvia sobre el techo del jardín de invierno me detuvo. Quise despertar a mi madre y acurrucarme a su lado como cuando tenía cinco años. ¿Qué era esta emoción que me estaba carcomiendo? No estaba segura de su sabor, pero me parecía culpa. ¿Culpa por no haber cumplido con éxito la misión? ¿Culpa por haber asesinado a una mujer? O, peor, ¿culpa por haber matado a más personas de las que era capaz de contar? «No, no, no. Ellas se lo merecían», me repetía a mí misma. «Fue un castigo justo. Lo que hacemos es un trabajo noble y necesario».

Un enorme trueno resonó sobre la mansión. El disparo. Mi corazón se agitó como si de pronto mi pecho fuese demasiado pequeño para contenerlo. Me senté al lado de mi cama, abrazando mis rodillas, brincando con cada trueno como un pájaro asustado. ¿Qué me pasaba? Con solo la luz de mi velador encendida, saqué los escritos de debajo de una de las tablas del suelo.

Pascale Deveraux. ¿Por qué me había pasado Damián estos diarios? ¿Qué quería que viera? Por los siete infiernos, tenía sudores fríos. ¿Qué me pasaba?

Los ojos de terror de la mujer. Los ojos entristecidos de Simone después de cada misión. Su negación a pasarme mi primera misión independiente. Los ojos entristecidos de Simone.

Comencé a leer. No sabía por qué diablos me había tomado tanto tiempo preguntarme por qué los Deveraux estábamos malditos.

CAPÍTULO 19

Debí haber escuchado a Damián. Debí haber prestado más atención a las miradas desaprobadoras de la gente que Carassa, mi *maman*, tanto intentó ignorar. Todas las personas del pueblo la temen; apenas la saludan y la recorren con la mirada de arriba abajo como si acarreará una enfermedad mortal. No sé por qué a mí me muestran un poco más de cariño, de respeto, por lo menos. Supongo que la culpa es siempre de la madre. Yo soy la pobre hija, presa de una mujer que coquetea con la demencia... o, peor, con un personaje ficticio en el que todos creen como si fuese tan real como el panadero.

Hoy me encontraba precisamente junto a su puesto, solicitándole dos *baguettes*, mientras reflexionaba sobre las dos caras de los pueblerinos: supersticiosos y discriminadores con mi madre cuando todo anda bien, pero anhelando sus conocimientos cuando necesitan su ayuda.

¿Por qué diablos podría estar mal lo que hace mi *maman*? Ella cura a las personas con técnicas que están más allá de la sanación de la medicina convencional. «Ya está en manos de Dios», suelen decir una vez que el doctor no sabe qué más hacer con ellos. ¿Significa eso que tenemos que dejarlo morir? ¿Solo porque está en manos de otro personaje ficticio al que tanto les gusta venerar?

Maman nunca me ha dicho abiertamente que no cree en Dios y a mí parecer es porque eso sería una mentira. *Maman* y yo creemos en una fuerza superior que armoniza toda la vida de la Tierra: orchestra los acontecimientos, las circunstancias y las personas como la melodía más perfecta de todas. ¿Qué es eso si no un dios? Un ser omnipotente y omnipresente, una fuerza de amor que guía todo lo que hacemos.

Pero el Dios de este pueblo es extraño. Es un Dios que castiga, discrimina y mata a aquellos que no actúan conforme a una palabra que inventaron los hombres tiempo atrás.

—Señorita Deveraux, tengo que hablar algo urgentemente con usted —dijo de pronto una voz muy seria a mis espaldas. Mi corazón se detuvo, pero entonces me giré y se eterneció como una carne bien golpeada. Le pagué al vendedor y lo seguí, hasta internarnos en un laberinto, un lugar donde no pasaba ningún transeúnte y donde éramos libres de cualquier mirada prejuiciosa.

Damián me plantó un beso ansioso, ahogando su risa de deleite.

—¡Damián, no hagas eso! —dije dándole golpes suaves, simulando estar muy enojada con él.

Se veía tan guapo y alegre hoy, como si no hubiese pensado hasta la extenuación en lo que había venido a decirme. Me recordó a cuando nos conocimos en la iglesia, solo un año atrás, cuando él acababa de cumplir dieciséis años. Carassa me impulsó a asistir. Me dijo que, porque ella se negara a frecuentar el lugar, no significaba que yo no pudiera hacerlo. Siempre he pensado que quiere protegerme. El simple hecho de mostrar mi rostro en ese espacio me separa de *maman*, me distancia de su supuesta «maldad».

Lo hago por darle el gusto. Y también porque me da un tiempo para compartir con Damián. Tenemos que tener cuidado con demostrar con demasiado énfasis nuestra relación: en este pueblo no hay tiempo ni espacio para conocerse, para comprobar si el enamoramiento a través de la vista será duradero. Aquí uno se siente atraído y se casa; luego descubre si era o no la pareja para uno. *Maman* piensa que eso es una idiotez. Por eso, apenas supo de mi atracción por Damián, me impulsó a explorarla, tanto emocional como físicamente, y a descubrir si

él era con quien me gustaría pasar la vida. También remarcó la importancia de que, si él no me gustaba, me aburría o descubría que no era un buen hombre, debía abandonarlo de inmediato y buscar a otro, si es que así lo quería.

—No tiene nada de malo estar sola, Pascale —me dice en casi todas las ocasiones en las que le he contado discusiones superficiales que he tenido con Damián.

—Lo sé, *maman*, te veo a ti —le respondo cada vez, con una sonrisa de orgullo.

Porque eso es mi madre para mí: un enorme orgullo. No sé qué hice tan bien para merecer de progenitora a una mujer que sigue sus propias reglas, que vive bajo sus condiciones y que no acepta estupideces de nadie.

Además, conozco íntimamente a Damián y eso a veces me asusta. Si eso llegara a salir a la luz, el pueblo diría que ya no tengo virtud, que ningún hombre querrá desposarme.

—Tú les pones un cuchillo al cuello y les dices que se coman sus mentiras envueltas con estiércol —me dijo *maman* cuando le confesé mis miedos. Reímos hasta casi llorar.

Pero luego Carassa se puso seria y, mientras seguía cortando finamente unas hierbas para hacer ungüento, me dijo:

—El peor defecto del hombre es creerse dueño de la verdad. Es ahí donde surge todo el mal, todo el odio, toda la rabia y el miedo. Si aprendiéramos a aceptar las posibilidades en vez de encerrarnos en unas pocas, podríamos vivir finalmente en paz.

Nunca he olvidado sus palabras. Resuenan en mi mente como si la voz de mi *maman* hubiese decidido acompañarme a todos lados como un fantasma.

Mi *maman*. Mi orgullo.

Por eso las palabras que me dijo hoy Damián me pusieron la piel de gallina.

—Estoy preocupado, Pascale, la gente ha estado hablando... —me dijo en voz baja, a pesar de que nos encontrábamos lejos de cualquier oído curioso.

—¿Sobre nosotros? —Me vino a la imagen el rostro pasivo de *maman* enseñándome mi ciclo, explicándome cómo funciona a mi cuerpo y haciéndome beber un líquido amargo cuando me acerqué demasiado a Damián en mis días fértiles.

Amo a Damián, pero no quiero casarme aún. Si la gente se había enterado de lo nuestro, ya no tendríamos opción. Bueno, a excepción de no hacerlo y de obligar al primero que osara llamarme «puta» a comerse sus mentiras envueltas en estiércol. Pero él no hablaba de nosotros; se refería a *maman*.

—La gente siempre habla de mi madre —le dije intentando calmar la angustia de mi corazón.

Él me miró con los ojos más oscuros que de costumbre.

—Sí, pero han estado diciendo cosas peligrosas, cosas que me asustan.

—Créeme, Damián, esto siempre pasa. Son solo períodos; ya se percatarán de que la necesitan y volverán a hablar maravillas de ella. O, al menos, no dirán nada peligroso.

La mirada de Damián continuaba oscura, como si una criatura se hubiese interpuesto entre el sol y su semblante. No estaba convencido. Y yo tampoco. Damián quiere mucho a *maman* y sé que su preocupación por ella va más allá del hecho de que sea mi madre. Es más, fue gracias a Carassa que sus padres fueron capaces de concebirlo. «Le debes tu vida a la señorita Carassa», le dijeron una vez cuando éramos pequeños en la mitad de la plaza.

Claro que ahora todos se han olvidado de aquello, ¿no?, de todas las vidas que ha salvado y todas las que ha creado.

—Sí, pero las cosas ahora son distintas. Están los enviados del Vaticano observándolo todo, anotando todo, preguntando todo. Los escuché el otro día, Pascale. Se refirieron a Carassa como una...

No necesitó decirlo. «Bruja». La primera fue una anciana que también vivía en las afueras del pueblo. Casi nunca salía de su hogar, comía lo que cosechaba en su jardín y lo que cazaba. No asistía a misa. Hubo rumores de que las jóvenes solteras embarazadas se adentraban en su casa y salían liberadas de su problema. La gente empezó a hablar en susurros de que la anciana le entregaba los niños al Diablo, de que él la venía a ver varias noches al mes y juntos tramaban cómo apoderarse de más almas inocentes. Los enviados la arrastraron a gritos fuera de su casa. Durante el juicio, totalmente carente de justicia, escupió a cada uno de los enviados del Vaticano y, mientras la devoraban las llamas en la plaza central, juró que regresaría a hacerles la vida imposible.

La segunda fue una mujer debilucha y enfermiza que había perdido a sus padres por la plaga solo semanas antes. La culparon de mantener relaciones sexuales con el Diablo en base a nada. Su único crimen fue no parecerse a los demás.

Puedo sentir el peligro como nunca antes, pero sé que nada convencerá a *maman* de que huyamos de este maldito pueblo. Muchas veces se lo he planteado: irnos las dos solas, irnos junto a Damián..., pero su respuesta es siempre la misma: se puede huir de un lugar, pero no de un pensamiento. El pensamiento de aquí es igual al de allá, y solo cambiará con el tiempo.

Hoy es el turno de la tercera. Lillian. Marcada por la mano del Diablo. Entonces, trato de acallar esa voz maldita, esa voz que sí que debe de ser del Diablo, aquella que me dice: «Y Carassa, ¿cuándo?».

De nuevo, sudores fríos. Detuve la lectura. Solo me restaban unas páginas y aún no entendía la razón por la cual Damián me había entregado estos diarios. ¿Para comprender su pasado? Siempre había sabido que él se remontaba varias décadas, ¿pero esta cantidad de siglos? Sí, me sorprendía. Sí, me provocaba unos cuantos celos que hubiese estado enamorado de mi antepasada. Pero nada de esto me ayudaba a calmar mi conciencia.

¿Quién diablos éramos? ¿Cómo había comenzado todo? Quizás Carassa fuera una ayudante del Diablo después de todo. Ayudándolo a... ¿hacer medicina? No, no tenía ningún sentido. Algo más tenía que haber ocurrido. Continué leyendo solo para enterarme de que los miedos de Damián y Pascale no eran infundados: al día siguiente, ella llegó a su casa en el bosque para encontrarla hecha un desastre y sin rastros de su *maman*. Finalizaba la entrada con una rima tonta que recordaba haber cantado con Carassa años antes:

Y en el bosque encontramos los pétalos del mar que recogemos en desorden sin parar de cojear. Cuidado con que nos pillen, que nos pueden retar, los pétalos quitar y el Diablo atrapar.

Y el Diablo atrapar. No era Damián quien podía ayudarme. Necesitaba a alguien vivo, de carne y hueso, alguien que hubiera sido una Deveraux. Necesitaba hallar a la hermana menor de mi madre, Delphine.

CAPÍTULO 20

En algún momento después de haber terminado de leer el libro de Pascale debí de quedarme dormida. O al menos eso supongo, porque lo siguiente que recuerdo es haberme despertado con toda la mejilla derecha babeada y parte del diario de mi antepasada pegado a mi rostro.

Damián no estaría contento, pero no me importaba. Era pasado el mediodía, por lo que estaba claro que hoy no iría a la escuela. De pronto, sentí un dolor que me costó reconocer: me punzaba la cabeza. Nunca había tenido jaqueca ni había sentido ese nivel de cansancio.

La casa estaba silenciosa, pero supe que no estaba sola. Añoraba escuchar algún chillido de Simone, los pasos pesados de Gérard, o a Liki intentando escabullirse de las órdenes de ambos. Pero no eran ellos los que estaban en la mansión; estaba claro que los tres habían continuado con su rutina normal, en la que mamá se marchaba al alba a abrir su Floristería Madelaine, Gérard nos preparaba panqueques, llevaba a Liki a la escuela y luego dictaba sus clases de lenguas en la universidad. Era una rutina normal, en la que me iba en bicicleta a la escuela y me quejaba de la ordinariéz de la vida. Hasta la noche, cuando nos llegaba una misión.

Una misión. Me entraron ganas de vomitar y me detuve de golpe. Por primera vez en mi vida la mera idea de ir a capturar un alma me revolvía el estómago. «Debo de estar fatigada, debo comer algo», pensé. Me levanté a toda prisa de la cama, me puse una camiseta negra y bajé a la cocina. ¿Cómo podían haberse ido y dejarme sola? ¿Acaso Simone no había matado a una mujer inocente anoche? ¿Cómo podía ir ahora como si nada a vender flores? Quizás incluso las mismas que utilizarían para el funeral de la mujer...

Mirta. Se llamaba Mirta.

Damián se encontraba en la cocina. Mi primer impulso fue correr a abrazarlo, pero algo me detuvo. Estaba escurriendo unos tallarines con la precisión de un científico. Sin levantar la mirada, me saludó:

—Buenos días, princesa.

—No me digas princesa. ¿Dónde están Simone y Gérard?

Me miró. Sus ojos negros me penetraron.

—En el trabajo, por supuesto. Me dijeron que te dejara descansar, que habías tenido una noche dura.

Una noche dura era una simplificación. De pronto, tenía tantas preguntas que quería hacerle que

sentí cómo las palabras se atiborraron en mi boca, mordiéndome la lengua, añorando salir disparadas como un cañón. Sin embargo, solo logré preguntar una cosa.

—¿Por qué le dijiste a Simone lo de mi pergamino?

—No pude mentirle, princesa. El Diablo me había permitido decirle la verdad y, cuando me lo preguntó de frente, no me quedó opción.

—Mentiroso —le dije con los dientes apretados. La mirada que me lanzó me heló los huesos.

—Deberías comer, princesa —dijo poniendo el plato de pasta blanca sobre la mesa.

—¿Está decepcionado? —No fue necesario definir a quién me refería. Damián se giró y esparció la salsa de tomate sobre la pasta con delicadeza—. Respóndeme, Damián.

—Fue solo un error.

Exacto, solo un error. ¿Pero era eso realmente lo que me estaba torturando la cabeza? ¿La duda de si podría seguir con mi brillante futuro después de esta enorme equivocación? No. No era eso. No quería admitirlo, pero no podría engañarme hasta la eternidad; mi tortura era abrir los ojos a lo que éramos realmente.

Damián se lavó las manos, me acercó el plato y, antes de besarme la frente en forma de despedida, me dijo:

—Tengo mucho que hacer, princesa. Descansa, cuídate y nos vemos mañana.

Y así me quedé nuevamente sola en aquel enorme espacio que me hacía sentir como un naufrago.

El buscador de Internet llevaba varios minutos pestañeando. Sabía que necesitaba respuestas, pero no era capaz de formular las preguntas. Me había dado una larga ducha para intentar que los pensamientos y el recuerdo del disparo no me volvieran loca; simplemente dejé el agua correr y masajear la tensión de mis hombros. El vapor consumió la habitación entera, pero curiosamente eso me permitió respirar mejor. Hice un refugio con aquel aire, con el calor y el sofoco.

Continuaba observando como una estatua el pestañeo del navegador, que casi me rogaba que tecleara algo y le diera algo que hacer, cuando la llegada de Liki me sacó de mi ensoñación. Sus pasos danzarines, el sonido de la mochila que solía botar justo a la entrada de la casa, el agudo chillido de Simone cada vez que tropezaba con la mochila y la puerta de la biblioteca abriéndose y cerrándose en los trayectos que Gérard hacía con sus libros. Me cobijé en aquellos sonidos tan familiares, pero no fui capaz de unirme a ellos. La pantalla de mi ordenador seguía pestañeando, irritante, preguntándome qué diablos quería que buscara en el universo infinito de la web.

«Quién soy», pensé. «Quiénes somos». Pero eso no era algo que me pudiera responder la omnisciencia de esta era digital, esa que todos mis patéticos compañeros de escuela consideraban un dios. Si su dios no podía revolver sus dudas existenciales minúsculas, como qué estudiar en la universidad, cómo saber si le gustas a alguien o robarles dinero a los padres, definitivamente no podría explicarme por qué los Deveraux éramos como éramos. O por qué nunca me lo había preguntado.

Simone asomó su corta melena rubia por la puerta entreabierta y me sonrió débilmente.

—Hola, hija —me dijo con dulzura. Le sonreí, avergonzada. Sabía que le debía una disculpa, pero no recordaba la última vez que le había pedido disculpas a Simone. Yo rara vez me equivocaba. Esta vez quería pedirle perdón de corazón y no sabía cómo.

Entró a mi habitación mientras yo cerraba el ordenador como si quisiera esconder el hecho de que tenía un buscador abierto sin ni una palabra escrita. Se sentó en el borde acolchonado de mi ventanal y perdió la mirada en la oscuridad exterior. De pronto, suspiró y volvió a sonreírme, pero guardó silencio. Me miré las manos. Intenté decir algo, pero no supe qué. Quise preguntarle cómo había estado su día, pero me parecía una cuestión demasiado inocua comparada con lo que nos convocaba. Supongo que la pregunta que realmente quería hacerle era: «Mamá, ¿cómo puedes vivir tu día como si no acabaras de asesinar a una mujer ayer por la noche?». Pero no podía. Ni siquiera había hecho eso, solamente cumplía con su trabajo. Su trabajo. Nuestro trabajo.

—¿No... no había ninguna otra manera? —logré articular. Mi voz me sobresaltó como si no fuera propia.

Mi mamá miró al piso y sonrió complacida, casi como si hubiese estado deseando que le hiciera esa pregunta. Ni idea de por qué. Pensé que quizás se enfadaría por no pedirle inmediatamente perdón o incluso por no hacer un *mea culpa*, por no haberle dicho: «Tenías razón, mamá. No estaba preparada para mi misión independiente». Su sonrisa me desarmó y se me escapó un suspiro de alivio que parecía haber estado guardando desde que era una niña.

—No —respondió mientras meneaba la cabeza—. No había ninguna otra forma. Nunca nadie puede saber de nosotros y es un riesgo que no podemos correr.

Asentí con los labios entreabiertos, pensando en las consecuencias que conllevaba encontrarse con los Deveraux en su función de captores cuando no era tu alma la que andaban en busca. Fatales. Las consecuencias eran fatales. La noción de que nadie, absolutamente nadie, podía conocer la verdad sobre el trabajo que hacíamos y con quién nos relacionábamos era algo que venía tan integrado en mí como el color de mi piel. Me gustaba que fuera mi secreto. Era lo que me diferenciaba de los demás, era lo que nos hacía a los Deveraux especiales.

Nunca me había imaginado, sin embargo, qué hubiese sucedido de haberle insinuado a alguien nuestro verdadero trabajo; por ejemplo, a esas excusas de amistades que tuve cuando niña, que mamá se lo hubiera comentado a uno de sus colegas en la floristería o Liki a cualquiera de sus compañeras de *ballet*. Lo supe en ese minuto de inmediato, sin necesidad de que Simone me lo aclarara: saber nuestro secreto significaba la muerte. No había término medio, no existían plegarias que fuesen escuchadas. Éramos como una maldición que envenenaba a quien llevara nuestro nombre en los labios.

—Son las reglas, Estée. No podemos cambiarlas ni cuestionarlas. Era simplemente lo que teníamos que hacer. Nada de esto fue tu culpa.

Eso me tomó muy por sorpresa. Creía que, en algún grado, Simone estaría molesta conmigo,

porque todo el problema había surgido porque yo no había sido capaz de seguir unas simples instrucciones. Pero su mirada me decía lo contrario. Por primera vez en mucho tiempo, sentí sus ojos puestos en mí como un bálsamo, como un abrazo de seda en vez de un derrumbe de piedras.

Pero como Simone nunca había sido de sentimentalismos, se puso rápidamente de pie y sosteniendo la puerta me repitió:

—No es culpa tuya. Ahora descansa, que mañana debes volver a clase.

No pude evitar una pequeña carcajada: incluso después de haber derribado a una mujer a punta de disparo, las prioridades de mi madre no cambiaban. ¿Pero habían cambiado las mías? Las preguntas seguían amontonándose en mi mente, nublando mis pensamientos. Pero no me sentía cómoda hablando con Simone; su breve visita me lo había confirmado. Simone escondía algo impenetrable. Era como si una muralla invisible me separara de mi madre, un espacio gigante, oscuro, indescriptible y poderoso.

Después de lo que había visto anoche, el vacío no había hecho más que incrementar. O, de alguna forma, se había vuelto visible. Siempre había habido cierta distancia entre mi madre y yo, pero se concentraba más en la incapacidad de equilibrar mis sueños con los de ella: los míos de disfrutar mi herencia Deveraux; los de ella de que fuera una chica de diecisiete años normal y de que no disfrutara tanto con esa herencia. Éramos como dos caminos bifurcados que no hacían más que distanciarse. Pero ahora, ante mis ojos, todo parecía mucho más claro: lo que realmente me separaba de mi madre era lo que no podía contarme.

Fue entonces cuando finalmente reuní el coraje necesario para pedirle al computador la dirección de la única persona que podría hablarme sin tapujos: Delphine.

No tardé en encontrar sus datos. Delphine Deveraux, mi tía, vivía a solo dos horas de Puerto Umbra y trabajaba como enfermera en el hospital general. Había estudiado medicina, quería salvar vidas. No podía dejar de darle vueltas a ese detalle en mi cabeza. Una vez, de niña y de joven, las había robado, pero ahora quería salvarlas. ¿Era eso lo que causaba este trabajo? ¿Buscar después desesperadamente una forma de redimirse?

Cerca de las diez de la noche fui incapaz de soportar el dolor de cabeza y me cobijé entre las sábanas, desesperada por encontrar sosiego para mi mente y mi corazón, que estaban intranquilos.

Y, de pronto, estaba de nuevo en la granja, corriendo tras la mujer. Mi cuerpo sudoroso, la capa enredándose incómodamente en mis piernas, la respiración agitada. La mujer se giró hacia mí con la boca entreabierta y los ojos saturados de pánico. Miedo y súplica.

—Por favor, por favor, no me hagan daño.

—¡No te voy a hacer daño! —le gritaba una y otra vez mientras intentaba alcanzarla—. Solo quiero conversar contigo.

¿Conversar? Claro, conversar. Decirle que no había nada que temer, que solo habíamos venido por su marido. ¿Acaso eso la tranquilizaría? Sí, claro, tenía que hacerlo.

La mujer cayó al suelo, pero no por culpa del disparo; había tropezado con sus propios pies en

la angustia del escape. Desde el suelo me miró, intentando cubrirse el rostro con una mano, como si con ello pudiese protegerse de la muerte.

—No me hagas daño —me rogó otra vez. Y al hincarme sobre ella, intentando calmarla y convencerla de que todo iría bien, me vi a mí misma en el sueño. De pronto, yo era la mujer, que me miraba. Y pegué un grito aterrado, porque eso es lo único que uno puede hacer al enfrentarse a una sombra de ojos burdeos y feroces.

El grito me despertó y me senté en la cama sudando. Todo estaba en silencio. Pero entonces sentí que algo iba mal. El corazón me dio un vuelco y mi cuerpo se acaloró por completo, invadido por una sensación de adrenalina similar a la que percibo cuando estamos cerca de cumplir una misión. Abrí los ojos de golpe y entonces vi unas olas acercarse como manos despiadadas a mi cama. Era un agua negra como el infinito, creando elegantes movimientos que asemejaban una danza, cercándome en una isla. Pensé que quizás seguía en el desconocido mundo de las pesadillas, que de una que se vivía más como un recuerdo había pasado a otra igualmente aterradora donde mi habitación estaba siendo inundada por aguas oscuras. Miré de un lado a otro, sin saber cómo detener aquella pesadilla, cuando oí a Liki gritar:

—¡Mamá!

Su chillido surgía de un pavor desaforado, tan profundo e intenso que resonó en lo más íntimo de mi ser y me hizo saltar hacia el agua, sin importar los peligros que me pudiera encontrar en sus fondos. Al sentir el agua fría empapar mi cuerpo supe con claridad que ya no estaba soñando. Una ola se elevó cual mano imperiosa y me empujó de bruces de regreso a la cama, sin dejarme llegar hasta la puerta de mi habitación. Ahora, empapada, sobre mis sábanas, me quedé absolutamente perpleja. ¿Qué era eso? ¿Un hechizo? ¿Qué pretendía este agua, seguir llenando el espacio hasta ahogarme? Porque cada vez que miraba hacia abajo de la cama las olas estaban más y más arriba. ¿Le estaba sucediendo lo mismo a mi familia?

—¡Mamááááá! —volvió a gritar mi hermana, presa del pánico. Oh, por los siete infiernos. ¡Liki! Era una prisionera de algo que no comprendía, pero lo único que me importaba era calmar el miedo de mi hermana. Necesitaba llegar donde ella, decirle que todo iría bien, que esto no era nada más que una pesadilla. Pero no lo era, ¿cierto? Jamás había escuchado a Liki gritar con tanto miedo. Mi hermana, mi pequeña tormenta que no le temía al fuego, estaba gritando encerrada en su habitación, atacada por olas malditas, y yo no podía hacer absolutamente nada.

El agua seguía entrando, no sé de dónde, y ahora estaba justo en las orillas de la cama, amenazando con entrar. De pronto, mis manos se vieron mojadas y, por más que intenté tirarme al agua, acercarme a la puerta e ir a rescatar a mi hermana, una fuerza descomunal me siguió empujando de regreso a mis sábanas, ahora húmedas. El agua continuaba vertiéndose en mi habitación; las ventanas estaban cerradas, mis dientes comenzaron a castañear.

—¡Liki! ¡No te preocupes! —grité con todas mis fuerzas, pero mi voz pareció quedarse tan encerrada dentro de mis cuatro paredes, como mi cuerpo sobre la cama mojada. Pensar en mi hermana pequeña mojada y asustada hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. ¿Qué me estaba pasando? El agua se comió mi cama; quedé nadando en un mar infinito, acercándome cada vez más al techo y cada segundo más deprisa. Intenté gritar nuevamente, nadar hasta la puerta, pero estaba sellada y mi voz parecía no poder escapar de la habitación. Antes de que mi espacio quedara completamente hundido, respiré profundo y volví a rogar que se tratara de un sueño.

Los pulmones me ardían, anhelando oxígeno. Pataleé desesperadamente, pero de pronto sentí cómo una especie de algas me sujetaban las manos, abriéndome en una cruz humana, atándome a una estructura rígida a mis espaldas. Una vez que estuve inmóvil en contra de aquella pantalla de forma circular, me vi impulsada hacia adelante con tanta fuerza que temí que la acción me arrebatara la ropa.

Respiré profundo con lágrimas en los ojos. Nunca antes me había sentido tan agradecida de un simple respiro. Tosí y tosí, escupí saliva pensando que podía deshacerme de algo del agua que había tragado y luego miré dónde me encontraba.

Estaba atada a una enorme tabla de madera circular, con mis manos y piernas separadas. Bajo mis pies, la tabla se unía con un tronco robusto que la clavaba al piso. Es decir, me encontraba a varios metros sobre el suelo atada e inmóvil. Pero no estaba sola. A mi lado, en dos tablones iguales, todas mirando hacia el frente, se hallaban Gérard y luego Simone, más alejada a mí.

—¡Mamá! —grité con un pánico ajeno a mí, porque Estée Deveraux simplemente no conocía el miedo.

Pero fue Gérard quien me respondió.

—Tranquila, panqueque, todo va a estar bien.

¿Bien? ¿Dónde diablos estábamos? ¿Qué había sido esa agua? ¿Dónde estaba Liki? Miré a mi alrededor con el corazón acelerado, golpeando contra mi pecho como un tambor. Parecía una cueva, las paredes eran de piedra húmeda, y habríamos estado en oscuridad total de no haber sido por dos antorchas ubicadas frente a nosotros. Hubiésemos estado solos de no haber sido por Él. ¿Había estado siempre ahí? Mientras yo tosía e intentaba explicarme lo que acababa de suceder, ¿había estado observando sin hacer nada?

—Deveraux —dijo con su voz aterciopelada de siempre. Pero este no parecía mi Jefe, mi cómplice, quien respondía a todas mis preguntas y me explicaba el mundo y la vida. Este hombre se sentía lejos de mí, frío, como si fuese nuestro primer encuentro—. Debo decir que lamento verlos en esta circunstancia.

Levantó la mano para hacer callar a Simone, quien aparentemente había querido decir algo. Miré a papá, quien observaba a mi Jefe muy serio, con una rabia embotellada que me costó asociar al alma tranquila de Gérard. Simone tenía la cabeza gacha, pero sus respiraciones eran tan aceleradas que podía ver el movimiento de su pecho desde donde me encontraba.

—Cuando me enteré de que habían sido vistos, me dije: «Imposible. Simone Deveraux jamás sería tan estúpida como para ello». Pero, miren ustedes, el rumor era cierto —dijo sonriendo, mostrando los dientes afilados, que por primera vez me hicieron querer retroceder.

—No sucedió nada. Fue un accidente y me hice cargo de las consecuencias.

—Las verdaderas consecuencias pueden no haber sucedido aún, querida Simone —dijo él con una voz cargada de veneno, suavemente, como si se tratara de un elogio.

Era mi momento de intervenir. Esto no era culpa de Simone, era mía; yo había cometido el error.

—Jef... —empecé con una voz angustiada, que apenas reconocí como propia. Pero Gérard me cortó en seco.

—Guarda silencio, Estée. —Su mirada fue tan determinada y tan extraña de ver en el rostro de mi dulce papá que las palabras se me cortaron de golpe.

—No va a suceder nada —dijo Simone con seguridad.

La risa de mi Jefe retumbó por las murallas de piedra.

—Espero, por su bien, que sea así. Sin embargo, si ellos vienen, más les vale ganar.

¿Ellos? La piel se me erizó. ¿Quiénes podían venir? ¿Por qué vendrían por nosotros? Como estaba enmudecida, seguí mirando de Simone a mi Jefe como si se tratara de un partido deportivo. Simone mantuvo el silencio.

—Por el momento... —dijo con una voz que me congeló la sangre en las venas. Sabía que lo que fuera a pasar no sería bueno. Pero este era mi Jefe... a quien yo admiraba, ¿por qué me estaba provocando esta sensación de miedo?

—Tú sabes que no puedo dejarte ir así como así, después de un error semejante.

Gérard me leyó la mente, porque, apenas se me cruzó el pensamiento de querer intervenir diciendo que la responsable era yo, él me fulminó con la mirada.

No recuerdo bien qué sucedió después. Sé que la tabla se fue de espaldas y al hacerlo me hundió nuevamente en el agua negra. Y luego desperté de golpe en mi propia cama.

Me había atrevido a pensar que era imposible llegar a sentirme peor conmigo misma de lo que ya lo estaba haciendo. Me levanté rápido, pero un calambre me detuvo a medio camino. Ahogué un grito infantil de dolor. Tenía los brazos tullidos, una pierna dormida y un calambre en el costado izquierdo por haber dormido encorvada como un camarón por varias horas. Desconfiada, alcé el brazo con mucha más dificultad de la que me esperaba y la manilla se giró, abriendo la puerta con tal suavidad que nadie nunca me hubiese creído de haberle dicho que a medianoche estaba sellada contra la pared. Sobándome las extremidades para que volvieran a su estado natural y pudiesen nuevamente serme útiles, bajé las escaleras lo más rápido que pude, aún en mi pijama, sorprendida de que me recibiera un aroma a huevos revueltos. La cocina me pareció mucho más luminosa de lo normal, por lo que entrecerré los ojos sintiéndome débil.

—Panqueque, estaba por ir a despertarte.

Gérard. Estaba a solas en la cocina, vaciando el contenido de la sartén en un plato blanco hondo. Me dedicó una media sonrisa, intentando llenarla con su calidez de siempre, pero las bolsas bajo sus ojos y la tensión en las comisuras de los labios me indicaron que solo se trataba de un disfraz.

—¿Dónde está Liki? —pregunté, pues aún escuchaba sus gritos en mi mente.

—Fui a dejarla a la escuela y regresé para prepararte el desayuno. Tengo que irme pronto. Come. —Parecía que, desde el asesinato de la mujer, los que me rodeaban estaban más preocupados que nunca de que me alimentara correctamente. Primero Damián con su pasta y ahora Gérard.

Pero tenía razón. Mi cuerpo añoraba alimento. Comencé a comer los huevos acompañándolos de galletas saladas, sintiendo que nunca había probado semejante exquisitez.

—¿Liki estaba bien?

—No fue real —me dijo Gérard mientras me servía un vaso de jugo de naranja.

—¿Cómo? ¿Sus gritos? ¿El agua no entró también en su habitación?

Gérard meneó la cabeza.

—Nada de eso fue real. Ella durmió plácidamente toda la noche. No sabe nada de lo ocurrido y me gustaría que así se mantuviera.

—¿Y Simone? —De pronto los huevos ya no me sentaron bien. Gérard estaba junto al lavaplatos, mirando hacia fuera por la ventana, dándome la espalda. Su respiración profunda hizo que elevara los hombros en un gesto de resignación.

—Va a estar bien, panqueque. Volverá pronto. Lo único que importa es que Liki crea que fue a hacer un trabajo extra para el Jefe, ¿está claro?

Asentí.

—Perdóname, papá, lo siento tanto —dije con voz desconsolada. Algo se estaba quebrando en mi interior. Sentía una tristeza profunda por la muerte de la mujer y otra emoción igualmente paralizante respecto a mi madre.

—No, panqueque. Nada de perdón. Tu madre y yo coincidimos en que nada aquí es tu culpa —dijo Gérard acercándose a acariciarme el cabello.

—Pero yo detuve el hechizo, mamá se desconcentró por mí... —Estaba casi llorando. Demonios, ¿qué me pasaba?

—El verdadero problema es más grande que eso. Lo que pasó es consecuencia de algo mayor —explicó mi papá. Me sorbí las lágrimas que habían comenzado a resbalar por mi rostro sin esperar mis órdenes. No quería que Gérard las viera. La última vez que me había visto llorar fue de frustración absoluta, a los ocho años, cuando me prohibieron comprarme algunas sustancias químicas peligrosas que necesitaba para mis experimentos.

Él era la raíz de todo. La insatisfacción de mi madre, la muerte de la mujer, nuestras peleas como familia. Aunque también era el origen de mis sueños, de todo lo que había anhelado, de cada

característica magnífica que me hacía ser distinta al resto. Hubo algo en la mirada esquiva que me dio, en cómo abrió la boca y la volvió a cerrar como un pez sin pronunciar palabra, que me generó un pequeño escalofrío. ¿Podía ser que tuviese prohibido hablar? Pasaron los segundos y Gérard protegió el silencio, sin decir nada más. Entonces, le cuestioné otra cosa que me estaba rondando la cabeza y chocando con todas mis esquinas como un ratón envenenado.

—¿Es la primera vez que la castigan?

Pensé que quizás tampoco tendría permitido hablar de esto, pero Gérard se ajustó las gafas, pasó las manos por su cabello negro desordenado y respiró profundo.

—No, años antes de que nacieras tuvimos una misión complicada. Se trataba de un joven de dieciocho años, drogadicto y con muchas otras malas costumbres. Era un niño. Y se veía más joven todavía cuando lo encontramos durmiendo aquella noche. Tu mamá leyó el pergamino y se encontró con una historia muy triste: había visto durante toda su infancia a su padre golpear a su madre casi hasta la muerte. Le habían repetido un sinfín de veces que no valía nada y el estorbo que era, un niño al que dejaron solo porque el padre desapareció y la madre huyó de su propio dolor. Tu madre había llorado al leerlo, justo antes de salir de casa. Después, al verlo ahí plácidamente dormido, noté que le cayeron unas lágrimas y eso hizo que dudara por unos segundos si clavarle la daga. Solo unos pocos, diez quizás... Pude ver cómo su mente se debatía en si entregar aquella alma al Diablo o dejarla ser libre. Finalmente, la capturamos. Pero Él se enteró. Y entonces se la llevó por cuatro días.

Gérard estaba haciendo todo lo posible para que su voz no sonara dolorida. Y lo logró. No hubo gesto alguno en su rostro de piedra que diera a entender que el recuerdo le resultaba difícil. Ni un pestañeo de sobra, ni una vibración extraña en su voz ni un gesto nervioso con las manos, que tenía apoyadas sobre la mesa. Nadie jamás habría sospechado nada. Mi Jefe se la había llevado por cuatro días y punto. Supongo que habría sido tan fácil seguir así, creyéndome el cuento que le contaríamos a Liki; mamá solo había ido a hacer unos trabajos extra para Él. De pronto, me golpeó la triste noción de cuán fácil era no ver cosas que no deseábamos ver.

Pero esa mañana lo vi. Gérard se mantuvo impávido, pero no levantó su mirada transparente hacia mí.

—Pero él había cometido un crimen... —dije con una voz más débil de lo que había esperado. Era lo que había creído siempre: estaba bien capturar las almas, porque habían estropeado todo, habían pensado que podían alimentar la muerte, el odio, el engaño y muchas cosas más sin que nadie se percatara. Lo que me estaba doliendo ahora era la muerte innecesaria de una mujer inocente, no la de todos los demás que vinieron antes de ella, ¿cierto?

—Sí, pero es un tema moral complicado —contestó Gérard con voz suave—. Tu mamá y yo creemos que toda la maldad y los crímenes surgen de carencias, dolores y traumas, por lo que no podemos dejar de sentir tristeza frente a un castigo eterno. No podemos prescindir de esto, no

podemos simplemente quitarle la vida a alguien y entregar el alma sin, por lo menos, sentir algo de...

—¿Culpa?

—No exactamente.

—¿Compasión?

Gérard sonrió con orgullo, pero también con un poco de tristeza.

—Así es.

—¿Y eso era lo que querían ver en mí?

Digamos que nunca he sido una persona que se caracterice por ser compasiva. Gérard no me contestó, pero tampoco fue necesario que lo hiciera. Por eso Simone siempre había sufrido al verme disfrutar con lo que hacíamos, al querer independizarme, al tomarme todo esto como una oportunidad maravillosa. Porque aparentemente había estado actuando como un monstruo.

—¿Pero por qué no me lo dijeron? —Habría sido todo más fácil si mis padres me hubieran explicado la necesidad de cuidar mi humanidad en este trabajo delicado que nos correspondía hacer.

—Porque no es fácil enseñarte a hacer algo bien y que también entiendas que no debes disfrutarlo. Es un mensaje completamente opuesto, sin sentido. Queríamos que fuera algo que surgiera de ti. Siempre confiamos en ti.

Los huevos nunca me habían parecido tan poco apetitosos. La lluvia de dudas siguió invadiendo mi cabeza. ¿Entonces por qué Simone continuaba haciendo esto? ¿No teníamos opción? ¿Toda la ilusión de mi futuro exitoso se había ido al carajo?

—Me imagino que tienes muchas dudas, panqueque —dijo Gérard leyéndome la mente—. Pero cuando tu mamá regrese estará cansada y necesitará algunos días para reponerse, ¿está bien?

Algo en su voz, en su mirada, no sé qué, me hizo comprender de forma intuitiva que no podría hacerle todas mis preguntas a mamá. Ni ahora ni nunca. ¿Era entonces cierto que no podían hablarlo? ¿Que solo podían contarme ciertas cosas? Asentí con el estómago revuelto, a pesar de no haber comido casi nada.

Por los siete infiernos, ¿quiénes éramos? ¿Qué le estaba haciendo el Jefe a mi madre en estos momentos? Si Simone y Gérard se sienten moralmente implicados al capturar almas, ¿por qué siguen haciéndolo?

Porque no tienen opción.

La respuesta llegó a mí con la rapidez de un relámpago. Y nunca me había sentido tan tonta.

CAPÍTULO 21: GABRIEL

Me sorprendió encontrarme con mi mamá cuando bajé a tomar desayuno a las siete de la mañana. Normalmente, a esa hora mis padres aprovechaban para dormir, ya que durante la noche solían estar muy pendientes de sus pacientes. «La noche es cruel», me había dicho mamá cientos de veces, en ocasiones, al preguntarle por qué no podían regresar antes a casa.

Era como un hechizo, una verdad irrefutable. Por la noche era cuando muchas de las personas que cuidaban morían. Y ellos tenían que estar ahí acompañándolos, sosteniéndoles la mano, asegurándoles que todo estaría bien y luego consolando a las familias con el corazón roto.

Pero esta mañana me había topado con mamá tomando una enorme taza de café mirando al vacío. Fue tanta mi sorpresa que di un paso atrás. Ella se demoró unos segundos en notar mi presencia, tan ajena a la rutina exacta que yo seguía día a día. Claro que no tenía cómo saberlo, ya que nunca estaba presente. Me relacionaba más con las notas de mamá que con ella misma. «Dejé lasaña en el congelador», «Compré queso para tu desayuno»... Antes, a medida que yo crecía y mis padres pudieron ir recobrando su libertad para trabajar hasta altas horas de la madrugada, mamá me dejaba una sencilla anotación en el mesón de la cocina: «No nos esperes despierto».

Sin embargo, lo hice en muchas ocasiones. Luchaba contra mis párpados pesados con el solo deseo de escuchar los pasos de mis padres en la puerta de entrada. Pero nunca lo logré. Regresaban a las cuatro o las cinco de la mañana, demasiado tarde como para poder aguantar el sueño, demasiado temprano como para topármelos en el desayuno. En las pocas ocasiones que los veía para cenar, les contaba que la falta y los desórdenes de sueño estaban asociados al sobrepeso, el estrés y la depresión, pero ninguno de los dos hacía más que asentir desinteresadamente.

Pero aquí estaba mamá, junto a mí, bebiendo su café, con los pensamientos en cualquier otro lugar, como siempre, pero al menos podía estirar mi mano y rozarle el brazo.

—Buenos días, Gabo —me dijo con una sonrisa débil que ablandó sus facciones. Sus ojos brillaban intensamente. Estaba cansada, pero sus pensamientos parecían avanzar a kilómetros por hora, como desesperados por intentar resolver un puzle. Movía su pie en el suelo con la impaciencia de un hambriento, añorando la respuesta a alguna pregunta que la estaba carcomiendo.

Le respondí, puse dos panes en el tostador y me serví una taza de café. No me molesté en ofrecerle algo para comer; mamá se alimentaba de lo que le ofrecían en los hospitales, sin horario,

sin reglas. Olvidaba que tenía que comer. A veces me preguntaba si quizás mi mamá era el único ser viviente del mundo que no necesitaba comida para sobrevivir.

—¿Una noche larga?

Ahora que por fin la tenía aquí enfrente no sabía bien de qué hablarle. ¿De su trabajo? ¿Querría saber de mí, de la escuela, de mis asignaturas? Rara vez me hacían alguna pregunta directa.

—Sí. Han sido unos días realmente duros —respondió mientras tomaba un sorbo. Su mirada seguía perdida en el amanecer tras la ventana. «Pregúntame algo, mamá», rogué en silencio.

—¿Cómo va la escuela? —preguntó de pronto y explotó en mi rostro una sonrisa.

—Bien. Muy bien, de hecho. La gente es agradable, los profesores también. Tenemos que hacer un gran proyecto de historia durante el año y hay que entregar los temas hoy. Estuve pensándolo mucho, porque en realidad me hubiese gustado hacer un proyecto así en psicología, pero el director me dijo que no era posible, que debía ser en historia. Entonces hablé con el nuevo profesor de la asignatura, el señor Solís, y me dijo que no había razón por la cual no pudiera elegir un tema que combinara ambos, por lo que estoy entusiasmado, ¿sabes? Creo que será una investigación que disfrutaré mucho.

Mamá asintió, aunque sin mirarme. Intenté registrar un indicio de que había escuchado alguna palabra de las que había pronunciado, más allá de simplemente oír sonidos incomprensibles de su hijo. El cuerpo de mamá estaba ahí, pero sus pensamientos parecían estar a años luz. De pronto, tras tomar otro sorbo de su café, preguntó sin mirarme.

—¿Ya llegó el profesor Solís?

—Sí —le confirmé, sin detenerme a pensar en lo extraño de su pregunta.

Entonces, elegí otra táctica.

—Mamá, quería comentarte algo. Sobre Estée, ¿recuerdas lo que me pediste?

Sus ojos se posaron en mí como un depredador.

—Claro que sí, Gabo. ¿Pasó algo?

Tenía la total atención de mi madre y eso me alegraba. *Qué triste tu vida, Gabriel*. Sentí ganas de huir, de agarrar mis pocas pertenencias y de marcharme simplemente a recorrer el mundo. Porque la atención de mamá no se debía a que fuera un tema mío —no le podía importar menos mi proyecto de historia—, sino a que una persona podía necesitar su ayuda. Continué, ya que si Estée efectivamente necesitaba apoyo de mis padres jamás se lo negaría. Puede que no fuesen muy buenos padres, pero eran excelentes cuidadores. Temía que la razón por la que hubiese faltado a clase se debiera a que su familia no estaba lidiando bien con la muerte del abuelo.

—Ayer faltó a la escuela. Sé que eso no es nada tan significativo, pero me enteré de que en toda su vida jamás había faltado ni un solo día. Y como hace poco murió su abuelo...

—Lo recuerdo —dijo con una voz gélida, como si recordar ese momento le causara rabia.

—Entonces, he pensado que probablemente su familia necesite ayuda, consuelo.

Mamá sonrió. Se giró hacia mí, me apretó la mejilla y me dijo:

—Buen chico.

CAPÍTULO 22

Ellos. Una simple palabra que pareció dar la vuelta a mi mundo. Tras el desayuno con Gérard pedaleé hasta la escuela como si me fuera la vida en ello, como si al lograr alcanzar cierta velocidad pudiera dejar los últimos días en una dimensión paralela donde jamás hubieran ocurrido y permanecieran solamente como parte de una pesadilla que nunca alcancé a soñar.

Muchas de las palabras pronunciadas por mi Jefe me hacían pensar. Cuando me habló de que la materialidad es una ilusión, cuando se refirió a aquellas personas que cometen crímenes y siguen perpetuando el mismo comportamiento como un hámster en su rueda de ejercicio... Pero jamás había sentido el corazón estrangulado como lo sentía ahora, como si una mano gigante me lo estuviera apretando y no conociera las condiciones que cumplir para poder dejarlo libre una vez más.

Siempre fuimos invencibles. Hasta él mismo lo dijo, ¿cierto? ¿Pero lo había dicho en algún momento?

—Incapaces de enfermarse, de hacerse daño y de morir sin mi permiso. —Esas habían sido sus palabras una tarde en la biblioteca, mientras recorría los lomos de los libros con sus dedos larguísimos, alejando su rostro cadavérico de mí.

Nos encontrábamos bajo el alero y protección del mismísimo Diablo. Sin embargo, le había dicho a Simone que no podría protegernos en caso de que llegaran ellos. *Ellos*. ¿Quiénes podían ser más poderosos que el Diablo? ¿Por qué nunca Gérard ni Simone los mencionaron? ¿Quiénes eran? ¿Quiénes son? ¿Qué serían capaces de hacernos?

De pronto, mi sensación de volar se convirtió en algo literal. Mis manos soltaron el manubrio, mi cuerpo se elevó por lo alto y alcancé a divisar unos montones de libros guardados en cajas justo debajo de mí. Unas manos firmes me agarraron y gracias a ellas mi caída sobre las colecciones de libros fue menos vergonzosa de lo que podría haber sido.

—¡Perdón! ¡Perdóname! Todo es culpa mía, debería haber ordenado este montón de cosas mucho antes, ¿te encuentras bien?

Una voz avergonzada. Me quedé de piernas abiertas en el piso, con la mitad del cuerpo adentro de una enorme caja de cartón y el resto sobre el cemento. Gracias a que pude divisar mi bicicleta roja un poco más allá entendí lo que había sucedido: había chocado de frente con todas esas cajas repletas de libros apelotonadas sobre la acera. Ah, y alguien me había salvado. Ese alguien era un ratón de biblioteca. O al menos claramente cumplía con todas las características. Primero, los

libros. Montones de ellos. Un mar de ellos. Eran tantas cajas paradas unas al lado de las otras, unas sobre otras, unas bajo otras, que sentí que incluso podía haber más de los que guardábamos en la biblioteca de la mansión. Y luego estaba él. Prototipo ratón: lentes resbalándose por la nariz, ojos pequeños, un cabello negro azabache desordenado que daba a entender que la cabeza tenía demasiados libros por leer como para tomarse el tiempo con una peineta.

—Sí, estoy bien —respondí un poco aturdida mientras me ayudaba a ponerme de pie. Había estado pensando en algo muy importante, mi corazón aún pendía de un hilo, y aquí me encontraba yo teniendo que entablar conversación con un ratón de biblioteca que era mucho más alto de lo que me había esperado. Más bien parecía una jirafa de biblioteca.

—Todo es culpa de los de la mudanza. Si hubiesen llegado con los libros ayer, como me lo habían dicho, no llegaría tarde a la escuela ni hubiese causado este accidente...

Y entonces se aclaró la nube de confusión que no me había percatado que había surgido: era el nuevo profesor de historia. Bastante tiempo le había tomado ya a la dirección escolar reemplazar a la señora Borcas, cuya alma habíamos capturado. En un pueblo pequeño, todo el mundo conoce a todo el mundo; por ende, encontrarme frente a frente con un desconocido no era algo que sucediera a diario.

—Es el nuevo profesor de historia —dije constatando lo obvio.

—Zacharías Solís —dijo estirándome la mano, muy serio e inexpresivo. Se la tomé y le di un buen apretón. Llevaba un suéter azul marino lleno de esas pelotitas que aparecen en la ropa cuando ya está muy vieja, las manos en los bolsillos y se paraba como si estuviese incómodo dentro de su propio cuerpo.

Me disponía a agarrar mi bicicleta y seguir el camino hacia la escuela cuando noté uno de los libros metido en una de las cajas: *Los sesenta rostros del diablo: Análisis del mal desde distintas religiones*. Mi sangre se heló. Tenía tantas, tantas preguntas sobre alguien que había pensado conocer, pero que ahora tenía cautiva a mi madre impartiendo un castigo que ni siquiera era capaz de imaginarme. ¿Qué le haría el Diablo a Simone? ¿La forzaría a sentirse ahogada en esa misma agua negra que ahora sería por siempre parte de mis pesadillas? ¿La mantendría amarrada sin comer o beber agua? Si dejaba que mi mente diera rienda suelta a las infinitas y horrorosas posibilidades, no saldría nunca más de la mansión. Me habría puesto a chillar a todo pulmón ahí en la vereda, rodeada de cajas con libros viejos y un profesor pensando que me había vuelto loca.

—¿Te llama la atención este texto? —Zacharías Solís siguió mi mirada y agarró con una mano el libro que había capturado mi atención. Mi corazón se aceleró. Bajo ese libro había otro título que pareció gritar que lo mirara: *Dios v/s Satanás: La guerra infinita*.

¿Guerra? Por los siete infiernos, sentí que me iba a desmayar. Debí de ponerme muy, muy pálida, casi transparente, incluso más de lo que soy con el efecto óptico que generan mis ojos verdes contra mi pelo negro, porque Zacharías Solís me agarró de un hombro, preocupado.

—Parece que te diste un golpe después de todo. No te ves muy bien, ¿te gustaría una taza de té?

—dijo con seriedad.

Sí, una taza de té sonaba muy bien. No sé si lo dije en voz alta o tomó mi silencio como indicación para hacer algo al respecto, pero me guió hacia el interior de su casa y lo primero que me pregunté era si esto era apropiado. Después de todo, hacía solo unos meses habíamos capturado el alma de un profesor de matemáticas que hacía muchas más cosas que hablar de números con los estudiantes que llevaba a su casa. De todas formas, si Zacharías Solís tenía un corazón negro, había escogido muy mal a su próxima víctima.

Pero no. Zacharías Solís podía no tener gusto, estilo para vestir, un buen peluquero o volumen para su voz, que parecía salir de las catacumbas, pero era un buen tipo. Me sirvió café en un tazón azul grande que chorreó apenas lo posó en la mesa. El interior de su casa era un desastre: cajas por todos lados, ropa amontonada sobre los sillones, ampolletas sueltas sobre las mesas y colgando desde el techo como pidiendo ayuda... Algo en todo aquel desorden me hizo sentir que era el estado normal del hábitat de Zacharías Solís, no solo algo circunstancial por acabar de llegar al pueblo.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó sentándose a la mesa junto a mí. Había algo más en su voz, algo más que su volumen tan bajo. ¿Tedio? No, tampoco. De pronto, pensé que toda la energía de Zacharías Solís estaba cansada—. No me dijiste en qué curso estás —lanzó de pronto, sin expresar nada.

—Tercero —respondí mientras sorbía un poco de té hirviendo.

—Tercero. Entonces estás en mi curso para hacer el proyecto anual de historia. ¿Ya tienes tu tema? Les indiqué a los chicos que hoy tenían que entregarlo, pero no recuerdo haberte visto ayer.

Zacharías Solís no era un idiota. Y debo confesar que su nombre tenía cierto estilo y, por eso, en mi mente no paraba de repetirlo.

—No.

—¿Tienes alguna idea? ¿Algo que te interese? —dijo sacando algunos libros al azar de las cajas.

Sí. Necesito saber el pasado de mi familia. Necesito saber quiénes somos los Deveraux, por qué somos esclavos del Diablo y cómo puedo liberarnos.

Mi deseo fue genuino y floreció con rapidez. Hojeé algunos libros de religión mientras le explicaba que la verdad era que no había ningún tema que me interesara particularmente, porque estaba más que claro que no le podía decir la verdad. Me pareció bastante curioso que el catolicismo fuera de las religiones que más mencionaban al Diablo, a pesar de que nosotros nunca nos habíamos asociado a ninguna creencia. El Diablo, mi Jefe, este personaje al que yo había sentido que conocía tan bien hasta que decidió hacerle daño a mi madre, no pertenecía a ninguna religión, porque, claro, como pensé entonces, esas solo eran construcciones humanas. Mi Jefe, como tal, existía en libertad y capturaba cualquier alma que hubiese cometido un crimen, sin importar a qué religión fuese adepto. *«Ángel caído, aquel que tienta a las personas a caer por el*

mal camino...». Leí ciertos pasajes rápidos en los libros, pero nada se asemejaba a lo que yo conocía. Mi Jefe jamás había tentado a nadie. Simplemente se sentaba a esperar a que alguien matara, engañara, mintiera, fuera violento, codicioso o embustero, y Damián y otros de sus ayudantes le avisaban. Luego, era el turno de los Deveraux.

Una vez que terminé el té me despedí de Zacharías Solís, le aseguré que pensaría en mi tema y dejé que me acompañara hasta el exterior para volver a montarme en mi bicicleta.

—No me dijiste tu nombre —afirmó mientras sostenía su mano esperando a que se la estrechara. Y lo hice.

—Estée Deveraux.

El apretón se volvió más fuerte. Pero fue tan rápido y tan sutil que para cualquier ser humano normal habría sido imperceptible.

Seguí pedaleando con el agujero en el estómago intensificándose. ¿Estaríamos nosotros en algún libro de historia? Esa era mi verdadera pregunta. No el Diablo. Nosotros. Los Deveraux, los que le hacemos el trabajo sucio. ¿Estaría nuestra historia escrita en alguna parte? ¿Alguna explicación sobre quiénes eran *ellos* y por qué mi Jefe no podría protegernos?

Si hubiese estado prestando más atención a mi apestoso entorno escolar en vez de ir embriagada con mis pensamientos y mirando hacia el piso, le habría roto la nariz en un solo movimiento. Pero como me pilló desprevenida, no capté que me había agarrado de los brazos y guiado hacia una sala vacía con un solo movimiento ligero y rápido, hasta que me vi en su interior.

—¿Estás bien? —preguntó con voz preocupada y sus enormes ojos azules más abiertos de lo que jamás le había visto. Fue entonces cuando conecté mi cable a tierra y la rabia me hirvió la piel.

—¿Qué demonios te pasa? —le grité quitando bruscamente sus manos, que todavía descansaban sobre mis brazos. Gabriel las levantó en el aire como si yo fuera un policía y él el criminal capturado con las manos en la masa, con los ojos llenos de culpa. Me pareció como un niño reprendido por su madre y me entraron ganas de reír. ¿Cómo era posible que esa pulga me hubiese tomado por sorpresa? Realmente me estaba afectando todo lo que había sucedido desde esa noche fatídica.

—Solo quería saber si estabas bien —dijo con voz de cordero a punto de ser degollado.

La pulga era de no creer. No le bastaba con arruinarme los almuerzos o regalarme tapones para los oídos que nadie le pidió, sino que tenía que venir a torturarme en la que probablemente era la peor semana de mi vida, preguntándome si estaba bien. ¡Por supuesto que no estoy bien, Gastón, púdrete!

—¿A qué te refieres con que si estoy bien? —Si las personas pudiesen convertirse en volcanes y quemar a otros con sus llamas furiosas, yo me habría transformado en ese preciso instante. Gabriel me miró con algo incluso peor que miedo: comprensión.

—Bueno, sé que has tenido una semana difícil. El cumpleaños es para mucha gente una fecha

sensible y más encima con la muerte de tu abuelo...

¿Mi abuelo? ¿Qué abuelo? De pronto, sentí que había entrado en una dimensión desconocida. Tuve una repentina imagen mental de los padres de Simone, los Deveraux, a quienes solo conocí a través de fotos, porque habían muerto antes de que yo naciera. ¿Y los de Gérard? También murieron. ¿También? De pronto, el negro pensamiento de no haber conocido a ningún abuelo me deprimió. Definitivamente, era la peor semana de mi vida. Entonces, recordé que aquella era la mentira que le di a Milena para evadir la invitación a su fiesta y estallé en carcajadas un tanto histéricas. Gabriel me miró como si estuviese genuinamente preocupado por mi salud mental.

—Mi abuelo no está muerto.

—Pero dijiste que...

—O sea, sí lo está.

—Entonces no entiendo.

Suspiré profundo. No podía creer la conversación estúpida que tenía que estar llevando a cabo cuando tenía temas bastante más importantes de los que hacerme cargo.

—Murió antes de que pudiera conocerlo.

Los ojos azules de Gabriel se tornaron grisáceos con la confusión. Su mechón se le fue al rostro y se lo quitó de un solo movimiento perfecto.

—Lo inventaste —dijo de pronto, mientras sus ridículas ampollitas mentales se prendían como fuegos artificiales. ¿Ridículo, cierto? Comencé a aplaudir lentamente, cosa que a Gabriel no le cayó muy bien, porque puso expresión de haber mordido un limón. Pero luego sonrió de oreja a oreja y empezó a reír poco a poco, como una hiena atorada—. ¡No puedo creer que hayas hecho eso! ¡Y bromear con la muerte de tu abuelo! —Cortó la risa bruscamente y me apuntó con el dedo—: Eso es cruel —dijo.

No lo contrarié. Tenía razón. Como ahora tenía que conectarme con mi compasión, respiré bien profundo e intenté no cortarle la cabeza. Figurativamente.

—¿Terminamos?

La pulga asintió, todavía con la mirada confundida por la mentira que había osado decirle. Por los siete infiernos, las cosas que tenía que soportar.

Resultó que Zacharías Solís era un buen profesor de Historia. A pesar de su voz somnifera, la clase realmente parecía prestar atención. Es más, en la hora y media de clases que tuve con él, yo lo escuché un total de veinticinco minutos, lo que de por sí es todo un récord. Gabriel se había sentado dos puestos más allá, en mi misma última fila, como siempre, pero gracias a los siete infiernos que decidió no molestarme más. Había algo que me incomodaba mucho en su preocupación por mí. Parte de mi consciencia creía que se debía al hecho de que nadie nunca se había preocupado por mí fuera de mi familia, pero otra parte simplemente me generaba ruido.

Apenas sonó el timbre me acerqué al escritorio del profesor para hablarle sobre mi tema para el proyecto. Me crucé en el camino con Milena, que para variar se dirigía hacia Gabriel.

—Señor Solís... —empecé, pero levantó una mano provocando una pausa en mi discurso.

—Puedes llamarme Zacharías, por favor. No me gustan esas formalidades antiguas. ¿En qué te puedo ayudar, Estée?

—Bueno, estuve pensando en mi tema para el proyecto...

—¿Ya lo tienes? Cuéntame.

—No lo tengo tan claro, pero creo que me interesa algo sobre el mal... la historia del mal y las construcciones sociales de lo malvado y lo incorrecto a través de los siglos, quizás.

Zacharías Solís asentía con pasión mientras yo le hablaba, tanto que por un minuto dudé de mis palabras y pensé que le estaba presentando nuevos datos arqueológicos sobre el origen del hombre.

—Interesante, ¿pero qué pasaría si también agregas lo bueno? La lucha entre el bien y el mal a través de los siglos, reflejados principalmente en la superstición y la religión. Después de todo, una idea no se sostiene por sí sola, siempre tiene que estar lo contrario. Y en este caso es muy interesante, porque es muy extremo.

El bien y el mal. Tan extremo, tan absoluto.

—Eh...

—Me parece estupendo —dijo muy serio mientras anotaba mi nombre y mi tema en una hoja oficial que él mismo había creado—. Lo único que faltaría entonces es tu compañero.

Sonreí levemente y llené los pulmones de aire para entregarle mi discurso a prueba de balas: la escuela siempre me había permitido hacer mis trabajos por mí sola, porque era una excelente estudiante y, como tal, rendía mucho mejor a mi propio ritmo. Todo eso, sumado a un tono sutilmente amenazante y una sonrisa ligeramente malévola, siempre funcionaba.

—Eso ya está arreglado —dijo una voz liviana a mis espaldas. La pulga.

Me giré a tiempo para ver a Milena salir del aula arreglándose la mochila al hombro y echándome una mirada rabiosa que no alcanzaba a ser odio, probablemente porque le daba demasiado miedo. Vi cómo Gabriel le pasaba su papel oficial a Zacharías.

—Perfecto —dijo el profesor sin un ápice de emoción. Sentí que mi sangre iba a explotar.

—No, espere, no... —Las palabras me fallaron. Gabriel me sonrió con suficiencia.

—Estée —dijo Zacharías, muy serio de pronto—, es requisito de la escuela que este proyecto se haga en pareja. Es necesario que ambos se apoyen en el estudio y hagan la presentación final en conjunto; así profundizan sus conocimientos y están mejor preparados para los exámenes de ingreso a la universidad.

Gabriel estaba asintiendo muy serio, pero sabía que de haber podido me habría apuntado y dicho «¡ja!», como el peor de los ganadores. O habría sonreído con suficiencia, como si ganar fuera pan de cada día para él, aunque probablemente sí lo fuera. No lo sabía y no me importaba, pues un profesor me estaba diciendo claramente que no. A mí, a Estée Deveraux. Definitivamente, el mundo se había puesto patas arriba.

No recordaba la última vez que un profesor me había negado algo. Desde preescolar, todos sabían perfectamente, casi de forma intuitiva, que Estée Deveraux podía tener todo lo que deseaba. Pero parece que a Zacharías Solís no le llegó aquella voz interior que les susurraba a todos: «Mmmm, esta chica no se ve de fiar. La verdad es que hasta me da un poco de miedo, ¿por qué simplemente no le das el gusto y ya está?». Quizás su compás de supervivencia se había roto.

Tal vez a Zacharías Solís podría quemarle un par de libros con ayuda de Liki... Definitivamente, eso le haría reconsiderar esto de que el proyecto debe ser en pareja. También entendería de forma rápida y efectiva que no le conviene molestarme ni hacerme enojar. Sin embargo, no sé lo que fue: la irritante presencia de la pulga rubia, el *shock* de que un profesor me negara algo, el leve grado de vergüenza que había sentido al caer sobre sus libros en la mañana, la angustia absoluta que sentía sobre el paradero de mi madre..., pero no discutí ni ideé ningún plan para quemarle, ahogarle o destruir sus libros. Además, son objetos demasiado preciados a mi parecer como para hacerles daño. Suspiré profundo, dejé escapar un ruido de indignación y resignación y me fui de ese aula sintiendo cómo sus cuatro ojos me quemaban la nuca con satisfacción.

CAPÍTULO 23

Solo tenía que cerrar los ojos y concentrarse. Pero hacía varias semanas que Damián no visitaba a Pascale y eso lo ponía nervioso. Quizás ya no lo hacía con tanta regularidad, pero era solo porque no tenía buenas noticias que darle. Y Pascale parecía hundirse cada vez más con el paso de los siglos; era como si la tierra se la estuviese tragando, comiéndose la diminuta energía clara que le quedaba y envenenándola de negro. Su hermosa Pascale. En su mente, ella jamás dejaría de ser aquella joven brillante que irradiaba luz dondequiera que fuese, que solía hallarse encerrada en la casa de su madre, Carassa, preparando medicinas de hierbas y oliendo a humedad, que le robaba besos en sus paseos por los prados, prometiéndole una vida feliz en conjunto...

Todo eso se había hecho trizas. Pero seguía ahí, en algún lado, existiendo en sus energías propias. Y por eso Damián no podía dejar de creer que algún día podrían vivir ese sueño que tan felices les había hecho sentir. Cerró los ojos y se concentró en ella. El bosque oscuro a su alrededor se disolvió en una vorágine de colores y, de pronto, apareció en una prisión oscura y antigua, con ratas corriendo a su lado, ni siquiera molestándose en esconderse. Se detuvo frente a la celda de Pascale y sacó las llaves de su bolsillo; ella prefería no saltarse ese paso, a pesar de que realmente no era prisionera, al menos no en un lugar físico, pues era su alma la que estaba maldita. La puerta chirrió al abrirse y la tenue luz de las antorchas invadió la oscuridad, iluminando una figura sentada en el suelo, con las rodillas apretadas contra sí y la cabeza entre las piernas.

Damián se hincó a su lado.

—Mi princesa —le dijo con dulzura y le acercó la mano al cabello grasiento. Pascale lo miró, frunció el ceño y apretó los labios. Los ojos verdes de los Deveraux estaban cubiertos de telas de araña. Las arrugas creaban surcos en su rostro, como caminos que no llegaban a ninguna parte y, junto al pelo gris enmarañado, buscaban ser la definición precisa de la depresión y la locura. Las palabras de su Jefe resonaron en sus oídos: «Son ellos mismos los que crean sus prisiones, Damián».

Al ordenar su cabello y ponerle un mechón tras la oreja, como tantas veces había hecho desde el año en que se conocieron, sus ojos verdes se iluminaron una vez y la rueda del tiempo se invirtió, llevándose las canas y tensando la piel, dejando a la chica de diecisiete años nuevamente frente a él. Y, con ella, su descaro.

—¿Qué quieres, Damián? —dijo con su voz cristalina. Era el saludo que habían comenzado a

compartir desde que la vida de ambos se vio maldita para siempre.

Damián suspiró profundo, sintiendo el corazón rebosante de cariño y angustia en igual medida. Cuántas veces le había fallado y cuánto quería poder enmendar sus errores.

—¿Cómo has estado, princesa?

En el rostro de Pascale se dibujó una sonrisa desganada.

—Maldita —respondió, y a él le recorrió el cuerpo un escalofrío. Pero se armó de valor y logró que su voz sonara firme en aquel espacio infinito de cuatro paredes.

—Creo que lo encontré, princesa.

Pascale se puso de pie y creó la máxima distancia que pudo entre ella y Damián; dos cuerpos, potentes energías que en realidad no se encontraban en el campo físico.

—¿Qué estás haciendo, Damián?

Su voz sonó un poco más asustada que enojada, cosa que le tomó por completa sorpresa. Estaba acostumbrado a su odio contra él, una furia que no había hecho más que fermentar desde esa fatídica noche en que ambos habían perdido su alma ante el Diablo.

—Ayudándote, mi princesa.

Y entonces la rabia se encendió como la rapidez de una llama indiferente sobre un pastizal abandonado.

—No trates de ayudarme, Damián.

Cada palabra salió de su boca con la pesadez de una piedra, abriéndose paso entre los dientes apretados, conteniendo la dureza que se había fortalecido tras siglos de golpes. Damián dio un paso atrás.

Le era tan fácil recordar las tardes que pasaban juntos en los prados a los alrededores del pueblo de Arrás, en Francia. A su padre, el panadero del pueblo, no le gustaba que huyera de sus responsabilidades y gastara el tiempo en cualquier otro lugar que no fuera en el negocio, que sería suyo con el pasar de los años. Pero Damián odiaba el pan. Odiaba el calor de la panadería, el olor a harina y los delantales empolvados. Era un mundo nebuloso del que no quería ser parte. Pero cuando osó decírselo a su padre este estalló como una represa destruida exigiéndole saber, entonces, qué diablos quería hacer con su vida.

—No lo tengo claro, *père* —le había dicho él con voz débil, odiando cuán pequeña sonaba su convicción, a pesar de sentir una emoción tan fuerte en su interior. Era posible que no supiese con certeza qué era lo que quería, pero sí sabía sin atisbos de duda qué era lo que no deseaba: esa maldita panadería. Su descaro le valió tantos latigazos de parte de su padre que apenas pudo moverse por un mes. Gracias a los ungüentos de Carassa, la *maman* de Pascale, su piel regresó lo más posible a la normalidad, dejando cicatrices que solían punzarle en los momentos más inesperados.

Sus padres no sabían de su amor por Pascale. Nadie lo sabía. Eran cuidadosos en reunirse y jamás se dejaban ver en público. Vivían su amor en la quietud del bosque, llenándolo de risas y

besos esquivos, creciendo con la fortaleza de una mala hiedra. Carassa lo sabía, por supuesto. Damián visitó la pequeña casa de las Deveraux, perdida en el medio del bosque, siempre invadida de un olor a humedad producto de los remedios caseros que preparaba Carassa para las más comunes y extrañas enfermedades, más veces de las que era capaz de contar. Quizás su mayor anhelo era pertenecer a esa familia, ser parte de un núcleo donde no era juzgado ni se le implantaban expectativas ajenas. Pascale era absolutamente libre, y eso era lo que más amaba de ella.

Pero luego tuvo que llegar el mundo y su maldad y destruirlo todo.

—Pareces un niño persiguiendo fantasmas, eres patético —le escupió Pascale, y Damián agachó la cabeza, avergonzado—. No hay nada que puedas hacer, ¿no lo entiendes? ¿Es que todavía no lo ves?

Damián mantuvo la cabeza gacha y el corazón de Pascale pareció ablandarse levemente.

—¿Sabes cómo me sentí cuando morí? —preguntó de pronto.

Damián lo imaginaba; después de todo, había estado ahí a su lado, mientras ella yacía en su cama, ambos plenamente conscientes de lo que venía. Solo tenía treinta y cinco años, pero ya era la hora.

—De pronto, cerré los ojos y abandoné mi cuerpo. Así de rápido, en un pestañeo, en un miserable respiro. Era momento de que Lucy y su marido siguieran con el trabajo; ya no había necesidad de mí ni de Patrick. En un segundo dejé de existir. Y aparecí en ese prado maldito, ese lugar que está embrujado por mi culpa, por culpa de mi alma. ¿Sabes cómo se siente, Damián, saber en el fondo de tu alma que eres una energía infinita, capaz de todo, con una capacidad inconmensurable de amor y de paz, pero no...? —Su voz se quebró con la delicadeza de una fractura de porcelana. Y de pronto ya no se encontraban en la cárcel húmeda de cuatro paredes, sino que aparecieron en un prado abierto en las afueras de Arrás, con una lluvia torrencial sobre sus cabezas. El agua no les mojaba los cuerpos, sin embargo, ya que ninguno de los dos se encontraba en forma física.

Damián, que la había estado mirando tan atento, sintiendo cada partícula de su dolor y sabiendo, como siempre había sabido, que daría lo que fuera por liberarla de su sufrimiento, incluso si significaba que tuviese que enfrentar las llamas más terribles del infierno, se quedó quieto.

—¿Pero no poder serlo? ¿Ser algo y ser incapaz de serlo? ¿Poder saborear la libertad, pero no poder tenerla? Es como cuando los humanos se mienten a sí mismos, intentando convencerse de que son otra cosa, de que les gusta otra cosa, encerrados por opción propia...

—Tú no estás aquí por opción propia, princesa —la interrumpió él con cautela, plenamente consciente de que había que pisar con cuidado, como si se tratara de un animal peligroso. Pascale nunca había vuelto a ser la misma tras esa noche.

—¿No lo estoy? ¿Acaso no fui yo quien le entregó mi alma al Diablo por la eternidad?

—Sí, pero...

—No hay peros. Eso es lo que intento decirte, Damián. Este es mi castigo por haber sido lo suficientemente arrogante como para creer que podía engañar a la muerte. Déjame con él, no necesito salvación y menos cuando se trata de tus patéticos intentos de hacer que los Deveraux destruyan a sus enemigos.

Damián abrió la boca para defenderse, para presentarle la radical idea que había tenido hacía poco tiempo, confesarle todo lo que estaba haciendo para liberar su alma de este encierro de una vez por todas. Pero calló. Pascale no estaba de humor.

Regresaron a la lúgubre celda de paredes de piedra, donde Pascale se sentó atrayendo las rodillas hacia sí, suspirando con un cansancio de tal envergadura que a Damián le pesó el corazón inmóvil. Se concentró e hizo que le latiera un poco, solo para sentirse vivo y recordar los momentos más maravillosos de su vida: el verano en que se enamoró de Pascale. El cabello rubio de su amada se tornó nuevamente canoso, su rostro se fue llenando de surcos, como si alguien en el infinito hubiese adelantado el tiempo y lanzó otro suspiro adolorido.

Damián cerró la puerta con llave.

Recordó la noche en que perdió la vida para convertirse en un demonio. Cuando le entregó su alma al Diablo con la intención de así poder ayudar y estar con ella para siempre. Pero cuando llegó junto a Pascale a contarle la noticia, a ella ya le habían roto el corazón en un millón de pedazos. Su Pascale ya no era ella misma. Parecía una sombra de la chica que había amado. Estaba distante y arisca y, cuando le contó orgulloso lo que había hecho por ella, le sostuvo la mirada con furia. Y Damián tuvo que dar un paso atrás sin pensarlo, ya que sus ojos se habían tornado de un macabro color burdeo.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido, Damián?

Su pregunta le heló la sangre. Toda la dulzura y picardía que asociaba a su Pascale parecían haberse disuelto en el viento.

—Con la muerte no se juega. No puedo creer lo que acabas de hacer, eres un estúpido, no puedo ni mirarte. No quiero volver a verte nunca más.

Una daga en el corazón que ya no le latía. Había dado su vida por ella y ella no deseaba volver a verlo. Pascale, con sus ojos aún burdeos y un rostro que parecía cada vez más cadavérico con las sombras de la noche, se dio media vuelta y se fue. Damián se quedó entonces perdido en la noche, sintiendo un cuerpo que ya no estaba vivo, un espacio infinito entre donde estaba y quería estar, unos pensamientos confusos y las emociones disparadas... Pensaba en Pascale, aparecía frente a su casa. Pensaba en el Diablo, aparecía en el prado maldito. Que alguien detuviera esa locura, por favor.

De pronto, apareció frente a la panadería de sus padres y dejó que sus emociones estallaran. De paso descubrió que ahora era capaz de prenderle fuego a un edificio entero con solo la convicción de querer hacerlo.

CAPÍTULO 24

Me refugié en la biblioteca, porque era el único lugar donde me sentía a salvo. Mis pensamientos me ahogaban, uno arriba del otro, provocándome una ansiedad que nunca había experimentado. No sabía si comenzar buscando información sobre los Deveraux en los libros de historia o leer lo que me faltaba de los diarios de Pascale, que hasta el momento me habían ayudado tanto como una miserable súplica el segundo antes de que Simone clave la daga en un corazón.

Simone. No paraba de pensar en ella y en lo que estaría sufriendo en aquel momento por mi culpa. Me escondí en mi mesa de siempre, la más arrinconada y lejos de todas las miradas ajenas, y saqué el último diario de mi antepasada. Lo único que había logrado comprender hasta el momento era que la mamá de Pascale, Carassa, era una curandera y que, por culpa de su trabajo y su actitud, que aparentemente era muy avanzada para su época, la juzgaron por ser bruja. Tampoco ayudaba el hecho de que Pascale fuese ilegítima, hija de un viajero que pasó solo semanas en el pueblo y al que todos prefirieron olvidar, convenciéndose de que se trataba del mismísimo Diablo.

Puras estupideces medievales, por supuesto. Pero por supuesto que Pascale Deveraux no lo tomó bien. Su madre había sido sentenciada a pena de muerte y no había nada que pudiese hacer por ella. Damián intentó convencerla de huir del pueblo, ya que lo más probable es que después vinieran por ella también, pero estaba convencida de que podía salvar aún a su madre. Acusó a Damián de traicionero y cobarde y lo espantó con sus palabras hirientes antes de internarse en el bosque para buscar una planta en particular. Al parecer, pretendía envenenar al pueblo entero.

La lluvia torrencial escurría la sangre que había comenzado a emanar de mis palmas cerradas. *Maman* siempre me había advertido que al cortar las plantas había que tener cuidado, tal como si tratáramos a un pajarito con el ala herida. Claramente, varias espinas me habían cortado la piel mientras quitaba las belladonas del suelo, pero no me importaba. Muy pronto, todos pagarían el precio de involucrarse con los Deveraux, de creerse dueños de la justicia y entregar un castigo cruel. Me aseguraría de eso. Les empujaría la belladona por la garganta si llegaba a ser necesario; los mataría a todos.

Incluso iría más allá de eso: se la administraría a todos los pueblerinos ignorantes que iban a ir a presenciar su ejecución como si fuera una forma de entretenimiento. Miré al cielo y dejé que las gotas se llevaran mis lágrimas enfurecidas. Ni la lluvia podría detener lo que sucedería. Quizás no habría fuego, pero sí una soga al cuello. Y, de pronto, explotó en mi boca:

—¿Dónde estás?! ¡Si *maman* hace tratos contigo, lo menos que puedes hacer es mostrar tu cara!

Porque eso habían dicho, ¿no? Que *maman* hablaba con el Diablo y se revolcaba con él.

—¡Muestra tu cara, demonio! ¿Dónde estás cuando todo el mundo está hablando de ti? —La rabia me estaba envenenando, podía sentir el sabor amargo en la garganta, ¿o era acaso que quizás había presionado mucho la belladona entre mis dedos? ¿Me había envenenado a mí misma? La lluvia caía torrencialmente sobre mi cuerpo, como si quisiese callarme o apaciguarme el dolor, no estoy segura de cuál.

De pronto, ya no hubo lluvia. O, más bien, no hubo lluvia sobre mi cuerpo. Podía ver cómo la tormenta seguía rugiendo a pocos metros de mí, pero en mi espacio personal, hasta varios pasos más adelante, el agua había dejado de caer. Estaba rodeada de una cúpula invisible donde el sonido también había disminuido su estruendo. Me llenó una inesperada sensación de paz y calidez, como si poco a poco el sueño comenzara a invadirme.

Y entonces lo vi.

Frente a mí. Una figura delgada como un palillo, alta como el árbol más anciano, con unos ojos rojos que podía ver a la perfección a pesar de la oscuridad que nos envolvía, llevando una extraña vestimenta negra apretada al cuerpo.

—Tú —le dije, porque ni por un segundo dudé que se trataba del Diablo.

Me miró con curiosidad, como si fuera un venado asustado que se acababa de encontrar en el bosque.

—No sé qué piensas exactamente que soy, Pascale, pero, sea lo que sea, probablemente tengas razón —dijo mi nombre como si estuviera descubriendo un sabor nuevo. No pude interpretar si le parecía dulce o amargo. El sabor de mi boca, en cambio, era agrio como la leche mala.

—Sálvala. Se lo debes. —El Diablo hizo una mueca de sorpresa, claramente ajeno a la noción de estar en deuda con alguien. Como no respondió, apreté los puños ensangrentados y probé otra táctica—. Haré lo que sea.

—Aparentemente, Pascale. Supongo que esas hierbas tan venenosas que llevas en tus manos no son para tu cena.

—Los mataré a todos —logré balbucear entre lágrimas de rabia.

¿Qué sentido tenía esconder la verdad? Lo más probable es que esta esbelta figura cuyos ojos rojos parecían penetrarme hasta el alma se regocijara ante la noticia. ¿Era lo que Satanás quería, cierto? Muerte y sufrimiento.

—Matarlos no la salvará a ella —afirmó.

La cruda verdad. Tan sencilla y tan dolorosa. No había nada lo suficientemente rápido que pudiera hacer que evitara que llevaran a *maman* a la plaza y le pusieran una soga al cuello. Pensé que la lluvia quizás aplazaría los planes, pero, a falta de fuego, la opción era la horca. No había nada lo suficientemente rápido que pudiera hacer. A menos que...

—Haré lo que sea si la salvas.

El Diablo me penetró con la mirada y sonrió levemente, acariciándose el mentón.

—No sé si entiendes lo que eso implica.

—No me importa.

—Por el resto de la eternidad, Pascale. Me pertenecerás por el resto de la eternidad.

Dudé por un segundo. Las palabras de *maman* y de Damián resonaban en mi mente, impulsándome a irme del pueblo, a comenzar una nueva vida.

—¿Puedes salvarla?

—Por supuesto que puedo.

—Entonces acepto. Soy tuya.

—Tú y tus hijos, por el resto de la eternidad —dijo apuntándome, como si estuviese hechizándome. No tenía hijos, qué más daba. Acepté. No sé bien qué sucedió después. Solo sentí como si una fuerza indestructible se elevara desde el suelo petrificándome por completo. No podía moverme ni podía respirar. Perdí toda noción de mí misma, de mi cuerpo y de mis pensamientos. Por unos breves segundos vi cómo cadenas me tenían

amarradas por doquier, plasmándome contra el piso y, aunque después desaparecieron, pude sentir su peso muchas horas después.

El Diablo desapareció. Cuando desperté, mi cuerpo seguía pesado, pero ya no había rastros de las cadenas que me habían aprisionado. Corrí a casa y me atoré de sorpresa al ver a *maman* ahí. Libre. Viva, sentada junto al fuego con la mirada inundada de miedo. De pronto, elevó sus ojos hacia mí y se puso de pie como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué hiciste, mi niña? —me preguntó con voz temblorosa.

—¿A qué te refieres? —Estaba viva, estaba a salvo, estaba aquí. ¿Por qué entonces se veía tan asustada?

—Tus ojos...

Él estaba ahí. Apareció por mi espalda.

—Ya tuve una larga charla con tu madre —dijo, y todos los pelos de mi cuerpo se pusieron en punta—. Tu primera misión, Pascale —pronunció de forma lenta, aparentemente ya familiarizado con mi nombre. Una daga y un cofre aparecieron de pronto en mis manos. Mi mente confundida pidió ayuda a gritos a *maman*. La miré, lágrimas silenciosas resbalaban por sus mejillas.

—No entiendo —dije. *Maman* se acercó a mí con un gesto que apenas reconocí.

—¿Cómo pudiste hacer eso?

No entendía lo que estaba diciendo. Ella estaba viva, ¡le había salvado la vida!

—Te salvé la vida, *maman* —le dije con un pequeño atisbo de rabia en mi entonación.

—Tus ojos... —repitió como si no me reconociera.

—Estás a salvo, *maman*. Vámonos de este pueblo maldito, empecemos de nuevo.

—Es imposible, ¿no lo ves? Con la muerte no se juega. No puedo creer lo que acabas de hacer, no soy capaz de mirarte.

Sus palabras me hirieron casi con la misma intensidad que cuando escuché su sentencia a muerte.

—Pero, *maman*...

—Tú ahora le perteneces a Él.

Asco, decepción, furia. Todas las emociones que jamás pensé que *maman* pudiera llegar a sentir por mí, especialmente después de salvarle la vida. Sentí cómo el Diablo ponía su mano gélida sobre mi hombro, pero poco después una sensación de sueño pesado comenzó a invadirme el cuerpo entero.

—Debiste haberme dejado morir —dijo *maman* con lágrimas en los ojos. El Diablo abrió un pergamino frente a mí, uno que llevaba en letras rojas un nombre que jamás podría olvidar, un nombre que también era parte de mí: Carassa Deveraux.

—Ella no ha hecho nada mal. Dijiste que la salvarías —fui rápida en decir.

—Y lo hice. La salvé de esos humanos ignorantes. No puedo salvarla de mí mismo, no después de nuestro trato.

Mi mundo se desplomó. Grité. Lloré, intenté golpearlo, pero cada vez que me acercaba a él no encontraba más que sombras. *Maman* lloraba en silencio. De pronto, se puso de pie, caminó hacia mí y me tomó la mejilla con cariño.

—Mi niña. Te quiero, pero yo te enseñé mejor que esto. Debiste haberme dejado morir. —Y se clavó la daga directamente en el corazón. Vi cómo su alma, su energía, su todo se elevaba como una mancha de plata por los aires y se guardaba en el cofre, que se selló de golpe. Su cuerpo se desplomó en el piso como una muñeca de trapo.

Creí que mis sollozos serían capaces de despertar a los muertos.

Por los siete infiernos. ¿Cómo pude pensar alguna vez que mi Jefe era un alma benevolente? Pascale tuvo que matar a su madre... Estaba transpirando helado. No, no era posible, los Deveraux no sudamos. Sentía que desde el accidente todos mis poderes estaban disminuidos; estaba más débil, con más cansancio, y de la nada me venían sudoraciones extrañas y dolores de cabeza. Por todos los demonios, realmente apesta ser humana.

No podía intentar comprender el dolor que debió de haber sentido Pascale. Primero por el miedo de perder a su madre, luego por salvarla solo para volver a condenarla. Mi mente parecía un plato de espaguetis. ¿Por qué Damián había querido que leyera esto? Se suponía que ambos estábamos emocionados por nuestro futuro juntos, ¿o no? Porque esta lectura era en serio deprimente.

Ahora me encuentro en un castillo de piedra vacío, el que Él dice que es mi nuevo hogar, y estoy segura de que las almas de las cinco personas que ya he capturado merodean por aquí, infectadas de un odio irreprimible hacia mi persona. No estoy muerta, pero siento que lo estoy. Nada de lo que hago se siente como una consecuencia de mi cuerpo o mi mente.

Quise matar a todos y ahora lo hago.

A veces Damián se pasea por este castillo Deveraux, como él lo llama. Intenta conversar conmigo, pero no quiero saber nada de él. Me encontró con el cuerpo sin vida de *maman* entre los brazos aquella noche y, al verme los ojos burdeos, se sobresaltó. En pocas palabras, le conté lo sucedido, porque no quería que él estuviera ahí. No quería verlo nunca más, lo odiaba y no sabía por qué.

Entonces, el muy estúpido fue en busca de Él para intentar liberarme y terminó perdiendo también su vida. No sé bien lo que es Damián, pero no es como yo. Yo sigo viva, aunque no quiera estarlo. Él se quedó para siempre como está, como una estatua perfecta, condenado a amar a las Deveraux por el resto de la eternidad.

Y entonces llegó la pulga a mi mesa de la biblioteca con su sonrisita tonta y me rompió la burbuja, incluso más de lo que las últimas palabras del diario de Pascale lo habían hecho.

CAPÍTULO 25: GABRIEL

No podía sentirme culpable por haber obligado a Estée a ser mi pareja para el proyecto de historia. Después de haber soportado que Milena me persiguiera durante todo el día anterior lanzándome indirectas (y no tan indirectas) para trabajar en conjunto, me merecía un poco de paz. Estée me otorgaba eso, a pesar de que sentía que de haber podido cortarme la cabeza lo hubiese hecho.

Durante la tarde, la encontré sentada en su mesa favorita en la biblioteca, la que está más alejada del mundo y de los ojos ajenos. Tenía un montón de títulos frente a ella, pero parecía completamente ensimismada por un pequeño libro con tapa de cuero que tenía en la falda. Percibía que algo le sucedía, pero no sabía qué. Quería ayudarla, pero no sabía cómo. En el silencio de este lugar y viéndola tan quieta, ajena a mi presencia, percibí que era la primera vez que estaba frente a ella sin ningún tipo de coraza.

Pero la burbuja se rompió pronto y volvió a levantar su escudo.

—¡Por los siete infiernos! —gritó de sorpresa. Estée odiaba que la sorprendieran, ya tenía eso claro.

—Perdón —dije rápidamente, y me acerqué a ella con plena conciencia de que podía escaparse de mí de un segundo a otro como un conejo. O, mejor dicho, como un león furioso.

—¿Me estás acosando? —preguntó muy seria, pero supe que estaba bromeando, porque a regañadientes habíamos acordado juntarnos a esta hora en este lugar con la intención de buscar bibliografía para el proyecto.

—Quería pedirte disculpas. Creo que hoy he estado bastante insistente contigo y eso no está bien.

—¿Eso es lo que crees? —me preguntó con una falsa voz dulzona, cosa que me hizo sonreír, lo que a su vez hizo que Estée lanzara humo por las orejas. O casi. Pero también pude sentir cómo la coraza se iba cayendo a pedazos, lentamente. No sabía por qué, pero no iba a cuestionarlo. Quería estar a su lado, quería conocerla. Arriesgué mi suerte y me senté un poco más cerca de ella de lo normal, a solo centímetros de su cuerpo inmóvil. Pude sentir su calor y eso me puso la piel de gallina.

—Quiero hacer el proyecto contigo, porque serás la única que no se esforzará en preguntarme por mi color favorito en la mitad de nuestras sesiones de estudio —le aclaré y, para mi sorpresa

total, ella rio. Fue tan breve que si hubiese pestañado me lo hubiese perdido. Pero aun así. Me quedé tan pasmado que comencé a reírme nerviosamente junto a ella.

—No te aproveches —dijo de pronto, como si la hubiese pillado haciendo algo indebido.

—¡Es que esto es un episodio inédito! La primera vez que veo a la poderosa Estée sonreír.

Y logré lo imposible: sonrió de nuevo, sin mirarme y probablemente con ganas de cortarme la cabeza. Pero aun así. Tampoco se alejó de mí, a pesar de que sentía que cada vez estaba más cerca de ella. Sentía que de un segundo a otro me iba a caer por un precipicio, con mi cuerpo inclinado hacia ella sobre la mesa.

—No empujes tu suerte, Gastón —dijo con voz dura, y no supe si se refería a mis palabras o a la cercanía.

—Gabriel —dije con mucha más suavidad de lo que me hubiese gustado. Estée miró los libros que tenía sobre la mesa intensamente, como si fuera capaz de leerlos a través de sus portadas.

—Como sea.

Me atreví a mirarla, porque ella no me miraba. Pero cuando elevó los ojos verdes y los clavó directamente en mí pensé que sería capaz de perder el equilibrio y quedar en ridículo frente a la probablemente única persona en el mundo que no escatimaría en reírse hasta las lágrimas de mí.

—Tienes auto —me dijo repentinamente. Me tomó unos segundos reaccionar.

—Sí. ¿Necesitas que te lleve a algún lugar?

«Adonde sea, Estée», pensé y luego me reprimí lo patético que estaba siendo.

—¿Cuánto cobras por un viaje en tu auto?

Era una pregunta digna de ella, por lo que me reí divertido.

—No soy un taxi, Estée —le respondí con una sonrisa.

—Pero si fueras a hacer un viaje pagado, ¿cuánto cobrarías? —preguntó hastiada, sin mirarme. De pronto comprendí lo difícil que debía de ser esto para ella. Estée Deveraux no pedía ayuda. Y ahora lo estaba haciendo precisamente al personaje que más la irritaba. Claro que podía hacerla sufrir y jactarme de que por fin me necesitara para algo, pero era Estée y no podía hacerle eso.

—Si necesitas ir a algún lado, yo te llevo. Solo dime dónde.

Volvió a levantar sus ojos y esta vez me obligué a ser lo suficientemente valiente como para sostenerle la mirada. El verde de sus ojos era tan profundo como el pasto recién mojado, como una jungla después de la lluvia. Todo mi cuerpo se estaba tiñendo de su verde. Sé que la única razón por la que me permitía mirarla así era porque sus pensamientos estaban en otro lugar. Eso me entristecía, pero también me parecía un detalle ínfimo si era capaz de hacerlo. Estée jamás bajaba su guardia ni jamás pedía ayuda. Había un torbellino en su vida en este momento y no me iba a aprovechar de él.

—Sí. Necesito ir a un lugar. Pero estoy dispuesta a pagar —insistió.

Y entonces me lancé al precipicio: la agarré suavemente de un hombro y la obligué a despertar, a mirarme de verdad.

—No te voy a cobrar, Estée. ¿A dónde necesitas ir?

CAPÍTULO 26

La pulga estaba demasiado entusiasmada con este viaje para su propio bien. Prácticamente me rogó que le permitiera llevarme a Samielo, la ciudad donde vive Delphine. Yo acepté, claramente; después de todo, era la única forma que tenía de llegar hasta ella. Y necesitaba hacerlo. El diario de Pascale había terminado y, aunque me había aclarado cómo fue que los Deveraux terminamos en este embrollo —gracias, Pascale—, ni siquiera tocó el tema de cómo liberarnos de la maldición. Estaba segura de que Delphine podría ayudarme. Podría haberle preguntado a Damián, pero con las cosas que habían ocurrido en los últimos días no estaba segura de dónde descansaban sus lealtades. Quería a mamá de regreso; era lo único que me importaba. Delphine me diría cómo romper esta maldición para liberarla a ella, a Gérard y a Liki.

No sé por qué me esperaba que la camioneta de Gabriel oliera a hamburguesas. En vez de eso, tenía un olor a pino, un aroma bastante más ficticio que el que se encontraba en los alrededores de la mansión, pero, aun así, me resultó agradable. Subí elegantemente hasta el asiento del copiloto, con mucha más facilidad que la pulga, que se veía muy ridículo saltando esa altura, y subí mis rodillas para contenerme.

Mis pensamientos colisionaban los unos con los otros, mareándome como si estuviese en un lugar demasiado alto. No paraba de torturarme pensando en cómo sería el castigo de Simone. También estaba pensando en Damián, mi mejor amigo, el que pensé que era el amor de mi vida y de quien ahora sentía que no podía fiarme por completo. Recordé un episodio preciso donde habíamos hablado de Delphine, mucho antes de que ella fuese una persona de interés para mí.

Estaba con él en el campo de práctica. Yo era solo una niña, pero ya estaba locamente enamorada de él. Era la primera vez que me veía lanzar dagas al blanco. Le di una, dos, tres veces a la perfección, a lo que él lanzó una risa sorprendida y orgullosa, tan alegre que me caló hasta los huesos, llenándome de felicidad por haber sido yo la responsable de su reacción. Entonces, dijo:

—Tienes la misma seguridad que Simone a tu edad.

—¿La conociste a mi edad?

—Claro. Y mucho más pequeña. A ella y a Delphine.

—¿Delphine?

—Su hermana menor.

—¿Y qué pasó entre ella y Simone? —le pregunté con curiosidad.

—Se distanciaron —respondió quemándome con la mirada, con los músculos del rostro

inmóviles, viéndose como un verdadero príncipe de pie a mi lado. Vago, siempre vago.

—¿Tuvo algo que ver con que Simone fuera la heredera? ¿Con que ella se quedara con esta mansión y continuara el trabajo familiar?

Damián asintió. Delphine debía de haber deseado encarecidamente continuar con el legado familiar, pero la responsabilidad recayó sobre Simone. ¿Pero por qué? Después de todo, Simone odiaba tanto lo que hacía que las ocasiones en que temí que intentara cortarle la cabeza a nuestro Jefe con una espada eran incontables. Tendía a andar de mal humor, generaba peleas conmigo y de seguro soñaba con prenderle fuego al Diablo, a pesar de que no estoy segura de que eso funcionara.

¿Pudo haber pensado distinto años atrás? ¿Sintió que era parte de un legado familiar extraordinario que había que proteger como fuera? ¿Acaso había sido como yo? Ingenua, ambiciosa, creyendo de todo corazón que le hacíamos un favor al mundo. Quizás se percató más tarde de que el panorama no era tan lujoso y especial como había creído. Era la única explicación que podía encontrar. Las pocas veces que Simone había mencionado a Delphine siempre iban cargadas de cariño y risas; fácilmente podía identificarme con lo que yo sentía por Liki: unas ganas de amarla y protegerla que eran más fuertes que yo misma. ¿Y si Simone siempre odió las misiones, pero optó por ser la heredera para proteger a Delphine de una vida maldita? ¿Y si Delphine era la que estaba ciega y pensó que su hermana solo actuaba en base a la ambición?

Tenía que hallarla. Tenía que hablar con ella, porque ni Gérard, ni Simone, ni Damián me darían la información que necesitaba. Delphine debía de saberlo todo, no solo la raíz del distanciamiento con mamá. Podía decirme si había alguna forma de romper esta maldición.

La pulga me sacó de mis recuerdos.

—¿Por qué necesitas ir a Samielo?

—No sabía que era requisito hablar durante el viaje —le espeté. Por eso quería pagarle, para que no fuese más que un servicio. En cambio, Gabriel ahora pensaba que éramos amigos y que me estaba haciendo un favor.

Gabriel me miró desde su asiento, gesto que encontré bastante peligroso, en especial por la cantidad de humanos que mueren cada día en accidentes automovilísticos. Además, no quería que me mirara. En la biblioteca, cuando me rogó que le permitiera conducirme hasta este lugar, me había mirado con demasiada osadía. Me obligó a ahogarme en esos irritantes ojos de mar que tiene. Incluso me sostuvo un hombro y se mantuvo en demasiada cercanía. Puede que todas las admiradoras que tenía vagando por la escuela cayeran rendidas a sus pies, pero conmigo eso no funcionaba. Sin embargo, aquí en su camioneta me veía inmersa en una sensación que me costaba describir.

—Bueno, poderosa Estée, resulta que sí es requisito. No voy a conducir dos horas junto a ti en completo silencio.

¿Por qué no? Me parecía el mejor de los panoramas. Yo aplastada contra la ventana viendo el

mundo pasar, él conduciendo.

—Voy a ver a mi tía —le dije.

—¿Alguna razón en especial?

Bueno, ¿y qué si le contaba parte de la historia a esta pulga molesta?

—Hace años, antes de que yo naciera, tuvo una fuerte pelea con mi mamá. Desde entonces no volvieron a hablarse.

Gastón meneó la cabeza en señal de comprensión. Tenía ambas manos en el manubrio, con el codo izquierdo apoyado en el umbral de la ventana.

—¿Así es que quieres intentar arreglar las cosas?

—Así es.

Sentí sus pensamientos alborotarse y pude percibir que quería decirme muchísimas cosas, sus irritantes opiniones, pero, para mi sorpresa, se quedó en silencio.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunté incrédula.

Me miró rápidamente con sorpresa y sonrió. Ahí estaba de nuevo: el sol de Gabriel.

—¿Ahora quieres que te diga algo cuando siempre me pides que te deje en paz?

Era como si supiera hacerme enojar. Podría jurar que lo hacía a propósito.

—Vamos, no te hagas el tonto. Es obvio que quieres decirme algo, pero por alguna razón no lo haces.

—¿Por qué es obvio que quiero decir algo?

—Por tu cara, tu gesto de niño psicólogo y, principalmente, porque parece tener una opinión muy firme respecto de todo. En especial, las cosas psicológicas. Y esto es todo un dulce de psicología, no puedes negarlo.

Gabriel rio.

—No porque tenga una opinión al respecto voy a darla siempre —dijo en un tono muy formal. Ahora me tocó a mí reírme.

—¿En serio? Hasta el momento siento que me has herido los oídos con todas las opiniones que me has dado.

—¿Seguro que quieres oírla?

—Tú dijiste que era requisito hablar.

—Pues bien. Me parece muy arriesgado lo que estás haciendo. Normalmente cuando dos personas pelean, en especial cuando son cercanas, no quieren que nadie intervenga. Creo que puedes pasar un muy mal rato y terminarás aún más frustrada por no haber podido cambiar la situación.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Guardé silencio. Por supuesto que las cosas podían salir mal. Necesitaba hablar con Delphine. Tenía tantas preguntas que hacerle. Sobre todo quién demonios eran *ellos*.

—¿Estás bien?

Era Gabriel, con sus ojos azules fijos en el camino, mirándome de reojo por segundos. No le iba a confesar que tenía razón.

—Al menos tengo que intentarlo —dije en un tono muchísimo más vulnerable del que me hubiese gustado.

Gabriel asintió, comprensivo.

—¿Tienes una buena relación con tus padres? —preguntó al rato, cuando ya me había aburrido de contar vacas, pero no iba a ser yo quien pusiera un tema de conversación sobre la mesa. Pensé en Gérard y en Simone; la mano comprensiva de mi padre sobre el hombro de mi madre, mi madre con lágrimas en los ojos enseñándome por primera vez nuestro trabajo, Gérard con tutú ayudando a Liki con sus pasos de *ballet*.

—Mis papás son extraordinarios —dije sin un atisbo de sarcasmo. Gabriel sonrió complacido. Sabía que le estaba dando gusto al seguir la conversación, pero qué más daba.

—No es común escuchar a una adolescente referirse a sus padres con tanto cariño.

No sé por qué, pero me generó mucha risa notar que Gabriel se refería a otras personas de su edad como «adolescentes», tal cual lo hacía yo con los «humanos».

—Bueno, son extraordinarios, pero eso no significa que a veces no me saquen de quicio —dije sin apartar la vista del campo en el exterior. Los kilómetros de verde a mi alrededor me otorgaban un poco de paz. O quizás el solo hecho de estar dentro de la camioneta, conversando, como si todo el resto de la vida no importara. —A veces pelean a gritos, no se hablan o... —O prenden fuego a las cosas ajenas, pero decidí omitir ese dato.

—¡Pero eso está bien! Lo terrible es cuando se guardan sus emociones.

—Si lo dice un psicólogo... —Gabriel se rio, a pesar de que no había sido mi intención ser chistosa.

No, definitivamente los Deveraux no nos guardábamos las emociones. Quizás Simone, solo un poco, intentaba esconder la frustración y el dolor que le provocaba criarnos y convertirnos en algo tan complejo. Pero la verdad es que nunca pudo disfrazarlo tan bien; la angustia se le notaba en todo el rostro, en la forma en que movía el cuerpo.

—Mis papás, en cambio, se lo guardan todo. Nunca comparten nada, no entablan conversaciones conmigo. Simulan que todo está bien —dijo y, como no sé ser una buena amiga, o una buena persona, no supe qué decirle y me mantuve en silencio por el resto del viaje.

Era aquí. Lo supe antes de revisar la numeración. No sé cómo, pero lo supe. Era una casa común y corriente en los suburbios, de un solo piso, blanca y con una baranda del mismo color recorriéndola. El césped que daba la bienvenida estaba immaculado. Apreté el papel donde había anotado la dirección de Delphine Deveraux y que había acarreado conmigo por días, en la mano. Gabriel apagó el motor.

—Aquí es —dijo constatando lo obvio.

—Aquí es —repetí tontamente, porque los nervios habían derretido mi cerebro.

—¿Quieres que vaya contigo?

Mi rostro debió de desfigurarse.

—Solo preguntaba —dijo rápidamente.

—Gracias por traerme —le dije mientras me quitaba el cinturón de seguridad. Gastón pareció confundirse.

—¿No quieres que te espere?

—No, no es necesario.

—¿Y cómo vas a volver?

—Me las arreglaré. Tendré una nueva tía, ¿no es así? —dije en un terrible intento de ser optimista, pero resultó tan falso y forzado que hasta la pulga se encogió de vergüenza.

—¿Estás segura?

No, Gastón, no estoy segura. No estoy segura de nada. No estoy segura de qué le diré cuando abra la puerta o de qué haré si no se encuentra en casa. No estoy segura de si quiero escuchar lo que tiene que decirme. No estoy segura de qué le diré a Simone. No estoy segura de si seré capaz de romper esta maldición y no estoy segura de si podré perdonarme si no lo hago.

—Completamente.

Abrí la puerta, me dispuse a bajar y, para que le quedara claro que el patético ensayo de amistad que habíamos tenido en la carretera fue solo un momento de debilidad por mi parte, agregué:

—Y ahora lárgate.

Sentí cómo la camioneta volvía a la vida y se alejaba a mis espaldas. Mi estómago me daba vuelcos. Nunca en mi vida me había sentido tan nerviosa, tan pequeña. La salvación de mi familia podía estar del otro lado de esa puerta. Iba a conocer a mi tía, la hermana menor de Simone..., la Liki de Simone.

Alcé la mano para tocar el timbre, pero esta me tembló. Parecía que las cosas son siempre más fáciles en el imaginario, ¿no? Parte de mí quiso salir huyendo, correr incluso tras la camioneta de la pulga, pero hubo una parte de mí que no me lo permitió. Había avanzado demasiado como para echarme atrás ahora.

Pensé en mirar a través de la ventana a ver si podía captar pinceladas de su vida, de quién era y de por qué se había separado tan completamente de la vida de su hermana. Pero antes de poder tomar cualquier decisión mi mano me traicionó y la vi tocando el timbre de una vez por todas, como si se tratara de un miembro desvinculado de mi cuerpo. El corazón me latía tan fuerte que temí que, cuando Delphine abriera la puerta, fuera capaz de escucharlo.

No hubo tiempo. No hubo nada. Se detuvieron los latidos de golpe cuando la vi parada frente a

mí, con una mínima sonrisa y ojos cálidos, preguntándose qué hacía esta niña temblorosa de cabello oscuro frente a su puerta. Tuve que ahogar un grito.

Era yo. ¿Lo había notado ella ya? Ella era yo. Fue como si fuera capaz de mirarme en un espejo que adelantara el tiempo, que me mostrara cómo sería yo en veinte años más, solo que con el pelo rubio característico de los Deveraux. Pero su rostro era igual al mío. O, más bien, yo era igual a ella. ¿Lo estaba viendo? ¿Acaso estaba pensando lo mismo que yo? Fue fuerte la mezcla de emociones que me invadió. Pensé iba a vomitar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me preguntó con dulzura, pero no hubo nada más que me indicara que estaba pensando lo mismo que yo.

—Sí... eh... ¿Delphine Evans? —dije dando su nuevo nombre. Mi búsqueda había arrojado que se casó con David Evans hacía cinco años. Ella asintió. Todavía no surgía ni el más mínimo indicio de reconocimiento—. Hola. Disculpa la molestia, es que creo que conocemos a alguien en común.

No, no conocemos, tenemos. Tenemos la misma sangre que corre por las venas y esa parte de ti te necesita, Delphine; te necesitamos. Hay algo mal con mi familia y mi mamá lo está pasando muy mal y te necesita. Te necesito. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Sí, soy yo —respondió ella, con la misma casualidad con la que le respondería al cartero. ¿Es que no lo veía?

—Soy hija de Simone. —Sé que mis palabras acarrearán conmigo esperanza, porque me miró con compasión, intentando esconder la confusión que la invadía.

—¿Simone? —respondió.

—¿Simone Deveraux? —insistí. Sus ojos se abrieron, pero no con la luz del entendimiento que yo añoraba ver, no con unas ganas enormes de abrazarme y llorar y de decirme cuánto sentía haberse perdido diecisiete años de mi vida. Simplemente se inundaron más de compasión. Y de lástima. Pero no tenía idea de quién le estaba hablando.

Esto no podía estar pasando. ¿Acaso estaba ciega? ¿Qué le pasaba? ¿Estaba loca? ¿Era esa la verdadera razón de por qué no se habían visto nunca más mi madre y ella?

—Creo que diste con la persona incorrecta —me dijo finalmente.

No. No, Delphine, tú eres precisamente la persona que había estado buscando.

—Tu hermana Simone... —seguí diciendo con un tono ahora angustioso, sintiendo que haría cualquier cosa por que su gesto cambiara de confusión a reconocimiento.

—Lo siento, princesa, yo no tengo ninguna hermana.

Princesa. Un hueco profundo se empezaba a formar en mi interior, un vacío que ya había mostrado sus primeros signos de vida cuando comenzó mi cuestionamiento. Mientras Delphine me miraba, ya no con curiosidad, sino con un tanto de irritación porque yo seguía parada como una estatua de mármol frente a su puerta, pensé en la hora maldita en que comencé a cuestionarme las cosas. Todo sería tanto más cómodo si hubiese seguido mi vida como siempre, acatando órdenes

sin ponerlas en duda, incluso disfrutando lo que hacía. Si esa mujer no hubiese corrido, si esa noche maldita me hubiese quedado en casa... Pero ahora ya era tarde y todo estaba mal. Y esta mujer frente a mí, que pensé que sería la llave para descifrarlo todo, que lucía exactamente igual que yo, decía no tener ninguna hermana.

—Pero tú eras Delphine Deveraux... —dije en un ahogo. Esto era demasiado ridículo para ser cierto. Se echaría a reír de un segundo a otro y descubriría que la hermana menor de Simone disfrutaba haciendo bromas crueles. Eso era todo.

Pero no. Me reiteró que jamás había tenido una hermana, aunque le hubiese gustado. Estaba a punto de ponerme de rodillas y rogarle. Esto era absurdo. Era ella, no cabía ninguna duda.

—Lo siento. Espero que encuentres a quien andas buscando —dijo cerrando lentamente la puerta frente a mí.

No, no, no, no, no. ¡Pero si ya la había encontrado! Estaba parada frente a mí en este mismo segundo. ¡Y ahora me estaba cerrando la puerta en las narices! Me giré en completo estado de *shock*. Sentía que me estaba cayendo al vacío, que nadie ni nada podía sostenerme, que no había forma de escapar de estas barreras invisibles que me sostenían prisionera. Las piezas inexplicables de este rompecabezas volaban a mi alrededor mientras caía, pero por más que lo intentaba no podía reunirlos, no podía *comprender*.

Caminé como un muerto viviente hasta la calle, con la mirada perdida. ¿Qué iba a hacer ahora? Sentí ganas de llorar y me odié por eso. Me senté en la vereda, acomodando mis botas negras de combate bajo mis *jeans* verde oscuro. Vacío, todo era vacío.

Y, de pronto, de la nada, una camioneta roja giró en la esquina y se detuvo frente a mí. Gabriel me abrió la puerta desde su asiento y esperó. No dijo nada, no me miró ni con lástima ni con superioridad, no me apresuró.

Tres minutos más tarde me puse de pie, me senté a su lado y, por primera vez, no odié por completo su presencia.

CAPÍTULO 27: GABRIEL

Las cosas no habían salido bien. Siempre pensé que no lo harían, pero no iba a jactarme de eso frente a Estée cuando se veía tan destrozada a mi lado de regreso a Puerto Umbra. Respeté su silencio y le lanzaba miradas furtivas de vez en cuando solo para asegurarme de que se encontraba bien. Llevaba las rodillas elevadas hacia sí, abrazándolas como si quisiera encogerse, y los ojos fijos en la ventana. Todo su cuerpo estaba ladeado hacia el vidrio, lejos de mí.

Anhelaba hacerla sentir mejor, darle palabras de aliento, pero Estée seguía siendo un rompecabezas. Lo único que sabía era que su madre y su tía habían tenido una muy fuerte pelea hacía más de diecisiete años. Pero no podía parar de pensar por qué eso era tan importante para Estée. ¿Por qué le generaba esta angustia tan profunda el no poder solucionar las cosas? Sabía que había cosas, muchísimas, que no había compartido conmigo y no quería presionarla. Si íbamos a ser amigos, tenía que permitir que fuese confiando poco a poco en mí.

Recordé la conversación que tuve con mamá en la mañana y me sentí peor que nunca. Jamás debí haberle comentado sobre Estée; aunque fuese difícil de creer para mamá, no todas las personas quieren su consuelo. A veces hay que pasar los dolores a solas. Es la única forma de que llegue un día en que nos levantemos más fuertes que antes. No volvería a hablar de Estée con mamá. Estaba tan desesperado por su atención que había puesto en peligro esta extraña e incipiente relación. Y eso me hacía sentir como un estúpido.

De pronto, vi que Estée me estaba mirando desafiante.

—Solo dílo —me dijo con brusquedad—. Sé lo que quieres decirme, así es que hazlo — insistió.

No le respondí. Podía sentir cómo su rabia iba incrementando como un incendio salvaje. Se giró hacia mí.

—«Te lo dije», eso es lo que quieres decirme, ¿no? Tenías razón, después de todo, jamás debí haberme entrometido.

Había furia en sus ojos. La vi tragar saliva varias veces sin mirarme, como si estuviera evaluando si ponerse a gritar o ahorcarme. También presentí la posibilidad, aunque no debió de ser más que una ensoñación, que estaba meditando sobre contármelo todo. O al menos un poco más.

Quise decirle que quizás las palabras serían la única forma de desvanecer su sensación. Una vez que lo confesara, el problema ya no sería solo de ella, estaría compartido y yo la ayudaría

como fuese. Pero Estée no era de esas personas que hablaba, no tenía amigos y defendía su soledad.

—Jamás te diría algo así, Estée —le solté simplemente. Ella me miró exhausta, volvió a acomodarse contra la ventana, lo más lejos que pudiera de mí, y cerró los ojos.

CAPÍTULO 28

Como siempre, percibí su presencia antes de verlo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Y luego el calor, el calor sofocante que me ahogaba la piel, que me hizo desenredar la bufanda del cuello, la que antes había tenido atada a mí como una serpiente venenosa. ¿Dónde estaba? ¿Por qué de pronto me encontraba en el bosque? Mi último recuerdo era haber estado a punto de contarle todo a Gabriel. Todo. Quería sacarme este insoportable peso de encima, confiar en alguien que fuese... diferente. Por primera vez, quería conectarme con alguien que no tuviese una vida tan extraña, tan de novela juvenil.

Él estaba de pie a varios metros de distancia. Llevaba su terno negro de siempre.

—Estée —dijo saboreando cada una de las letras de mi nombre. Su voz retumbó en mis huesos. Estaba soñando, pero estaba aquí. Estaba tanto en la camioneta junto a Gabriel, como camino a la mansión Deveraux junto a mi Jefe. Dos lugares en un mismo momento.

Me encontraba atrapada en una existencia aparte. Al igual que esa noche, con el agua negra. Al igual que Simone. ¿Podría Gabriel remecerme y sacarme de esta pesadilla? ¡Gabriel! ¡Gabriel!

—Jefe. —Mi voz sonó firme, como siempre. Me acerqué a él sin titubear, determinada a mantener las apariencias. Siempre lo había visto como mi mentor, mi apoyo, una fuerza omnipotente que lo sabía y que lo podía todo, capaz de comprender la debilidad humana como ningún otro. Mi Jefe nunca había sido una fuente maligna, sino justo, comprensivo, incluso benévolo. Pero se había llevado a Simone. Para castigarla.

Había aprendido tanto de él... Del mundo, de la historia, de los errores que los humanos cometen una y otra vez, de la estupidez que los lleva a dar vueltas en círculos a través de los siglos en vez de dar firmes pasos hacia adelante. Me contó cómo la tecnología buscaba llenar un vacío que no eran capaces de hacerlo de ninguna otra manera, porque siempre miraban hacia afuera, y que todo giraba en círculos, círculos. Pensamientos, acciones; pasado, presente y futuro.

Ambos guardamos silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos. A pesar de que en solo unos días la visión de mi Jefe había dado un vuelco, ahora que pasaban los segundos junto a Él mi miedo se fue calmando. Sí, lo odiaba por hacerle daño a Simone. Pero a pesar de todo seguía siendo la misma figura enigmática que jamás me había provocado el terror que tantos textos aseguraban que generaba en otros seres humanos.

—Solo quería saber que las cosas... estaban bien entre nosotros. —No paraba de mirarme. ¿Era una amenaza? ¿O acaso lo notaba contrariado?

—Por supuesto. ¿Por qué no lo estarían? —lo desafié. Si él no planeaba ser directo, yo tampoco lo sería.

—Bueno, tu primera misión en solitario estuvo lejos de ser un éxito. No quería que pensaras que era culpa mía.

Sentía que esto era una trampa. ¿Por qué le echaría la culpa si no había tenido nada que ver? ¿Acaso temía que yo estuviera enojada con él? Mi mentor, mi amigo seguía aquí y no quería que le guardara rencor.

—Y lo de Simone... Supongo que comprendes que tenemos que tener cuidado con lo que hacemos. Y ella fue torpe. Y no puedo olvidarlo.

Yo fui torpe, no mamá. Había tanto hielo en sus palabras, «tener cuidado con lo que hacíamos».

—Lo entiendo perfectamente. No guardo ningún rencor. —Sé que mis palabras fueron mucho más formales de lo que deseé que fueran. Había querido mantener nuestra relación como antes, relajada, abierta..., pero había perdido su característica fundamental: lo genuino. Él sabía que yo no estaba siendo completamente honesta. Y yo sabía que él me estaba ocultando algo.

—Me alegro de escuchar eso, Estée. Puede que ahora tardes un poco en reunir el coraje de tener una misión independiente, por lo que no hay problema si lo posponemos por un tiempo.

Esto agujereó mi orgullo y él lo sabía. Por supuesto que poseía el coraje. Lo que había perdido era la admiración por lo que hacía. No iba a mostrarme débil, tampoco a iniciar una guerra con él.

—Cuando tú sientas que es el momento, —dije, y esboqué una débil sonrisa. El Diablo me miró atento, muy serio, y movió sus dedos como si estuviera deshaciéndose de una mugre.

—Me alegro, Estée, de verdad que me alegro. Simone ya está de regreso.

El Diablo no quería perdernos. Por eso me había traído aquí, para asegurarse de que seguía siendo la misma chica obediente de siempre. No estaba en sus planes que la mayor de los Deveraux de pronto se enterara de cómo romper la maldición que había unido a su familia a las tinieblas por casi cinco siglos.

Y Simone había regresado. Gracias a los siete infiernos, mi madre ya estaría de regreso en la mansión.

Sentí pánico. Pánico de enfrentarme a él, de romper nuestras cadenas, angustia de no saber aún cómo hacerlo. Cientos de años malditos y nadie había podido liberarnos aún. ¿Qué tenía yo de especial para ser la que lo lograra? Detuve mis pensamientos. Yo era Estée Deveraux, eso era lo que me hacía diferente, eso era lo que me hacía especial. Y Estée Deveraux no se rendía ante tal desafío. A pesar del terror que me provocaba.

La figura del Diablo se disolvió en las sombras, convirtiéndose en un huracán de oscuridad que se vino directamente a mí, disparando mi miedo igual que un cohete. Me puse a gritar en mis sueños como si la vida me fuese en ello.

CAPÍTULO 29: GABRIEL

Casi desvié el auto en la carretera cuando Estée comenzó a gritar de la nada.

—¡Estée! —chillé preocupado, remeciéndole el hombro para que despertara. Abrió los ojos despavorida y miró a su alrededor, a mí, intentando recordar dónde se encontraba. Dios mío, qué susto me había dado.

Sabía que entre el dos y el ocho por ciento de los adultos sufría pesadillas (claramente, a los diecisiete años yo me consideraba un adulto), que generalmente eran potenciadas por problemas de metabolismo y la toma de ciertos medicamentos. En Estée, lo más probable es que se tratara de un gatillo psicológico, como ansiedad, depresión o estrés postraumático. Más que nunca quería saber qué le había sucedido; odiaba verla con tantas emociones torturándola.

—¿Estás bien? —le pregunté una vez que se había calmado. Noté que estaba sudando copiosamente, cosa que me extrañó considerando el frío en el interior de la camioneta. Sé que las pesadillas pueden causar sudores, pero Estée parecía haber regresado del Caribe. Nunca me lo hubiese esperado después de tener una pesadilla tan alarmante, pero Estée me sorprendió. Luego volvió a dormirse.

Conduje en silencio, acompañado de mis pensamientos. La miraba cada vez que podía; esta vez su sueño fue tranquilo. No podía dejar de pensar en que Estée finalmente estaba confiando en mí si se permitía quedarse dormida a mi lado. Después de todo, hay algo muy vulnerable en el sueño, ¿no? Todas nuestras máscaras se levantan y se van, todas las historias que contamos, todas las mentiras que nos creamos. En el sueño solo quedamos nosotros, tal y como somos.

No quería admitirlo, pero me estaba enamorando de ella. Sin importar cuánto intentara convencerme de que mis sentimientos hacia Estée solo se basaban en el hecho de que era la primera chica que no me daba el gusto en todo, no podía evitarlo. Algo me atraía a ella como un imán. Estar con ella, a pesar de que no me hablara y se dedicara solo a leer, me hacía sentir en equilibrio. Como dos ejes que mantienen el balancín en perfecta línea recta.

Por lo menos, tenía la certeza de que no era correspondido. Y eso estaba bien. Quizás por eso tenía que vivir esta experiencia después de todo, para sentir lo que es el rechazo, incluso tal vez para vivir un corazón roto. Me contentaría con ser su amigo, con llevarla hacia donde quisiera ir, simplemente estando ahí, por si en algún momento necesitaba un amigo.

Patético, quizás. ¿Pero acaso no es eso el amor? ¿Estar presente para el otro? Sin olvidarme de mí mismo, por supuesto. Si las palabras crueles de Estée se comenzaban a convertir en abuso, por

supuesto que no estaría pegado a ella como un perrito faldero. Pero la actitud superior de esta chica me parecía más bien un escudo, un personaje con el que le gustaba vestirse a sí misma. No sé cómo, pero podía ver que había mucho más en ella: amabilidad, un corazón enorme, empatía y un humor capaz de causarme dolor de estómago de tanto reír.

Cuando llegamos a la mansión Deveraux, Estée aún dormía profundamente. Me impactó el tamaño de la casa y cómo parecía mirarme hacia abajo con suficiencia. Un poco como Estée, a decir verdad, aunque como es más baja que yo suele mirarme con furia hacia arriba. Estaba a oscuras, como si estuviera abandonada, y el jardín seco que le antecedió me provocó una extraña sensación de angustia.

Me acerqué a tocarle el hombro para despertarla, pero me detuve a mirarla. Por Dios, claramente tenía que trabajar mis emociones. Estée tenía la boca abierta y un hilo de saliva cayéndole por un costado, y eso me causó muchísima risa. Y ternura. Cuando la toqué, saltó como si acabara de toparse con el demonio.

—¡Quítate de encima! —Me eché hacia atrás sin protestar, porque era la reacción que había estado esperando.

Estée no demoró mucho en evaluar sus alrededores, despertar y caer en la cuenta de que aparentemente no estaba muy agradecida de que la hubiese traído a la puerta de su casa. Pareció sumar dos más dos en su cabeza, sus ojos verdes se abrieron con pánico y chilló:

—¡Noooooooo! —dijo lanzándose hacia el manubrio encima de mí. Muy cerca, estaba demasiado cerca. Pude sentir el aroma de hierbas que emanaba de su pelo y la calidez de su cuerpo contra el mío. Asustado de hacer cualquier movimiento en falso, me quedé petrificado. Estée no pareció percatarse.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté absolutamente pasmado.

—¡Baja la voz!

—Esta es tu casa, ¿no?

—¡Sí, pero tenemos que irnos ahora, ahora! —dijo moviendo sus manos desesperadamente para que encendiera el motor y saliéramos huyendo de ahí.

Mi primer pensamiento fue que las cosas en el hogar de Estée estaban peor de lo que había imaginado; aparentemente ni siquiera podía traer un amigo a casa. ¿La retarían? ¿Habría algún tipo peor de abuso del que osaba imaginar? No me atrevía ni a pensarlo. Mi primer instinto fue ponerme brusco y exigirle que me contara la verdad, que yo la ayudaría. Pero todo se esfumó cuando vi a la madre de Estée parada junto a su ventana sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hola! —Fue el saludo más efusivo que había oído en toda mi vida. Y parecía genuino. Estée se detuvo como si hubiese sido electrocutada y se quedó mirando a su madre atónita. Luego abrió la puerta y se lanzó a sus brazos.

Dios mío, qué comportamiento más extraños. Estaba mareado. No pude escuchar lo que Estée le susurró al oído a su mamá, pero estaba claro que estaban manteniendo una conversación

silenciosa. Miré hacia el otro lado, porque no era asunto mío, a pesar de que la curiosidad me carcomía. Ambas mujeres se separaron. Estée la miraba con adoración mientras su madre asentía. De pronto, recordaron que yo me encontraba ahí; la señora Deveraux con una dicha infinita, Estée con tedio. No sé si fue mi impresión, pero su rechazo hacia mí estaba levemente desinflado.

La señora Deveraux hizo un gesto dulce hacia mí, como ordenándole a Estée que me presentara. Ella respiró profundo con aburrimiento.

—Gabriel, mi madre Simone; Simone, Gabriel —dijo indicando con la mano de uno al otro, como si fuese la cosa más engorrosa del mundo. Sin embargo, sus ojos no se quitaban de encima de su madre, evaluándola, como si quisiese descubrir si realmente estaba bien. «Ella debe ser su causa de sufrimiento», pensé. «Su madre debe de estar enferma».

Me incliné con confianza hacia ella y le di la mano.

—Mucho gusto —le dije a su madre.

El rostro de la señora Deveraux se iluminó incluso más, cosa que no creí que fuera posible.

—¿Gabriel Volts? Tu familia llegó hace poco al pueblo —dijo la madre de Estée, permitiéndome notar cuánto se parecía su hija a ella; la única diferencia notoria era el color de cabello. Mientras el de Simone era rubio, el de Estée era oscuro como la noche. Su madre también parecía estar mucho más cansada y tenía unas grandes ojeras que intentaba ocultar con una sonrisa.

—Así es.

—Espero que se estén adecuando bien al pueblo.

—Sí, absolutamente, nos ha gustado mucho. —No pude evitar mirar a Estée mientras decía eso. Si se dio por aludida, no dio ningún indicio de ello.

Conversando con un miembro de la familia de Estée sentí que más capas de su personaje iban cayendo al suelo. Y me gustaba.

—Bueno, es una lástima, pero Gabriel ya se tiene que ir —me sorprendió Estée diciendo y cerrando la puerta del copiloto de golpe. No quise sentirme ofendido, pero fue la primera vez que sus palabras provocaron algo en mí más allá de risas.

—Pero... —comenzó a decir la señora Deveraux decepcionada.

—¡Adiós, Gabriel! —dijo Estée despidiéndose efusivamente con la mano.

—Quizás quieras acompañarnos a cenar, acabábamos de poner la mesa —dijo su madre lanzándome un salvavidas y apoyándose sobre el marco de la ventana abierta. Y por supuesto que lo acepté. Y por supuesto que Estée me miró con odio. Y me pregunté por qué carajos esta chica me gustaba tanto.

La mansión Deveraux era incluso más impresionante en su interior. En cierta forma, parecía congelada en el tiempo, con cuadros y piezas de arte que, seguramente acumulaban siglos. Estaba casi por completo alfombrada, o al menos hasta donde yo podía ver, con un color rojo sangre que me resultaba bastante intimidante. A pesar de contar con luz eléctrica, había candelabros por

doquier, aportando una luz misteriosa que comenzó a relajar mis huesos y provocarme sueño, como si no hubiese dormido en semanas.

En el imponente comedor de cedro conocí a los otros integrantes de la familia: Gérard, su padre, de quien claramente había heredado la melena negra y desordenada, y Angélique, su hermana menor, que me observó con una desconfianza transparente. Nos sentamos y tras los nervios del primer encuentro me permití perderme en el sensacional aroma que invadía el enorme salón.

—Mi esposo preparó *boeuf bourguignon*. Espero que te guste —dijo la señora Deveraux abriendo la servilleta de tela y posicionándola en su falda. No me imagino qué hubiese sucedido si le hubiese dicho que no me gustaba mucho la carne y estaba intentando ser vegetariano. Los Deveraux me daban una extraña y poderosa impresión de ser carnívoros.

La señora Deveraux estaba sentada a la cabecera, con su esposo a su izquierda, junto a Angélique, y Estée a su derecha. Yo, en mi rol de invitado (que me pareció no ser uno con el que contaban normalmente) estaba posicionado al lado de Estée. Había una forma particular en la que su familia se relacionaba con ella, no tanto como con cuidado, sino con aprensión, como si fuera lo máspreciado de la casa.

Sin embargo, esa forma de tratar a Estée, como una mano derecha imprescindible y tal como estaba sentada a la mesa, no hacía que su hermana menor tuviese menos importancia. Por el contrario, ambos padres parecían ser muy justos en su trato, dándoles el mismo tiempo de conversación y mostrando el mismo nivel de entusiasmo frente a sus historias. Angélique, no obstante, no parecía muy dispuesta a conversar esta noche.

Comencé a comer, perdido en el tiempo en este salón burdeo con los candelabros prendidos.

—Cuéntanos dónde vivía tu familia previamente, Gabriel —dijo la señora Deveraux con alegría, incitando a Estée a acercarme la canasta de pan, cosa que hizo de mala gana.

—Hemos estado en varias partes, en realidad —respondí mientras sacaba un trozo de *baguette*.

—¡Oh, pero qué emocionante!

—Hemos vivido en Nueva York, San Francisco, Buenos Aires... y en otras ciudades también. Es genial, pero también un poco cansado.

La señora Deveraux asintió como si comprendiera perfectamente mis sentimientos.

—Me imagino. ¿Se han mudado tanto por el trabajo de tus padres?

—Así es —dije, realmente sin ganas de hablar sobre mis padres. Me percaté de que por fin estaba disfrutando de una tranquila cena familiar, cosa que no hacía desde hacía muchos años. Estaba realmente harto de cenar comida descongelada a solas cada noche. Los Deveraux me parecían una familia muy unida, con mucho respeto y cariño entre sus miembros.

—Ambos son algo así como enfermeros —añadí para no pasar por maleducado. Era la explicación más sencilla que podía dar cuando me preguntaban sobre el trabajo de mis padres.

Estée y Angélique no estaban muy concentradas en nuestra conversación y se lanzaban miradas cargadas de sentimiento, casi como si quisieran hablar telepáticamente.

La señora Deveraux guio toda la conversación. Me hizo preguntas sobre las otras ciudades, mis gustos, mis amigos y sobre si me estaba acomodando bien en mi nueva vida. La comida estaba absolutamente deliciosa y, a medida que pasaban los minutos, mi estómago se llenaba y ella sabía más y más de mí; la sensación de relajación que me invadió luego de entrar a la mansión se profundizó. Ahora me pesaban los párpados. Tenía una sensación cálida que me recorría el cuerpo entero, invitándome a dormir.

De una forma bastante sutil, la mamá de Estée nos preguntó qué hacíamos juntos. Claramente, que Estée llegara en el auto de otra persona no era solo algo raro, sino inédito. Le conté sobre nuestro proyecto en conjunto y que habíamos estado estudiando en la biblioteca hasta tarde. No mencioné nada sobre nuestro viaje o su hermana. No sé si Estée me lo agradecía en silencio, porque no se dio por aludida.

El salón de comedor tenía una chimenea. Lo noté por primera vez justo cuando sucedió algo que no comprendí y que pensé incluso en haberlo imaginado. El reloj antiguo de la entrada dio tres precisos campanazos y los ojos de todos los Deveraux se recorrieron entre sí, como pasmados. Fue tan veloz como un rayo. Tan, tan rápido que, de no estar acostumbrado a observar a la gente y evaluarla desde un punto psicológico, me lo habría perdido. Era como si sus corazones se hubiesen saltado un latido. Pero al cabo de un segundo la señora Deveraux ya me había lanzado otra pregunta y el momento pasó como si hubiese sido un sueño.

Fue ella misma quien, después del postre (una deliciosa *crème brûlée*), me encaminó hacia la salida. Estée nos siguió, arrastrando los pies y con su mente claramente muy lejos de aquí.

—Muchísimas gracias por la deliciosa cena —dije intentando llamar la atención de Estée. La señora Deveraux sonrió ampliamente y una vez más pude notar lo cansada que estaba.

—Cuando quieras, Gabriel, eres más que bienvenido —dijo.

Gérard y Angélique también habían venido, como una escolta de despedida. Sentí por un momento que cordialmente me estaban echando a patadas de la mansión.

El aire frío del exterior me pilló desprevenido; me había entregado por completo a la calmante calidez del interior de la mansión Deveraux. Respiré profundo, me giré, pero ya habían cerrado la puerta a mis espaldas. Qué extraño, pensé que había dejado una buena impresión. Fui cordial, amable y elogí la comida y la casa en más de una ocasión. Lo que más me molestaba es que Estée prácticamente no me hubiese dicho una palabra durante la cena.

Me subí a mi camioneta huyendo del frío y, al encender el motor y pensar en la casa vacía que me esperaba, me sentí inmensamente solo.

CAPÍTULO 30

Por fin la pulga se había marchado. ¿Cuánto tiempo puede realmente tomarse en comer? Estoy segura de que había tardado más a propósito, contestando cada una de las preguntas de Simone con la velocidad de una tortuga. Había sido un tormento, probablemente peor al que Simone se había sometido. No, eso fue de mal gusto.

Estaba tan feliz de tenerla de regreso. Jamás pensé que volvería tan rápido y al verla ahí al otro lado de la ventana de la camioneta de Gabriel mi corazón dio un brinco. Al infierno toda la molestia que me provocaba que mi familia pensara que finalmente había entablado amistad con alguien de mi edad. La abracé y le pedí perdón en un susurro. «¿Estás bien? ¿Te hicieron algo?», le pregunté.

No me respondió. Prefirió enfocarse en la alegría que le daba la idea de que su hija solitaria y poco empática finalmente hubiese traído un amigo a la mansión. Por eso no me quejé, ni chillé ni me encerré en mi habitación después de cerrar la puerta con furia. Soporté cómo interrogó a Gabriel como una chupasangre durante una hora y media, plato tras plato, todo mientras él me lanzaba miradas queriendo el Diablo-sabe-qué-cosa. No entendía por qué Gabriel se esforzaba tanto en ser mi amigo, ni por qué había aceptado llevarme al pueblo vecino hasta la puerta de Delphine Deveraux. Le había dejado más que claro en numerosas ocasiones que no me interesaba conocerlo, conversarle ni pasar tiempo con él.

Pero tampoco podía negar que el rechazo y la impaciencia que venían ligados a su mera presencia se habían ablandado un poco. Después de todo, había conducido por un par de horas solo para llevarme en una misión infructuosa, respetando mi silencio y mal genio e incluso me había esperado cuando le dije que se largara. Sin duda Gabriel era un tanto masoquista, pero hoy le estaba agradecida. Y el que no hubiese contado sobre nuestro viaje a mis padres le sumaba un par de puntos. Quizás se había ganado un «hola» matutino.

Apenas Simone cerró la puerta a sus espaldas vi que un nuevo y flamante pergamino nos esperaba en la cómoda a los pies de la escalera. Mi estómago se hundió. Simone acababa de regresar y ya teníamos que ir a capturar otra alma... Me pareció agotador.

—Pensé que nunca se iría —dijo Liki poniendo los ojos en blanco.

—¡Liki! Esa no es forma de tratar a nuestros invitados. Es poco común que amigos vengan a cenar con nosotros, por lo que siempre hay que ser cordiales y agradecidos —dijo Simone rápidamente. Qué optimismo más grande el de mi madre; los Deveraux no tenemos amigos.

—No es mi amigo —intercedí, porque me pareció importante dejarlo claro.

—Bueno, pero es un amigo de la familia.

—Eso es extraño, Simone.

—No me digas Simone.

—Sigue siendo extraño, mamá.

—En fin —interrumpió Gérard, cuya reacción con Gabriel me tenía perpleja. No había sido el Gérard de siempre, cálido y conversador, sino que se había mantenido bastante mudo durante la cena, mirando a Gabriel con la misma desconfianza que Liki. No solo no estaban acostumbrados a tener visitas, sino que además no les gustaba nada la mera idea de que pudiera ser mi pareja.

¡Ja! De solo pensar en la idea me dolía el estómago. Papá abrió y cerró el pergamino tras leer la corta página inicial.

—No deberías ir —le dijo a Simone.

—Por supuesto que iré, no hay opción.

Ninguno de nosotros tres podíamos cumplir misiones sin Simone; era ella quien llevaba el peso de la tradición, la única capaz de llevar y usar la daga que liberaba al alma. Pero Gérard, sin embargo, parecía decidido a darle un descanso. Fue entonces cuando comprendí, y el estómago se me continuó hundiendo, cinco metros bajo tierra.

—Estée puede hacerlo. Ya tiene permiso de Él.

Simone no parecía muy convencida. Y no era para menos. La última vez que yo traté de llevar una misión ella terminó pagando el precio. Pero también entendí lo que estaba tratando de hacer Gérard: darle a mamá un respiro. Claramente no lo había pasado bien dondequiera que hubiera estado y fuera lo que fuera que le hubiesen hecho. Tenía unas ojeras enormes y su piel estaba pálida, con un toque enfermo. Al igual que papá, comprendí la importancia de que repusiera energías. Particularmente porque los Deveraux no nos enfermábamos, ni sentíamos mal, ni nos cansábamos. Pero ahora parecía que el mundo estaba patas para arriba.

Mientras discutían, mi cabeza no parecía ser capaz de detener el torbellino de pensamientos. Seguía viajando hacia esa noche fatídica, a la mirada aterrada de la mujer a la que yo perseguía. Repetía una y otra vez la discusión que tuve con Simone a los pies de la escalera y, por más que la examinaba en detalle, una y otra vez, como rebobinando un viejo casete, no lograba comprender cómo habíamos metido la pata. En cada ocasión sentía mis dedos moverse con el hechizo; si Simone lo había cortado al agarrarme del brazo para impedirme subir a capturar el alma, yo lo había continuado. En ningún momento habíamos dejado de hacerlo por completo. Pero eso no podía ser, ¿cierto? La mujer nos había visto, después de todo. Y había pagado con su vida.

—Yo puedo hacerlo —dije, mucho más decidida que lo que me sentía.

Simone me miró. Comprendió a la perfección que no había alegría ni orgullo en mi decisión, sino una simple lealtad a mi familia. Se me acercó, me acarició la mejilla evaluándome y me dijo con voz firme:

—Estoy orgullosa de ti. —Y no sé exactamente por qué, pero me sentí como parte del diario de Pascale, con mi propia *maman* dándome la aceptación que a ella le arrebataron tan bruscamente.

No tardamos en vestirnos con nuestras capas, armarnos y salir de la mansión para pedirle al viento que nos llevara a nuestro destino. Con la capucha negra puesta, sintiendo la daga que siempre escondía en una de mis botas de combate y con el estómago aún por el suelo, me giré a echarle un último vistazo a la mansión, desde donde Simone nos miraba por la ventana de su habitación con los brazos cruzados.

Era un hombre de veintinueve años. Se llamaba Diego. Era contrabandista y en un asalto asesinó al anciano dueño de una tienda de gasfitería. Vivía en un sótano maloliente en la capital, a donde llegamos después de un viaje de solo segundos a través del viento, a pesar de hallarse a cientos de kilómetros de distancia. Era un edificio antiguo de cuatro pisos; todas las luces estaban encendidas a excepción de las que provenían del sótano. Yo llevaba la daga y el cofre, que parecían quemarme las manos con su mera presencia. Extrañaba a Simone; era la primera misión que hacíamos sin ella. Antes había soñado tanto con levantar la daga Caballero del Cielo y ahora dudaba de si sería capaz. Mirta también ocupaba mis pensamientos: su mirada cargada de miedo, su correr desesperado, su golpe seco al caer sin vida al pastizal. Y, lo más extraño y odiable de todo, también Gabriel, con sus ojos azules honestos de niño bueno, mintiendo por mí en el comedor de los Deveraux.

Estaba determinada a ser firme de nuevo: este hombre había asesinado a un anciano inocente, con familia, con hijos y nietos. Les vendía drogas a adolescentes y los golpeaba a palos en todo el cuerpo, menos el rostro, cuando no le pagaban lo que le debían. Yo estaba a punto de salvar al mundo de esta alma tan corrupta. ¿Por qué entonces me sentía incómoda, como llevando una piedra en el zapato, como si algo me irritara con la misma constancia con que lo hacía Gabriel?

Liki y Gérard se encargaron del silencio y la visión, haciendo hechizos para que nadie pudiera vernos ni escucharnos. Pensé nuevamente en esa noche, en mis dedos índice y medios moviéndose sin parar... sin parar. Y, aun así, el hechizo se había roto. El sótano tenía el olor de ropa sucia de varios meses, mezclado con varias sustancias ilícitas. Diego dormía intranquilo sobre una cama pequeña, girando el cuerpo de un lado a otro, como si estuviese soñando que lo perseguían.

Pero no estaba solo. A su lado dormía una mujer delgada de cabello rubio teñido, aparentemente más joven que él, un poco mayor que yo. Lo abrazaba con ambas manos, como un pulpo, como si temiera perderlo incluso en sus sueños. Di un paso atrás y me llevé la mano instintivamente a la cicatriz casi invisible en mi nuca. Gérard se percató.

—Respira —me dijo en voz alta, sin miedo a que pudiesen escucharnos, empujándome suavemente por la espalda. La habitación estaba sumida en un silencio maldito, una cápsula perdida en tiempo y espacio, un lugar visitado por los más temidos sirvientes del Diablo. Mis pies

estaban pegados al piso; algo en la posición de los dos, abrazados como en una tela de araña, me tenía congelada. Gérard tuvo que empujarme hacia la cama. «No puedo hacer esto», pensé. Pero tenía que hacerlo.

—Te venimos a buscar, alma del universo... —comencé a recitar con la voz temblorosa—. En esta guerra nos perteneces hoy y siempre, hasta el resto de la eternidad —continué en latín, como solíamos hacerlo. Tres veces dije la frase y entonces Diego abrió los ojos de golpe, como solía suceder, pero esta vez no había miedo, ni sorpresa, sino una luminosa reacción de esperanza.

—¿Mamá? —preguntó.

Por los siete infiernos, mi corazón se estaba cayendo a pedazos. Debía de estar drogado, sin duda, pero la inclinación esperanzada de su voz hizo que algo en mi interior se quebrara. Pensé en mi mamá, Simone, luchando por entrenarme, pero también enseñarme compasión. Mi mamá, que me había protegido cuando el Diablo nos vino a castigar. Mi mamá, que tanto anhelaba que Liki y yo tuviéramos una vida lo más normal posible, a pesar de encontrarnos en este embrollo.

Mi *maman*.

Y mientras Gérard me sostenía la mano temblorosa que agarraba la daga como si temiera que explotara en lava, me ayudaba a clavarla como era debido y los ojos cristalinos y perdidos de Diego seguían mirándome sin miedo, abrí un cajón de mi memoria que no sabía que existía.

Mi primera misión. Como nunca había podido recordar los detalles, había creado en mi mente una imagen de triunfo, una pequeña Estée, de solo seis años, salvando al mundo junto a sus padres. Esa noche, Gérard me había puesto una perfecta capa negra a través de los brazos y me había subido la capucha antes de mirarme con su característica adoración. Mi madre solo miraba desde el costado de su habitación, mordiéndose la uña del dedo índice. Debo admitir que con mi nuevo atuendo me veía un poco aterradora, porque tuve que contenerme para no dar un paso atrás, lejos de mí misma. ¿Era mi idea o acaso mis ojos ya no eran verdes, sino burdeos?

Simone ya me había explicado escuetamente que nuestro trabajo era capturar almas. «Genial», pensé. Capturar almas sonaba similar a recolectar semillas o conchas a la orilla del mar. No estaba segura de qué eran las almas, pero recordaba que en algún cuento Gérard me había explicado que era similar al corazón.

Estaba emocionada y notaba fuertes mis latidos. También estaba asustada, pero Simone siempre me había enseñado a ser fuerte, a concentrarme en mi respiración, por lo que no dije absolutamente nada, incluso cuando el viento nos levantó como si estuviésemos hechos de papel y nos hizo volar sobre el campo abierto hasta aterrizar frente a una casa antigua. No sé por qué, pero su interior olía a anís: lo recuerdo ahora por cómo hizo que me picara la nariz.

Entramos a la casa y nos encaminamos a una habitación con un papel mural floreado. Una anciana dormía sola en su cama, cubierta con varias frazadas; parecía un oso escondido en su cueva. Me pareció divertido, porque era una nueva aventura. Los tres contra el mundo, coleccionando almas. Simone fue la primera en acercarse. Gérard se puso a su lado, dejando una

breve distancia entre ellos y me indicó que me pusiera a los pies de la cama. A mis espaldas se encontraba una cómoda donde descansaban frascos de perfumes y un jarrón con flores marchitas. Nos quedamos en silencio. Gérard seguía embrujando el silencio y la visión, mientras yo intentaba ayudarlo siguiendo sus movimientos, a pesar de comenzar a sentir los dedos acalambrados.

Justo cuando me pregunté qué sucedería ahora, vi cómo Simone elevaba una daga sobre el cuerpo dormido de la anciana y mi propio cuerpo pareció reaccionar antes que mi cabeza, porque dio dos pasos apresurados hacia atrás, golpeando el mueble y botando el jarrón con las flores viejas al suelo, haciéndolo añicos. Caí sobre mi trasero entre la puerta y la cómoda, aferrándome tontamente a esta última como si pudiera ayudarme a olvidar lo que acababa de comprender: Simone iba a matar a esta mujer. Mi mamá le iba a clavar una daga a una anciana que no podía defenderse.

Y luego otra bomba helada me enfrió la sangre: este era el trabajo que hacíamos. Para capturar un alma, primero había que deshacerse del cuerpo.

—¿Estás bien? —Simone me miraba fijamente con seriedad, pero con los ojos un tanto vidriosos. No quería la dureza de mamá; añoraba la mirada dulce de papá y su «panquequito».

—¿Vas a matar a la señora? —susurré. Las palabras me dolieron al salir, como si fueran filosas. El rostro de mamá se compungió tal como si una de esas navajas le hubiese cortado la piel.

—Sí, mi amor. —Sin dudas, sin mentiras, sin bálsamo.

Mi respiración estaba agitada. Sentía el corazón bajo mi capa negra, prenda que de pronto quise quitarme violentamente. Pero algo en mí supo que ya no había vuelta atrás. Hay ciertas cosas que, una vez que suceden, no hay cómo rebobinarlas.

Simone continuaba mirándome con tristeza en sus ojos, intentando ser una muralla firme para poder contenerme, pero quebrándose en pedazos, como una ruina antigua.

—¿Por qué? —le pregunté. *¿Por qué tenemos que matar a esta señora viejita, mamá? ¿Por qué no la podemos dejar dormir? ¿Por qué no podemos volver a la mansión y que los únicos trabajos que ustedes tengan sean en la floristería y en la universidad?*

—Porque eso es lo que hacemos. Ese es nuestro trabajo —respondió Simone con voz resolutiva.

—No quiero que lo hagas —Una súplica mía, una voz entrecortada. Los ojos de Simone ahora se inundaron y se le cortó la voz al responderme.

—Lo sé.

—Tengo miedo. —Las lágrimas me caían como cascadas de deshielo, desesperadas por ser libres, cargadas de tantas emociones que no podía comprender.

—Lo sé, mi amor. —Gérard se acercó y le puso la mano en el hombro, como tantas veces lo vería hacer de ahora en adelante. «No estás sola en esto», decía el gesto. Simone me acarició la mejilla mientras sonría con la fragilidad de un rayo de sol en un día apoderado por las nubes.

—¿No podemos dejarla y marcharnos? —pregunté con un sollozo ahogado.

—No. Esta mujer cometió un crimen.

Mis sollozos se detuvieron brevemente. Recordé los cuentos de Gérard. Los príncipes traicioneros, las brujas malvadas y los embusteros.

—¿Es una villana? —pregunté.

Mi madre me miró fijamente con los ojos vidriosos.

—Algo así. —Me secó las lágrimas y me ayudó a levantarme.

Me escondí tras mi padre mientras Simone clavaba la daga, sintiendo un miedo y una tristeza que jamás había sentido y que rogué no volver a sentir nunca.

Hasta hoy.

CAPÍTULO 31: GABRIEL

Nuevamente me encontré con mamá en la cocina a las siete de la mañana y una vez más di un paso atrás como si hubiese visto un fantasma. La observé por un rato mientras sorbía su café hirviendo, con la mirada perdida, fija en el mesón de la cocina, absolutamente ignorante de mi presencia. Me devolví sobre mis pasos como un ladrón con miedo a ser atrapado y me apoyé contra la pared.

Algo le pasaba a mamá, podía sentirlo, pero no sabía qué. Esto era algo más que estar absorta en su trabajo. La escuché pasearse de un lado a otro en la cocina, como un gato encerrado en un trayecto errático y nervioso, hablando consigo misma y diciendo cosas que yo no comprendía.

Subí al segundo piso, me ajusté los tirantes de la mochila al hombro y entonces me percaté de que no había visto a papá hacía algunos días. Era algo que sucedía de vez en cuando, pero esta vez había algo que me molestaba. Me asomé a la habitación de mis padres como el mismo ladrón furtivo que había huido de la cocina. Era entrometerme en un mundo que no me correspondía, que era ajeno, a pesar de pertenecer a las dos personas más cercanas a mí.

La cama estaba deshecha, pero solo el lado donde solía dormir mamá. El lado de papá estaba frío y ordenado, como si se tuviera miedo de perturbarlo. Abrí la puerta sigilosamente y entré, sintiéndome como una criminal. Había cajas apiladas y sin vaciar; como siempre, libros y ropa las llenaban hasta el tope. Había algo de ropa de papá en las cajas y nada en los armarios, pero eso no era de extrañar: nunca había nada en nuestros armarios. La habitación se sentía fría e indiferente, sin nada que diera indicios de la personalidad de quien o quienes la habitaban. Era como una habitación de hotel barato, decorada sin cariño y solo con las cosas funcionales.

Papá podría haber dormido en el trabajo; tampoco habría sido algo fuera de lo común. Pero presentía algo y no sabía qué era. Sabía que tenía que confiar en mi intuición, pues en múltiples libros había leído la importancia de sintonizar con aquello que advierte cosas, que nos protege, una parte del cerebro que es capaz de unir los puntos de forma más rápida que nuestra conciencia. Por eso volví a bajar y simular que había visto a mamá por primera vez aquel día.

—¡Mamá! Qué sorpresa verte. —Me encaminé a servirme una taza de café con seguridad.

—Gabo. —Mamá intentaba salir de su ensoñación. Tenía mirada de loca. «Ay, no», pensé. «Por favor, no ahora, por favor, no ahora que al fin encontré a alguien que me ve como soy». Pero había algo distinto también en su mirada desquiciada, algo que me supo a triunfo. Algo le estaba torturando sus pensamientos. Llevaba también unas marcadas ojeras que me recordaron por un momento a la señora Deveraux.

—¿Papá sigue en el trabajo? —pregunté sin rodeos. Un segundo. Dos. Tres. Cuatro.

—Tu padre se fue de viaje, Gabo. Solo por unos días. Regresará antes de que alcances a extrañarlo.

Lo más triste de todo es que, si no me lo hubiese dicho y luego papá regresara, podría no haberme dado cuenta de que se había ido de viaje. Nunca nos veíamos, de todas formas. Sin embargo, había algo raro aquí. ¿Por eso mamá llevaba encima de ella este manto de nervios? No era siquiera capaz de mirarme y podía sentir cómo los engranajes de su cerebro giraban sin parar. Papá nunca había salido de viaje. Siempre éramos los tres los que nos movíamos de ciudad en ciudad, de país en país, acogiendo a todos aquellos que pudiesen necesitar la ayuda de mis padres. Su enfermería, su apoyo emocional, sus capacidades difíciles de medir. No había necesidad de un viaje de trabajo. Si necesitábamos viajar, lo hacíamos todos; agarrábamos nuestras pocas pertenencias y partíamos.

Pero no le iba a decir eso a mamá; ya estaba lo suficientemente extraña. Simplemente asentí. Continué observándola, sin que me devolviera la mirada. Se me ocurrió que quizás le gustaría saber que había cenado con los Deveraux, pero no vi necesidad en comentárselo. Parecía no haber nada mal con ellos. Y si la señora Deveraux estaba enferma, quizás querían que los dejaran en paz. Mis padres tenían que aprender a no entrometerse tanto en asuntos ajenos.

Ni siquiera terminé mi café. No me despedí de ella y simplemente me marché, intentando ignorar que este leve gesto de rebeldía parecía no haberle importado lo más mínimo.

CAPÍTULO 32

Me asomé por la ventana a primera hora de la mañana y no me extrañó verlo ahí de pie al final del prado, de espaldas a la mansión Deveraux, observando, quieto como una estatua.

No me sorprendía que estuviese ahí. Es más, lo había supuesto. Después de todo, Damián debía cuidar a los Deveraux y esta había sido una de las peores noches de mi vida. Competía directamente con la noche en que vi a Mirta desangrarse en el pastizal frente a mi mirada atónita.

A eso de las tres de la mañana desperté un tanto mareada y confundida. Mi habitación olía a humo. Lo primero que pensé fue que era otro truco de mi Jefe, similar a cuando la llenó de agua. Me senté en mi cama y el olor era realmente muy tenue; ni siquiera parecía haber sido el responsable de interrumpir mi sueño. Me puse de pie y me asomé al pasillo. Silencio.

Caminé como sonámbula, sin saber dónde debía ir, intentando identificar de dónde venía el olor a humo. De pronto, vi cómo caía en cascada desde la vieja puerta cerrada que daba al ático. Corrí lo más rápido que pude a abrirla y fui recibida por las llamas. Me tomó unos segundos percatarme que Simone ya estaba en el interior recitando encantamientos para apagar el infierno.

—¡Mamá! —grité simplemente, porque no supe qué diablos decir en una ocasión como esta.

Simone se giró hacia mí con el rostro ceniciento y confundido, como si no pudiese creer que me encontraba ahí. Sentía el calor vivo sobre mi piel, varias de las llamas incluso rozándome, pero sin herirme. Era imposible que el fuego les hiciera daño a los Deveraux. A lo que sí le estaba haciendo daño era a todo lo demás: las cajas amontonadas que guardaban toda la historia familiar se habían convertido en la más grande fogata. Simone no perdió el tiempo; desde donde se encontraba me enseñó a girar los dedos de cierta forma y a repetir el hechizo *cessabit ignis flammae* para ayudarla.

Y así estuvimos por la próxima media hora, encantando las llamas hasta que estas se aburrieron y se apagaron, dejando todo el ático en cenizas. Me senté al lado de Simone, agotada.

—¿Qué demonios...? —empecé.

—Liki —dijo mamá sencillamente. Debí de abrir la boca como un pez fuera del agua. Sabía perfectamente que mi hermana tenía una afición por el fuego y por crear pequeñas fogatas, pero no con quemar nuestra mansión completa. Me quedé mirando a Simone en estado de *shock*, pero ella simplemente se quitó algunas cenizas del rostro y continuó mirando el desastre que habían dejado las llamas.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿Liki? —¿Por qué demonios Simone no me estaba explicando más

cosas? ¿Suponía que su respuesta era la explicación completa? «Ah, Liki, perfecto». Y entonces caí en la cuenta—: No es la primera vez, ¿cierto?

Simone sonrió débilmente.

—No. Ya van un par de veces. Suele hacerlo en periodos de mucho estrés.

Mi Liki, mi hermana menor, estresada porque el Diablo se llevó a su madre para castigarla sin saber cómo. Nunca había entendido lo que significaba sentir el corazón roto, pero creo que en ese minuto lo hice. Liki, que en solo unos años nos olvidaría para siempre. En ese momento, pensé que esta era la forma «compasiva» que nuestro Jefe tenía para dejar vivir a los Deveraux más jóvenes. Porque los mayores... No quería ni pensarlo.

—Nunca me di cuenta —dije constatando lo obvio.

—No. Nunca te has despertado cuando ocurría y no hallamos la necesidad de contártelo. Siempre soy capaz de controlarlo. Por la mañana todo esto estará intacto, ¿sabes? Nada de qué preocuparse.

Como si nada hubiese pasado. Como si mi hermana pequeña no estuviese sufriendo en silencio.

—Simone...

—No me digas Simone.

—Fui a ver a Delphine.

Mamá me miró con determinación, pero sin sorpresa.

—Lo sé. Damián me lo dijo.

Maldito Damián. ¿Acaso estaba observándome en cada momento? ¿Nos había visto a Gabriel y a mí en su camioneta conversando? Mi estómago se hundió.

—¿La extrañas?

—Mucho. A veces la voy a ver. Me paseo por su calle a ver si me la encuentro saliendo de su casa. Me calma saber que está bien, que está sana y que puede llevar una vida normal. Es un privilegio, Estée, un regalo.

Silencio. Noté cómo algunas cajas ya estaban dejando de lado el color gris para retornar a su tono café. Me pregunté si Liki lo hacía precisamente por eso: como nada podía dañarse sin remedio, ni siquiera nuestros cuerpos, dejaba que las llamas corrieran libres en un desesperado intento de libertad.

—Deja de buscar cosas, Estée —me dijo de pronto, y pegué un pequeño brinco—. Sé que esa es la razón por la que fuiste a visitarla. Olvídalo. Podemos seguir con esta vida tal como estamos. Y ahora que estás *viendo* de verdad, que dejaste de lado esa obsesión que tenías con Él y con nuestro trabajo, te prometo que puedes tener una vida feliz.

No dudaba de Simone. Sabía que nosotros y sus flores *éramos* su felicidad, ¿pero era realmente suficiente? Sus palabras no dejaron de resultarme ensayadas.

—La última vez que Damián intentó que los Deveraux rompieran la maldición, todo salió horrible.

Fue muy extraño escuchar a Simone hablar de la maldición. Pero fue otro dato el que se quedó conmigo.

—¿La última vez? —¿Ya lo habían intentado antes? ¿Damián? Mi mente comenzó a girar.

—Solo prométeme que seguirás viviendo tu vida, Estée. Olvídate de todo lo demás. Estudia, haz amigos, pasa más tiempo con ese niño, Gabriel, que es tan agradable.

Argh, Gabriel. Asentí de mala gana.

Y tras esa noche en que apenas dormí, ver a Damián en la distancia mirando hacia la mansión me generó una extraña mezcla de emociones. Tenía que comprobar si por lo menos él me daría más información que Simone. Al cabo de unos minutos, estaba llegando a su lado y él no parecía haberse movido ni un solo centímetro.

—Tus diarios son una mierda, Damián —le dije sin rodeos. Al menos tuvo la decencia de encogerse de hombros. Sabía que referirme con esa rabia a Pascale tendría algún efecto en él. Después de todo, estaba maldito y debía amarla por el resto de la eternidad, ¿no?

No a mí. A Pascale. Todo lo que hubo entre los dos había sido imaginación mía o un juego muy cruel de él.

—Doy por hecho que no te sirvieron —dijo relajado, como si no pudiera importarle menos mi opinión sobre ellos.

—No entiendo por qué querías que los leyera.

—Estás a solo unos pocos pasos de ser la cabeza de los Deveraux, por lo que pensé que te gustaría saber más de la historia de la familia.

El viento helado me calaba los huesos. El otoño se había transformado en invierno antes de que pudiese darme cuenta, y las nubes negras a la distancia anunciaban una tormenta feroz. Añoraba un chocolate caliente antes de ir a la miserable escuela, en vez de estar enfrentándome a aquel demonio que había perdido el título de mi mejor amigo.

—¿No te provoca un poco de... rabia? —dijo de pronto. Su pregunta me hizo poner un gesto confundido, como si hubiese chupado un limón.

—¿Rabia? Por supuesto que me da rabia, Damián, pero no la historia de mis tataratataratatar-abuelas. Me da rabia que me hayas hecho perder el tiempo leyendo estos diarios inútiles que no dicen nada sobre cómo romper...

Un segundo. ¿Estaba la lealtad de Damián con los Deveraux o con el Diablo? Por un lado, estaba destinado a amar a Pascale por la eternidad. Por el otro, le había revelado a Simone mi primera misión independiente. ¿Pero quizás lo había hecho porque quería protegerme?

Su mirada se volcó hacia mí con el brillo de un depredador hambriento.

—Romper... ¿la maldición?

Damián se veía demasiado dichoso con este pedazo de información, al igual que un niño con

una paleta de dulce. Esbozó una sonrisa chueca, viéndose irresistiblemente guapo mientras el viento helado le despeinaba los cabellos con estilo. No como a mí, que a estas alturas parecía un león.

—Si hay algo claro, princesa, es que siempre sabes sorprenderme.

No tenía idea de por qué me estaba diciendo eso, pero como ya le había dicho la verdad decidí continuar.

—Tú sabes cómo romperla, ¿cierto? Lo intentaste una vez.

Damián volvió a sonreír, aparentemente fascinado con lo que yo quería hacer.

—Yo pensé que sentirías rabia, ¿sabes? Por cuán injusta fue Carassa con Pascale. Un poco como lo está siendo tu mamá contigo ahora...

—Simone no está siendo injusta, Damián, y lo sabes. Lo único es que no quiere apresurar las cosas.

Damián me miró como un halcón, evaluándome de pies a cabeza.

—No puedo decirte cómo romper la maldición, princesa.

—Pero sabes cómo hacerlo.

—Algo así.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que tengo una idea, pero no estoy completamente seguro. Nadie lo está, porque Él nunca lo ha dicho.

Respiré profundo, tragándome la oscura decepción.

—Bien. Y esta idea, ¿cuál es?

—No puedo decírtela.

Mis instintos asesinos regresaron con fuerza. No estaba segura de si Damián estaba jugando conmigo, pero no parecía estarlo.

—Damián, por favor. Es la única forma que tengo de ayudar a mi familia —le rogué.

—Durante los siglos, los Deveraux han sido... —De pronto sus labios se sellaron por completo. Ahogué una exclamación de sorpresa y luego tuve que esperar alrededor de un minuto en silencio hasta que Damián pudo volver a abrir la boca—. Créeme, si pudiera, te lo habría dicho hace mucho tiempo, porque sabía que estarías de acuerdo conmigo.

—¿De acuerdo contigo en qué?

—En que hay que romper la maldición.

—Pero si hace solo minutos te tomé completamente por sorpresa cuando te lo dije.

Damián guardó silencio.

—Lo importante es que sepas que habría compartido contigo esta información de poder hacerlo.

—¿Y qué hago ahora? Ni tú ni Simone ni nadie quiere decirme nada.

Damián asintió.

—Puedes esperar a cuando te entreguen el legado. Cuando seas oficialmente la cabeza de la

familia, tendrán que contártelo todo.

No puedo esperar hasta entonces. Era algo que sabía con tal nivel de certeza que inmediatamente deseché la opción. Ser la heredera significaba que a mis padres ya se los habría llevado el Diablo y que Liki habrá olvidado quién era realmente. Era un riesgo demasiado grande como para siquiera evaluarlo.

—Además de los diarios, no sé cómo más ayudarte, princesa —dijo Damián y por su entonación pude sentir, por lo menos, que lo decepcionaba no poder ayudarme más.

Llegué a la escuela con un solo objetivo en mente: leer todos los libros de la biblioteca que pudiesen tener alguna mención sobre nosotros: los ayudantes del Diablo que capturan almas para él. Iba a hacer un perfecto uso de la excusa de mi proyecto para encontrar algo que me guiara en la dirección de nuestra salvación.

Las páginas de Pascale no me habían ayudado en lo que realmente importaba. Sí me gustaba levemente saber sobre el pasado de Damián y su relación con Pascale, cosa no me provocaba tantos celos como me hubiese esperado. Entré al aula de mi primera clase esperando encontrarme con Gabriel; se había vuelto pan de cada día verlo leyendo o escribiendo, aparentemente escondiéndose de los esperpentos de la escuela. Odiaba que estuviera ahí; después de todo, este era mi tiempo y mi espacio de paz, pero verlo esta mañana se sintió un tanto como un alivio. Me mordí los labios cuando casi se me salió un «hola».

Me senté a su lado y comencé a leer mi propio libro. Gabriel me miraba de reojo, fijo en la misma página por más de cinco minutos.

—Por favor, ¿puedes dejar de pretender que estás leyendo? —le dije al cabo de un rato.

—Podría si conversaras conmigo. —Su respuesta fue rápida y ni siquiera intentó defenderse de mi acusación. Me estaba mirando, como siempre, pero esta vez con el rostro muy serio; tanto así, que apenas lo reconocí. ¿Acaso la pulga se dignaba a estar enojado conmigo? Por los siete infiernos, ¿y por qué? ¿Porque no me había despedido con un beso anoche? ¿Porque no le había dicho lo *fantástico* que era por haberme llevado hasta Delphine?

—No tengo nada de qué conversar contigo —le dije muy brusca, para que le quedara claro que no iba a caer en su juego.

—Está bien, si quieres yo empiezo.

¿Estaba bromeando?

—Disfruté mucho la cena con tu familia anoche. —No estaba enojado. O al menos no estaba enojado conmigo. O quizás el señor perfecto no podía enojarse; iba en contra de su naturaleza.

—Mí papá es un gran cocinero.

—Lo es.

Silencio incómodo.

—¿Terminó ya tu conversación?

—No. Quiero saber por qué te esfuerzas en ser tan antipática conmigo.

¡¿Me estaba hablando en serio?!

—Lo único que he hecho es intentar agradarte. Me callo cuando me lo pides, soporto tu mala onda, te conduje kilómetros de distancia ida y vuelta porque me lo pediste, mentí por ti frente a tu mamá, que a propósito es mucho más simpática que tú, y, aun así, no puedes mantener ni una simple maldita conversación conmigo.

—¡¿Y por qué demonios tendría que ser simpática contigo?! Desde el comienzo te aclaré que no me interesaba ser tu amiga ni que te sentaras junto a mí y lo único que has hecho es seguirme como un perro herido. Todos en esta escuela, y te lo repito, todos, estarían felices de que les prestaras, aunque fuera, un segundo de atención. Pero no, no puedes soportar que haya una sola persona que no te adore, por lo que andas pegado a mí como una insoportable sombra durante todo el día. Ayer estaba dispuesta a pagarte por tu servicio de llevarme hasta donde necesitaba ir, pero no, tú eres el que sigue intentando convencerse de que podemos ser amigos. No voy a ser simpática contigo porque tú me lo pidas, Gabriel. Me imagino que, a estas alturas, ya tendría que ser simpática contigo, ¿cierto? Después de todo, tú te has comportado como un todo caballero y yo debería ser una niña bien portada, ¿cierto? Porque, si no me interesa tu cercanía ni tu amistad, ¿entonces soy una perra, no es así?

Gabriel me miró fijamente, inexpresivo, respirando visiblemente, como un toro enfurecido. Pero no estaba segura de si era rabia lo que veía ahí. Le sostuve la mirada desafiante, preparada para cualquier ataque que me pudiera lanzar: decirme que estaba loca, que cuál era mi problema, que me merecía estar sola y bla, bla, bla. Pero, en vez de eso, me tomó absolutamente por sorpresa cuando me dijo:

—Lo siento. —Y bajó la mirada. No supe qué decir. ¿Qué se supone que uno debe decir en casos como estos? Simplemente asentí una vez con brusquedad en un afán de seguir proyectando seguridad y que no supiera que me había tomado por sorpresa. Había estado lista para la guerra, no la paz.

Ambos regresamos a nuestras lecturas. Y me pillé siendo ahora yo la de las miradas furtivas, fijándome en cómo Gabriel parecía más apagado de lo normal, sin tantas ganas de reírse de mí o hacerme preguntas. Pensé en preguntarle qué le sucedía, pero, como se lanzaría sin lugar a duda en un monólogo eterno y detallado de lo que fuese que lo estaba molestando, me contuve. Ya tenía suficiente con mis propios problemas. Continué leyendo uno de los libros que me había prestado Zacharías Solís, buscando desesperadamente algo que arrojara luz sobre nosotros, los Deveraux.

—Ha sido la primera vez que me has llamado por mi nombre —me sorprendió de pronto diciendo. Estaba sonriendo de nuevo, por lo que no pude evitar pensar que Gabriel era bastante más resiliente de lo que yo pensaba. Algo le dolía, pero eso no significaba que se olvidara de quién era realmente.

Tampoco pude evitar sonreír. Era cierto y le permití quedarse con ese pequeño triunfo. Pero luego dijo lo siguiente:

—Y tienes razón. Desde el principio me dejaste claro que no querías tener nada que ver contigo y yo he sido el que te ha insistido. De verdad, lo siento.

Y volvió a su lectura como un perrito herido. Con la excepción de que esta vez sentí un mínimo, minúsculo, remordimiento.

Perdí la cuenta de la cantidad de libros que revisé aquel día. Capítulo tras capítulo, volumen tras volumen, marcando cualquier pasaje que quizás pudiera decirme algo sobre nuestra maldición. Pero nada. Había mucha información sobre ángeles caídos que alguna vez pertenecieron al paraíso y que por una mala decisión terminaron en el infierno y sobre cómo seducían a las personas buenas a caer en la tentación y el pecado.

En la clase de historia esperé a que todos los esperpentos abandonaran la sala antes de acercarme a la mesa de Zacharías Solís. Se veía exactamente igual a cuando lo conocí: suéter verde con todo el estilo de una tienda de segunda mano, pelo revoloteado como si no supiera lo que era una peineta y una sonrisa débil.

—Estée Deveraux —me saludó extrañamente, como si practicara recordar mi nombre—. ¿En qué te puedo ayudar? —Mi mirada se ladeó de forma automática para fijarme en que Gabriel acababa de abandonar la sala.

—Tengo una duda sobre el proyecto... —empecé. Abrí mi cuaderno repleto de anotaciones y el último libro que me había leído de tapa a tapa en busca de alguna mención sobre una familia maldita que trabajara para el Diablo. Todo en vano. Y ahora me estaba acercando a este hombre apolillado con la esperanza de que pudiera darme algo de luz, por más diminuta que fuera, sobre el pasado de mi familia. Aceptaría lo que fuera, minúsculas luciérnagas, de ser necesario. *Pero, por favor, Zacharías, por favor, por favor, por favor, dime que tienes algo en esa enorme colección de libros en tu casa que habla sobre una familia maldita.*

—He estado investigando sobre los que trabajan para la figura del mal, que en la mayoría de las culturas es un personaje específico conocido como el Diablo. Hay varios textos que se refieren a él como un ser único que no necesita ayuda, porque puede estar en muchos lados a la vez. Pero hay otros libros que hablan de sus ayudantes... —No sabía cómo continuar sin agarrarlo de los hombros y gritarle: «¡Dime qué sabes sobre una familia que trabaja para él!».

—Claro, claro —dijo él repasando rápidamente las anotaciones en mi cuaderno, que habían sido cuidadosamente editadas para no parecer más que una chica muy estudiosa y comprometida con sus tareas. —En parte de lo que yo he estudiado me he topado con algún ayudante del Diablo. Normalmente son almas malditas que están unidas a él por la eternidad y cuyo trabajo es tentar a las personas a caer en todo lo malo.

Exacto, como Damián. Pero nosotros no éramos como Damián. Me agradaba mucho de Zacharías Solís su visión más amplia de la historia y las culturas; no se cerraba solamente a la religión católica, que era lo que gran parte de este pueblo seguía. Yo era esclava de un personaje extraño que sabía que era el demonio, pero que no pertenecía a ninguna religión en específico. Pertenecía al hombre. Mi Jefe pertenecía a toda la humanidad.

Pero mi familia no andaba por ahí tentando a las personas, como Damián. No les susurrábamos ideas malignas al oído, no los inducíamos a endeudarse, a engañar, a mentir, a robar y a matar. Eso lo hacían por sí solas. Nosotros bien podríamos ser almas malditas (nombre que sonaba mucho más *cool* de lo que me atrevía a admitir), pero en ese caso no envejeceríamos. Seríamos como Damián, haciendo quién sabe qué cosa para mi Jefe. Pero no era así. Éramos mortales y moriríamos cuando nuestro Jefe lo viera necesario o, en otras palabras, cuando hubiera una nueva cabeza de familia.

—Claro, claro —dije yo imitándolo simplemente porque me causaba gracia—. Pero me preguntaba si quizás no habría *otro tipo* de ayudantes.

Zacharías Solís me miró a través de sus lentes con una mezcla de confusión y curiosidad. No quería tener que decirlo. No podía poner a mi familia en riesgo, aunque fuera frente a este soso profesor de historia.

—¿Otro tipo? ¿Cómo qué?

Usa tu imaginación, Zacharías Solís; cualquier otro tipo que no sean almas malditas independientes que vagan por sí solas haciéndoles la vida miserable a los seres humanos.

—Bueno..., también he leído sobre la búsqueda de las almas.

—Ah, por supuesto. La guerra eterna por las almas —dijo quitándose las gafas y restregándose los ojos como si estuviese terminando un día agotador. Mi corazón se aceleró—. El Diablo las quiere, Dios las quiere y viven en una constante batalla por ellas. Me imagino que los ayudantes del Diablo interceden aquí en ayudarlo a que más almas se vayan por el camino del mal y así puedan pertenecerle a él.

Eso me sonó escalofriantemente cercano a lo que hacíamos nosotros. Una batalla por las almas. Las capturábamos para que así el Diablo tuviera más de ellas.

—Pero ten cuidado con desviar mucho tu investigación, Estée. Tu objeto de análisis es el concepto del bien y el mal a través de la historia, y cómo la humanidad ha necesitado personificarlos de alguna manera —dijo Zacharías Solís, aparentemente perdiendo interés en la conversación.

—Es que se vincula directamente —dije con un nivel de pasión que me sorprendió a mí misma—. La forma en que el Diablo se acerca a las personas, ya sea con ayudantes o directamente, influye en cómo las personas viven su vida, a qué le temen, en qué se andan con cuidado y con cuánto se atreven.

Una mentira, claro está. Pero al menos logré que Zacharías Solís asintiera levemente

interesado. Ahora que lo había visto más estaba segura de que este hombre se asemejaba a un muerto viviente: su cuerpo aquí, su mente en una galaxia lejana.

—Es cierto, propones una idea interesante.

—Por eso quiero saber quiénes son esos ayudantes que acechan a las personas, que capturan sus almas cuando menos se lo esperan. Quiero que ellos sepan a qué deben temer.

—A qué *debemos*.

—¿Cómo?

—Querrás decir a qué *debemos* temerle.

Y no sé por qué, en ese momento, esa simple clarificación me puso la piel de gallina.

De pronto, un aroma muy fuerte a café me entró por la nariz y despertó mi cerebro, hambriento de energía. Abrí los ojos de golpe, levanté la cabeza y por varios segundos no supe dónde me encontraba. Libros, muchos libros. Libros abiertos en la mesa frente a mí, una laguna de saliva sobre uno de ellos, desde donde acababa de levantar la cabeza. Dolor de cabeza. Por los siete infiernos, realmente necesitaba poder dormir más. Ya llevaba tantos días sin dormir bien que había perdido la cuenta. Los días se mezclaban con las noches, las misiones me resultaban todas iguales, la comida había perdido su sabor y ni siquiera un chocolate caliente con bombones era capaz de subirme el ánimo. Estaba en la biblioteca, donde viviría hoy y siempre hasta hallar cómo romper la maldición de los Deveraux, en la tarde de estudio con Gabriel, que leía absorto y sin mirarme. Demonios, realmente necesitaba dejar de quedarme dormida frente a él.

El aroma fuerte a café provenía de un vaso de plumavit frente a mis libros.

—¿Qué es esto? —pregunté con voz de ultratumba.

—Un café —respondió sin mirarme.

—Sé que es un café —dije apretando los dientes. *Cuenta hasta diez. O tres. O por lo menos uno*—. Lo que no entiendo es por qué está aquí frente a mí, cuando es tuyo.

—Pensé que lo necesitabas más que yo.

—¡Ja! ¿Y por qué pensarías semejante estupidez?

—Porque los últimos dos días te has quedado dormida de la nada.

Tenía algo de razón. Seguía leyendo muy concentrado, con el ceño levemente fruncido y los ojos azul mar un tanto apagados. «¿Qué te pasa, Gabriel?», pregunté en mi mente con genuina preocupación, cosa que me tomó tan, tan de sorpresa que agarré el café en un gesto violento y bebí un sorbo. Claro que lo necesitaba más que él, lo necesitaba más que toda la escuela y todo el pueblo de Puerto Umbra.

—¡Puaj! —dije tragando el café con aparente dificultad.

—¿Qué pasa? —preguntó la pulga impávida, como un padre aburrido de las exageraciones de su hija de tres años.

—Está asquerosamente dulce. —Más bien, «deliciosamente dulce». Era el mejor café que había bebido desde hacía varios días, desde que intenté bajar el azúcar pensando que su exceso era el culpable de mis noches de sueños intranquilos. No era eso. La rabia que sentía era la que no me dejaba dormir. La rabia y la impotencia. El café estaba perfecto, pero no había necesidad de decírselo a Gabriel.

—Bueno, eso te ayudará más a despertar —dijo, y regresó a su lectura. Gabriel seguía con su comportamiento extraño, como si algo lo estuviese torturando. Parecía que ambos estábamos enfrentando nuestros propios demonios. En mi caso, literalmente. Miré a lo lejos, hacia los ventanales que daban al exterior y vi cómo la lluvia caía implacable. Tomé otro sorbo de café. Gabriel seguía leyendo y tomando notas en un cuaderno. El libro que lo tenía tan absorto era *Más allá del bien y del mal*, de Friedrich Nietzsche.

—¿Cuál es tu tema para el proyecto? —le pregunté masajeándome las sientes. Por los siete infiernos, era la primera vez en la vida que me veía afectada por tantas jaquecas. Los Deveraux jamás sufríamos dolores mundanos. ¿Por qué ahora? ¿Qué había cambiado en mí?

Gabriel levantó la vista, pero no me miró como si mi pregunta significara un triunfo para él o como si lo hiciera enojar. Después de todo, éramos compañeros de trabajo y ya me lo había mencionado en más de una ocasión. Simplemente, yo era incapaz de recordarlo. Además, la idea del proyecto en conjunto era encontrar concordancias y enseñanzas en la comparación de ambos temas. Pero Gabriel no reflejó ninguna emoción, entrecerró su libro y me dijo su tema como si fuésemos los mejores amigos:

—La necesidad del ser humano de creer en algo a lo largo de la historia.

—¿Creer en algo? Algo como... ¿creer en las hadas?

—No. Más bien creer en algo superior a ellos, un dios, alguien que los guía, que los protege, que les dice qué hacer. Creer también en que hay algo después de la muerte, que nuestra existencia tiene un significado más allá de ser un proyecto de la naturaleza.

—¿Tú crees que tu existencia tiene significado? —Mi pregunta sonó más cruel de lo que había previsto. Gabriel sonrió débilmente en comparación a días anteriores, cuando su rostro parecía iluminarse al entablar conversación conmigo.

—No lo sé. Pero sí sé que yo puedo darle un significado. Quizás no tiene ningún propósito el que yo haya nacido en este tiempo, a nadie le importa, pero yo puedo hacer que importe. Puedo ser feliz, primero que todo, buscar las formas de entregar al mundo cosas buenas, alegrar a otros, inspirar a otros a través de lo que yo hago... Puedo amar incondicionalmente, perdonar, aprender, crecer, cuestionarme, evolucionar. Y entonces para mí tendrá sentido, aunque solo sea un accidente cósmico.

—Ajá. —Realmente no sabía cómo responder a sus palabras emocionadas, además de quedarme pegada con eso de «amar incondicionalmente»—. A mí me parece que tienes demasiada fe en la humanidad —le dije y, de pronto, me sentí derrotada y muy perdida.

Pensé en Pascale y en el dolor que debió de significar para ella que condenaran a su madre como bruja, en la pena que sentía Simone cada vez que capturaba un alma, en todas las Deveraux que habían venido antes que yo, que se habían cuestionado su trabajo, dudado o, incluso tal vez, tratado de huir en vano. En cambio, Gabriel creía en personas inspiradas que podían hacer del mundo un lugar mejor solo siendo fieles a ellos mismos y entregando lo mejor de sí. Sonaba demasiado bueno para ser real. Sonaba como algo que alguien pudiera creer si no hubiese visto tanta maldad.

—¿Pero es que, si no la tenemos, cuál es el punto?

—Eh... ¿ser realistas?

—No existe tal cosa como ser realista.

—¿Cómo que no?

—Claro que no, Estée. Es todo subjetivo. ¿Cuál es tu visión de ser realista?

—Que el mundo está lleno de maldad, injusticia y dolor, y todo lo malo del ser humano está siempre a un segundo de darse a conocer —dije sin pensarlo.

—Mi visión del mundo es todo lo contrario. Es que está lleno de amor, sueños y bondad, y que lo bueno del ser humano está siempre a flor de piel y puede reflejarse incluso en las circunstancias más extremas.

—Suenas como un *hippie* —le dije agarrándome la cabeza. Gabriel rio.

—Quizás. ¿Pero lo ves? Tu visión de realista es absolutamente contraria a la mía, porque es subjetiva. Porque vemos lo que preferimos ver. Yo no estoy diciendo que sea ciego o estúpido y no vea las cosas terribles que suceden a diario, pero escojo creer en lo bueno. Escojo tener esperanza.

—El que yo escoja creer en lo bueno no significa que lo malo deje de suceder. —No podía dejar de suceder, porque en parte yo era quien lo provocaba. Yo me llevaba las almas de aquellos que habían osado coquetear con el mal.

—No —dijo Gabriel muy serio—. Pero yo no podría ser feliz pensando que no tenemos escapatoria de lo malo.

—¿Tú crees que hay personas buenas y malas? —pregunté.

—¿Lo preguntas por tu tema de proyecto? ¿El bien y el mal a lo largo de la historia? —Por supuesto que Gabriel conocía perfectamente mi tema, no era nada de extrañar.

—Supongo que sí —le dije molesta, moviendo la mano como espantando a una mosca. Mi dolor de cabeza solo estaba un poco más llevadero.

—No —dijo rotundamente. Lo miré con curiosidad. Era todo lo que yo me había estado cuestionando, ¿no? Si efectivamente había personas malas, entonces el trabajo que hacíamos los Deveraux no era cruel, era necesario. Pero, si tal como afirmaba esta pulga molesta, no existía tal cosa, entonces los límites eran muchísimo más difusos. ¿Nos hacía eso a nosotros los malos?

—Creo que solo hay personas. Ni buenas ni malas. Todos tenemos la capacidad de hacer algo

bueno o malo, considerando que muchas de esas cosas también son relativas.

—Pero si una de esas personas hace algo malo entonces es una mala persona —insistí, tratando de calmar la aprehensión que sentía en mi corazón desde que vi a Simone matar a Mirta.

—Dime algo, ¿si tu mamá hiciera algo malo se convertiría para ti en una mala persona? —Me recorrió un escalofrío al escucharlo hablar justamente de Simone.

—Nunca —respondí defensora de mi madre.

—Porque es tu mamá, porque la amas. No podrías aceptar que hubiese maldad en ella, lo catalogarías como un error... —*O una obligación parte de una maldición*—. Y, por Dios, lo que hacemos por amor, Estée.

Mi cuerpo, que había estado casi cayéndose sobre la mesa lánguido y desarmado, de pronto se enderezó como si le hubiese llegado un rayo. Y bebí otro sorbo de café.

—¿Qué con eso?

—Que sentimos que lo que hacemos en base al amor está perdonado. Aunque sea algo terrible, aunque sea matar a alguien; si lo hacemos por defender a quien amamos entonces está bien, ¿no?

Por supuesto que está bien, pero Gabriel lo hacía sonar como que no era algo obvio. Me estaba hartando ya su charla de ética.

—Pareces un psicólogo. O un filósofo. O algo así.

—Gracias, eso es precisamente lo que quiero ser.

—¿Un algo así? —Mi broma fue tan mala que lo lamenté apenas la dije, pero Gabriel simplemente sonrió.

—Un psicólogo, eso es lo que quiero estudiar.

La lluvia se había intensificado. Gabriel continuó leyendo, pero yo no podía concentrarme en una palabra más. Había revisado por lo menos una decena de libros hoy y mi investigación no iba muy bien. No lograba encontrar nada en los libros que me fuera de real ayuda. Debí haber sabido que Zacharías Solís, por más que llevara atuendo de profesor de historia, no sería capaz de guiarme más allá de lo que habían hecho los diez libros que ya había devorado. No existía ninguna noción de nosotros, ninguna mera mención de una familia sirviendo al Diablo. Mi corazón estaba por el piso. No había escapatoria. Tendría que hacer esto por el resto de mi vida. Sola. Mis padres se irían, ¿adónde? No quería ni pensarlo. Liki me olvidaría, ¿cierto? Tal como Delphine olvidó todo lo relacionado a los Deveraux.

Cuando dieron las seis y media me levanté rápidamente, llené mi mochila de libros y me despedí de Gabriel antes de que se ofreciera a llevarme a mi casa. Afuera, el cielo se estaba cayendo. La lluvia era tan estruendosa que hasta mis pensamientos me parecieron demasiado bajos. Me cobijé bajo un techo de la escuela, al costado de la biblioteca, y me senté. No tenía ganas de volver a casa, no me sentía capaz de cumplir otra misión, ni ahora, ni nunca. Quería ser solo un poco más normal. Solo un poco. Nunca quise ser como alguno de los esperpentos que me rodeaban a diario, pero quizás ser un poco como Gabriel, con tanta esperanza, con esa capacidad

de ver las cosas más lindas. Demonios, cuánto me había marcado ver tanto odio, tanta violencia y tanta maldad en mis cortos diecisiete años de vida. Nunca lo había pensado hasta que escuché a Gabriel hablar. Para él debía de ser fácil creer en lo bueno, habiendo visto tan poco sufrimiento. ¿Pero yo? Hombres que abusaban de mujeres, mujeres que abusaban de hombres, violencia, mentiras, discriminación, odio, muerte... Por los siete infiernos, me sentía tan pequeña.

Recordé cuando solía sentirme inmortal, cuando pedaleaba hasta la mansión como un rayo, sin miedo, porque sabía que nada podía sucederme realmente. Si uno de los automovilistas llegaba a chocarme, me elevaría por los cielos, caería con toda la fuerza de la gravedad sobre la grava mojada..., pero no me quedaría ni un rasguño. Me levantaría como un muerto viviente frente a las atónitas miradas de los transeúntes y probablemente le rompería la nariz al estúpido que me golpeó. Era extraña esta sensación de inmortalidad. Sabía que estaba protegida: las heridas se cerraban en cosa de minutos, no conocíamos el dolor y ninguna enfermedad podía alcanzarnos. Nos hallábamos detrás de una cortina de cristal, donde ningún dedo enfermizo podía llegar a tocarnos.

CAPÍTULO 33: GABRIEL

Pensé que ya se habría ido, que estaría pedaleando bajo esa lluvia temible en su bicicleta roja, probablemente mucho más valiente de lo que yo jamás podría ser. Pero no. Estaba sentada en una banca bajo un pequeño techo, con la capucha de su parka puesta sobre la cabeza y las manos en los bolsillos. Y mi corazón se aceleró. Mi poderosa Estée estaba sufriendo y no sabía qué hacer por ella. También me ordené a mí mismo nunca más pensar en ella como si me perteneciera.

Me senté a su lado sabiendo el riesgo que corría y que era capaz de ladrarme para que me fuera lejos de allí. Pero se quedó quieta.

—¿Te ha sucedido alguna vez que todo lo que pensabas conocer cambia? —me preguntó de pronto con una voz cristalina, como optando conscientemente por dejar de lado toda su dureza. Me cuestioné si acaso yo había acertado y su dolor encontraba sus orígenes en una enfermedad en su madre.

—Sí —le dije con absoluta certeza. Mi mundo había cambiado muchas veces, cada vez que nos mudábamos, y solo esta mañana mi existencia había dado un vuelco incluso mayor al plantearme por primera vez el hecho de que quizás mi padre nos hubiese abandonado.

Estée se giró hacia mí. Había tan poca distancia entre nosotros que pensé que podría abrazarme, pero luego recordé que se trataba de Estée Deveraux. Sin embargo, su mirada estaba suave, libre de las pantallas que había aprendido a identificar. Era como si por primera vez me hablara no para provocarme, no en busca de contestar algo astuto que me hiciera callar. Estaba derretida sobre la banca, una forma de sentarse que también había aprendido a identificar, me miraba hacia arriba, con sus enormes ojos verdes aparentemente agradecidos de que yo también sintiese lo que le estaba pasando.

—¿Y qué has hecho al respecto?

—Adaptarme. Pensar que las cosas, cuando cambian, son siempre caos en el comienzo, pero con el tiempo se empiezan a ordenar y posiblemente será para mejor.

Silencio.

—¿Eso sonó muy *hippie*? ¿O muy psicólogo, filósofo o algo así? —Estée rio y fue un hermoso sonido al que no pude evitar unirme. La lluvia continuaba cayendo despiadada, como si quisiera mantenernos aquí, en esta burbuja.

—Sonó realista —dijo. Y como no supe si se estaba burlando de mí o no, la miré solo para

encontrármela riéndose aún más—. Eres un ser humano bastante decente, Gabriel —me dijo, una vez que se volvió seria de nuevo.

—Eso es un gran halago, poderosa Estée —le dije, mínimamente extrañado por su uso de «ser humano». A Estée se le evaporó la sonrisa.

—No soy poderosa.

—Yo creo que eres mucho más poderosa de lo que crees.

—Y yo creo que tú eres mucho más irritante de lo que crees —dijo en su característico tono cruel, pero esta vez no había un verdadero intento por meterse bajo mi piel. Estaba sonriendo, mirando la lluvia con un deje de resignación.

Me había pasado todo el día pensando en papá. No podía creer que realmente nos hubiese dejado, pero era lo único que tenía sentido. Su falta de pertenencias, no haberlo visto desde que habíamos llegado, la ausencia de notas dedicadas a mí... ¿Sería capaz de abandonarme? ¿Se habría peleado con mamá? Había pensado muchas veces que mis padres serían más felices divorciados, que no tenían nada en común aparte del compromiso por su trabajo. Por un lado, me alegraba pensar que mamá y papá tendrían nuevas oportunidades. ¿Pero partir así sin más? ¿Sin despedirse? No me imaginaba a mamá inventándose un cuento de un viaje, cuando sabía perfectamente que no era así. A excepción de que quizás ni ella lo supiera...

Estar con Estée me calmaba y me hacía pensar en otras cosas. Tenerla aquí sentada a mi lado me recordaba que las cosas estarían bien, fuera como fuese. Y que ella también estaría bien, sin importar lo que la estuviera haciendo sufrir.

—¿Quieres que te lleve? —le pregunté, preparado para que me dijera que no. Pero en vez de eso la vi evaluar su decisión con cuidado, como si se tratara de un tema de vida o muerte.

—Está bien —dijo finalmente.

Conduje con cuidado porque la lluvia apenas me permitía ver el camino. Iba un tanto nervioso; tener tan poca visibilidad podía significar que nos viéramos involucrados en un accidente automovilístico y jamás me lo perdonaría. Además, Estée se había negado a abrocharse el cinturón. Me dijo que le permitiera sentirse inmortal. Después de haberla mirado con el ceño fruncido por un par de segundos como si se hubiese vuelto loca, me incliné hacia su lado, tomé su cinturón y lo ajusté. No me dijo nada, pero me miró con odio, cosa que no me extrañaba.

—¿Y dónde piensas estudiar psicología? —me preguntó de pronto, como si no necesitara toda mi concentración para no estrellarnos en esta lluvia.

—No lo tengo claro. ¿Y tú? ¿Quieres ir a la universidad?

—Mi papá es profesor universitario. Y con mi mamá se conocieron ahí, así es que la vida universitaria es un tanto obligatoria en mi familia. Pero nunca la he querido de verdad, por lo que aún no lo tengo decidido.

«No tengo nada decidido», pensé.

—Es difícil vivir una vida que de cierta forma está predestinada —le dije, a lo que ella levantó sus ojos verdes de golpe—. Salir de la escuela, ir a la universidad, conseguir un trabajo... —le expliqué, la vida que todos nos dicen que debemos tener, la fórmula del éxito, lo que es correcto.

—Es sofocante —concordó Estée.

—Pero no tiene por qué ser así. Uno siempre tiene elección.

—No siempre —dijo muy segura, lo que me hizo pensar en la señora Deveraux nuevamente y en la enfermedad que me estaba imaginando.

—Siempre, Estée. Solo hay veces en que sentimos que no tenemos opción, pero siempre, siempre la hay. Claro, a veces la opción no es fácil, pero nunca somos realmente esclavos de nada.

Pensé que mis palabras le subirían el ánimo, pero vi cómo una sombra le cubría el rostro entero. Desesperado, busqué otras palabras que pudieran volver a llenarla de luz:

—Quizás no tengas que pensarlo tanto, ¿sabes? Puedes vivir más el presente y dejar esas preocupaciones para mañana.

Casi lanzó su cabeza hacia atrás con una carcajada. Esta vez había acertado.

—¿Así es que el señor perfecto tiene su lado nihilista?

—Y la poderosa Estée acaba de usar un término de psicología, me impresiona.

—No me subestimes, Gabriel —dijo intentando sonar seria, pero con la sonrisa aún colgando en los labios. Me reí.

—Nunca —le dije con total convicción.

Y nuestros ojos se cruzaron divertidos.

La lluvia seguía, pero parecía estar amainando cuando Estée me pidió que detuviera la camioneta, justo al final del camino que llevaba a la mansión. Podía ver la casa a una corta distancia, hermosa e impotente bajo la tormenta, como un naufrago que desafía al cielo a hundirlo con su ira.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve hasta la entrada? —le pregunté.

—¿Y arriesgarme a tenerte en otra cena de los Deveraux? No, gracias —dijo mientras se desabrochaba el cinturón.

—Yo no me quejaría, estaba deliciosa.

Y ambos reímos suavemente, deteniéndonos de pronto sin saber qué decir. La lluvia parecía no tener intención de amainar y caía sobre el techo de la camioneta como piedras. Me eché hacia adelante sobre el manubrio, admirando la lluvia, sintiendo la presencia de Estée a mi lado y rogando que no se marchara nunca. Ella no se movía. ¿Qué esperaba? De pronto, pareció volver en sí y exclamó con una falsa alegría:

—¡Bueno, hasta mañana! —E hizo ademán de abrir la puerta.

Fue entonces cuando ocurrió lo impensable. No sé por qué lo hice. Lo lamenté apenas lo hice,

pero me giré hacia Estée y le di un beso en la mejilla.

En la *mejilla*. Dios santo. Estée se quedó paralizada, como si la acabase de morder una araña venenosa. Yo tampoco supe qué hacer. Silencio. Mi cuerpo de piedra no estaba ayudando a que la situación fuese un poco menos embarazosa. Finalmente, Estée volvió en sí y salió rauda de la camioneta a buscar su bicicleta, que habíamos dejado en la parte de atrás del vehículo. Apreté los ojos maldiciéndome por lo tonto que había sido. Había enviado todo al carajo.

Me bajé velozmente tras de ella y le saqué la bicicleta que ella estaba tratando de alcanzar.

—Puedo hacerlo yo —me dijo con rabia.

—Lo sé —le dije mientras se la pasaba. Estée la agarró firmemente y se encaminó hacia la mansión. La lluvia finalmente había cesado un poco, dejando tras su paso unas gotas más ligeras. La vi partir con mi corazón en un hilo, con la certeza absoluta de que jamás me volvería a hablar y de que, a pesar de todos mis intentos de construir algo real, volvería a rodearme de todas aquellas personas que solo amaban una imagen de mí.

No podía moverme de donde estaba. La vi caminar sosteniendo su bicicleta, porque por alguna razón no se subió a ella, y rogué a todos los dioses en los que nunca había creído que se volteara hacia mí.

Aunque fuese por una última vez. Aunque fuese con esa mirada con ganas de ahorcarme.

CAPÍTULO 34

Mi mente intentaba desesperadamente unir las piezas que pertenecían a diez rompecabezas distintos. Gabriel me había besado —sí, en la mejilla, como un niño de cinco años— y yo *no* le había roto la nariz. Tomé mi bicicleta con brusquedad, no le di ni las gracias y me encaminé lo más rápido que pude hasta la mansión. Si hubiese pedaleado, probablemente me habría caído de bruces. Tenía un fuego inexplicable en mi corazón, como también en el trazo perfecto que sus labios habían dejado en mi mejilla. No me hubiese sorprendido haberme mirado al espejo en ese minuto y haberme encontrado con una marca de nitrógeno en el lado izquierdo de mi cara: «Gabriel estuvo aquí». No, demasiado largo y ambiguo. «GV», más directo. Aunque si hubiese querido explicarme a mí misma lo que acababa de suceder en mi interior la huella habría sido más extensa: «Es aquí cuando Estée no tuvo idea de qué hacer».

Sus ojos también me quemaban la espalda. Podía imaginarlo ahí mirándome con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y cara de perro mojado, como si se arrepintiese de lo que acababa de hacer. *Más vale que te arrepientas, pulga...* Pero no pude continuar. Me detuve a unos diez pasos de él, agarrando las manillas de la bicicleta con tanta fuerza que me hicieron marcas en las manos.

Pasaron mil imágenes por mi mente, como en una película, rebobinándose: Gabriel leyendo sus estúpidos libros de psicología frente a mí en la cafetería, Gabriel jugando con su lápiz en el pupitre junto a mí, Gabriel quitándose el mechón de los ojos, Gabriel mirándome con esa sonrisa divertida, como si cada cosa que yo dijera lo sorprendiera, Gabriel apareciendo con su camioneta después de que Delphine me hubiese cerrado la puerta en la nariz, Gabriel sentado a la mesa de los Deveraux mintiendo por mí.

Gabriel.

Posicioné la bicicleta suavemente en el suelo, como si se tratara de un vaso de cristal, mientras percibía cómo la silueta de Gabriel se modificaba, levantando los hombros y mirándome atento, tratando de aclarar lo que yo estaba haciendo. Él seguía ahí mismo, casi como si hubiese estado deseando con todas tus fuerzas que yo me volteara. No lo miré, porque sabía que si lo hacía perdería el coraje. Caminé tan, tan rápido de regreso hacia él que por un segundo creí haber invocado los poderes del viento y volado.

Él me estaba esperando como si hubiese volado, con los ojos inmensos y los brazos listos para atraparme. Aterricé en sus labios y me perdí en ellos. Me sentí caer en el agujero más tenebroso e

inexplorado de mi vida. Nada se le igualaba. Ni la cantidad de almas que había visto escapar de los cuerpos, ni los diálogos con el mismísimo Diablo, ni la impotencia que me provocaba la vida maldita de la que no podía huir.

Sus labios se movían desesperados contra los míos, exquisitamente suaves y, cuando nos separamos, ambos sin aliento, nos quedamos mirando, intentando quizás poner en palabras todo el torbellino de emociones que nos palpitaban en el cuerpo.

Pero antes de que él pudiera decir algo, di media vuelta, de regreso a mi bicicleta, y sonreí a pesar de mí misma.

Por los siete infiernos. Nunca pensé que algo pudiera aterrarme más que ser incapaz de romper la maldición, pero la mera idea de poder estar enamorándome de Gabriel se acercaba peligrosamente al segundo lugar.

CAPÍTULO 35

Lo sorprendió apenas se bajó de su antiguo y deprimente Volvo. Se acercó a él como una leona determinada, con los ojos brillando con una mirada un tanto desquiciada. Zacharías Solís sabía, sin embargo, que Liliana no estaba realmente loca, sino que solo tenía una misión que cumplir, una misión que hacía décadas había asesinado a toda su familia, menos a su padre. Y ahora lo hacía por él. Se suponía que la guerra debía llevarse a cabo para liberar por unos siglos al mundo de la maldad, pero para Liliana la batalla era un tema personal.

—Es hora —le dijo con voz seca mientras Zacharías le ponía llave a su auto y suspiraba cansado.

No era la primera vez que Liliana afirmaba que había llegado el momento. Desde que se conocieron hacía unos tres años cuando su mujer, Rebeca, estaba a las puertas de la muerte, Liliana había estado segura de haberlos encontrado dos veces antes. La primera en Panamá, la segunda en Buenos Aires. Fue el mismo Zacharías quien detuvo su ímpetu; en buen momento, ya que equivocarse le habría costado la vida a ella y su familia.

La convocación no era cosa de niños. Pero sí era truculenta y traviesa, ofreciendo un panorama confuso donde Liliana jamás podía estar completamente segura de si efectivamente se trataba de ellos. Pero ahora no estaba lejos de acertarles, Zacharías lo sabía. Lo que alguna vez le había otorgado una minúscula sensación de paz tras la muerte de su esposa, hoy lo llenaba de ansiedad.

—Calma, Lily —le dijo con voz pausada, pero con cuidado de no parecer condescendiente. Utilizó también el sobrenombre que sabía que su padre había escogido para ella.

—No podemos tomarlo con calma, Zach. Si se llegan a enterar de que les estamos pisando los talones, desaparecerán otra vez como humo en el aire.

—No lo creo.

Liliana rio de forma burlona, y poniéndose los brazos en las caderas.

—Oh, disculpa, me había olvidado por completo de que el gran historiador Zacharías Solís también conoce las emociones del Diablo y todos sus próximos pasos.

—Silencio, Lily.

A pesar de que era muy temprano en la mañana en el estacionamiento de la escuela, algunos estudiantes ya habían comenzado a aparecer, cubiertos de los pies a la cabeza como monos de nieve. Liliana respiró profundo.

—Ya es hora. Y lo sabes.

—Hablemos en otro lugar, ¿te parece? —le ofreció Zacharías en modo de mediación. Liliana se dio la vuelta furiosa y se encaminó a su propio auto, dando pasos firmes sin despedirse.

CAPÍTULO 36: GABRIEL

Llegué muchísimo más temprano de lo normal a la escuela, no pude evitarlo. No podía dejar de pensar en la noche anterior. Estée me había besado. Por Dios, de seguro este nivel de cercanía no era lo que mamá había pensado cuando me pidió que la conociera un poco más. Pero al carajo con mi mamá. Estaba furioso con ella por no estar nunca en casa, por mentirme acerca de papá. Estaba seguro de que ella sabía la verdad y no se atrevía a decírmela. Por suerte, esta mañana no me la había topado en la cocina, aunque sí hallé su taza de café aún tibia sobre el mesón.

Estacioné la camioneta intentando desacelerar mi corazón. No podía parar de pensar en lo de anoche, los labios de Estée no dejaban de moverse contra los míos, hambrientos, feroces... Habían dejado su impronta en mí para siempre. Y necesitaba más. Me había vuelto un adicto en cosa de segundos. No, en cosa de semanas, desde que la conocí. Todo el día estaba en mis pensamientos, torturándome, haciéndome soñar. Sonreí como un tonto enamorado solo en mi camioneta.

Estaba a punto de bajar de la camioneta con mis emociones disparadas como fuegos artificiales, cuando me detuve de golpe al encontrar a mamá en la entrada de la escuela. Estaba en un costado, difícil de ver de no haberme estacionado en este lugar. Todavía no había llegado casi ningún estudiante, por lo que podía mantener tranquilamente su conversación con un hombre de suéter grueso, gafas y cabello oscuro.

Mamá estaba hablando con Zacharías Solís. O, más bien, estaba discutiendo con Zacharías Solís. Elevaba sus brazos por encima de sus cabezas, como cuando estaba fuera de sí, furiosa por algún paciente a quien no la dejaban acercarse o por familiares difíciles. La había visto tantas veces discutir así con papá...

Me quedé de piedra. Desde donde estaba me era imposible identificar de qué hablaban, pero a pesar de eso intenté hacerme alguna idea. Mamá estaba enojada. Si no estaba moviendo los brazos con rabia los llevaba apoyados en las caderas como si intentara calmarse. Solís parecía no inmutarse. No reaccionaba a la rabia que le lanzaba mamá, sino que se quedaba muy quieto, con las manos en los bolsillos escuchando sus alaridos. A veces parecía poner el rostro más duro, cortar las palabras de mamá y hacerle saber su opinión, pero no más que eso. Solís no hacía más que fortalecer mi hipótesis de que sufría depresión. Nada parecía importarle, ni siquiera el hecho de que mamá estuviera gritándole, por lo visto, bastante furiosa.

Cientos de imágenes e ideas se cruzaron por mi mente. ¿Conocía mamá a Zacharías Solís? ¿De dónde? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo había contado? Bueno, quizás esto último no era tan

extraño, ya que apenas la veía. ¿Por qué estaba enojada con él? Y la última, la que se sintió como tragar una piedra: ¿tendría que ver esta relación con el abandono de papá?

Mi estómago se revolvió. Toda la emoción que había estado sintiendo por volver a ver a Estée se evaporó como la lluvia al salir el sol. Me eché hacia abajo en mi asiento, por miedo a que mamá me viera, a pesar de que yo no estaba haciendo nada malo. Ella parecía angustiada y furiosa; él, resignado y encogido. Pero no por ella. El comportamiento de Solís no se debía a mi madre, sino a su propia depresión.

Me quedé mirándolos con el corazón confundido hasta que de pronto se separaron y siguieron sus propios caminos, como si nada hubiese pasado. Me bajé a toda prisa de la camioneta y le seguí los pasos a Solís hasta que entró en un aula vacía. Aún era muy temprano, por lo que solo un par de chicos había llegado y se encontraban conversando en el pasillo, que parecía más un cementerio que secundaria.

No podía dejar pasar esto como si nada y sabía perfectamente que mamá no me diría ni una palabra. El corazón me latía angustiado, tan distinto al ritmo emocionado que marcó cuando Estée se giró anoche y caminó decidida de regreso a mí. El palpito de ahora iba acompañado de náuseas. Entré tras él, cerré la puerta a mis espaldas y lo acorralé junto a su escritorio, donde ya se había sentado como si llevara el peso del mundo sobre los hombros.

—Me surge una duda, Zacharías —le dije con sarcasmo, con una voz con tanta rabia que me costó reconocerla.

Solís no parecía sorprendido de verme. Respiró profundamente con cansancio, como si tuviese treinta años más de los que realmente había cumplido. Parecía un pájaro herido junto a su escritorio, levantándose las gafas que se le resbalaban tontamente por la nariz.

—Buenos días, Gabriel —me dijo, como recordándome mis modales. Mi rabia se acrecentó. Junto con la curiosidad, me estaban carcomiendo. ¿Qué hacía mi madre gesticulando con los brazos presa de la furia? No era mi madre tal como yo la conocía. Tragué varias veces saliva y no me dejé amedrentar.

—Mi mamá puede no ser la mejor madre, ¿sabes? Es bastante ausente. Pero nunca deja que la rabia saque lo peor de ella.

Los ojos de Zacharías se mantenían bastante neutros tras los vidrios, pero hubo algo en la forma en que cruzó sus brazos y suspiró profundo que me dio un indicio de sus emociones. Y, para sorpresa mía, no fue rabia, vergüenza ni desesperación por intentar inventar una historia creíble; más bien, parecía agotado con su vida entera.

—Parece que entonces conocemos a dos personas diferentes.

Eché un pie atrás. Estaba preparado para que negara conocerla o para que inventara una historia inverosímil, no para que lo aceptara sin más.

—¿Desde cuándo se conocen? —pregunté en voz más calmada.

—No hace mucho —me respondió vagamente mientras se quitaba las gafas y se restregaba los

ojos con cansancio. Su respuesta no me sonaba bien.

—¿Dónde se conocieron?

—En el hospital. Ella estaba cuidando a alguno de sus pacientes. Yo estaba viendo cómo mi esposa moría.

Guardé silencio. Obviamente era un hospital, ahí era donde mi madre conocía a gran parte de las personas. Solís me estaba respondiendo las preguntas con tanta transparencia que las dudas comenzaron a amontonarse en mi mente y en mi boca como insectos desesperados huyendo del fuego. Si eran amantes, no estaría hablando de ella con tanta soltura, ¿cierto?

—¿Por qué está enojada contigo?

—Porque hay algo que quiere que haga que no sé si soy capaz de hacer.

Fue la respuesta más extraña que pudo darme. Era definitivo, entonces, estaban teniendo un amorío. Algo en mí se quebró.

—¿Algo sexual?

—¡Dios santo, Gabriel! —exclamó riendo. Era la primera vez que veía en Solís alguna otra emoción que no fuera tristeza o apatía. Todo su rostro me pareció ajeno, ahora que sus facciones se habían reordenado para dar paso a una sonrisa—. Por supuesto que no. La relación que tengo con tu madre no tiene nada de romántico o de atracción —me aclaró.

Respiré aliviado. ¿Entonces qué?

—¿Entonces son amigos?

—Podría decirse.

—¿Y por qué está enojada contigo?

—Ya te lo dije.

—¿Qué cosa quiere que hagas?

Solís se detuvo y me miró desde detrás de sus gafas. Suspiró profundo, regresando a su estado melancólico de ser.

—Quizás deberías hablar con tu madre.

Y con eso me dio a entender que, aunque lo agarrara de los brazos, le gritara o lo amenazara, no me diría nada más.

CAPÍTULO 37

Apenas abrí los ojos me golpeó una sensación que no pude identificar, ligada por supuesto a una sola idea: había besado a Gabriel. A Gabriel. A la pulga insoportable que no me había dejado en paz desde que llegó a este miserable pueblo. Y lo peor de lo peor de lo peor de todo, lo que no era capaz de reconocermme a mí misma ni en ese minuto ni nunca, es que me había gustado, es que me había ido a dormir con el recuerdo del beso vivo en mis labios y que mi primer pensamiento de la mañana había sido Gabriel.

Pero, de pronto, Damián.

—¡Por los siete infiernos! —exclamé aterrada, sentándome apresurada en mi cama. Damián me estaba mirando fijamente desde el costado de mi cama, con su postura de siempre: espalda recta, los hombros un poco tensos, viéndose como un modelo de pasarela en su terno negro.

—No fue mi intención sobresaltarte, princesa.

—No, claro que no. Y no me digas princesa —le dije con sarcasmo. Sentí cómo la rabia acumulada que guardaba hacia él estaba haciendo gorgoritos, empezando a hervir. Otra emoción se metió en mis venas: ¿culpa? No paraba de pensar en Gabriel y sentía como si le debiera algo a Damián.

—Así es que fraternizando con el enemigo —dijo de pronto con una sonrisa venenosa. No podía creer que estuviese hablando de Gabriel, y mi corazón se detuvo. Por todos los demonios, sentía las mejillas ardiendo, ¿me estaba sonrojando? Sabía que si hablaba iba a tartamudear, por lo que me puse de pie con brusquedad y me limité a lanzarle una mirada furiosa.

—Me imagino que es alguien importante en tu vida si Simone lo invitó a cenar —dijo con su tono más suave, cristalino, casi hipnotizante, queriendo obligarme a hablar. No caí en su juego. No, por primera vez sentía ganas de golpearle ese rostro tan perfecto que tenía.

—¿Qué diablos quieres, Damián? —le pregunté después de unos incómodos minutos de silencio en los que busqué qué ponerme. La tenue luz del día invernal ya bañaba los prados tras la mansión y, como aún quedaba más de una hora para estar en la escuela, pensé en entrenar un rato para distraer mi mente.

Se giró hacia mí con su rostro impasible. Me impactó lo pálido que estaba, a pesar de que siempre había sido igual. Supongo que, al compararlo con Gabriel... No, tenía que dejar de hacer eso. Pero en Gabriel brillaba una luz saludable; en cambio, en Damián...

—No entiendo por qué estás enojada conmigo, princesa.

Fue precisamente lo peor que pudo haber dicho, a pesar de que hubo un deje de tristeza en su voz.

—¿Es en serio, Damián? —Ni siquiera hizo el esfuerzo de parecer meramente afligido—. ¡Por miles de cosas! Uno, por nunca haberme abierto los ojos frente al trabajo terrible que hacemos. Dos, por pasarme un estúpido diario que pensé que me iba a ayudar a aclarar cosas, cuando no ha sido más que una pérdida de tiempo. Tres, por no poder decirme nada acerca de cómo romper esta maldición. Cuatro, por preguntarme sobre Gabriel como si tuvieses algún derecho sobre él.

—Cierto. Gabriel. De apellido Volts, ¿cierto? —dijo con su sonrisa torcida, saboreando cada palabra del nombre. De todos los puntos importantes que le había mencionado, por supuesto que se había quedado solo con ese.

—No intentes cambiar de tema.

—Pensé que los diarios de Pascale te ayudarían a comprender mejor los orígenes de tu familia, eso no me parece estúpido —dijo por primera vez un poco molesto.

—Pero no me ayudan, Damián. Qué me importa saber el origen de mi familia cuando es el futuro lo que está en juego. Y tú lo sabías, ¿cierto? No me lo niegues, por supuesto que sabías.

Me miró evaluándome, intentando averiguar a qué me refería. Como lo de que era capaz de leer mi mente no era más que idea mía, tuve que explicárselo. Damián solo puede leer las mentes de los humanos débiles.

—Lo de Delphine. Tú sabías que es lo mismo que le pasará a Liki, ¿no?

Él asintió con cuidado. Mi voz se empezó a quebrar. Y luego mi cuerpo entero. No hubo cómo detenerlo. El llanto se apoderó de mí como una ola inmensa, dejándome sin fuerzas para nadar, con el solo deseo de hundirme en lo más profundo y quedarme ahí para siempre.

Damián llegó a mi lado en menos de un pestañeo; me estaba abrazando y sosteniendo mientras sentía que mis piernas temblaban. No había querido pensar en esto, pero ahora no había opción. Damián me acariciaba el pelo mientras sollozaba, abrazándome fuerte y, de esta forma, dándome la respuesta. Me separé de él, me limpié la nariz con brusquedad y mi voz sonó muchísimo más firme de lo que me hubiese esperado.

—Liki olvidará todo esto. Y mis padres... ¿Él se los llevará apenas yo me convierta en la cabeza, cierto?

Ya lo sabía, tenía la certeza absoluta, pero escucharlo salir de sus labios pareció pincharme el corazón.

—Ellos mueren, sí.

Ahogué un patético sollozo y me acaricié la cicatriz fantasma en la nuca.

—A menos que puedas romper la maldición —dijo rápidamente él con un énfasis insospechado.

—No hay forma de romper la maldición —dije con derrota.

—Eso es porque Estée Deveraux aún no lo intenta —me susurró él al oído.

Tras despedirme de mala gana de Damián y de su repentino optimismo, entrené lo más duro que

pude junto a Liki y Gérard. Corrimos, practiqué tiro al blanco y un poco de espadas contra mi padre. Me sentó muy bien quemar energía. Cuando regresé a mi habitación temí que Damián me hubiese esperado, pero no. Más le valía, por su propio bien. En ese minuto, me sentía capaz de sacarle el pelo a manotazos, a pesar de que sabía que no era culpa suya.

De pronto, encima de mi escritorio hallé un diario que no reconocí. Había leído ya todas las páginas rellenas por la letra desordenada de Pascale, pero esta encuadernación rojo tinto me pareció desconocida.

—¡Estée! *¡Tu vas être en retard!* —gritó Simone desde el primer piso, por lo que tomé el diario rápidamente, lo guardé en mi mochila y corrí a tomar mi bicicleta para irme a la maldita escuela.

CAPÍTULO 38: GABRIEL

Tenía que intentar dejar de pensar en mamá, papá y el señor Solís. En otras palabras, el trío más extraño que jamás me pudiese podido imaginar. Incluso me arrepentí de haber sido tan directo con Solís sobre el amorío; quizás estaba leyendo demasiado a Freud, pero necesitaba saber con certeza que la razón por la que papá nos había abandonado no se debía a otro hombre. O, al menos, no a Zacharías Solís. Era todo tan extraño...

Los pasillos de la escuela ya se habían llenado y todos me saludaban al pasar con una sonrisa, pero ignoré a cada uno de ellos. Entré al aula correspondiente, esperanzado por encontrarme con Estée en la última fila sentada y leyendo, pero no estaba ahí. No, no, no. Primero lo de papá, ¿y ahora Estée? No podía aguantar tanto, necesitaba verla, conversar con ella, que con su curiosa forma de ver el mundo me ayudara a no tomarme las cosas tan en serio.

Y entonces la vi. Acababa de entrar por la puerta principal, mirando de lado a lado como una espía, probablemente buscando la forma de evitarme. Lo más probable también es que me dijera que lo de anoche había sido un error, que estaba bajo el efecto de las drogas o el alcohol y que me olvidara para siempre de lo sucedido. A pesar de que su cuerpo me había dicho otra cosa. A pesar de que sus ojos me decían otra cosa, justo ahora, cuando la agarré de los brazos, la llevé hasta el aula, cerré la puerta y ahora fui yo quien dirigió el beso.

Estée pareció fundirse conmigo. Mirándome al principio con sus ojos verdes como platos y luego cerrándolos, cayéndose conmigo en un abismo desconocido. Pero tras unos segundos, por supuesto, me echó hacia atrás poniendo su mano sobre mi pecho.

—No —dijo simplemente, con su dureza característica.

—No, ¿qué?

—Esto —dijo moviendo su dedo entre ella y yo varias veces. No pude evitar sonreír—. Lo de ayer fue un error que no puede volver a repetirse —continuó, y no pude evitar largarme a reír. Sabía que el solo hecho de estar con ella me haría sentir mejor y así era.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Bueno, porque... No necesito ninguna razón, Gabriel. Porque no.

Tenía algo de sentido. Y, si realmente insistía, por supuesto que tendría que alejarme. Pero no lo creía. Estaba seguro de que ella volvería a mí y yo a ella; éramos como dos imanes que ya no se podían separar.

—Mira... —dijo muy seria, ante lo que yo puse mi mejor cara de concentración—. Ambos

estamos vulnerables. Tú acabas de llegar a este pueblo y estás en llamas porque por fin alguien no te adora. Por eso te fijaste en mí. Eso no quiere decir que yo no sea magnífica, porque lo soy, pero la razón de tu atracción es absolutamente inválida. Yo, por el otro lado y como bien sabes, estoy lidiando con temas familiares en los que no puedo ahondar, por eso tuve un lamentable desliz y te di un beso. Pero eso fue todo, fin de la historia. Ahora, cada uno continúa con su vida.

No podía estar hablando en serio. No lo decía en serio, veía en todos sus gestos que sacar cada palabra le estaba costando un enorme trabajo.

—¿Es decir que nunca más te puedo dar un beso? —le pregunté.

Vi cómo Estée titubeó brevemente.

—Exactamente. Nunca más.

—Está bien —le dije, siguiéndole la corriente. Su pantalla se cayó.

—¿Está bien?

—Sí. Si eso es lo que quieres. Es lo que quieres, ¿no?

—Sí..., pero pensé que por lo menos defenderías tu punto de vista.

—Quizás mi punto de vista es el mismo que el tuyo. O me acabo de dar cuenta de que tienes razón; simplemente nos gustamos, porque estamos viviendo cosas difíciles.

—Exacto.

—Exacto.

Preferí no echarle en cara que acababa de aceptar que yo le gustaba. Algo en mí me hizo querer repentinamente ponerme a bailar salsa. Silencio. Moría por acercarla nuevamente a mí, sentía cómo la sangre en mis venas pulsaba por atraerla hacia mis labios. Era el momento perfecto para echar un pie atrás, pero ninguno de los dos se movió. Había solo unos centímetros entre nuestros cuerpos.

—Bueno, buen día —dijo finalmente ella, separándose y caminando hacia su asiento. Me senté en el pupitre de al lado, como siempre. Faltaban solo un par de minutos para que sonara el timbre.

Sé que no es posible, pero juraría que escuché su corazón latir, su mente torturándose entre hablarme o no. Pensé que me diría algo o se acercaría, pero la campana nos hizo a los dos brincar y, con la llegada de otros estudiantes a la sala, muy pronto nuestra burbuja se rompió.

CAPÍTULO 39

Esta pulga me estaba volviendo loca. No podía concentrarme en algo tan crucial como la salvación de mi familia con él besuqueándome por la escuela. Pero le aclaré bien las cosas en la mañana: esto no había sido más que un error de una vez y punto.

Me dolió en el orgullo que no me hiciera pataleta o que no me rogara que lo pensara, debo admitirlo. Pero aceptó de inmediato mi requerimiento y se sentó a mi lado como si nada. Aparentemente, bastante poco le había importado mi beso. Pero no. No podía ser. Él me había besado de nuevo estaba mañana, con tanta fuerza y determinación que casi me dejó los labios con moretones. Realmente la pulga tenía que aprender a besar. Lo hacía terrible.

Aun así, no podía dejar de pensar en él. No era tan terrible, después de todo. Tenía los labios suaves y llenos de emociones, como si todo su bla, bla, bla constante lo llevara también ahí, pero no me molestaba. Quería escucharlo, quería besarlo y no quería escucharle decir que yo tenía razón. ¡Qué se había creído!

Por los siete infiernos, concéntrate, Estée. Todavía tenía páginas de este diario extraño que leer y estaba rogando a todos los santos de todas las religiones existentes que en él hubiese algo útil. ¿Podría ser esta una continuación de lo que ya había leído de Pascale? Después de todo, lo último que leí finalizó con la maldición de Damián. No mencionó nada más sobre su vida capturando almas o su familia, aunque sé por Damián que luego se casó con un hombre llamado Patrick. Quizás aún quedaba información valiosa por leer... y quizás Gabriel no había querido decir lo que dijo, ¿cierto? *Concéntrate, Estée.*

Previo a nuestra sesión de estudio en la biblioteca pasé a comprar un chocolate caliente a la cafetería. El día estaba muy frío y necesitaba algo dulce y cálido para intentar ordenar mis emociones. De paso, compré dos. Pero camino a la biblioteca me arremetieron las dudas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué *había comprado dos chocolates? Por supuesto que uno es para la pulga. ¿Qué diablos estoy haciendo comprándole un chocolate caliente a la pulga?* Y otro montón de pensamientos así. Cuando llegué a la puerta de la biblioteca pude apenas ver a Gabriel sentado en la mesa de más atrás, mi favorita, la que apenas se alcanza a divisar. Ya tenía sus cuadernos y libros amontonados ordenadamente unos sobre otros, dejando gran parte de la mesa para mi desastre de textos de estudio, páginas sueltas y lápices.

Tiré rápidamente el segundo chocolate al basurero y entré.

—Hola —le dije. «No lo saludes», me reprendió mi cabeza.

—Hola —dijo Gabriel sin parar de tomar apuntes.

Me acomodé. Silencio.

—Qué lástima lo del otro chocolate, me hubiese gustado tomar algo caliente.

Lo odié. Lo odié tanto que lo ignoré por completo, inclusive su sonrisita de victoria, y me puse a leer un libro que había encontrado recién hoy y donde depositaba mis esperanzas de hallar algo útil. Leí ferozmente, pero muy pocas cosas llamaron mi atención.

Cuando levanté los ojos al cabo de una hora de lectura, Gabriel ya no estaba sentado frente a mí. Miré hacia todos lados, como si pudiese saltarme por la espalda por sorpresa, pero no lo vi. La biblioteca estaba un poco más oscura, a razón de que menos luz entraba desde el exterior. Estaba incluso más silencioso de lo normal.

Inquieta por la ausencia de Gabriel y con una pierna dormida, me puse de pie y empecé a recorrer las estanterías. Lo encontré en la más lejana, en la sección de libros americanos en la que nadie nunca quiere leer. Estaba sentado en el piso, con las piernas dobladas, apoyado contra la pared, mirando al vacío. Se veía triste y esa emoción provocó algo en mí que nunca antes había sentido. Algo como *ternura*.

Me acerqué con cautela a él como si fuese un conejo asustado que pudiese salir corriendo en cualquier minuto. Cuando me vio, sonrió, y una calidez me llenó el corazón.

—Hola —me dijo con alegría.

—Hola —le dije sentándome a su lado.

Pasamos unos segundos en silencio, sin mirarnos, como si me estuviese sintonizando con sus emociones.

—Pensé que te había tragado la tierra —le dije después de un rato.

—Creí que eso te alegraría —me dijo con un actuado deje de confusión.

—Por supuesto que me alegró. Solo quería estar segura y te busqué.

Gabriel rio.

—Lamento decepcionarte, entonces —me dijo, ahora sí que con tristeza genuina. Moría por preguntarle qué le sucedía, pero me mordí la lengua. Ya tenía suficiente con el hecho de que no solo lo había besado, sino que había salido en su busca preocupada por su bienestar. —Creo que papá nos ha abandonado —dijo de pronto. En cualquier otra situación, me habría arrugado como una oruga, con vergüenza ajena, y hubiese huido lo más lejos, lo más rápido posible. Pero ahora, en vez de eso, me invadió a mí la tristeza. ¿Acaso esto era la compasión? No era muy agradable.

—Demonios, Gabriel. Lo siento —le dije. Y fue genuino, para sorpresa mía. Gabriel sonrió agradecido mirándose las zapatillas.

—Toda la mañana he intentado pensar en cómo me siento, pero no estoy seguro. Siento rabia, siento pena, pero más que nada no lo entiendo, no sé por qué haría algo así.

Sentí ganas de que el padre de Gabriel se convirtiera en una misión; así podría arrebatarme el

alma en castigo por hacer sufrir a su hijo de esta forma, por llenarle de nubes los ojos de mar. Demonios, no sabía qué me estaba pasando.

—¿Pero no estás seguro? Dijiste que lo crees.

—No, no lo estoy. No he hablado con mamá, pero todo apunta a eso. Y hoy la vi hablando con otro hombre y me pareció... raro.

Malditos humanos. No tienen remedio. Denme la misión ahora mismo, de ambos. De los tres. Padre, madre y amante.

—Era Zacharías —dijo muy rápido.

—¿Solís? —No conocía a ningún otro Zacharías, pero me tomó tan de sorpresa que no lo pude evitar. Gabriel asintió.

—¿Sabes por qué se vino al pueblo? Su esposa murió, escuché a unos profesores hablando. Por eso siempre anda tan deprimido.

—¿Y crees que por eso se enamoró de tu mamá?

Gabriel se largó a reír con tantas ganas de mí que volví a odiarlo y olvidé cualquier sentimiento cálido que pudiera haber albergado por él. Me miró con los ojos brillantes de risa, fijamente, con su sonrisa amplia, como si estuviera metiéndose en mí a través de mi mirada. Su mechón se cayó sobre su rostro perfecto. Antes de que pudiera regresarlo a su lugar, vi cómo mi mano se alzó y lo movió. ¿De quién demonios era esta mano? Y entonces lo besé de nuevo, por primera vez de una forma menos hambrienta, con más pausa, como si pudiera pasarme la vida entera ahí.

Para qué seguir engañándome a mí misma.

CAPÍTULO 40

Nuestra víctima aquella noche era una mujer de cincuenta años. Evelyn, ese era su nombre. Había armado un truculento plan con el mejor amigo de su esposo para asesinar a este último. Además, tenía un don con la palabra malvada, palabras que llevaron a otros asesinatos, a engaños, a robos; palabras que se formulaban con odio y rencor, que florecían de la tierra podrida, fruto de la única forma en que ella podía comprender el mundo. La única forma que había visto, la única que le enseñaron. Leerme los pergaminos completos se había convertido en mi nueva tortura desde la noche en que murió Mirta. Me forzaba a leerlos de principio a fin, comprendiendo poco a poco cómo una persona había llegado hasta donde estaba hoy. Nunca antes la vida me había parecido tan desordenada, pero a la vez tan perfecta. El bien y el mal no estaban exactamente delimitados, sino que eran parte de un conglomerado complejo, sin fórmulas infalibles. Pero, a la vez, su desorden poseía mucha belleza.

Estaba en el hospital porque había sufrido un paro cardíaco. Era una víctima perfecta: con aquellas credenciales, nuestra mano se hacía invisible con incluso más facilidad. Fue un alivio pasarle la responsabilidad a Simone una vez más. Ella clavó la daga, miró a los ojos aterrados de la mujer y guio el alma de plata hasta el cofre que la llevaría a su castigo eterno.

A la salida al pasillo, Liki me sorprendió preguntándome:

—¿Qué te pasa? —No me había percatado de que mi paso era lento y me miraba los zapatos con melancolía. Muy a mi pesar, me estaba pareciendo a Zacharías Solís. También me sentí decepcionada de mí misma por no ser yo quien le preguntara a ella. Después de todo, era Liki quien había intentado quemar la mansión hacía solo unos días.

Lo mío no era tan importante. Solo tenía el corazón roto por pensar que, una vez que yo continuara la tradición, perdería a mi familia para siempre.

—Nada —le dije, porque era mi hermana menor y era mi deber protegerla.

—Mentira —me acusó.

Guardamos silencio mientras esperábamos el ascensor. Cuatro encapuchados de negro con los ojos burdeos y un alma fresca en el cofre, a la espera del ascensor. Al llegar al primer piso, dejamos que Simone y Gérard se adelantaran y respiré profundo.

—Es todo lo que ha pasado, Liki. Desde esa noche en que mamá... le disparó a esa mujer.

Liki escuchaba en silencio, con la mirada baja.

—Siento que todo cambió desde ese momento —continuó.

—Tú cambiaste —me dijo, afirmando un hecho.

—Sí, yo cambié. Creo que me di cuenta de que...

—Somos unos asesinos.

Escucharlo así, de pronto, de labios de mi hermana menor durante una de nuestras misiones, fue como si un rayo me atravesara el corazón. Una sensación gélida me recorrió el cuerpo y no tenía nada que ver con el clima. Era incapaz de decirle la verdad. En ese minuto supe con absoluta certeza que Liki podría presionarme todo lo que quisiera, amenazarme con no hablarme nunca más —aunque no lo haría nunca, realmente— o quemar todos mis libros favoritos, pero jamás le contaría lo que nos deparaba el futuro. Una vez que ella lo olvidara todo y nuevos recuerdos le suplantarán la verdad, Liki estaría a salvo. Podría vivir una vida lejos de cualquier maldición, aliviada de cualquier responsabilidad de capturar almas, feliz con sus clases de *ballet*... Incluso me la imaginé siendo profesora de danza. Podría enamorarse en paz, sin miedo a tener que revelar una verdad que quizás lo ahuyentaría. Podría tener los hijos que quisiera, liberada de ese pesar que acompañaba la vida de Simone; esa insoportable culpa de enseñarles a matar a gente, confundir su moral y cuestionarse los límites del bien y el mal.

Liki podría ser feliz. No era como si jamás lo hubiésemos sido antes; habíamos sido muy felices en la mansión Deveraux. Mis padres lograron crear una burbuja dentro de nuestra condena, crearon una familia firme y alegre que disfrutaba de sus propias pasiones, además de sus entrenamientos físicos y con armas. Pero era una burbuja. Y una vez que la mía se reventó, nunca pude volver a vivir de la misma manera.

—Todo va a estar bien, Liki. De verdad, te lo prometo. —Pensé en añadir «y por favor no sigas jugando con fuego», pero si esa era su única forma de desahogarse, dudaba que mis palabras la hicieran cambiar de opinión. Liki asintió levemente, viéndose pequeña y asustada, tan distinta a la versión de mi hermana que había formado en mi cabeza. Sí, era mi hermana menor, pero era ultrapoderosa, equilibraba nuestro trabajo con su desempeño en la escuela a la perfección, era fuerte, astuta, sensata, popular, talentosa..., pero también tenía mucho miedo. Y odiaba lo que hacíamos.

Al menos, si yo no era capaz de romper la maldición, podría salvarla a ella. Era más de lo que podía hacer por Simone y Gérard. Me resultaba tan obvio ahora que me pregunté cómo nunca lo había visto antes: mis abuelos estaban muertos. Simone jamás conoció a sus propios abuelos, porque, una vez que una generación le pasaba la batuta a la heredera, ellos desaparecían. Le pertenecían a Él, igual que Carassa. No quería ni pensarlo.

CAPÍTULO 41

No había visto a Gabriel en todo el día y eso me tenía preocupada. ¿Habría sucedido algo con su padre? Tenía que llamarlo. No, no podía llamarlo. Eso me haría parecer desesperada.

—¡Estée!

¿Gabriel? No, por supuesto que no era Gabriel. Gabriel era alegre, cálido, optimista y maravilloso; ¿qué demonios me estaba pasando? El que me hablaba no era nada menos que mi profesor *vintage* menos favorito. Me alcanzó en el pasillo e intenté sonreír con cordialidad, pero me resultó imposible.

—¿Qué quieres? —le pregunté, aunque no se dio por aludido, sino que abrió su bolso cruzado de cuero de décadas pasadas y sacó tres de los libros más gordos que había visto en mi vida. Se acomodó el bolso en el hombro, claramente aliviado de su peso, y me miró con lo que parecía ser un atisbo de sonrisa.

—Me encontré con algo que pensé que podía ser de tu interés, de lo que me comentaste la otra vez, de los ayudantes del Diablo.

Se me puso la piel de gallina. Hice uso de todas mis fuerzas para no expresar mi ansiedad, para que mi corazón siguiera latiendo a un ritmo normal y no como un tambor que estaba segura de que Zacharías Solís sería capaz de escuchar.

—Eh... —balbuceé estúpidamente mientras Zacharías Solís me plantaba la torre de libros en los brazos y con ellos bloqueaba gran parte de mi visión.

—Es un historiador un tanto controvertido. Los más grandes académicos no han querido respaldarlo, pero creo que es importante que lo leas —dijo nuevamente muy serio. Me fijé en que su suéter de segunda mano, esta vez de color mostaza, tenía un pequeño agujero en el hombro. Entonces, me fijé en los libros; cada uno parecía venir de una época diferente, al igual que la ropa de Zacharías Solís. Uno estaba firmado por David Ives. Los otros, sin embargo, parecían llevar otro nombre.

—¿Qué dice sobre ellos? —pregunté con más coraje del que sentía. Si el profesor sabía algo, yo quería saberlo ahora, ya que leerme estos diccionarios me podría llevar semanas.

—En resumen, dice que tanto el bien como el mal, no necesariamente Dios y el Diablo, sino más bien las energías buenas y malas, cuentan con ejércitos propios.

—¿Ejércitos? —repetí ya decepcionada. Esto no me iba a ayudar en nada.

—Sí. Un ejército de almas que les pertenecen. «Tanto el bien y el mal, como estos

personificados, llevan siglos fortaleciendo las almas en su posesión para enfrentarse en un encuentro bélico». Es interesante, ¿no crees? Algo más que simples ayudantes.

Me tomó un segundo darme cuenta de que este *nerd* había citado algo de uno de los libros. Pero luego había dicho su opinión: algo más que simples ayudantes. Un ejército. La primera imagen que tuve fue de cientos de réplicas de Damián paradas una al lado de la otra, todos listos para batallar. Nadie albergaría la más remota posibilidad de ganarles, eso está claro. Respiré profundo. Esto no me ayudaba nada. ¿Significaba que las almas que capturábamos eran para armar un ejército? Por los siete infiernos, no me interesaba lo que les pudiera suceder a ellas. Es más, Zacharías Solís acababa de agrandar mi sentimiento de culpa, porque significaba que no solo capturaba almas, sino que también se las pasaba al Diablo para que las preparara para la guerra. *Buen trabajo, Estée.*

—Sin embargo... —continuó, rompiendo mi burbuja de esperanza de que se alejara por el pasillo y dejara de darme información inútil. Guardó ambas manos en los bolsillos y miró al suelo, como si continuar hablándome lo pusiera incómodo—, creo que una de las cosas más importantes que tienes que recordar es que el bien y el mal no están tan marcadamente diferenciados y son intercambiables, ¿me explico? Yo no soy bueno ni malo desde mi nacimiento, simplemente soy un ser humano. Puedo optar por hacer el bien, como también por el mal, pero mis acciones no me definen en plenitud, porque en cualquier momento puedo elegir algo distinto, ¿cierto?

¿Me lo estaba preguntando a mí?

—Eh...

—No eres mala, Estée. No eres completamente negra ni completamente blanca, todos nos movemos en estados de gris. Y cuando hay demasiada oscuridad hay que buscar la luz, pero siempre la hay, siempre, a pesar de que a veces no lo parezca.

Me sostuvo la mirada a través de sus anteojos redondos y me llenó con tal sensación de incomodidad que pensé en evadirle la mirada. Pero no. La mantuve, a pesar de mi inmensa confusión. Tragué saliva.

—Creo que es importante que lo sepas. Para tu investigación.

—Gracias —fue lo único que atiné a decir.

—Mucha suerte, Estée —me dijo con un tono grave en sus palabras. Y noté la sombra de una sonrisa en su rostro, posiblemente lo más cercano a la felicidad que jamás había visto en él.

Gabriel tampoco se encontraba en nuestra mesa de estudio, pero al menos sí sus libros y mochila. Comencé a serpentear por las estanterías hasta que finalmente lo encontré. O él me encontró a mí. Me tomó por sorpresa, me apoyó contra el librero y juntó sus labios contra los míos.

Nunca antes había sentido este nivel de ansiedad; era como si todo en mi cuerpo y mi mente

estuviese elevado. El tacto me parecía explosivo, sentía el latir de mi corazón ahogado; quería quedarme allí, para siempre.

Luego de lo que se sintió como una eternidad (pero, curiosamente, en el buen sentido) nos separamos para tomar un poco de aire y ambos reímos.

No me reconocía, por los siete infiernos, ¿quién era esta niña sonriente? Pero me gustaba.

—No te había visto hoy —le dije, cosa absolutamente obvia. Me arrepentí de decirlo apenas salieron las palabras de mis labios.

—Lo siento, ando con muchas cosas en la cabeza —dijo él, y un tono de preocupación se cruzó por sus ojos azules.

—Dímelo a mí —respondí. Eso sonó mal. No estaba siendo lo suficientemente compasiva, ¿cierto? Relacionarme con Gabriel a veces se sentía como sesiones de estudio en humanidad. ¿Por qué no nos callábamos y seguíamos boca a boca?

—¿Quieres salir de aquí? —me preguntó.

Sí, un millón de veces, sí.

Era un día frío, pero el sol había decidido hacerse presente. Recorrimos gran parte del pueblo, visitamos la heladería, evitamos toparnos con cualquier persona conocida (cosa que es bastante desafiante en este pueblo de mala muerte) y terminé viviendo uno de los días más memorables de mis diecisiete años. Todo lo demás, cualquier problema externo a Gabriel y a mí dejó de importarme. Éramos solo nosotros dos. Dejamos de pensar en nuestras familias, en la maldición de la mía, en el abandono de la de él... y conversamos sobre todo, sobre cualquier cosa que se nos viniera a la cabeza.

Hubo muchos momentos en que quise decirle la verdad sobre mí. Algo en mi interior añoraba hacerlo. De haber alguien capaz de comprenderlo, con ese corazón inmenso que tenía, era Gabriel. Pero, por su seguridad, no podía. Me mordí la lengua varias veces y me limité a imaginar cómo me hubiese tomado la mano, observado sin lástima, pero con mucha atención, queriendo entenderlo todo. Cómo me hubiese gustado contar con su ayuda para romper la maldición. Gabriel me hacía sentir menos sola, cosa de la que jamás me había percatado antes. Por supuesto que era capaz de enfrentar la vida por mí misma, pero eso no significaba cerrarme a todas las personas a mi alrededor.

Varias veces lo pillé mirándome fijamente, a veces con una sonrisa, otras con un deje de tristeza que no lograba comprender. Era curioso cómo en un principio salté a la conclusión de que se trataba de un simplón, cuando ahora me parecía el ser humano más complejo que había conocido. Y entonces me percaté de que en realidad no había conocido a muchas personas. Reconocía a ciertos individuos en un nivel superficial; los conocía físicamente y recordaba ciertos rasgos característicos de cada uno: le gustaba el fútbol, era un racista, o hacía bromas idiotas.

Pero Gabriel tenía capas y capas de complejidad. Y tampoco era perfecto, cosa de la que me sorprendió darme cuenta, pero no me desagradó. Por el contrario. Claro, tenía ese mechón

irritante que ahora ya no me molestaba tanto, pero también tenía otras cosas. Por ejemplo, para ser alguien que celebraba tanto la comunicación, estaba segura de que Gabriel se guardaba muchas cosas. Sus ojos parecían estar gritando emociones, pero sus palabras eran contadas. A veces también le costaba ser paciente y se sentía muy abrumado por su lugar en el mundo y el objetivo de su vida.

Empecé a sentirme fascinada por Gabriel, por su forma apasionada de hablar de los temas que le llamaban la atención, por su sonrisa sincera y cálida, por cómo le gustaba llamarme «poderosa Estée» y por su risa burlona. Hablar con él se sentía como algo tan natural que me costaba recordar cómo no lo había hecho en mis diecisiete años anteriores. Quizás Simone tenía razón, después de todo. Si no había nada que hacer respecto a la maldición, podía dedicarme a vivir mi vida.

Cuando me fue a dejar a casa una vez que se puso el sol, detuvo la camioneta justo al final del bosque, para que no alcanzara a verse desde la mansión. Me pillé sonriendo estúpidamente sin razón. Meforcé por regresar mis facciones a un gesto neutral, pero mis labios parecían determinados a elevarse. Me desabroché el cinturón mientras Gabriel se giraba hacia mí.

—Te quería preguntar algo.

—Cuidado con empujar tu suerte, Gabriel —le dije. Esbozó esa maldita sonrisa que tiene.

—Me gustaría que fuéramos al baile de invierno la próxima semana.

Me largué a reír como si fuese la broma más graciosa del mundo. Porque lo era. La mera imagen de Estée Deveraux en un vestido de fiesta en una cafetería de escuela patéticamente adornada me hacía querer llorar de la risa. Pero Gabriel continuaba mirándome, ahora con una media sonrisa, dejándome claro que estaba hablando muy en serio.

—Estás hablando en serio —le dije, sin poder parar de reír. No sabía ahora qué era más gracioso: mi imagen en la cafetería o que Gabriel me estuviera hablando genuinamente —Gabriel, esta es exactamente la razón por la que esto —indiqué varias veces entre él y yo— no puede funcionar. El simple hecho de que creas que podría decirte que sí significa que no me conoces nada.

—Por supuesto que no te conozco, Estée —se defendió rápidamente, impaciente, como un gato arrinconado—. Es imposible conocer todo de una persona en unas semanas. Pero sí creo conocerte lo suficiente para haber sabido que tenía dos opciones de cómo ibas a reaccionar: una, te ibas a reír de mí; dos, me ibas a mandar «a los siete infiernos».

Asentí, levemente impresionada.

—Pero de todas formas lo iba a intentar, porque me gustaría que fuéramos. Es en una semana, el plazo ideal para que puedas entusiasmarteme —insistió.

No, un millón de veces no. Puede ser que estuviera, contra mi mejor juicio, enamorándome de él, pero ir a un baile de secundaria se escapaba de todos mis parámetros de una vida bien vivida.

—Vamos, Estée... —presionó con una sonrisa, adivinando mi discusión interna—. Podemos

pasar un buen rato, comer algo, bailar... —Y para mi total sorpresa se movió torpemente de un lado a otro en un aparente intento de baile.

—Si esa es la forma en que bailas, entonces, definitivamente no.

Se largó a reír divertido, como si las cosas que yo decía siempre le tomaran por sorpresa y le agradaran.

—Vamos. —Esta vez se puso serio. Pero ir al baile de invierno no solo significaría precisamente eso: ir al baile de invierno, que de por sí era una tragedia, sino que toda la escuela nos vería juntos. No sé si estaba preparada para eso. ¿Qué le haría eso a mi reputación? Aunque, ¿qué me importaba lo que pudieran pensar esos esperpentos?

—Lo pensaré —dije finalmente y agarré la manilla para bajarme de la camioneta.

—¡Muy bien! —exclamó él, como si acabara de darle los números de la lotería.

—Dije que lo pensaré, Gabriel, no que me uniré a tu extrañísimo baile.

—Dirás que sí.

—No es seguro. De hecho, es bastante poco probable.

Gabriel rio.

—Di que sí, Estée.

Y ahí estaba de nuevo, un deje de tristeza en sus ojos, pero no podía identificar la razón. ¿Qué sabía yo de Gabriel? Podía ser que su sufrimiento se debiera a la confusión por la desaparición de su padre; quizás todo esto, todo este sorprendente enamoramiento entre ambos, se debía solamente a que ambos estábamos sufriendo.

Me volví a sentar.

—Esto —dije moviendo mi dedo índice entre él y yo varias veces— no es en serio, ¿cierto?

—¿A qué te refieres? —Hubo dolor en su respuesta, e incluso un poco de rabia.

—A nosotros. Ambos estamos pasando por cosas difíciles, yo con mi familia —lo que era subestimar bastante lo que en realidad me estaba ocurriendo— y tú con la tuya. Esto que sentimos puede deberse simplemente a que estamos vulnerables, a que necesitamos compañía.

Eso me dolió a mí. Admitir que quizás estaba buscando refugio en Gabriel era, sin lugar a duda, lo más vulnerable que había dicho en la totalidad de mi existencia. Pero había algo en él que me incitaba a hablar, a contarle incluso mis miedos —siempre editados, ya que no podía mencionarle, por razones lógicas, para quién trabajaba—; había algo en sus ojos, en la forma en que me miraba y escuchaba con tanta compasión, sin juicios, nunca encasillándome en categorías fáciles: la chica rebelde, la chica *friki*. Se giró hacia mí con ese brillo de determinación que ya reconocía... y al que había comenzado a tomar cariño.

—Estée, difícilmente una pareja se conoce en situaciones ideales. Hay veces en que alguno está comprometido o acaba de vivir una experiencia traumática. Otras veces puede ser que uno haya prometido nunca más volver a enamorarse o que esté en bancarrota o en depresión. Nadie es perfecto, Estée. Y conocerte a ti mientras pasas por este periodo con tu familia me hace verte más,

me hace entenderte más y me permite ver quién eres sin máscaras, sin murallas y sin mentiras. Espero que te suceda lo mismo conmigo. Así soy, irritante y cansado, pero te voy a querer con todo lo que soy.

Esto se estaba saliendo de control. Debía detener su discurso antes de que dijera algo que nos avergonzara a los dos... o me hiciera caer más profundo. Él, por supuesto, pareció sentir mi incomodidad, porque sonrió relajado y agregó:

—Pero, si no es en serio, al menos pasaremos un buen rato en el baile, ¿no?

No pude evitar sonreír. Guardamos silencio por unos segundos, ambos hundidos en nuestros propios pensamientos.

—Está bien, Gabriel. —Sus ojos se iluminaron cual luciérnagas.

—¡Maravilloso! ¿Te vengo a buscar?

—Aún falta una semana.

—Muchas cosas pueden pasar en una semana.

—No empujes tu suerte, Gabriel.

—Muy bien. ¿Entonces nos encontramos allá?

—Mejor. No vaya a ser que Simone quiera fotografiarnos.

Y me bajé de la camioneta con la sonrisa pegada en el rostro, sintiendo cómo la risa de Gabriel iluminaba kilómetros a la redonda.

El aroma de un delicioso *cassoulet* inundaba el vestíbulo principal de la mansión. Saludé a mi familia con un grito anunciando mi llegada y mi falta de hambre —no podía perder tiempo cenando— y luego subí las escaleras de dos en dos hacia mi habitación mientras Liki me respondía desde la biblioteca, probablemente viendo otro episodio de *Keeping Up With The Kardashians*. Me cobijé en mi habitación a puertas cerradas y vacié mi mochila negra con estampados florales sobre mi cama. Con pesadez, cayeron los tres libros gruesos que me había prestado Zacharías Solís y luego el diario que aún me faltaba por leer.

En la biblioteca ya lo había hojeado un poco, pero me sorprendí al recordar que este manuscrito no pertenecía a Pascale, sino a mi abuela Avril. Me detuve al igual que cuando choqué en bicicleta con las cajas de mi profesor apolillado. Había algunas ideas que había rescatado de los libros de Zacharías Solís, después de todo: el ejército, la competencia por las almas y la guerra, a la que los textos se referían una y otra vez, como si su desenlace fuese absolutamente inevitable. «Una guerra que decide si el mundo se baña en tinieblas o se mantiene bajo el sol». Y otro punto más confuso aún: «Una guerra que sucederá más de una vez».

Me senté de piernas cruzadas sobre mi cama, abrí los libros, dos de ellos en páginas al azar y contemplé el diario como si se tratara de una bomba. Recordé el regalo de cumpleaños que me había hecho Gabriel, que también se había sentido como si tuviese una cuenta regresiva para explotar y hacer añicos mi vida. Y de alguna forma así había sido; sentía que Gabriel me había puesto el mundo patas arriba.

Avril, mi abuela, la mamá de Simone, lógicamente se sentía muchísimo más cercana que Pascale. Esta última era solo un nombre, el conocimiento de alguien que compartía vagamente algo de mi ADN y mi apellido. Pero Avril era mucho más que eso. Era *maman* Avril, mi abuela, una mujer firme y decidida que aparentemente amaba su trabajo, al igual que yo lo había hecho hasta hacía solo unas semanas. Varias veces, Simone y Damián me habían comparado con ella, cosa que para mi madre siempre parecía resultar un castigo, mientras que mi exmejor amigo se limitaba a sonreír como si supiera algo más.

Avril no había sido buena madre, también sabía eso. Cada vez que Simone la mencionaba, su cuerpo se ponía rígido, casi protegiéndose contra un ataque. Su misma fiereza para cumplir con su trabajo con nuestro Jefe la había llevado a ser despiadada y exigente con sus hijas. «Días sin comer», había dicho Damián una vez hablando de los castigos que les imponía, cosa que en el momento registré como una broma, aunque me percaté más tarde de que no era así. Delphine y Simone definitivamente no habían tenido la infancia de la que Liki y yo habíamos gozado. Luc, mi abuelo, no había sido ni la sombra de Gérard. Era frío e indiferente y se había casado con Avril porque para los dos era conveniente, nada más.

—Ella amaba a alguien más, pero era una situación imposible —me contó una vez Damián, con su aire taciturno de siempre, el que ahora atribuía a su amor eterno por Pascale.

—¿Por qué imposible? ¿Estaba casado?

—Eso no hace a un amor imposible. No podían tener hijos, por eso. El Jefe requiere de un Deveraux sanguíneo y dos mujeres sencillamente no pueden lograrlo.

Recordé las palabras de Damián mientras abría el diario de mi abuela con el mismo cuidado con que un vigilante se acerca a una tumba bulliciosa a medianoche. Me hubiese gustado saber su nombre, el de la mujer que, sin quererlo, le había roto el corazón. Comencé a leer con cuidado, casi como si *maman* Avril pudiese saltar de las páginas y castigarme sin comida por estar leyendo sus palabras. No era muy largo y lo terminé en media hora. Sus palabras eran distantes, una guía de cómo cumplir el trabajo de los Deveraux, en vez de un recuento de su vida. Hablaba de Simone y Delphine como si fueran sus ayudantes, no sus hijas, y de Luc como un florero en la estantería. Nunca la mencionó. Y tampoco aprendí nada que me fuese útil.

Me eché hacia atrás en la cama con frustración. Habría mencionado una guerra de haberla habido, ¿cierto? ¿Tendríamos nosotros que pelear también en esa guerra por las almas? Si fuese así, finalmente tendrían sentido nuestros entrenamientos. ¿Podría la guerra liberarnos de la maldición? ¿Era esa la respuesta?

Volví a sentarme con mis pensamientos girando y el corazón acelerado. Cerré el diario con fuerza, con la mirada perdida, y fue entonces cuando noté la esquina de una página escapándose de la encuadernación. Lo volví a abrir y vi que una sencilla hoja estaba escondida en el forro de cuero. La saqué con cuidado y me fijé en la fecha. Mi abuela no debía de tener más de quince años por aquel entonces.

Maman me odia, dice que lo he arruinado todo. Nos han convocado y ha sido todo por mi culpa. Jamás hubiese dicho nada de haber pensado que... Pero ese fue mi error, no pensé que alguien pudiese escucharnos. Uno de *ellos*. Pensé que estábamos a solas en la sala del hospital y encaré a *maman* porque ya era hora de mi primera misión independiente. Quiero ser ya la cabeza de esta familia.

O sea, quería. Ahora no quiero nada más que sobrevivir esta noche. *Maman* dice que por supuesto que lo haremos, que esos angelitos con armas no tienen ninguna posibilidad contra nosotros. Pero tengo miedo. ¿Qué sucede si les pasa algo a los mellizos? Jamás me lo perdonaría, es mi deber protegerlos. Quiero huir, pero sé que no hay escapatoria de esto.

Los odio, los odio tanto, ¿por qué no pueden dejarnos en paz? Persiguiéndonos desde la eternidad. Ahora, por mi culpa, tendremos que irnos a la guerra, una guerra de una batalla que decidirá el futuro del mundo por un buen tiempo. Todo por mi bocota. Uno de ellos me escuchó hablar de nuestro trabajo, exigiéndole a *maman* que me entregara la responsabilidad.

Es casi imposible que ellos nos encuentren, estamos tan bien escondidos... Pero por alguna razón él estaba ahí, justo en aquella noche en que me enfurecí con *maman* y decidí gritarle sin pensar en las consecuencias.

Una vez que ellos convocan no hay vuelta atrás. Hay que pelear, solo pelear. Y luego rezar a todos los demonios para que no nos vuelvan a encontrar.

CAPÍTULO 42

Simone y Gérard estaban a solas en el comedor conversando, con la olla de *cassoulet* vacía aún sobre la mesa. Liki ya se había ido a la cama. Simone detuvo su vaso de brandi a medio camino hacia su boca, posiblemente para reprenderme porque aún no estaba durmiendo.

—¿Nos estamos escondiendo? —dije antes de que pudiera pronunciar palabra.

—No. —Su respuesta fue tan rápida que Gérard pegó un sobresalto, todavía preguntándose de qué demonios estábamos hablando.

—Pero nos están persiguiendo.

Gérard bajó la cabeza al entender. Simone sorbió un poco del alcohol antes de responder.

—Siéntate.

La ignoré.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no es importante.

—¿No es importante?! ¿Hay cosas, seres, ángeles que nos andan cazando y piensas que no es importante?

Gérard alzó su mano como si eso pudiese detener la furia de mis palabras.

—No alces la voz, panqueque, por favor. No queremos que Liki escuche esto.

Y yo tampoco, para qué mentir. Lo que más deseaba en aquel momento era liberarla de estas cadenas y permitir que fuese bailarina de *ballet*, viera todos los episodios de su serie en paz y nunca más sintiera la necesidad de prenderle fuego a algo. Pero estaba furiosa. Me costó varias respiraciones lograr un tono de voz más bajo.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —dije con dientes apretados. Mi rabia iba dirigida a ella, la cabeza de los Deveraux, la que llevaba la maldición.

—No puedo. Él me lo tiene prohibido. Después de un error que se cometió hace algunas décadas, prefirió que las hijas no supieran de la guerra antes de convertirse en la matriarca.

La guerra.

—El error de Avril.

Simone me miró con curiosidad, pero no completamente sorprendida.

—Damián te mostró los diarios.

No era una pregunta, pero, aun así, respondí como tal.

—Sí.

Gérard miró a mi madre y alcanzó su mano, como queriendo darle fuerza. Simone suspiró.

—¿También te los mostró a ti? —le pregunté, y no pude evitar sentir un poco de celos.

—Sí. Pero cuando era mayor. Ya estaba a cargo de todo para ese entonces —dijo acariciándose las sienes.

—¿Por qué lo hizo?

—Para que entendiéramos más, supongo. Para que también pudiésemos comprender por qué su amada Pascale nos metió a todos en este embrollo.

Silencio. Nunca me había resultado tan bulliciosa la chimenea encendida. *Su amada Pascale*. El amor eterno de Damián. Algo se estaba formando en mi cabeza, pero estaba invadida por tantas emociones que no pude ver más allá de la nebulosa de mis pensamientos. De pronto, mi madre interrumpió mi verborrea mental.

—No nos estamos escondiendo, porque ellos no tienen forma de encontrarnos, Estée. Su búsqueda es hallar un grano de arena específico en todo el océano. No hay nada que nos delate, absolutamente nada. —Su voz fue determinada.

Tenía razón, lo sabía. Los Deveraux jamás hablábamos de nuestras misiones a menos que fuera dentro de los confines seguros de nuestra mansión; todos llevábamos de fachada una aburrida vida normal y cuando íbamos a cumplir una misión estábamos absolutamente protegidos de los oídos y miradas ajenas gracias a nuestros encantamientos. Aun así, no podía escaparme de una incómoda sensación cuya raíz me resultaba imposible identificar.

Tenía tantas preguntas por hacer que no sabía por dónde empezar, ¿acaso Simone podría responderlas? Ya que había sido yo quien la había golpeado con la verdad, en vez de viceversa, ya no estábamos rompiendo ningún pacto con nuestro Jefe, ¿cierto?

—Pero si nos encuentran, pueden convocarnos a pelear.

Simone se movió en su silla incómoda.

—Sí, pero no tienen forma de encontrarnos.

—Esa vez escucharon a Avril hablar abiertamente sobre nosotros y lo que hacíamos...

—Sí. Fue muy estúpido de su parte —dijo sin piedad, con el cuerpo muy rígido—. La escuchó uno de *ellos* y entonces los convocaron. Pelearon y, por supuesto, los Deveraux ganaron. —Selló los labios con rapidez, queriendo evitar hablar más de la cuenta.

Es decir, los matamos. No de la misma forma que cuando vamos a capturar un alma, sino en un encuentro cuerpo a cuerpo, arma con arma.

—¿Podemos identificarlos nosotros a ellos?

En ese minuto, me pareció la segunda pregunta más importante que podía hacer, porque aún no me atrevía a plantear la primera. No me gustaba nada la idea de que alguien pudiese estar pisándome los talones y yo no tuviese forma de saber quiénes eran. Mis dos padres negaron con la cabeza, decepcionados.

—Sabemos lo mismo que ellos saben de nosotros —dijo Gérard.

—¿Por qué nos persiguen ellos a nosotros y no nosotros a ellos? Si los identificamos podemos luchar, eliminarlos y seguir con nuestra vida, ¿no?

—Ellos creen que si acaban con nosotros salvarán al mundo de la maldad. Nosotros no ganamos nada acabando con ellos.

—¿Y es cierto?

Simone suspiró, claramente harta de seguir respondiendo mis preguntas. Ya había traspasado su límite de paciencia. Pero miró a Gérard con desasosiego y él le dio ánimo con un sutil movimiento de cabeza.

—Sí, es cierto. Si ellos ganan, el mundo se inclina hacia la luz, hacia todo lo que es bueno, permitiendo un periodo de paz. Si ganamos nosotros, teñimos el mundo en desgracia por un buen tiempo.

Si perdíamos, es decir, si *ellos* —no tenía idea de cómo llamarlos— nos mataban, el bien reinaría en el mundo hasta... ¿cuándo? ¿La próxima batalla, quizás? Si ganábamos, nos mantendríamos con vida, pero el mal se apoderaría del mundo y continuaríamos siendo sus esclavos. Realmente no había forma de ganar.

Una imagen de Liki se me vino a la cabeza y tuve mi respuesta. A la mierda con el mundo; mi familia era más importante. De tener que enfrentarlos los haría pedazos con mis propias manos. ¿Pero sería ahora capaz de seguir viviendo después de enterarme de esto? Si ya odiaba a los seres humanos previo a esto, no sabía qué me quedaba ahora que sentía que cualquiera podía ser uno de *ellos*. Sentía rabia hacia Simone, a pesar de que no era su culpa.

Ella iba a cortar la conversación en cualquier momento. Ya me había dicho lo más importante y no quería seguir hablando de cosas que le causaban dolor, pero yo aún tenía muchas dudas. Me armé de valor y formulé la pregunta que me había estado carcomiendo desde que terminé de leer la página suelta del diario de *maman* Avril.

—¿Puede la guerra romper la maldición?

Mi mamá me miró como si le hubiese preguntado si podía ahogar a una camada de gatitos.

—No —respondió atorada, pero mi padre meneó la cabeza con desaprobación.

—Bueno... —dijo.

—No, Gerry.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Qué, papá?

—Merece saber la verdad, Simone.

—¿Qué verdad?

¿Cuál era la verdad? ¿Estaba a punto de descubrir cómo liberar a mi familia? Simone comenzó a hablar, visiblemente irritada.

—Los Deveraux hemos luchado contra los Protectores de la Luz en esa sola ocasión, pero la batalla nunca finalizó por completo porque uno de ellos, el muy cobarde, al ver que nuestra

familia estaba acabando con todos, huyó para salvar su vida. Hay algunos de nosotros a lo largo de los siglos que creen que, quizás, si ganamos la guerra por completo y teñimos el mundo de amargura, seremos libres.

Gérard asintió. Por todos los infiernos de los universos infinitos.

—Hagámoslo. Encontrémoslos y destruyámoslos.

—¡Estée! —Simone irguió el cuerpo, furiosa—. Primero, no tenemos ninguna certeza de que eso sea cierto. Nuestro Jefe *jamás* ha mencionado absolutamente *nada* sobre romper la maldición. Segundo, tienes que dejar de pensar solo en ti misma. ¿Te das cuenta de lo que significaría para el mundo que nosotros ganáramos? ¿De lo que ya le costó a la humanidad el hecho de que *casi* ganamos? El siglo xx fue uno de los peores y más violentos de la historia.

—A la mierda con la humanidad, Simone.

Probablemente no debería haber dicho eso. Simone se puso de pie hecha una bestia y por unos leves segundos me pregunté si acaso me abofetearía al llegar a donde yo estaba. Ninguno de mis padres jamás nos había puesto un dedo encima. Pero no. Solo se detuvo muy cerca de mi rostro y pude sentir su aliento a *cassoulet*.

—No vuelvas a repetir algo así.

Y fue entonces cuando yo también me puse como una bestia, como si fuera una pelea entre dos leonas.

—¿Y qué pretendes hacer si nos convocan, eh, Simone?! ¿Qué nos sentemos con estos defensores de la luz en un círculo y cantemos *Cumbayá*?

Si mi madre hubiese podido lanzar fuego por los ojos, yo habría muerto calcinada.

—¡Silencio! —dijo Gérard, nervioso de que Liki nos escuchara desde su habitación.

—¿Rezar por la paz mundial? ¿O acaso vamos a ofrecernos como cabras en un sacrificio para convertirnos en unos mártires que nadie recordará porque a nadie le importamos?

Se me acumularon lágrimas en los ojos y perdí toda la fiereza. Simone, que mientras gritaba había estado acumulando munición para derribarme, suavizó las facciones. Le sostuve la mano sobre la mesa con fuerza.

—Estée... —Me abrazó y me dejé envolver por la calidez y el aroma de mi mamá. Gérard bajó los brazos con relajo a la distancia.

—No hay forma de romper la maldición —me dijo muy firme una vez que nos separamos. La miré fijamente a sus ojos verdes y fue como verme en el espejo. «No puedes saberlo con certeza», pensé.

—Aun así... —dije con la voz muy baja—, si nos convocan, los destruiremos, ¿no?

Todos los músculos del rostro de mi madre se contrajeron con una determinación absoluta.

—Por supuesto —sentenció.

CAPÍTULO 43

Damián abrió la celda intentando provocar el menor ruido posible. No era tarea difícil para un demonio. Pascale estaba arrinconada a un costado, como una masa amorfa cubierta de negro. Lamentándose por Carassa, torturándose por sus elecciones, odiando a Damián por su insensatez e insistencia.

—Mi princesa —susurró él al silencio, embriagándose con la ya esperada sensación de que daría el universo por ella. Se hincó a su lado y la obligó a mirarle levantándole el mentón. Pascale estaba joven hoy, pero no tanto como él. Las tenues arrugas bajo sus ojos la habían alcanzado a acompañar en vida, antes de que su hija continuara con la maldición. Damián pensó que se veía hermosa.

—¿Qué quieres, Damián? —Sus visitas siempre comenzaban con el mismo cuestionamiento, cargado de hastío. Damián ignoró su grosería y se sentó a su lado.

—Estamos cerca.

Pascale elevó la mirada llena con los labios apretados; muchas veces parecía que él le provocaba asco.

—No me interesan tus ridículos planes —dijo ella escupiendo cada palabra. Damián cerró los ojos y se centró en la hermosa joven que había conocido siglos atrás, en cómo su risa era capaz de iluminar un bosque entero, en cómo sus sonrisas, sus bromas y la forma en que lo molestaba estaban llenas de luz. Ahora, en cambio, Pascale era una sombra. Pero él lo arreglaría, sabía que lo haría.

—Al principio pensé que eran ellos, tal como te dije. Pero luego llegó él justo después del acontecimiento y eso no podía ser coincidencia, ¿cierto? Por supuesto que no, tenía que ser él. Pero hoy, princesa, hoy entiendo todo. Y es mucho más perfecto de lo que jamás imaginé.

—¿Qué has estado haciendo, Damián? —preguntó Pascale recelosa.

—Mucho menos de lo que pensé que tendría que hacer.

Pascale lo observó de arriba abajo como si fuese un desconocido.

—Debes detenerte.

Damián meneó la cabeza con furia.

—No. Por supuesto que no, no cuando nos encontramos tan cerca, mi princesa. Te lo debo después de todo este tiempo.

Pascale se envolvió aún más en la harapienta manta negra, a pesar de que no era capaz de sentir

ni frío ni calor.

—Pero dijiste que el chico la ama.

Después de todo este tiempo y todo lo que había sucedido entre ellos, Damián jamás pensó que a Pascale le importase algo tan trivial como un amor adolescente. La miró fijamente a sus ojos verdes, maravillado una vez más con su belleza. Todo lo que le importaba era Pascale, por lo que, con palabras que se sintieron venenosas contra su paladar, expresó:

—Mejor aún. Lo querrá hacer pedazos.

CAPÍTULO 44

Le decían «el Señor», casi como si fuera un presidente o un antiguo caballero feudal. Vivía a más de doscientos kilómetros de nuestro pueblo, en las afueras de una metrópolis intoxicada por las drogas, la prostitución y el dinero. Él era *el Señor* de todo. La policía no podía siquiera ponerle un dedo encima, porque de ser así su familia completa podía sufrir las consecuencias. Era un gánster de la era moderna. Por eso, cuando supe que sería nuestra víctima, esboqué una sonrisa. No tuve necesidad de leer la primera página del pergamino: todo el mundo había oído hablar del Señor Elías Ferrer.

Yo tenía trece años. Llegamos a su mansión en las afueras de la gran ciudad, pasando al lado de sus guardias con escopetas, perros diabólicamente agresivos y cámaras por doquier con nuestra calma de siempre. Encapuchados, invisibles, con los ojos burdeos brillantes. El interior de su hogar olía a leña y a alcohol. Y, curiosamente, a soledad.

El Señor estaba en la biblioteca. Seguí los pasos de Gérard y Simone, completamente emocionada y gozando cada detalle de esta captura que sin duda recordaría para siempre. Pero apenas nos vimos adentro, una voz me heló la sangre e inmovilizó mis pies como si me hubiese dado un rayo.

—Así es que hoy es el día.

Miré a mis padres con los ojos muy abiertos, pero ya que ninguno de los dos me devolvió la mirada. Me enfoqué en Liki, quien se veía como si acabase de fallar en un paso de su incipiente carrera de bailarina.

Simone tomó la delantera. Caminó lentamente hacia donde estaba Elías, recordándome a los movimientos cuidados de mi Jefe, como una pantera intentando razonar con su presa. No dijo nada.

Elías Ferrer tenía un vaso de *whisky* en la mano. Lo giraba y lo giraba, aparentemente fascinado con tal infantil movimiento. Su voz era áspera y gélida, un historial de gritos, órdenes y palabras malévolas. Simone se paró frente a él, manteniendo una sabia distancia.

—Pensé que morir sería difícil, pero en realidad creo que es la decisión más fácil que he tomado.

Simone elevó una mano indicándonos que nos acercáramos. Fue entonces que me di cuenta de que Elías Ferrer, que acababa de levantar la mirada de su vaso de *whisky*, no estaba hablando con nosotros, sino consigo mismo. Sin embargo, parecía percibirnos, miraba de un lado a otro

esperando encontrarse con una sombra. Nosotros continuamos con nuestros encantamientos, mientras yo no superaba la sorpresa de ver a este hombre despierto. Cada vez que capturábamos almas, estas estaban durmiendo. Pero esta nueva víctima no solo estaba despierta; estaba vestido, hablando solo, casi como si nos hubiese estado esperando.

Miré a Simone exigiéndole una explicación y ella me indicó que me acercara. Me iba a decir algo cuando Elías Ferrer comenzó a parlotear igual que el anfitrión de una gran fiesta.

—Es curioso. Todo este tiempo pensé que se sentiría frío. Pero ahora, aquí, veo que viaja con el infierno en los bolsillos. —Estaba hablando de la muerte—. Estoy listo. Lo he estado hace muchísimo tiempo —dijo levantando el pecho, buscando llenarse de valor. Luego, se tomó de un sorbo el vaso de *whisky* que agarraba su mano gruesa y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces supuse que había sido producto del ardor del alcohol, pero hoy no estoy tan segura.

Llegué al lado de mi madre sosteniendo una de mis dagas firmemente en la mano. Nunca había necesitado utilizarla, pero quizás era para casos como estos que nuestros padres habían insistido tanto en nuestros entrenamientos de armas. Seguí la mirada de Simone hasta donde me indicaba: la mesa de caoba, a un lado de Elías Ferrer. Había una botella de *whisky* casi vacía y también frascos, muchos frascos abiertos y completamente vacíos. Simone lo miraba con la ferocidad de un halcón, pero sin moverse. Con el ceño fruncido en confusión intenté comprender lo que estaba sucediendo sin tener que pronunciar palabra. El *whisky*, los frascos, las lágrimas... Liki se escondió aún más tras la figura de mi padre en busca de refugio.

Y entonces suspiré bruscamente y abrí los ojos como platos.

—Las almas de aquellos que se quitan la vida le pertenecen siempre a nuestro Jefe. Se encuentran en tal estado de vulnerabilidad que es muy fácil para nosotros capturarlas. Muy pronto, el alma por sí sola se elevará sin que tengamos que hacer nada. —La voz de Simone era fría y distante, como si me estuviese compartiendo una receta de cocina. No había que hacer nada más que mirar, claro está. Mirar mientras la vida de Elías Ferrer abandonaba su cuerpo. ¿Pero era realmente distinto a cuando la arrebatábamos nosotros?

—Nunca había pasado —fue lo único que atiné a decir.

—Nunca nos habían acompañado.

Había algo muy incómodo en esto, algo que me hacía sentir como si estuviese mirándome desde fuera, observándome mientras esperábamos que la vida en el interior de aquel cuerpo se diera por vencida. Silencio. Miré a Simone directamente a los ojos burdeos, como si aquello pudiera darme una explicación, pero nuestros ojos, al cazar, son como el sol, y solo puedes fijarte en ellos unos segundos antes de que te empiecen a arder los tuyos. Elías duró más de lo que me esperaba. Hizo un leve quejido de dolor, se restregó los ojos humedecidos y se echó adelante en la silla.

No recuerdo bien lo que ocurrió después. El cuerpo de Elías comenzó a temblar como nunca ningún otro lo había hecho en el momento de clavar la daga.

—Alma del universo te venimos a buscar —comenzó a recitar Simone. Liki cerró los ojos tras

Gérard, quien le acarició la cabeza con ternura. Mis padres parecían de piedra. Yo estaba quieta cual estatua. Era la primera víctima que elegía morir.

El alma elevada, amorfa y plateada, se acercó a mi madre pidiendo cobijo y ella la encerró en el cofre con delicadeza.

No sé por qué esa noche recordé a Elías Ferrer en mis sueños. Quizás porque había sido un cajón oscuro de mi memoria que había cerrado bajo siete llaves y que me prometí nunca más volver a abrir. En ese entonces, pensé que nuestro trabajo era tan magnífico y necesario que era normal que tuviera algunos detalles un poco difíciles, ¿no?

Pero hoy, dos días después de enterarme de que quizás la maldición se rompería si nos enfrentábamos con los Protectores de la Luz, todo parecía estar resurgiendo. No había noche en que las pesadillas me dejaran en paz. Soñaba con Liki mirándome con ojos desconcertados, sin un atisbo de reconocimiento, y el dolor que eso causaba en un lugar tan profundo de mi ser que era incapaz de identificar. Soñaba con Gérard y Simone abrazándome en nuestro último adiós y luego con sus almas malditas, atascadas en algún atroz lugar. Nos veía a los cuatro encapuchados en el medio de un prado, alistándonos para matar a quienes tuviéramos que enfrentar o con Gabriel mirándome con terror cuando supiera quién era yo realmente.

La misma mirada de Mirta. Por todos los demonios, ella seguía siendo la que más me visitaba en las pesadillas. Al parecer, había alquilado una habitación en los confines de mi mente y salía todas las noches a trabajar, perturbando mi descanso.

Desperté sudando. Era lunes, pero demasiado temprano aún para levantarme. Me había pasado el fin de semana mirando el techo, entrenando y evitando a los dos hombres por los que alguna vez tuve sentimientos. Damián se apareció de pronto en el campo de entrenamiento, pero fui bastante directa en darle a entender que no quería saber nada de él cuando le lancé una flecha directamente al corazón.

Gabriel se había mantenido silente y eso me perturbaba más de lo que me animaba a admitir. Quizás ya se habría arrepentido de invitarme al baile. Mejor aún, porque yo ya me arrepentía de haber accedido a ir con él. ¿Podría ir con mis botas de combate, cierto? No recordaba la última vez que había bailado, no era algo que particularmente me gustara hacer. Seguro que podría escabullirme de la mansión sin que mis padres o Liki me vieran, ¿cierto? No sería necesario; su falta de comunicación no hacía más que apoyar mi teoría de que la única razón por la que había pasado algo entre nosotros era porque estábamos vulnerables.

Nada más.

Por los siete infiernos, odiaba a Gabriel. Odiaba que me hiciera pensar en estas cosas. ¿Qué estábamos haciendo? No eran más que unos besos, ¿cierto? Cierto. Por supuesto que sí. Me quité

las sábanas de encima y caminé descalza hacia el primer piso en busca de un vaso de agua. O un chocolate caliente. Sí, eso definitivamente sonaba mejor.

La mansión estaba silenciosa y me pregunté si acaso Simone y Gérard habrían recibido un pergamino a altas horas de la mañana. Normalmente esas las llevaban a cabo por sí solos, en un esfuerzo de mi madre de no interrumpir nuestras rutinas de sueño, en particular en días de semana. Mejor para mí. Quería alejarme lo más posible de ese lado de mí misma; ojalá no tuviera que cumplir más misiones hasta... No sabía hasta cuándo.

Efectivamente había un pergamino abierto sobre la antigua cómoda. Y el cofre no estaba. Lo levanté con pereza y lo abrí sintiendo el nudo en el estómago que ahora siempre percibía al conocer a esa persona cuya alma robaríamos, cuya vida detendríamos y cuyos sueños romperíamos. ¿Cómo es posible sentir compasión por alguien que causó daño? Todas las personas cuyas almas capturábamos habían hecho algo oscuro, terrible: abusos, mentiras, engaños, asesinatos... y, aun así, había dejado de sentir rabia hacia ellos. Por primera vez comprendía lo que mi mamá había querido enseñarme sin decírmelo. Toda mi vida me había distanciado de otras personas, por lo que me resultaba fácil crear distancia con nuestras víctimas también. Ellos eran los malos y nosotros, los buenos. Pero la realidad no era así, ¿cierto? Estamos todos en las mismas situaciones, intentando lidiar con esta extraña vida.

Miré el pergamino sintiendo un hueco en el estómago. Oh, no, no, no, no. Esta no podía ser yo. Ahora no solo sentía compasión leyendo las historias de vida de nuestras víctimas, sino que además tenía... No podía ser. No era capaz siquiera de pronunciarlo en el interior de mi cabeza. *Miedo*. Tenía miedo. E incluso eso me parecía una descripción demasiado sosa para lo que me invadía. Lo que realmente sentía era pánico. Pánico absoluto de que el nombre de Gabriel estuviese alguna vez en un pergamino. ¿Qué haría en ese entonces? Sentí náuseas de solo pensarlo. Jamás, y lo repetiré para enfatizar este punto, jamás me habría imaginado que me enamoraría de Gabriel. Si alguien me lo hubiese dicho cuando recién llegó al pueblo, me hubiese reído hasta sufrir de dolor de estómago. También habría llorado producto de la ridiculez de la idea.

Ahora, en cambio, no solo pensaba en él a cada momento del día, sino que también me había comenzado a invadir el terror. ¿Qué pasaría si algo le sucedía? ¿Qué haría en caso de que recibiera un pergamino con su nombre? ¿Saldría huyendo con él hasta el fin del mundo? No había rincón donde él no nos pudiera encontrar. ¿Y si no era su nombre, sino que el de su madre o padre?

Me serví un chocolate caliente intentando ignorar mis pensamientos. Esto es lo que hacen los humanos, ¿no? Ignoran lo que sienten. Iba a salir hacia la biblioteca a disfrutar de mi taza humeante cuando me fijé nuevamente en el pergamino abierto. Me acerqué con el corazón acelerado. Tenía que verlo. No podía explicar por qué, pero tenía que hacerlo. ¿Qué me pasaba? ¿Esto es lo que llaman intuición?

Pero no era el nombre de Gabriel el que adornaba el pergamino en letras rojas gruesas,

gritándome desde el papel.
Era el de Zacharías Solís.

CAPÍTULO 45

Llegué sudando cual maratonista al desastre que era la casa de Zacharías Solís. Era la primera vez que deseaba con tanto fervor ser capaz de utilizar mis poderes con el viento y poder llegar en cosa de segundos. Mi mente sabía que era imposible arribar a su casa antes de que mis padres capturaran su alma, pero, aun así, no podía simplemente sentarme a esperar. Quizás todavía pudiese hacer algo. Necesitaba poder hacer algo.

¿Por qué Zacharías Solís? Además de su mal gusto para vestir y prestancia depresiva, no era un hombre que pareciera ser capaz de hacer daño. Pero, al final del día, ¿cuántas de las almas que capturábamos parecían inocentes palomas y eran lobos disfrazados?

Pero no Zacharías Solís. No podía ser. Nada de esto tenía sentido. La distancia hasta su hogar se sintió como una cruzada alrededor del mundo. ¿Qué escenario habrían montado Gérard y Simone? ¿Un ataque al corazón, suicidio, envenenamiento accidental? No podía pensarlo. No, no, no, puede que todavía no fuese demasiado tarde. *Por favor, que aún no sea demasiado tarde.*

Abrí la puerta de golpe, que afortunadamente se encontraba sin llave, y me recibió el silencio. Silencio total. Silencio muerto. No me atrevía a dar ni una pisada en su interior. ¿Debía preguntar por Simone? ¿Por Gérard? ¿Por Zacharías? Pero ya era demasiado tarde. Lo pude sentir en mis huesos. Mis padres ya no estaban, pero él seguía aquí. Lo que restaba de él.

Lo encontré en el comedor, con los brazos lánguidos a sus costados, la silla volcada bajo sus pies. Su cabeza estaba caída con su melena desordenada ocultando cualquier facción. Una cuerda con la firmeza exacta estaba amarrada a un umbral.

Lo habían hecho parecer un suicidio.

Caí de rodillas y sentí cómo el cúmulo de emociones que se habían estado formando hacía semanas y que llevaba en mi interior como un secreto explotaba finalmente con violencia. Las lágrimas comenzaron a caer en caudales. Maldito el día en que Pascale decidió hacer negocios con el diablo. Maldito el día en que este pobre profesor llegó a este pueblo, maldita yo por no haber sabido, por no haber despertado temprano, por no haber podido hacer algo para ayudarlo. ¿Cuál sería su crimen? No podía imaginarme a Zacharías Solís haciéndole daño ni a una hormiga, pero aquí estaba, muerto y con su alma condenada para siempre. No había alcanzado a leer nada sobre sus actos en el pergamino y ahora ni siquiera sabía si quería hacerlo. ¿Cambiaría realmente en algo las cosas?

Me acerqué a su lado y le quité un mechón de pelo del rostro. Solo pude ver uno de sus ojos,

porque estaba de costado y, por fortuna, estaba cerrado. Me dolía el corazón. Había perdido a su esposa solo meses atrás y ahora había perdido también su alma. Llevaba su suéter a cuadros verde, el que le había visto usar en más ocasiones de lo que creía aceptable.

No sentía rabia y eso me impactó. En su lugar, una tristeza tan profunda que creí sería capaz de hundirme en los confines de mi mente para siempre, aislándome por el resto de mi vida del mundo externo. No me agradó la sensación. Pero al menos era más real, más cruda que la rabia que nunca me había llevado a ninguna parte.

Pero, de pronto, un sonido. Una pisada.

Había alguien más en la casa y no eran mis padres. Zacharías Solís vivía solo.

Con la rapidez que me daba el Diablo y la agilidad que me enseñó Gérard me escondí tras un sillón y bajé la profundidad de mis respiraciones con la concentración de un monje. Las lágrimas habían acelerado mi corazón y necesitaba recomponer mi compostura.

Escuché más pasos por el pasillo y un teléfono siendo descolgado. Por el relajo con el que se movía el cuerpo tenía la certeza de que no me había divisado. Podía percibir todos sus movimientos en el aire; él la presa, yo el depredador. Pero ahí quieta, temiendo asomarme por el riesgo a que me viera, me sentía más como la víctima. Podía usar un encantamiento para tratar de esconderme, pero sería débil. Cualquier hechizo lo sería hasta que me convirtiera en la cabeza. Y Simone lo sabría y no estaría nada contenta. Me acaricié la cicatriz fantasma en la nuca en un intento desesperado de saber qué hacer.

Pero si alguien me encontraba aquí... Por los siete infiernos, ¿cómo lo explicaría? Estaba poniendo a mi familia en peligro, al igual que lo hizo Avril décadas atrás. *Estúpida, estúpida, estúpida.*

—¿Hola? Hay un hombre aquí, no lo puedo creer, ¡se ha quitado la vida! —dijo la voz al teléfono. Era una mujer y estaba llorando. Entre sollozos logró dar la dirección—. Venía a devolverle unos libros cuando me percaté de que la puerta estaba abierta y... ¡oh, dios mío! No puede ser. Lo encontré aquí, ¡por favor, que venga alguien!

Por supuesto que no podía escuchar la respuesta de la otra persona al teléfono, pero me la imaginaba. Era bastante obvio que había llamado a los servicios de emergencia. ¿Pero quién era ella y qué hacía aquí? ¿Había estado ya en la casa cuando yo llegué? Estoy segura de que la hubiese escuchado entrar de haber arribado más tarde. Mi corazón estaba latiendo tan fuerte que temí que la mujer pudiese escucharlo.

—Sí, sí, muchas gracias —dijo al teléfono y escuché cómo lo colgaba. Luego, se aclaró la garganta, como una actriz tras entregar la interpretación de su vida. Me quedé de piedra tras el sofá mientras escuchaba cómo se movía desde el teléfono hasta la puerta principal y la cerraba suavemente.

Por precaución, me quedé ahí por mucho más tiempo del que me siento cómoda admitiendo.

CAPÍTULO 46: GABRIEL

Nunca había tenido un gesto nervioso. Siempre me pareció peculiar cómo las personas tienen tics: menear la pierna, morderse una uña, enrollar un mechón de pelo. Pero hoy no me podía dejar de mover entre las murallas blancas de la casa que alquilábamos en Puerto Umbrá como un león enjaulado. Era aún temprano para ir a clase, pero sabía que no sería capaz de acercarme a la escuela hoy sin importar la hora que fuese.

Mi cuerpo y mi mente anhelaban a Estée, pero dudaba de si sería capaz de mirarla a los ojos. ¿Qué le diría? Me había pasado el fin de semana completo observando el teléfono, deseando que sonara y pudiese escuchar su voz confiada del otro lado, que me dijera que todo estaría bien, que nosotros estábamos bien. Pero por supuesto que Estée Deveraux no me llamaría; no iba a demostrar que le importaba y estaba pensando en mí. ¿Eso me molestaba? Un poco, claro. Pero quizás no ahora, no en este preciso momento.

Después de la conversación con mis padres, aquel viernes por la noche —mi padre había regresado de improvviso—, justo después de haber dejado a Estée a pasos de su hogar, mi mundo se había puesto del revés. De nuevo. Ella ya lo había puesto del revés y ahora había vuelto a girar y girar, y me sentía mareado. Caminé de un lado a otro por la sala de estar y subí corriendo las escaleras de dos en dos solamente para sentir que estaba haciendo algo. Luego las bajé y volví a subir una y otra vez, hasta que jadeando me senté a los pies de los escalones y escondí mi rostro en las manos.

Esto no podía estar pasando. Era demasiado inverosímil. En cualquier minuto despertaría de golpe, sudando en mi cama y me invadiría ese maravilloso alivio que acompaña la noción de que no era más que una pesadilla, un invento de la mente dormida. Les hablaría a mis padres, si los veía en algún momento, de la ridiculez que había soñado y juntos reiríamos con las mismas ganas de cuando era niño y soñé que tenía la capacidad de transformarme en un gato.

«Todo está bien, Gabriel», me repetí a medida que sentía la ansiedad subir por mi cuerpo, llenar mi torrente sanguíneo con esa sensación pavorosa de que el mundo me quiere comer, que quiere hacerme pedazos. No era la primera vez que lo sentía. Muchas veces, de pie en el medio de una multitud que me adoraba, pero que no me conocía, con decenas de personas con quienes no podía hablar en realidad, me ahogaba un sentimiento de pánico en el corazón, de no poder respirar, de murallas cerrándose a mis lados. Lo único real eran mis ganas de gritar.

Y entonces se abrió la puerta y se me cortó la respiración. Era ella, por supuesto. La cerró a sus

espaldas y me miró con una risa triunfante, rodeada de una luz de alivio y orgullo que nunca había visto en ella, en todos estos años, ni siquiera cuando era capaz de ayudar al paciente más desvalido. Hizo un pequeño gesto con un cabeza. Un leve sí acompañado de esa sonrisa de dientes enorme, casi como un gato hambriento.

Y nuevamente las murallas empezaron a cerrarse.

Perdóname, Estée.

CAPÍTULO 47

Nunca más voy a salir de mi cama. Eso fue lo que me prometí apenas regresé de la casa siniestra de Zacharías Solís. Me cubrí hasta el mentón e intenté con todas mis fuerzas concentrarme en el aquí y el ahora, olvidarme de todo, de todo. ¿Había un volcán en mi interior? Porque eso era lo que sentía. Tantas veces había experimentado rabia contra Simone, dicha y orgullo en mis misiones, que pensaba que conocía lo que eran los sentimientos. Pero apenas había rasgado la superficie. Hoy sentía que estaba hecha de emociones, que mi sangre era impotencia, que mis pulmones respiraban tristeza y que mi corazón pestañeaba entre el odio y el amor.

Cuando alguien sigilosamente abrió la puerta de mi habitación, me cubrí entera y rogué que me dejaran en paz. Debía de ser ya hora de ir a la escuela; pronto escucharía a Simone gritarme desde el primer piso —*Tu es en retard!*— y tendría que ignorarla por completo. Quizás se apiadaría un poco de mí tras la difícil discusión que habíamos tenido el viernes. No, de qué estaba hablando, era Simone.

Pero no era ella. Y tampoco Liki; mejor, no quería que me viera en ese estado de desastre.

—Panqueque —dijo mi papá en voz baja. Se sentó a mi lado, aunque yo le daba la espalda, completamente cubierta.

Si Gérard pudiese, levantaría cualquier sufrimiento de las tres mujeres en su vida y lo afrontaría todo él, todo por aliviar nuestra carga. Con una sola frase sentí todo lo que me quería expresar: «Siento tanto todo lo que ha pasado. Desearía que pudiese ser diferente». Aun así, pensé que me diría que debía levantarme y seguir con mi rutina habitual para no perder la cordura y no deprimirme. Por eso, me sorprendió cuando dijo:

—Si prefieres quedarte hoy en casa no hay problema. Ya lo hablé con mamá.

Me quité las sábanas de encima y me senté en mi cama mirándolo intensamente con un nido sobre la cabeza que había suplantado mi melena negra. Gérard se veía abatido y triste, y eso me rompía el corazón. No me lo había dicho, pero con solo mirar su postura comprendí que sabía que yo sabía lo de Zacharías Solís, que mi escondite en la cama no se debía a la discusión sobre cómo romper la maldición, sino a enterarme de que mi familia le había quitado la vida a un profesor que me daba clases, un profesor un tanto extraño y apolillado, pero que me había querido ayudar en mi búsqueda, aun sin saberlo.

La mansión estaba silenciosa. Quizás Simone ya había partido con Liki camino a su escuela y se habían tragado algunos panqueques hechos por mi papá rápidamente antes de salir raudas por la

puerta principal. Me agradaba ese silencio. Siempre había sentido que en él podía esconderme hasta que pasasen las olas más violentas. Gérard estaba mordisqueando algunas palabras. Se veía como si tuviera moscas en la boca y no estuviera seguro de con qué forma dejarlas salir. Posé mi mano sobre la de él en un intento de inspirarlo a hablar, al igual que lo había visto hacer a él con Simone en incontables ocasiones.

—No fue obra nuestra, panquequito, queremos que lo sepas. Lo lamento tanto, pero Zacharías se quitó su propia vida.

No fue el balde de agua fría que esperaba. Las palabras de Gabriel resonaron en mi cabeza; había perdido a su esposa hacía un año y aún no se había recuperado. Pensé en su figura lánguida y apagada caminando por los pasillos como un fantasma. ¿Cómo es que alguien es capaz de sufrir tan abiertamente sin que nadie haga nada al respecto? Sentí un pinchazo en el corazón.

—Por los siete infiernos, papá —dije tratando de controlar el dolor que sentía.

—La enfermedad de su mujer, Rebeca, fue muy rara y terrible, panqueque. Larga y dolorosa, inmensamente difícil para ambos. Todos los doctores estaban de acuerdo con que no había cura, pero tampoco podían estimarle su tiempo de vida ni ayudarla con su dolor. Por eso, él... —Gérard suspiró profundo y yo me preparé para lo que venía—. Él la ayudó a morir en paz.

Era un asesino. Noble, pero un asesino, al fin y al cabo. Estaba condenado lo mirara por donde lo mirara.

Asentí. Gérard sacudió el nido sobre mi cabeza y se puso de pie como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Me recordó escalofriantemente a Zacharías Solís.

—Descansa, panqueque —me dijo de espaldas a mí en la puerta de mi habitación, en un tono que daba a entender que los Deveraux realmente nunca pueden descansar del sufrimiento que ven en otros.

CAPÍTULO 48: GABRIEL

Gran parte del pueblo se reunió el miércoles en la escuela para despedir al señor Solís. Desde ahí partimos todos juntos al cementerio para dejarlo ir para siempre. Yo solo quería ver a Estée, nada más me importaba. No podía siquiera pensar en Zacharías. Él ya estaba muerto y lo había decidido así. Pero era yo quien tendría que vivir con esto por el resto de mi vida. O por solo unos días más, si esto significaba el fin de todo.

Estaba de pie en el pasillo, viendo cómo entraban las familias: padres e hijos reunidos para dar sus respetos, los mayores de negro, los jóvenes incómodos por tener que asistir a un funeral con ropa que, en la mayoría de los casos, les quedaba grande. Por suerte, mis padres habían tenido la decencia de optar por el trabajo y no venir hoy.

—Qué cosa tan terrible, ¿no te parece? —Una voz a mis espaldas me sorprendió. Era Milena, viéndose triste y desamparada, con un vestido negro y ajustado. Me tomó unos segundos entender a qué se refería.

—Sí, terrible.

—Era un hombre joven, con tanta vida por delante... —Se llevó un pañuelo blanco al rostro para ahogar un sollozo. Todavía no lograba divisar a Estée ni a su familia y sentía que mi corazón pendía de un hilo.

—Bueno, la depresión no discrimina edades. —Sé que mi respuesta sonó mucho más dura de lo que ella había estado esperando, pero ni eso evitó que me sonriera con dulzura; según ella, mis palabras eran dignas del mismísimo dios de la sabiduría.

—Cuánta razón tienes, Gabriel... Si quieres podemos sentarnos juntos durante el servicio, para darnos apoyo.

Finalmente la vi adentrarse en la escuela como una sombra negra, caminando a paso firme sobre sus botas negras de combate y con una mirada de hastío al mirar a su alrededor. Justo a sus espaldas, tres sombras más. La señora Deveraux, alta y con su pelo rubio en un corte masculino, su marido en un terno perfecto que parecía desencajar con su cabello negro desordenado y sus anteojos, que se le resbalaban por la nariz, y Angélique, pequeña, pero con prestancia, jugando con un encendedor y mirando a su alrededor sin entender bien qué estaba haciendo ahí.

—Discúlpame, Milena —dije separándome rápidamente de ella, sin asegurarme de que me hubiese escuchado o no.

Apresuré el paso sin quitarle a Estée los ojos de encima, hasta que ella notó mi energía puesta

en ella y, sorprendentemente, se encaminó hacia mí con sus facciones suavizándose. Nos encontramos a mitad de camino y yo, que estaba preparado para darle una explicación, aunque no fuese completamente verdadera, de por qué no la había llamado en todos estos días, tuve que morderme la lengua cuando ella me abrazó.

No fui el único que se sobresaltó. A poca distancia vi cómo sus padres daban un respingo, seguramente al vivenciar el primer abrazo que su hija había dado en su vida a alguien que no fuese de su familia. Me invadió una profunda felicidad, pura y grande, ocupando hasta los rincones más escondidos de mi mente. Estée estaba junto a mí, abrazándome. Le besé la coronilla y entonces llegó la tristeza con la brusquedad de una tormenta de verano, y rogué con todas mis fuerzas nunca tener que separarme de ella.

—¿Estás bien? —le pregunté. Ella se separó un tanto bruscamente de mí, quizás percatándose de lo que acababa de hacer a la vista de todos. Asintió cruzándose de brazos.

—Estée, el fin de semana... —comencé a explicar, pero ella levantó su mano en señal de que parara.

—No tienes que darme explicaciones, Gabriel.

—Pero quiero hacerlo, no quiero que pienses que es porque no me importas o.... —Los ojos verdes de Estée me observaron fijamente con una suavidad que pocas veces había visto en ella, como parte de su vulnerabilidad, que muy contadas personas llegaban a experimentar. Respiré profundo.

—Lo de Zacharías Solís ha sido un gran *shock* —me dijo con una voz que intentaba esconder el miedo y la pena. No supe qué decirle para consolarla, así que volví a apretarla contra mí y le acaricié la cabeza. Ella me permitió hacerlo; a pesar de que pudiese resultar muy extraño para todos los que nos miraban, para mí fue lo más natural del mundo.

El servicio fue rápido e incómodo, y prontamente se notó que nadie había conocido muy bien al señor Solís. La lluvia decidió llegar justo al final de la ceremonia en el cementerio para darle el toque final a la miseria de ese día.

Acompañé a Estée hasta el auto de sus padres, y, aunque intenté tomarle una mano, ella las mantuvo cruzadas junto al pecho.

—Gabriel. Qué alegría verte nuevamente —me dijo la señora Deveraux apenas llegamos al auto, un Camaro negro antiguo. Solo Angélique se encontraba acomodada en el asiento trasero, jugando con su encendedor, aunque su padre intentó arrebatárselo varias veces sin éxito.

—Igualmente, señora Deveraux. —Ella sonrió débilmente. Él me miraba como un halcón. El

ambiente se puso bastante incómodo y Estée no ayudaba a la situación, manteniéndose en silencio. Quería huir de ahí junto a ella, irnos a cualquier lugar donde pudiésemos estar a solas.

—¿Cuándo podrás ir a cenar con nosotros de nuevo? —me preguntó de pronto la señora Deveraux. Estée puso los ojos en blanco.

—No lo ahogues, Simone.

—No lo estoy ahogando, Estée, solo quiero saber cuándo podría acompañarnos para poder conocer más de ustedes, de él, quiero decir. —La sonrisa inquebrantable de nuevo. Los señores Deveraux me miraban intensamente esperando una respuesta y claramente Estée no iba a hacer más por ayudarme. Las gotas de lluvia se habían vuelto más y más intensas sobre nuestros paraguas—. Quizás el próximo viernes —insistió Simone.

—Oh, no puede ser, iré con Estée al baile de invierno.

Si los ojos de Estée pudiesen haberme fulminado en ese momento, no tengo ni la menor duda de que lo hubiesen hecho. Solo me había tomado un par de horas hacerla enojar.

—¿¡Irán al baile de invierno?! ¡Pero qué maravilla! ¡Estée! ¿Cómo no me lo habías contado?

De pronto, la señora Deveraux estaba demasiado emocionada como para encontrarse en un funeral.

—Probablemente lo cancelarán después de lo que pasó —dijo Estée matando todas nuestras ilusiones. Por supuesto que tenía razón; era muy probable que la escuela corriese la fecha como una señal de respeto hacia el señor Solís, pero yo solo quería pasar una noche más con ella. No me parecía mucho pedir.

—Puede que sí, puede que no. Si es que no, me pondré a buscarte un vestido de inmediato.

—¡Simone! —se quejó Estée mientras Angélique se reía desde el interior.

—No me digas Simone, soy tu madre.

—Simone o *maman*, no dejaré que me compres un vestido.

—¡*Silence!* Por supuesto que lo haré.

Con la cena aparentemente olvidada, todos los Deveraux a excepción de Estée se subieron al auto.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunté, como si con un pestañeo fuese capaz de perderla para siempre. Porque, tal vez, así era.

—Por supuesto —dijo ella sin sonrisa y con un tono irritado, pero luego me quitó una pelusa del hombro—. Te ves bien de negro, Gabriel.

—Y esta es la primera vez que la poderosa Estée me hace un cumplido.

Y sonrió.

—No te acostumbres —me dijo, abriendo la puerta del vehículo.

Pero en ese momento lo único que quería en vida era tener el tiempo suficiente para acostumbrarme a todo de ella.

CAPÍTULO 49

Para mi mala fortuna, y para felicidad de Gabriel, no cancelaron ni reagendaron el baile de invierno. Por los siete infiernos. Como si no tuviese suficientes cosas en la cabeza, ahora tenía que pensar encima en qué diablos ponerme.

Durante la semana, intenté evadir cualquier cosa relacionada con los Deveraux, es decir, misiones, dudas existenciales y angustia por la posibilidad de que nos encontraran y de que nuestro triunfo pudiese significar el quiebre de la maldición, con la presencia de Gabriel. Dulce, precioso Gabriel. (Si llegan a mencionarle a cualquier persona que me referí a él de esa forma, consideren su alma maldita por el resto de la eternidad).

Pero ya no podía ocultarlo. Había perdido la cabeza por él. Conversábamos por horas y nos besábamos por otras más. Si no estaba hablando con Gabriel, estaba riendo con él, pensando en él o intentando comérmelo a besos. Era una sensación intoxicante. Su cuerpo contra el mío generaba una electricidad capaz de incendiar ciudades enteras y sus palabras, su sabiduría, su forma de contenerme me hacían sentir lo suficientemente fuerte para afrontar mi triste destino.

Inevitablemente, hubo momentos en que pensé en el futuro, porque realmente no lo teníamos. Si quería que Gabriel fuese parte de mi vida para siempre tendría que casarme con él, y él tendría que convertirse en un Deveraux. Maldito, al igual que yo, por el resto de nuestras vidas, o hasta que uno de nuestros hijos nos sustituyera para capturar almas que cayeran en desgracia. Su alma dejaría de pertenecerle. Ahora sería de Él.

Y jamás le haría eso. No sería la responsable de apagarle su luz. Lo amaba demasiado —por supuesto que no le había dicho que lo amaba, qué cosa más vergonzosa— como para condenarlo a una vida así. «No pienses, Estée, no pienses», me decía a mí misma cada vez que mis pensamientos me llevaban por ese camino. Solo importaba hoy. Solo importaba mañana y el estúpido baile al que estaba tan entusiasmado por ir. Si me dejaba llevar por mis preocupaciones era probable que terminara igual que el pobre Zacharías Solís, sintiendo que la vida no era más que un camino negro.

Con Gabriel la vida era luminosa, llena de esperanza, de ridiculeces, de los placeres más sencillos. Por su culpa me fijé por primera vez en las puestas de sol, en el sabor reconfortante del café más allá de usarlo como bebida energizante y en los sueños que nuestras mentes eran capaces de construir. Gabriel era un soñador. Soñaba con conocer el mundo, con visitar cada ciudad, con aprender fotografía, con convertirse en un psicólogo capaz de ayudar a otras personas.

¿Quién era yo para truncarle sus sueños con mi estúpida maldición?

El día antes del baile habíamos estado estudiando —o, más bien, besándonos y conversando entre las estanterías— por una hora en la biblioteca, cuando se levantó para ir a comprar dos chocolates calientes «para el viaje», que implicaba dejarme a pasos de la mansión. Intentando esconder esa sonrisita estúpida que llevaba en el rostro, comencé a guardar los libros en mi mochila de flores cuando la bibliotecaria, la señora Sierra, se me acercó. Mi primera reacción fue que venía a retarme por nuestro ridículo comportamiento adolescente —no podría culparla—, pero en vez de eso miró hacia los lados como un espía antes de decirme en voz baja.

—Tengo algo para usted, señorita Deveraux. —Y alargó su mano con una carta. Me tomó unos segundos reaccionar y tomarla. Era un sobre blanco con mi nombre escrito en una letra cursiva y temblorosa. La señora Sierra se enderezó intentando mantener la compostura—. El día antes de..., el señor Solís me pidió que, por favor, le entregara esta carta. Me dijo que era importante, que usted necesitaría leerla.

Ante la mención de Zacharías Solís me recorrió un escalofrío. No supe qué decir. La señora Sierra, aparentemente aliviada de haber cumplido con su promesa, dio media vuelta y la perdí de vista en el pasillo de la ficción en inglés.

—Dos chocolates calientes para llevar —dijo de pronto Gabriel mientras yo escondía velozmente la carta entre mis cuadernos.

—Perfecto —sonreí, mientras pensaba que era la tercera vez que sentía que llevaba una bomba en mi mochila.

Gabriel detuvo su camioneta roja justo al borde del límite entre el bosque y la mansión, al igual que lo había hecho ya tantas veces, y respiró profundo, abatido. Me desabroché el cinturón y me incliné para darle un beso. Él me lo devolvió con ternura, como si mis labios fuesen de porcelana y temiera quebrarme. Ese juego entre la delicadeza y la furia tenía mis emociones y mi cuerpo revolucionados. Toda esta semana Gabriel había estado un tanto extraño. Su luz y su alegría parecían estar más débiles, y me generaba una extraña mezcla de emociones pensar que la muerte de nuestro profesor pudiese afectarle así. Culpa, remordimiento, pero también cariño, un enorme cariño que parecía estar inflándose al igual que un globo, más y más, y más. ¿Podría en algún momento reventar? Tocarle la piel, despeinarle el cabello y darle besos en cada rincón de su rostro me parecía absolutamente ajeno, pero a la vez lo más natural del mundo.

—Hasta mañana —le dije con una leve sonrisa, inclinándome a abrir la puerta. Él me detuvo. Lo miré sorprendida y vi que tenía los ojos fijos en el suelo, lejos de mí; toda su mente parecía estar a kilómetros de distancia. ¿Qué pasa, Gabriel?

Aún sin mirarme, volvió a respirar profundo, como si le costase trabajo hacerlo. Llevaba el ceño fruncido y parecía estar luchando con algo que necesitaba decirme. Pero sus labios se mantuvieron sellados. Entonces, se inclinó hacia mí y abrió la guantera de su camioneta. Del

interior sacó un delicado y largo collar con un pendiente en forma de flor, la misma que llevaba estampada en la mochila.

—Estée... —dijo acariciando mi nombre con tanto cariño que mi corazón se aceleró.

Pero entonces supe lo que iba a suceder. No, no, no, no, no, no. No estaba preparada para que me dijera esas palabras, porque lo más probable es que en algún momento terminara hiriendo sus sentimientos. Y no quería herir sus sentimientos ni ahora ni nunca, particularmente no la noche anterior al estúpido baile de invierno. Nunca podría herir a Gabriel, pero tampoco podría quererlo por siempre.

—No lo digas, Gabriel —le dije rápidamente, con una sonrisa forzada para que no pareciera que le estaba dando órdenes, cosa que por supuesto estaba haciendo. Él sonrió y le volvieron a brillar sutilmente sus ojos de mar. Haciendo caso omiso a mis instrucciones, me abrochó el delicado pendiente al cuello, que estúpidamente sentí como una soga en la ejecución.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir —objetó.

—Cierto, ¿pero para qué arriesgarnos? —dije acariciando el collar, intentando no sentirme tan embriagada de felicidad como lo hacía en ese momento.

—Lo vi hace un tiempo y me hizo pensar en ti. Creo que es más apropiado que los tapones de oídos —dijo con una voz sonriente, pero también melancólica. Abrió los ojos para intentar decir nuevamente esas palabras truculentas, pero lo interrumpí cuando me detuve de golpe.

—¿Qué es eso?

Gabriel siguió mi mirada. En la guantera había una pequeña caja de madera con incrustaciones de una flor abultada. Él no me miró ni hizo ademán de detenerme cuando la tomé en mis manos y la abrí. En su interior había un pedazo de metal, irregular como la pieza de un puzle y claro como un espejo. Me miré en él. Y me miró de vuelta una chica igual a mí, pero con ojos burdeos y rostro cadavérico. Me sobresalté. Y mi mundo se cayó en pedazos. Se desintegró como un castillo de arena con la ola más violenta, desparramándose por todos lados, húmeda y repugnante y sin vuelta atrás.

—¿Estás bien? —me preguntó. *No, Gabriel, no, no, no.* Asentí con el corazón acelerado.

—Me tengo que ir —logré articular, mientras intentaba sostener los pedazos de mi corazón que se iban cayendo y volando lejos, que intentaban escapar por mis orejas, mi boca, mis respiros.

—Estée...

—No lo digas, Gabriel. —Fui cortante como lo era antes de quererlo. Como lo fui una y otra vez, cuando no me interesaba tener nada que ver con él. Tajante como una tijera. Nunca debí haberme acercado a él.

Pero él de todas formas ya me lo estaba diciendo. Sus ojos me lo gritaban, todo su cuerpo me lo chillaba, todo en Gabriel reflejaba lo que sentía por mí, sin miedo, sin mentiras, absolutamente transparente, y eso solo me provocaba quererlo más. «Te amo, perdón», me decía.

Caminando hacia la mansión no podía dejar de pensar en la flor incrustada en la caja de

madera. Me aguanté las lágrimas de dolor como si se tratasen de un mal trago, una y otra vez, hasta que la tristeza no fue más que un fantasma que había golpeado mi puerta a medianoche, pero al que me negué a dejar pasar. Prefería la rabia a la pena, a pesar de que aún no era capaz de encontrarla. Necesitaba verme como el mundo me veía, tal como me reflejó ese pedazo reflectante en la guanterera de Gabriel.

En la guanterera de Gabriel.

Gabriel.

Y aquella flor que había visto demasiadas veces como para no reconocerla. Era una protea.

CAPÍTULO 50

Cuando entré a mi habitación me topé con un hermoso vestido colgando en mi ventanal. Era rojo, con gran parte del pecho en encaje y llegaba un poco más arriba de la rodilla.

—¡Sorpresa! —gritó Simone saltando como una niña de cinco años. Liki salió a su lado, caminando sin inmutarse y se tiró en mi cama, agotada.

—Por favor, di que te gusta, porque condujimos kilómetros buscando el apropiado para ti —dijo con su voz opacada por las sábanas.

—Es precioso —dije. Sentía que estaba bajo el agua, que yo era la que estaba a kilómetros de distancia y mis pensamientos daban vueltas, vueltas y vueltas...

Gabriel.

Simone chilló de felicidad y Liki intentó aplaudir en mitad de su agotamiento.

—Estuvimos conversando con tu hermana y ella cree que es mejor que ella se encargue de tu pelo y maquillaje. Yo no soy muy buena con esas cosas.

—Todo muy natural, por supuesto —añadió Liki. Me giré hacia ellas con dolor en el corazón. Qué extraño, cómo podemos sentir tanta tristeza y tanta alegría a la vez. Es como si aquello que nos duele nos permitiera ver con más claridad todo lo que es bueno en nuestra vida.

—Muchas gracias —les dije. Y las dos se acercaron a abrazarme, pero yo ya no era real. Estaba hecha de agua y de aire. Y de furia.

CAPÍTULO 51

—Tierra llamando a Estée —me dijo Liki de pronto mientras finalizaba mi peinado para el baile. Era viernes, el día maldito.

—¿Qué pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Desde ayer parece estar en Marte. Ni siquiera un buen chocolate caliente te ha hecho reaccionar.

Chocolate caliente.

Llevaba veinticuatro horas como un zombi. No, más bien como una araña uniendo los hilos más lejanos, tejiéndolos juntos, comprendiendo el intrincado diseño, el que estaba destinado a suceder. En mi puño cerrado llevaba la carta de Zacharías Solís. Arrugada como mi vida, mi futuro, mi amor por Gabriel.

Intenté sonreír para calmar a Liki.

—Está todo bien.

Pero no era así, estaba lejos de estarlo. ¿Cómo podía cuidar a mi hermana cuando no podía protegerme de mí misma?

—Muy bien. Entonces cuéntame qué te gusta de Gabriel —dijo relajada, atribuyendo mi extraño comportamiento a los nervios de un primer baile.

¿De Gabriel? Todo. Me gusta todo de él, su honestidad, su bondad, su mirada ante la vida. Cerré los ojos. No puede ser cierto.

—Me ayuda a no tomarme la vida ni a mí misma demasiado en serio —respondí, pero ya no me dolió el corazón. Dudé incluso si aún estaba ahí o se había muerto, al igual que el de Damián, y que de ahora en adelante sería yo quien le indicara si latir o no. Tal vez no era realmente el Diablo quien mataba el corazón ahogándolo en un puño cerrado. Era la pérdida. La pérdida había matado a Damián, había terminado con Zacharías Solís y ahora me tendría a mí como su nueva víctima.

—Entonces claramente es el indicado —dijo Liki, y se largó a reír con alegría, mientras yo simulaba hacerme la ofendida para que no sospechara de la oscuridad de mis emociones.

Gabriel.

Damián.

Pascale.

Mirta.

—¿Te gusta? —me preguntó después de un rato, cuando hubo finalizado con mi pelo. Me vi

obligada a aterrizar. Era hermoso. Todo era hermoso. Me había trenzado el cabello y luego lo había sujetado a medio camino entre la corona y la nuca en un elegante moño, con dos mechones rizados enmarcándome el rostro. Junto con mi sencillo maquillaje y mi vestido nuevo me sentía diferente. No siendo infiel a mí misma, sino descubriendo algo de mí que nunca me había permitido explorar y ahora, tal vez, nunca terminaría de hacerlo. Era una fantasía, algo a lo que ya jamás podría pertenecer.

—Gracias, Liki —le dije camuflando mi tristeza con emoción, a lo que mi hermana respondió con su característico tono tajante.

—Ya, no se te ocurra llorar que arruinarás mi obra maestra. Y apúrate en bajar, porque obviamente Simone querrá fotos para la posteridad. —Y me dejó a solas en mi habitación. Abrí mi puño. Los bordes del sobre habían marcado mi piel en chillones puntos rojos. Aún no era capaz de leerla. Sentía cómo me susurraba, cómo no me dejó dormir en casi toda la noche. Cuando lo hice, caí en las pesadillas de siempre.

Liki.

Simone.

Gérard.

Gabriel.

La mansión estaba silenciosa. Mi corazón también. Abrí la carta y comencé a leer.

Querida Estée:

Nunca pensé que sentiría la necesidad de explicarte nada. Después de todo, ustedes los Deveraux son los malos, ¿cierto? Pero no es realmente así. He leído y vivido lo suficiente como para saber que las cosas no son tan sencillas. Y, pese a lo poco que te conocí, pude ver que tienes un corazón mucho más grande de lo que te atreves a admitir. Vi cómo cambiaste a lo largo de las semanas, percatándote de tu destino y dejando aflorar tus sentimientos por Gabriel. Sé que enterarte de mi suicidio probablemente te destroce. Lo siento por eso.

Es importante que sepas que fue real, que no fueron tus padres. Ellos vinieron a buscarme porque me quité la vida, y eso me convierte inmediatamente en un alma condenada. No tuvieron que simular nada. Se los puse fácil.

Yo morí el día en que Rebeca, mi esposa, murió. Nunca nada volvió a ser igual. Fue como si mi alma se extinguiera con ella; pude casi sentir cómo se evaporó cuando la escuché dar su último aliento. Queríamos hacer tantas cosas aún. Pero la muerte es una desgraciada y le gusta recordarnos que la vida es frágil, que somos dueños de ella solo hasta que decide quitárnosla.

Mi relación con la muerte es un poco más compleja de lo que parece. De lejos, era el pobre hombre que había perdido a su mujer frente a una espantosa enfermedad. De cerca, era el mismísimo asesino. Ya no era capaz de verla sufrir de esa manera. No había nada que los doctores pudiesen hacer para ayudarla y el mundo simplemente esperaba que me sentara a su lado. Por eso, cuando me pidió ayuda, no lo dudé y la ayudé a morir.

Mi vida perdió todo el sentido. Y ella lo sabía. Se acercó a mí como una amiga, pero sabía mucho más de lo que en principio me contó. Poco a poco, fue revelándome todo y, como soy historiador, la verdad es que muchas de sus palabras no me sorprendieron. Yo he tenido acceso a libros oscuros, a temas que el mundo ha querido olvidar o que prefiere ignorar. En varios de ellos, se alude a los Guardianes de la Oscuridad, humanos malditos que hacen parte del trabajo sucio del Diablo, condenando a las almas para su infinita colección. Lo que los hace

distintos a los otros demonios es, por supuesto, su humanidad, como también la maldición que pesa sobre sus cabezas, siempre ganada a través de un trueque con el príncipe de la oscuridad.

Ustedes no son los únicos. Tampoco serán los primeros ni los últimos. No hay forma de romper la maldición. Cada cierto tiempo las energías deben reequilibrarse y, por eso, hay guerra entre ambas, luz y oscuridad. Debe haberla, y se corona como ganadora la más fuerte. Por un tiempo solamente, hasta que es tiempo de volver a equilibrar. Porque así son el bien y el mal: siempre se acomodan, siempre se desafían, siempre suben, siempre bajan.

Los Protectores de la Luz necesitaban mi ayuda. Cuando Liliana Volts se me acercó con un trato, no pude decirle que no. Prometió reunirme con mi Rebeca a cambio de que yo los delatara. Con mi suicidio, ustedes vendrían por mí, y ella podría verlos con ayuda del pedazo de espada que quedó de la última guerra, cuando el más joven de los Volts corrió por su vida, dejando la batalla sin finalizar. El camino no fue difícil y me hace pensar que alguien, además de nosotros, ha tenido que ver con este desenlace.

Hay una cosa muy importante que puedo decir en su defensa, Estée: Gabriel no lo sabía. No lo supo hasta que fue muy tarde. Te amó simplemente como un chico se enamora de una chica, sin saber nada de ti ni la realidad de quién es él.

Recuérdalo.

Z. S.

Bajé las escaleras sintiendo que no era dueña de mi propio cuerpo. Simone y Gérard se hallaban parados como estatuas frente a la antigua cómoda, con los rostros caídos. A su lado, Damián, me observaba como un depredador. Miré a Simone y no recuerdo si efectivamente pronunció las palabras o si solo fue su gesto el que lo dijo todo:

—Nos han convocado.

Pero mis ojos y mis emociones no se centraron en eso, sino que me giré hacia Damián.

—«Condenado a amar a la mayor de las Deveraux por el resto de la eternidad». —Sonreí con tristeza—. Desde que leí eso, supuse que se refería a Pascale. Pero no es así, ¿cierto, Damián? Cada generación ama a la mayor de las Deveraux, una y otra vez, y cada vez debes verla morir y perderla para siempre.

Damián se quedó quieto, evaluándome. Simone lo miraba boquiabierto.

—Pensé que solo amabas a Pascale.

—No. A todas, una y otra vez, como tan bien explicó nuestra Estée —dijo en tono burlesco.

—¿Cuántas veces lo has intentado, Damián? —lo interrogué con la voz seca. Tanto Simone como Gérard desplazaban su mirada de mí a Damián, una y otra vez, como un partido de tenis, intentando comprender lo que sucedía. Damián, en su terno immaculado, con su cabello perfecto y sus ojos irresistibles, sonrió, pero sin victoria.

—Más veces de las que recuerdo —confesó por fin. Tragó amargamente.

—¿Por qué?

—Tú misma lo dijiste antes, princesa. Las he amado una y otra vez y nunca he podido hacer más

que verlas sufrir. Y yo las pierdo una y otra vez, aun cuando el dolor de la pérdida se me debería haber acabado siglos atrás.

Simone comenzó a decir algo, pero sus tartamudeos no se lo permitieron. Jamás en mi vida había escuchado que las palabras de mi madre no fuesen seguras y firmes. Entonces, yo di un paso adelante:

—Fue él, Simone. Fue él quien se encargó de que uno de los Protectores de la Luz escuchara a *maman* Avril hablar sobre quiénes éramos. Fue él quien detuvo el embrujo de esa noche para que Mirta pudiese vernos. Él sabía que el suicidio de Zacharías Solís era una carnada, pero, aun así, no los detuvo.

—¿Pero por qué? —susurró Simone, aunque, en realidad, ya lo sabía. Todos lo sabíamos, pero yo fui la única que se atrevió a decirlo.

—Porque cree que así se romperá la maldición.

—Lo hará, se romperá de una vez por todas —dijo él.

Vi cómo el temple conmocionado de Simone se transformaba en ira.

—¡No tienes idea de cómo romper la maldición y estás dispuesto a ponernos a todos en peligro!

—Tiene que ser la manera. Por eso Él se ha esforzado tanto por protegerlos y evitar que los encuentren —sostuvo Damián, impávido ante la reacción de furia de Simone.

—Pero no lo sabes con certeza —dijo ella con tanta rabia que temí que se lanzara al cuello de Damián a ahorcarlo.

—No. —Por lo menos, tuvo la decencia de admitirlo—. Pero sí sé que ustedes no perderán. Es imposible, son demasiado mortíferos, nadie tiene ninguna posibilidad contra ustedes. ¿Entonces, realmente, qué tienen que perder?

—¿Y lo que sufra el mundo por nuestra victoria no es de tu incumbencia? —preguntó Simone masticando furia.

—La verdad es que no, Simone.

Silencio. Era obvio que mis padres no querían referirse al elefante que había en la habitación, por lo que yo tomé la delantera.

—¿Cuándo supiste que eran los Vólts?

Otro trago amargo. Sentí un dolor en el vacío que antes anidaba en mi corazón. Por primera vez, Damián pareció avergonzado.

—Lo sospeché apenas llegaron. Tienen algo extraño en ellos que hace que todo el mundo los admire. Quise evaluar su reacción con el error de aquella noche con la mujer del granjero. Pero llegó otra persona al pueblo y pensé que podía ser él. Me tomó un poco de tiempo percatarme de que ambos estaban unidos.

Gérard llevaba en el rostro un gesto adolorido y supe lo que estaba pensando. Yo no podía pensar aún en eso.

—¿Nos han convocado?

Liki nos sobresaltó a todos de pie en la escalera en el segundo piso.

—Likita... —dijo mi papá en tono protector. Pero supongo que a nadie realmente le extrañó que Liki supiera más de lo que todos creíamos. Mis padres se acercaron a ella para explicarle todo mientras yo me acercaba a centímetros del rostro perfecto de Damián.

—¿Por qué me permitiste acercarme a él si lo sabías?

Se mantuvo impasible. Noté cómo las tuercas de su cabeza giraban y giraban. Si pensaba que Damián ya me había roto el corazón, me di cuenta cuán equivocada estaba al oírlo pronunciar las siguientes palabras:

—Porque me pareció tan trágico como lo que nos sucedió a Pascale y a mí.

CAPÍTULO 52

Me dejé el vestido rojo y el peinado como un símbolo de rebeldía. O quizás porque quería que así me viera Gabriel la última vez. Cuatro figuras enfundadas en negro, con los ojos burdeos, volamos con el viento hasta los restos de la iglesia de San Rafael, que había sido bombardeada siglos atrás, a enfrentarnos de una vez con aquellos que nos pisaban las sombras. Habíamos regresado a Francia, donde comenzó todo. La noche cálida me tomó por sorpresa, pero no así el silencio y la luz de la luna, que inundaba las ruinas con un escalofriante toque blanco. Estábamos armados hasta los dientes, mi capa me pesaba por culpa de las dagas, cuchillos y flechas que llevaba escondidos por doquier. Lo necesitaría todo para matar a estos estúpidos ángeles, aunque lo que necesitaría para matar a Gabriel no se encontraba en ningún bolsillo de mi capa.

Llevaba mi arco en la mano, sosteniéndolo con tanta firmeza que mi muñeca terminó adolorida. Solté un poco el agarre para respirar. Me fijé en mi familia: dos figuras altas, terroríficas, bajo la luz de la luna, mirando a su alrededor como los más ávidos depredadores, y una sombra más pequeña iluminando su propio rostro con la tenue pero segura luz de su encendedor. De pronto, se agachó y comenzó a reunir hojas, ramas y cualquier basura inflamable que pudiese hallar. Sonreí para mis adentros. *Hoy sí puedes quemarlo todo, Liki.*

Mi corazón latía con fuerza. Me olvidaba de tragar saliva hasta que sentía la boca demasiado seca como para decir palabra. Me tenía que obligar a tragar y respirar. Mis ojos tenían pestañear. Pensé en Gabriel. Lo veía aparecer entre las sombras y mirarme con esa tristeza que lo había acompañado en su camioneta. «Estée...», me decía en mis pensamientos. Pero no. No podría escucharlo, no podría mirarlo, no podría recordar que era Gabriel, mi Gabriel, mi primer beso de verdad, mi mejor amigo, el único chico al que había amado con todo mi ser. Nunca más volvería a besar sus labios, a mover su mechón de su rostro, a escuchar su voz tranquilizante prometiéndome que todo estaría bien.

Simone interrumpió mi patético lamento y me hizo a un lado mientras el fuego de Liki comenzaba a agarrar fuerza. Era tanta la tensión que nos invadía a los cuatro que sentía que era palpable, que en cualquier minuto podría agarrarla entre mis manos y se sentiría firme y tosca como una piedra.

—Yo puedo hacerlo —me dijo muy seria, aferrándose un hombro como si tuviese miedo a que saliera volando como un globo cuyo hilo se ha cortado. Me perdí en sus profundos ojos verdes,

tan iguales a los míos que sentía como si me estuviese mirando en un espejo. Supe de inmediato a lo que se refería.

—No. Estoy bien, *maman*, de verdad.

Vi cómo enderezó la espalda, dichosa de que la hubiese llamado *maman*. Simone quería luchar contra Gabriel para que yo no tuviese que hacerlo. Pero nadie más podía hacerlo además que yo. «Él no lo sabía», me había dicho Zacharías Solís en su carta. ¿Pero cuándo lo supo? Porque ayer lo sabía, ayer con sus ojos de cachorro mojado, intentando apaciguar la culpa con un collar. Un collar que yo ahora estúpidamente llevaba al cuello.

—Estée, lo siento tanto. Intenté salvarlas de esta vida maldita, de que jamás le pertenecieran al Diablo, de que no...

Mi perfecta y compuesta mamá, firme como una muralla, defensora de los suyos hasta la muerte, me estaba hablando y, por primera vez, su voz se estaba quebrando. Me costó trabajo unir a la figura confiada con esta sombra triste. Esta sombra que el maldito Diablo había creado.

—No quería quedar embarazada, Estée, hice todo lo posible, pero...

Pero él jamás lo hubiese permitido. No iba a perder a sus sirvientes por algo tan insignificante como negarse a tener un heredero. Acerqué mi mano a la mejilla de Simone y se la acaricié. Fue un acto tan ajeno a mí que mi propia madre abrió los ojos como si acabara de decir que quería aprender *ballet* junto a Liki.

—Lo sé, *maman*. Pero no es tu culpa.

—Te amo, Estée. Tú, tu padre y tu hermana lo son *todo* para mí. La vida no vale la pena sin amar a otras personas y permitir que te amen, recuérdalo siempre.

Simone comenzaba a sonar como si se estuviese despidiendo y eso me ponía la piel de gallina. Pero en el fondo eso era exactamente lo que hacía, ¿cierto? Podíamos ganar esta noche, pero al cabo de unos meses mis padres morirían, Liki olvidaría todo lo que jamás supo de los Deveraux y yo quedaría absolutamente sola. Sola. Atrapada en esta maldición para siempre. Salvo que ganar significara nuestra libertad.

Y ahí, por fin, la sentí. La rabia, pura y cruda. Una fuerza volcánica subiendo por mi cuerpo, ardiéndome en las venas, añorando matar. Simone dio un paso atrás. Por primera vez, iba sintiendo cómo mis ojos se tornaban burdeos. Unas campanadas lejanas anunciaron la medianoche. Mamá me miró intensamente y asintió con un movimiento brusco.

—Vamos a ganarles a estos malditos.

CAPÍTULO 53

Ellos eran tres. Los vimos con facilidad por culpa de las capas blancas que llevaban, relucientes bajo la luz de la luna. Estaban a varios metros de nosotros, cada grupo a un lado de la iglesia en ruinas, preparados para atacar. No tenía ni idea de cómo funcionaba esto. ¿Alguien daría una orden? ¿Aparecería mi Jefe?

Reconocí a Gabriel de inmediato. Más alto que ambos de sus padres, de pie con un gesto inseguro. No era capaz de divisarle el rostro a esta distancia. Escuché a Simone respirar profundo y darles indicaciones a Gérard y a Liki. A mí no me dijo nada. Sabía que yo era la que se llevaba la tarea más difícil.

Sostuve mi arco con fuerza. Ya había matado a más personas de las que era capaz de contar. ¿Qué importaba uno más, aunque fuese a quien mi corazón había anhelado? Me acaricié la cicatriz fantasma para que me regalara suerte y coraje. Eran ellos o nosotros. Y por los siete infiernos que no serían los Deveraux quienes caerían esta noche.

No supe cómo ni por qué, pero un sonido desaforado se escapó de mi garganta, convirtiéndose en un grito de guerra. Simone me imitó y luego los otros dos Deveraux siguieron mis pasos. Las tres figuras blancas se separaron, escondiéndose entre las ruinas como unos cobardes. Corrí hacia Gabriel y el viento me elevó, volé por los aires hasta encontrarme frente a frente con él. Nuestros poderes parecían potenciados; Damián tenía razón; nadie tenía ni una posibilidad de sobrevivir enfrentándose a nosotros. Saqué mi daga preferida, que colgaba en mi cinturón, y me lancé contra Gabriel con todo mi ímpetu. Él me la detuvo con su propia espada en un movimiento perfecto.

—¿Así es que estuviste practicando, Gastón?

¿Era esa mi voz? No podía ser. Era gruesa y profunda, saliendo de los confines más ardientes de la tierra, un susurro en la mitad de la noche que te hace despertar de las pesadillas solo para encontrarse con otra. Esto era lo que éramos, lo que yo era y siempre sería. Una pesadilla.

Gabriel abrió los ojos con temor, pero rápidamente recobró la compostura. Antes de que pudiera decir una palabra le propiné una patada directamente en el estómago, que lo mandó de espaldas al piso. No se quejó. Se levantó trabajosamente y detuvo nuevamente mi ataque con la daga. Saqué otra para poder atacarlo mejor, disfrutando el delicioso sonido que hacían al cortar el aire. Lo atacé sin piedad, a lo que él contestó con torpeza, cubriéndose con gran dificultad para evitar que cualquiera de mis dagas lo hiciera sangrar.

Me tomó unos minutos darme cuenta de que el patético Gabriel ni siquiera me estaba atacando;

se limitaba a evitar que mis movimientos le hicieran daño.

—¡Pelea, cobarde! —le grité, pero esta excusa de guerrero tropezó con su propia capa y cayó al piso de bruces. Me hubiese reído de lo patético que me resultaba de no ser porque me encontraba en medio de una guerra por salvar a mi familia. Lo esperé de pie, de brazos cruzados esperando a que se volviese a levantar. Una guerrera de verdad jamás ataca a su enemigo cuando este le está dando la espalda. Es una de las reglas de oro en el código de honor de Gérard.

Aproveché el momento para asegurarme de que el resto de los Deveraux estuviese bien. Simone estaba en una lucha de espadas con una figura que parecía ser mujer, mientras que Liki y Gérard se enfrentaban con cuanta arma pudieran a lo que aparentemente era un hombre. Estaba claro que los Deveraux estaban ganando.

Cuando después de una eternidad mi ángel estuvo nuevamente de pie, me lancé contra él con rabia e impaciencia. La capucha blanca de Gabriel se le fue hacia atrás, dejando su hermoso rostro al descubierto, su cabello rubio despeinado y sus ojos de mar tan confundidos que estaban cubiertos con tinieblas. Mi cuerpo se detuvo de golpe.

«No es Gabriel», me dije para darme fuerzas. «No pienses que es él, imagínate que es cualquier otra persona. No es Gabriel. Es un ángel estúpido cuya familia le ha estado pisando los talones a la tuya por siglos para convocar esta guerra».

No es Gabriel.

Gabriel me miró con la espada levantada, pero sosteniéndola como si fuese de gelatina, deseando dejarla caer.

—¡Pelea! —le grité con furia, nuevamente con esa voz que no era mía. Gabriel entornó los ojos y bajó la espada.

—¡No! —me gritó de vuelta, y me tomó tan de sorpresa que di un respingo. Gabriel estaba enojado. *Jamás* lo había visto enojado. Molesto, impaciente, apasionado, eso sí, pero jamás enojado. Y su enojo estaba envuelto con varias capas de decepción e incredulidad. —¿No ves lo absurdo que es esto? —me preguntó con los ojos bien abiertos, gesticulando hacia la pelea que estaban llevando a cabo el resto de los integrantes de nuestras familias—. ¡Por fin tenía una vida normal, me había enamorado por primera vez y de pronto todo se va al carajo!

Una llama del incendio de Liki se le acercó peligrosamente y tuvo que dar varios pasos a un lado. A mí, por supuesto, no me haría daño. Me costaba reconocer a Gabriel, gritando hecho una furia en medio de una iglesia bombardeada. Era todo demasiado inverosímil.

—¡Y estoy harto de que me digan qué hacer! El maravilloso y perfecto Gabriel está hasta la corona de que le involucren en sus guerras épicas cuando lo único que quiere es una vida normal.

Y entonces fui yo quien me enfurecí.

—¿Y tú crees que eres el único que quiere una vida normal? ¿El único que preferiría que su familia fuese diferente, que no hiciese lo que hace y que pudiese vivir en paz?

Mi voz parecía nuevamente la mía. Respiré profundo y me percaté de que él había hecho lo

mismo.

—Tú por lo menos lo sabías, Estée. Lo has sabido siempre, mientras que a mí me lo escondieron durante toda mi vida.

El calor de las llamas estaba provocando que perlas de sudor se formaran en la frente de Gabriel.

—¿Cuándo lo supiste? —le pregunté, y me sorprendió mi propio tono imperturbable.

—Hace una semana.

—O sea, me mentiste por una semana completa.

—¿Y qué demonios querías que hiciera, Estée? Me acababan de decir que mi novia es... —
Cerró la boca de golpe.

—¿Es qué, Gabriel?

Los ojos de Gabriel reflejaban las llamas que cada vez le cerraban más el paso. A este ritmo, no tendría que ser yo quien lo matara; el delicado trabajo de mi hermana haría lo suyo.

—Un alma maldita.

No era lo que había esperado escuchar. Había compasión en la voz de Gabriel, comprensión y empatía, como era usual. «Es Gabriel, no puedo luchar con él», me dijo mi voz interior. Pero realmente no tenía opción. Era él o mi familia. Y no podía perder a mi familia por un estúpido enamoramiento. Me dejé embriagar nuevamente por la furia, por el hecho de que mantuvo silencio por una semana, de que sabía que nos iban a convocar, por el odio que sentía por haber hecho que me enamorara de él. Me elevé con el viento y caí a centímetros de él, rasgándole la mejilla en un ángulo perfecto y dándole otra patada en el pecho que lo lanzó de espaldas al piso.

Mi espíritu ya estaba quebrado. Era imposible que matar a Gabriel destruyera algo que ya estaba roto.

CAPÍTULO 54

Gabriel no hizo ademán de pararse.

—Ponte de pie. —Mi voz de ultratumba apareció otra vez. Él me miraba desde el suelo como un pájaro herido, con la mejilla ensangrentada, tocándosela sin poder creer que acabara de hacerle daño.

Enójate de nuevo, Gabriel. Pero enójate conmigo. Sería mucho más fácil la pelea si lograba desencadenar su furia interior y lo mataba defendiéndome de su ataque.

Gabriel se puso lentamente de pie dejando que la espada colgara a su lado como una extremidad dormida. Moví mis dagas en el aire, lista para que me atacara. Levantó la mirada, inundándome con su mar, y entonces dejó que su arma cayera al piso, derrotada, haciendo un torpe «clac» contra una piedra.

—Pelea —le ordené nuevamente con una voz ajena, señalando su patética espada.

—No —me dijo él con una firmeza que no imaginé que lograría, dada la situación. Ni siquiera miró su arma. No podía creer lo que estaba pasando. De pronto, empecé a sentir el calor de las llamas.

—¡Pelea! —le insistí gritando. Tenía que acabar con él, acabar con todo.

—¡¡No!! —me gritó de vuelta. Vi cómo se quitó la capa blanca con asco y la dejó caer a sus pies. Luego se llevó la mano a la sangre que caía de la herida que yo le había provocado en el rostro y me dijo, abriendo los brazos—: Haz lo que tengas que hacer.

No, no, no, no. Matar a Gabriel durante una guerra era una cosa; sacrificarlo cuando él se entregaba voluntariamente era otra muy distinta. Mi brazo me estaba comenzando a temblar. Estaba mintiendo, no había otra opción. Esto era una técnica para que yo bajara la guardia y la pulga ridícula creyese que tenía una mínima opción de ganarme. Guardé ambas dagas en mi capa, quité el arco de mi espalda, enganché una flecha y lo apunté directamente a su corazón, todo en un movimiento maestro.

—Pelea.

Dispárale. Dispárale y termina con esto de una vez. Ni mi mente ni mi cuerpo obedecían. Algo en mí se estaba quebrando, a pesar de que pensé que ya no me quedaba nada.

—No voy a pelear, Estée —dijo, con sus ojos suplicantes. Lo estaba diciendo de nuevo. Lo mismo que me había dicho en la camioneta sin palabras. *No, no, no, por favor, no.* Escuchaba a lo lejos a mi familia luchando, gimiendo, esforzándose por ganar esta estúpida guerra y mantenernos

con vida. Y aquí tenía yo enfrente a uno de ellos; era solo cosa de dejar ir la flecha. Podía terminar con todo. Podía salvarles la vida a los Deveraux.

¿Pero a qué precio?

—Para mí no tiene ningún sentido que la guerra entre el bien y el mal dependa de tener que hacerle daño a la persona que amo.

Y ahí estaba. Sin filtros, totalmente transparente. Tan típico de esta pulga insoportable.

—Tu familia morirá —le dije, intentando que comprendiera a lo que se estaba sometiendo. Estaba dejando que lo matara. Estaba permitiendo que acabara con los Volts y que la oscuridad reinara sobre el mundo.

—Lo sé —dijo con la voz quebrada. Por los siete infiernos, tenía los ojos de mar hundidos en lágrimas—. Pero no puedo hacerte daño.

Maldito Gabriel. Maldito Diablo. Maldita Pascale, por meternos en este embrollo en primera instancia. Malditos jueces, por haber condenado a Carassa. Maldito Damián, por haberla amado tanto que había dado su vida eterna por ella. Maldita guerra, maldito equilibrio entre el bien y el mal.

Gabriel no me quitaba los ojos de encima. Abrió sus manos en rendición total, impulsándome a dispararle. Tenía su permiso y su perdón. Tenía mi escapatoria y mi puerta abierta. Mis dedos comenzaron a temblar tensando la cuerda y mis ojos se humedecieron. Qué cosa tan indigna. En guerra por mi familia y yo llorando por un chico estúpido. No había opción; Gabriel tenía que morir, porque jamás dejaría que algo le sucediese a mi familia. Y lo peor es que Gabriel parecía entenderlo.

Esta no podía ser la única manera. Perdí toda la fuerza en mi cuerpo. Bajé el arco y la flecha y cayeron al piso como si no pesaran nada. Gabriel quedó boquiabierto.

—No puedo —dije agotada. Se me escapó todo el aire de los pulmones. ¿Qué estaba haciendo? ¿Condenando a mi familia por un chico que apenas conocía? Pero esto era más que eso, era más que Gabriel, iba más allá de mí... No es que no estuviese dispuesta a herir a Gabriel, era que no estaba dispuesta a luchar en una guerra que no me pertenecía. Que pasara lo que pasara. Yo me rendía.

Vi cómo Gabriel sonreía como lo hizo después de nuestro primer beso y dio zancadas hacia mí para abrazarme. Estaba lista para sentir su cuerpo cálido contra el mío una vez más, pero apenas alcanzamos a tocarnos una fuerza inmensa e invisible surgió desde el suelo y nos separó con brusquedad.

—¡¡Estée!! —lo escuché gritar. ¿Era este el fin? Una energía monumental me envolvía de pies a cabeza, manteniéndome fija contra el piso y sin poder moverme; apenas me permitía respirar. Me fijé en mis brazos y vi cadenas, pesadas cadenas de hierro que me envolvían entera, desde los pies hasta el cuello, y me mantenían sometida a este pedazo de tierra, queriendo hundirme hasta el

Inframundo. A mi alrededor, quemaban las llamas de Liki con tanta intensidad que el sudor comenzó a correr por mi cuerpo como ríos.

Recordé la noche en que el agua oscura se apoderó de mi habitación. Esta incapacidad de respirar, de moverme solo podía ser culpa de Él. Había llegado mi fin, el fin de los Deveraux. Después de siglos de sufrimiento, de capturar almas, de matar a otros en contra de nuestra voluntad, todo se detenía aquí. ¿Era Él, cierto? Al negarme a pelear violé todos los códigos, lo dejé en vergüenza. Cerré los ojos y me concentré en Simone, en Gérard y en Liki. Grité sus nombres, pero entre el sonido de las llamas y un insoportable zumbido en los oídos fui incapaz de oír nada. Intenté levantar la cabeza para ver dónde había quedado Gabriel, pero mi cráneo parecía estar unido a la tierra, como las raíces de un árbol de cientos de años. De pronto, tuve la certeza absoluta de que así moriríamos, bajo la furia de nuestro Jefe, encadenados al piso como realmente siempre habíamos estado.

Algunas lágrimas resbalaron por mis mejillas y me permití sonreír con un recuerdo: Gabriel. Él había sido una sorpresa para mí. Con sus ojos intensos, su mechón imperfecto y sus charlas de psicología. Gabriel, con su paciencia infinita, sus miedos a flor de piel. Gabriel, diciéndome adiós anoche en la camioneta, intentando decirme palabras que no fui capaz de escuchar, queriendo despedirse lejos de esta agria guerra.

A lo lejos, escuché cómo gritaba mi nombre con todas sus fuerzas, con la voz desgarrada por el esfuerzo que le provocaba y sonreí aún más. No tenía forma de saber qué le estaba sucediendo a él y por qué no podía acercarse. Quizás negarnos a pelear había acabado con ambos, los Volts y los Deveraux, para siempre. Quizás el mundo seguiría siendo el torbellino de siempre, lleno de cosas malas, pero también con cosas sorprendentes que llegan en momentos en que uno menos lo espera.

Y en el bosque encontramos los pétalos del mar que recogemos en desorden sin parar de cojear. Cuidado con que nos pillen, que nos pueden retar, los pétalos quitar y el Diablo atrapar.

Una voz. Suave y distante. Dulce. Comencé a sentir sueño, mucho, mucho sueño. Escuchando a Gabriel gritar mi nombre y junto a esta ligera cancioncilla, comencé a perder todo el control de mi cuerpo. *El Diablo atrapar, el Diablo atrapar, el Diablo atrapar.*

Con un último aliento, supe que la muerte estaba cerca.

CAPÍTULO 55

Me sentí liviana, etérea. Estaba segura de que me había convertido en un fantasma. Miré a mi alrededor y vi que me encontraba aún en las ruinas, pero estaba sola y todo el lugar estaba envuelto en una fantasmagórica bruma.

Me puse de pie y me sorprendió poder lograrlo. Ya no había cadenas que me ataran, ninguna fuerza que quisiera mantenerme fija contra la tierra. Me sentía liviana, porque probablemente estaba muerta. ¿Era este el Inframundo? ¿Alguno de los siete infiernos? ¿Dónde estaban Simone, Gérard y Liki? Solo pensar en pasar la eternidad lejos de ellos me llenó de una tristeza incluso más profunda que cuando reconocí a Gabriel bajo la capa blanca.

Me abracé, intentando controlar el miedo. Caminé alejándome de las ruinas. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánta distancia? Imposible saberlo. Hasta que llegué a un prado. Verde y tranquilo, con flores silvestres creciendo por doquier. Y una chica. Una chica hermosa, de largo cabello rubio trenzado y ojos verdes profundos. Verdes Deveraux. Se detuvo a pocos metros de mí y me regaló una sonrisa amplia.

—*C'est un plaisir de vous rencontrer en personne, Estée* —me dijo apenas llegó hasta mí y estiró su mano. ¿Podía siquiera tocarla? Ella no parecía un fantasma. Su figura se encontraba aquí en este plano, incluso creando una sombra a sus espaldas. Le di mi mano con un poco de desconfianza y me encontré con un tacto suave. Envolvió mi mano con las suyas y su sonrisa se agrandó aún más, cosa que me habría parecido imposible.

—¿Pascale? —le pregunté cayendo en la cuenta.

—*Oui, oui* —dijo ella.

Por los siete infiernos, realmente estaba muerta. Se me hundió el estómago al darme cuenta. Aunque los muertos no tienen estómago, ¿no?

—Está todo bien, Estée, ya no tienes nada de lo que preocuparte —dijo de pronto en mi propio idioma, que se me hacía mucho más fluido que el francés.

—¿Estás hablando en español o yo soy capaz de entenderte? —pregunté, como si una cosa tan insignificante como el lenguaje tuviera relevancia en el momento en que me estaba familiarizando con la muerte.

—Ninguna de las dos o las dos a la vez. Verás, en este lugar las cosas son un poco menos sencillas de explicar. O más sencillas que cualquier otra cosa.

Siempre había odiado cuando Damián me hablaba con acertijos; esta no era una excepción.

Tomándome por sorpresa, Pascale me envolvió en sus brazos. Yo me quedé como una estatua, pues no era muy dada a las muestras de afecto, particularmente con tatarata-tatarata-abuelas fallecidas hacía siglos.

—¿Dónde estoy? —pregunté finalmente.

—Donde estabas. Solo que en otro plano.

Más acertijos, genial.

—¿Dónde está mi familia?

Pascale sonrió.

—Están a salvo, todos los Deveraux lo están. Y es gracias a ti.

Miré a mi alrededor esperando encontrarme con todos los Deveraux —me imagino que seríamos un buen montón—, pero no me encontré más que con la bruma extraña que había cubierto también las ruinas. Producto de mi estrés y de las emociones intensas que había vivido, tardé un poco en procesar lo que Pascale, quien continuaba mirándome sonriente, me acababa de decir.

—¿Gracias a mí? Pero si no hice absolutamente nada.

Gabriel. De pronto, lo recordé. ¿Qué había pasado con él? ¿Dónde estaba? Miré a mi alrededor como si pudiera materializarse por obra de magia.

—Es increíble cómo a veces no hacer nada puede ser lo más difícil de hacer y lo que realmente necesitamos.

—No entiendo nada —dije con rabia.

Estaba harta. Cansada de estos acertijos y de esa bruma extraña que danzaba a mi alrededor como un fantasma. Mi cuerpo estaba cansado, pesado después de la lucha con Gabriel, no solo por el movimiento de mis músculos, sino por el impacto emocional que había significado para mí. Por los siete infiernos, estar con Gabriel me había convertido en una persona frágil. ¿Frágil, o fuerte de una manera diferente? ¿Había sido mi apatía contra el mundo una fortaleza o más bien una coraza para que nadie se me acercase y pudiese herirme? «Lo más valiente que podemos hacer en la vida es permitirnos ser vulnerables», me había dicho Gabriel en una de nuestras tardes de estudio en la biblioteca. Yo me había reído tanto que casi había echado café por la nariz.

Quizás tenía razón.

—Damián tenía razón.

Eso detuvo mis pensamientos de golpe. Si Damián tenía razón, significaba que...

—¿Rompimos la maldición?

Pascale abandonó su sonrisa un tanto cansada, pero no soltó la ligereza y la alegría con la que movía el cuerpo entero.

—No. Tú la rompiste. Tú y ese chico rubio.

Gabriel.

—¿Pero cómo...?

—Cuando Damián me propuso su teoría pensé que realmente había perdido la cabeza. Después

de tantos siglos de haber dado su vida al Diablo intentando estar a mi lado finalmente había perdido la cordura. Él siempre estuvo obsesionado con encontrar la forma de romper la maldición, ¿sabes? Tenía la certeza de que encontraría la manera y me liberaría, pero yo lo odiaba por eso. Alimentaba una esperanza que se basaba en el aire. Al principio, pensó que quizás tenía que ver con las almas que capturábamos, pero tras varios experimentos fallidos se percató de que no era así. Luego, creyó que los Deveraux que iban falleciendo tenían el poder de liberar a las generaciones nuevas, pero eso tampoco funcionó.

»Pero luego se enteró de los Protectores de la Luz y su existencia dio un vuelco. Dedicó todo de sí a hallar la forma de que nos descubrieran yuviésemos que luchar contra ellos. Entonces, poco tiempo atrás, llegó con la idea más descabellada de todas: que ustedes dos se enamoraran. «¿Qué pasaría si miembros de los lados contrarios se enamoraran?», me dijo en un arranque apasionado. Aquel día me reí tanto por su estupidez que volví a sentirme humana. Pero ahora lo entiendo. Todo lo que el Diablo me hizo provocó el efecto esperado: llenarme de rabia y odio contra el mundo. Nunca me perdoné a mí misma por *maman*, decidí que era culpa del mundo el sufrimiento que había tenido que experimentar. Los odiaba a todos. Capturé las ochocientas veintisiete almas que me tocaron con furia, sin un ápice de bondad o compasión. Mi rabia mantuvo la maldición viva.

»¿Pero qué pasaba si en vez de eso optábamos por el amor? Tu mamá hizo algo valiente, algo que me costó muchísimo entender: fue en contra de la forma en que todos los Deveraux anteriores habíamos actuado. Todos habían imitado mi odio, mi sensación de superioridad, pero Simone... Simone pudo ver más allá. Simone pudo sentir pena, pudo llorar por quitarle la vida a alguien, sin importar cuán desgraciada esa persona hubiese sido en su vida o cuánto daño hubiese causado. Creo que fue el amor que tu *maman* inculcó en ti el que te permitió enamorarte y defender ese amor como lo hiciste.

Se me habían asomado lágrimas a los ojos. ¿Era normal sentir el cuerpo tan vivo a pesar de estar muerta? Pensar en mi madre me conmovía, mi sabia y fuerte mamá, con arrugas prematuras en los ojos por el sufrimiento que le causaba el trabajo que estaba obligada a hacer. Mi *maman*. Añoré como nunca tomarla entre mis brazos y permitirle que me hablara por horas sobre sus no tan aburridas flores.

—¿Dónde están? —le pregunté, porque realmente era lo único que me importaba.

—En las ruinas. Tú también estás allá. Solo quise un momento para hablar contigo, para agradecerte.

—Me parece que realmente al que hay que darle las gracias es a Damián —dije avergonzada. Tanto que lo había odiado cuando todo lo que él hacía era un intento de ayudarnos. Una nube cubrió los ojos verdes de Pascale.

—Muy cierto —comenzó a alejarse de mí antes de que pudiera seguir hablando. A lo lejos, más figuras comenzaron a materializarse, haciéndome creer que eran todos los Deveraux que habían venido antes que yo. Pero no dejaría que Pascale se alejara de mí tan fácilmente.

—¿Qué le ha sucedido a Damián? —Era obvio que algo me ocultaba. Pascale se giró, derrotada.

—Nada, no le ha sucedido nada.

Y entonces una ola de sueño me invadió y mi cuerpo ligero pareció entregarse al viento. Cerré los ojos y caí profundo, profundo, profundo, de regreso a la vida.

CAPÍTULO 56

Unos ojos de mar me estaban mirando con tanta intensidad que pensé que me ahogaría en ellos.

—¡Estée! —chilló una voz, pero no fue del dueño de los ojos azules. Pronto tuve dos figuras encima de mí intentando abrazarme con torpeza. Mi cuerpo se sentía de plomo, apenas me podía mover y parecía una anciana mientras me sentaba.

—¿Qué demonios hiciste?

—¿Estás bien, panqueque?

Escuché ambas cosas al unísono de parte de Simone y Gérard. Liki, a una leve distancia de mí, se me acercó y puso su encendedor en mis manos sin que nuestros padres la vieran. Me sonrió. En resumidas y rápidas palabras les expliqué lo que me había contado Pascale y luego les pregunté por qué nuestros cuerpos se sentían tan pesados.

—Somos humanos nuevamente, panqueque. En un cien por cien. Esto implica que también somos débiles, nos cansamos y a veces olemos mal —dijo mi papá con una sonrisa tan relajada que me resultó imposible no imitarla. Ahora que los miraba con detención, la humanidad realmente nos estaba costando cara. El normalmente perfecto cabello de Liki y Simone estaba hecho un desastre, las vestimentas de Gérard estaban rasgadas en varios lugares producto de la pelea y ambos de mis padres tenían cortes ensangrentados en los brazos, piernas y rostros.

Pero éramos libres.

Por inercia me toqué la cicatriz fantasma, pero ya no estaba. Me invadió una inexplicable sensación de vacío, como si estuviese desnuda frente a miles de personas. ¿Quién era yo, si no era una Deveraux? De qué estaba hablando... Por supuesto que seguía siendo una Deveraux y siempre lo sería. Pero ya no era lo mismo, ¿cierto?

De pronto, mis padres se pusieron de pie un tanto incómodos y dejaron que Gabriel se acercara. Sentado a mi lado, me guardó un mechón detrás de la oreja.

—Por medio segundo pensé que realmente me matarías, Estée —dijo con una sonrisa, y yo se la devolví inmediatamente. Mi Gabriel, vivo y a salvo frente a mí, aunque con un corte tan feo en la mejilla que, sin duda, le quedaría cicatriz.

—Perdóname —le dije acercando mi mano a la herida, a lo que él dio un saltito de dolor.

—La poderosa Estée no pide perdón.

—Quizás debería.

—Entonces te perdono.

A la distancia divisé a los padres de Gabriel, poniéndose de pie con dificultad. Se lanzaron unas miradas asesinas con los Deveraux, pero ninguno de los grupos hizo ademán de acercarse. Si Gabriel y yo continuábamos saliendo, la relación entre los consuegros definitivamente sería más complicada que en cualquier relación normal. Pero, después de todo, ¿qué era realmente normal entre nosotros?

—Así es que fue nuestro amor lo que literalmente salvó el destino del mundo —dijo Gabriel sonriendo con picardía mientras me ayudaba a ponerme de pie. Puse un gesto de repulsión.

—No puedo creer que usaras las palabras «nuestro amor».

Mi cuerpo, aunque aún pesaba, se sentía mucho más aliviado ahora que estaba en la cercanía de Gabriel. Me acercó hacia sí y me besó la frente.

—Te ves preciosa —dijo, haciéndome notar que aún estaba con el vestido rojo, el cabello trenzado y el maquillaje hecho por Liki para el baile de invierno.

—Lo sé. Pero no tientes tu suerte, Gabriel —contesté sonriendo, a lo que él reaccionó con su risa fresca, iluminando la oscuridad de mi espíritu y de esta iglesia en ruinas.

EPÍLOGO

Las pisadas de Damián resonaron fuerte en la iglesia silenciosa en las afueras de Arrás, Francia. Era mitad de la noche y solo algunas velas que aún quedaban de las ofrendas iluminaban el lúgubre lugar. Damián calculó que estarían en algún momento del siglo XVIII.

Una figura encorvada se encontraba sentada en la segunda fila. Un anciano, echado hacia adelante por culpa del dolor de sus huesos, apoyaba sus manos en el respaldo de enfrente intentando darse fuerzas para respirar. Cada bocanada de aire que tomaba era un enorme esfuerzo, hacía que sus pulmones silbaran y le bajaran ataques de tos. Damián se detuvo justo en su fila y con su prestancia impecable, terno oscuro y mirada fría lo saludó con un ligero toque de placer.

—Debo confesar que lo he visto en mejores condiciones, Jefe.

—Es de muy mal gusto jactarse por la miseria ajena, Damián —dijo el hombre con una voz rasposa. Cada palabra le costaba más aire del que podía darse el lujo de perder.

—Me imagino que usted debe de saberlo bien —le respondió Damián con una sonrisa. El anciano rio. Solo quedaban de él sus huesos; incluso sus ojos rojos se habían apagado a un suave rosa. No se podía poner de pie ni generar temor como tantas veces lo había hecho. Apenas podía gesticular con sus manos, a pesar de lo que disfrutaba haciéndolo. Ahora solo lo acompañaba el frío que reinaba en la pequeña iglesia, perdido todo el calor venenoso que antes viajaba con él.

—Ella debe de estar bastante contenta —se atrevió a decir Damián. ¿Cómo podía provocarle tanto daño al Diablo en ese estado? Odiaba cuando hablaba de Ella.

—Debe de estar dichosa —dijo el Diablo sin caer en la trampa venenosa de Damián—. Pero ya verás cuando recupere mis fuerzas.

—¿Y Estée? Me imagino que todo esto le tomó bastante por sorpresa.

—No como a ti, por el contrario.

—No, no como a mí —confesó Damián.

El Diablo lanzó una risa suave, pero cargada de malicia.

—Estée Deveraux no está hecha para ser una simple mortal. En cualquier momento regresará a mí de rodillas.

—No lo permitiré.

—Deja de engañarte, Damián. Tú no tienes ningún poder sobre ella. Y ahora que tu estupidez liberó a todos los Deveraux, estás completamente solo.

Damián guardó silencio, demasiado consciente del peso de su propia maldición.

—Por lo menos, el mundo tendrá ahora un poco de paz —dijo con voz seca.

—Solo por un tiempo. No puede existir el bien sin el mal. Somos parte de un equilibrio necesario, mucho menos malvado de lo que les gusta a los humanos creer. Sin nosotros, no hay goce, no hay felicidad, no hay agradecimiento. Siempre debe haber oscuridad para que haya luz. Siempre.

Damián se sentó pensativo en el extremo contrario de donde se ubicaba el Diablo. Se escuchaba el viento aullar tras las ventanas de vidrio. De la nada, el Diablo comenzó a reír con la cabeza gacha, con un tono cargado de maldad.

—Tanto que has arriesgado por ellos, Damián, ¿y para qué? ¿Para que se olviden de ti por la eternidad como un trasto viejo?

Damián se puso de pie con rapidez, molesto por las palabras del anciano. No quería pensarlas demasiado por miedo a creerlas del todo. No podía saber qué sería de él si el amor que sentía por los Deveraux se convirtiera en resentimiento. Abandonó la iglesia sin mirar atrás, deseando con todas sus fuerzas que la figura se desarmara sobre sí misma y cayera al suelo como polvo de huesos.

AGRADECIMIENTOS

Contar esta historia fue una experiencia increíble. Me sorprendí en el transcurso y recordé cuánto amo escribir. Agradezco a la familia Deveraux por elegirme para narrar su aventura (aunque sean personajes ficticios, yo los siento muy reales).

Quiero agradecer de forma especial a mi hermana por creer en mi escritura; a mis papás, por llevarme cuando niña a miles de librerías en busca de mi última obsesión literaria; a mi abuelita, por su amor incondicional; y a mi tío, por preguntarme de forma constante cómo van las letras. También agradezco a mis amigos Javiera, Rocío, Paula, Elisa, Andrea y Alexis, por quererme como soy y alentarme en mis proyectos.

Gracias a Ignacio Rebolledo por ser tan buen amigo y por incentivar me a volver a escribir a pesar de mis dudas y miedos, y a mi editora, Macarena, por su ojo preciso a la hora de reconocer cómo podíamos hacer de esta historia una versión mejor. Gracias por creer en mí y en una novela que, cuando nos conocimos, solo tenía el nombre de los personajes y una idea base que llevaba diez años en mi cabeza. Muchas gracias a Valentina por su increíble trabajo de edición y por hacer que este libro fluyera muchísimo mejor.

Gracias infinitas a quienes me siguen en mi canal de YouTube: compartir con ustedes es una alegría inmensa día a día.

Por sobre todo, gracias a Atilio, mi niño, uno de los regalos más grandes que he recibido, y a mi esposo, Nicolás, por su fe ciega en mí, por su profundo amor y por hacerme sentir que todos mis sueños son posibles y que los cumpliremos juntos.

Título original: *Viene por ti*

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Andrea Larrabe
© 2019, © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563841374

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.